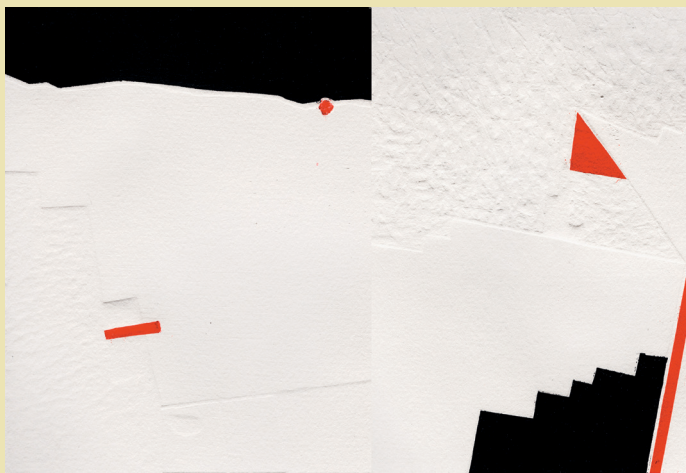


Carlos Riojas
Stefan Rinke (eds.)

Historia global: perspectivas y tensiones



Carlos Riojas / Stefan Rinke (eds.)

Historia global: perspectivas y tensiones

HISTORAMERICANA

Herausgegeben von
Debora Gerstenberger, Michael Goebel,
Hans-Joachim König und Stefan Rinke
Band 40

Wissenschaftlicher Beirat

Pilar González Bernaldo de Quiros (Université de Paris)
Sandra Kuntz Ficker (El Colegio de México)
Federico Navarrete Linares (Universidad Nacional Autónoma de México)
Thiago Nicodemo (Universidade Estadual de Campinas)
Scarlett O'Phelan (Pontificia Universidad Católica del Perú)
Ricardo Pérez Montfort (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social, México)
Eduardo Posada-Carbó (University of Oxford)
Hilda Sabato (Universidad de Buenos Aires)
Rafael Sagredo Baeza (Universidad Católica de Chile)
Lilia Moritz Schwarcz (Universidade de São Paulo)

Carlos Riojas / Stefan Rinke (eds.)

Historia global: perspectivas y tensiones

Instituciones Participantes

CONACYT

Universidad de Guadalajara-CUCEA

Instituto de Estudios Latinoamericanos/Colegio Internacional de Graduados „Entre Espacios“,
Universidad de Berlín.

Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation
in der Deutschen Nationalbibliographie; detaillierte bibliographische
Daten sind im Internet über www.dnb.de abrufbar

wbg Academic ist ein Imprint der wbg

© 2022 by wbg (Wissenschaftliche Buchgesellschaft), Darmstadt

Die Erstausgabe erschien 2017 im Verlag Hans-Dieter Heinz, Akademischer Verlag Stuttgart.

Die Herausgabe des Werkes wurde durch die Vereinsmitglieder der wbg ermöglicht.

Umschlag und Titelei: Satzweiss.com Print, Web, Software GmbH

Umschlagsabbildung: Jose de Jesus Olivares Rodriguez, Fragmentes de dos grabados sin titulo
de la serie „Fragmentes“. 2016

Gedruckt auf säurefreiem und alterungsbeständigem Papier

Printed in Germany

Besuchen Sie uns im Internet: www.wbg-wissenverbindet.de

ISBN 978-3-534-27458-1

Elektronisch ist folgende Ausgabe erhältlich:

eBook (PDF): 978-3-534-27459-8

Dieses Werk ist mit Ausnahme der Einbandabbildung als Open-Access-Publikation im Sinne der Creative-Commons-Lizenz CC BY International 4.0 (»Attribution 4.0 International«) veröffentlicht. Um eine Kopie dieser Lizenz zu sehen, besuchen Sie <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>. Jede Verwertung in anderen als den durch diese Lizenz zugelassenen Fällen bedarf der vorherigen schriftlichen Einwilligung des Verlages.

CONTENIDO

ESTUDIO INTRODUCTORIO [7]

Carlos Riojas y Stefan Rinke

HISTORIA GLOBAL - AGENDAS Y PERSPECTIVAS [28]

Sebastian Conrad

HISTORIA MUNDIAL Y COSMOHISTORIA [39]

Federico Navarrete

CONSIDERACIONES ACERCA DEL PAPEL DE AMÉRICA LATINA
PARA EL ARRANQUE DE LA GLOBALIZACIÓN [55]

Bernd Hausberger

HISTORIA COLONIAL E HISTORIA GLOBAL.
ENFOQUES DESDE LA HISTORIA ECONÓMICA [77]

Mariano Bonialian

MERCANCÍAS GLOBALES Y MERCADOS LOCALES EN LA NUEVA ESPAÑA:
LA CIRCULACIÓN INTERIOR DE “EFECTOS DE CHINA” A FINALES DEL SIGLO
XVIII [93]

Antonio Ibarra

REFLEXIONES Y APUNTES SOBRE LA HISTORIA DE LA PROHIBICIÓN
Y LA TOLERANCIA EN TORNO DE LAS DROGAS EN MÉXICO:
DE LA HISTORIA REGIONAL A LA HISTORIA GLOBAL [106]

Ricardo Pérez Montfort

“UN MONSTRUOSO ATENTADO CONTRA LA CULTURA HUMANA”:
EL COMIENZO DE LA GUERRA MUNDIAL EN 1914 EN LATINOAMÉRICA [121]

Stefan Rinke

AGENDAS GLOBALES, AGENDAS LOCALES; PROCESOS DE CAMBIO INSTITUCIONAL
EN AMÉRICA LATINA Y EUROPA CENTRAL A FINALES DEL SIGLO XX [136]

Carlos Riojas

Semblanza de los autores [159]

Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación más amplio financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México (Conacyt), denominado: “1989 y la ascensión del neoliberalismo en América Latina y Europa Central: ¿Una historia global?”, Ref. 177122 CB-2012-01.

CARLOS RIOJAS Y STEFAN RINKE

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Pero ¿qué quiere decir “lejos” o “cerca” después de Chernóbil, cuando ya al cuarto día sus nubes sobrevolaban África y China? La Tierra ha resultado ser tan pequeña. Ya no es la Tierra que conoció Colón. Es ilimitada. Ahora se nos ha formado una nueva sensación de espacio.
SVETLANA ALEXIÉVICH (2015:54).

La idea central que nos ha inspirado para escribir este libro radica en estudiar la historia desde una perspectiva de interconexión de hechos, como una alternativa a su similar de índole comparada. Con esta premisa, nuestro enfoque se inscribe directamente en lo que se conoce como historia global. Desde hace años esta aproximación se discute ampliamente en diversos países, pero con un notable sesgo desde las visiones europea, norteamericana y asiática, lo que implica también el predominio lingüístico de los circuitos anglosajones en esta discusión, en detrimento de otras concepciones de lo global. No obstante el sesgo señalado, este intenso diálogo tiene como finalidad responder a la siguiente pregunta: ¿por qué se presentó el auge en occidente y la caída de oriente como un actor clave en la escena global, especialmente en lo que concierne a la modernización de su sistema económico mediante el proceso de industrialización? Consideramos que hasta el momento América Latina se encuentra subrepresentada en este debate, no obstante al reciente interés por este continente manifestado, por ejemplo, en el XVII Congreso de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA), efectuado en Berlín, en 2014,¹ cuyo título principal del evento refleja

¹ Es importante mencionar que las *Actas* del evento se encuentran ahora editadas en formato de acceso libre, lo que se traduce en más de cuatro mil páginas que versan sobre esta temática (Rinke, 2016), véase: http://edocs.fu-berlin.de/docs/receive/FUDOCS_document_000000024129?lang=en. De igual forma existen otras iniciativas que contribuyen en este sentido, tal es el caso de un evento denominado “América latina global: Taller de historia conectada, global e internacional”, celebrado en abril de 2016 en la Universidad Nueva Sorbona (París III), algunos detalles del mismo pueden consultarse en la siguiente dirección virtual: <http://www.univ-paris3.fr/amerique-latine-globale-atelier-d-histoire-connectee-globale-et-internationale-379462.kjsp>. De igual forma, a ello se agrega el Seminario Permanente del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres, que versa sobre “América Latina y la historia global del conocimiento” (<http://ilas.sas.ac.uk/events/latin-america-and-global-history-knowledge-seminar-series>). Nuestra intención no es hacer un detallado inventario de cada

un esfuerzo por inmiscuirse en dicha reflexión: “Entre Espacios: la historia latinoamericana en el contexto global”. La gran mayoría de quienes contribuimos en esta obra somos también miembros del Colegio Internacional de Graduados “Entre Espacios”, que organizó el mencionado Congreso en Berlín. Cabe mencionar que este primer Colegio México-Alemania es pionero en su tipo, el cual se dedica al estudio de la historia y del presente de la globalización. Dentro de este contexto académico-institucional, decidimos aportar un grano de arena a semejantes iniciativas mediante dos actividades concretas: la formación de un grupo de trabajo en el marco de AHILA denominado: “América Latina en la historia global”,² y la organización de un primer seminario en la Universidad de Guadalajara (México) sobre “Historia global, historia por área cultural o historia nacional: tensiones y nuevas perspectivas”. Precisamente el libro que usted tienen en sus manos es uno de los resultados de dicho seminario. A continuación abundaremos más sobre el seminario en sí, presentaremos los objetivos generales y específicos del libro, y por último, ofreceremos una breve descripción de las contribuciones con la finalidad de ubicar su inserción en el enfoque de historia global.

*

El seminario se llevó a cabo el 13 y 14 de noviembre de 2014 en las instalaciones del Centro Universitario de Ciencias Económico-Administrativas de la Universidad de Guadalajara, localizadas en Zapopan, Jalisco. Los organizadores del evento por parte de México fueron el Departamento de Estudios Regionales-INESER y la maestría en Relaciones Económicas Internacionales y Cooperación, ambas instancias de la Universidad de Guadalajara; mientras que por Alemania fueron el Instituto de Estudios Latinoamericanos y el Colegio Internacional de Graduados “Entre Espacios”, ambos de la Universidad Libre de Berlín.

En su momento, el objetivo general del seminario, que posteriormente devino el de este libro, fue promover un abierto diálogo, entre diferentes investigadores, en torno a la historia global. La discusión progresó y ahora podemos reconocer al menos cuatro elementos o factores básicos que componen nuestro objetivo general, los cuales veremos con mayor detalle una vez enunciados, a saber:

una de las iniciativas, valgan estas menciones como evidencias del creciente interés de la comunidad académica internacional de emplazar a América Latina en las vastas interpretaciones que ofrece la historia global.

² Más detalles sobre este grupo se encuentran en: <http://www.ahila.eu/index.php/actividades/grupos-de-trabajo>.

- ¿Cuáles son las características mínimas que la literatura especializada reconoce como historia global?
- Esta primera aproximación a dichas características está lejos de ser exhaustiva, más bien nos permite poner en la palestra una serie de tensiones analíticas e impulsar el surgimiento de nuevas propuestas o interpretaciones derivadas de la visión en cuestión.
- Dada la relativa sub-representación de América Latina en este debate, lo anterior toma una importancia esencial si pensamos la influencia histórica de las diversas áreas culturales que componen el globo, o en su defecto, la arraigada tradición de las historias nacionales (donde el caso de México resulta un buen ejemplo en este sentido).
- Un cuarto y último factor importante en el enfoque de historia global es que considera en sus explicaciones la influencia de una multiplicidad de conexiones y entrelazamientos, susceptibles de establecerse en las ciencias históricas en general, o también, en una variedad de historias específicas, que en conjunto no están exentas de recibir una serie de impactos derivados de eventos de mayor envergadura manifestados a través del tiempo y el espacio, donde obviamente América Latina no es ajena a ello.

**

En 2007 y 2008 se publicaron dos importantes libros, con tradiciones académicas distintas, sobre historia global. El primero de ellos apareció en Alemania, fue coordinado por Sebastian Conrad, Andreas Eckert y Ulrike Freitag, lo titularon *Globalgeschichte. Theorien, Ansätze, Themen*. Mientras que el segundo se editó en Francia, compilado por Laurent Testot, cuyo nombre fue *Histoire global. Un nouveau regard sur le monde*. Ambos ejemplares, en los que colaboraron una amplia gama de autores, contienen una serie de trabajos clave para entender la naturaleza de aquello que se denomina historia global. Entre los textos citados están, por ejemplo, los pioneros aportes de Immanuel Wallerstein mediante su *The modern world system* (1974) o *Civilisation matérielle, économie et capitalisme* de Fernand Braudel (1979); a esta lista se agregan los controversiales libros de Jared Diamond: *Guns, germs and steel* (1997) y *Collapse* (2006); de igual forma sobresalen las contribuciones de Chirs Bayly con *The birth of modern world* (2005); de Emmanuel Le Roy Ladurie a través de su *Histoire du climat depuis l'an mil* (2009), *Die Verwandlung der Welt* (2009) de Jürgen Osterhammel o *The great divergence* de Kenneth Pomeranz (2000), entre otras referencias destacadas que aluden a la historia global.

Pero, ¿cuáles son los elementos comunes en esta amplia diversidad de interpretaciones que abarcan los estudios de historia global al abordar varios espacios así como múltiples temporalidades? En principio, creemos que al menos es factible detectar cuatro aspectos básicos que este tipo de estudios comparten. En primer lugar tenemos la vinculación de una variedad de fenómenos que encuentran explicaciones comunes para una serie de problemas manifestados en distintas áreas de estudio. No obstante que se manifiesten algunas continuidades o rupturas del devenir histórico, el enfoque de historia global evita una narrativa unificada o una interpretación única emanada de un centro en función de un conjunto de eventos o de una muestra de casos de estudio previamente seleccionados. No intenta sumar las partes para representar un *todo*, lo global se amalgama con lo local gracias a complejos ajustes que particularizan los hechos, sin que cada hecho resulte absolutamente ajeno entre sí o algo excepcional y desconectado de su entorno.³

Segundo, en estas conexiones se manifiesta una amplia variedad de historias otras, que en el corto y largo plazos le dan sentido a un periodo de tiempo dado. Por lo tanto, el esfuerzo se dirige hacia la detección de las conexiones, las redes (independientemente de su grado de estructuración y densidad) o los mecanismos de difusión susceptibles de manifestar ciertas convergencias o constelaciones cuyo lindero no se circunscribe a un área geográfica en específico, tal como lo demuestra Sebastian Conrad⁴ para el caso de la Ilustración, ni tampoco el grado de influencia es constante a través del tiempo.⁵ Las diferencias entre historias, actores, espacios o procesos no se traducen de manera inmediata en la eliminación de unas a favor de las otras, tampoco se conciben como fenómenos aislados o fragmentados.⁶ Más bien, el reto de la historia global consiste en estar atentos a la permeabilidad entre variados mundos o culturas, a la interacción o a la interdependencia en diferentes escalas espaciales con la intención de explicar problemáticas con un mayor grado de complejidad que eventualmente pueden

³ Benjamin Craig, “‘But from this time forth history becomes a connected whole’: state expansion and the origins of universal history”, *Journal of Global History*, 9, 2014, pp. 360 y 364; Gruzinski, Serge, *Les quatre parties du monde. Histoire d’une mondialisation*, Ed. La Martinière, France, 2004, pp. 12 y 452; Conrad Sebastian, “Enlightenment in global history: A historiographical critique”, *American Historical Review*, vol. 117, núm. 4, 2012, October, p. 1008.

⁴ Conrad, *op.cit.*, pp. 1026 y 1027.

⁵ Cfr. Hugo Fazio, “La historia global: ¿encrucijada de la contemporaneidad?”, *Revista de Estudios Sociales*, 23, 2006, p. 63.

⁶ Cfr. Sanjay Subrahmanyam, “Connected history: notes towards a reconfiguration of early modern Eurasia”, *Modern Asian Studies*, vol. 31, núm. 3, 1997, pp. 745 y 760; Matthew Brown, “The global history of Latin America”, *Journal of Global History*, vol. 10, núm. 3, 2015, pp. 368; Simon J. Potter y Jonathan Saha, “Global History, Imperial History and Connected Histories of Empire”, *Journal of Colonialism and Colonial History*, vol.16, núm. 1, 2015, p. 1.

escapar a los enfoques clásicos o a las tradicionales formas de historiar, sin que lo anterior signifique pasar por alto las interconexiones que los múltiples tiempos históricos nos ofrecen.⁷ En el límite, de acuerdo con la sugerencia de Lou Xu,⁸ basado en la cosmovisión china, nos enfrentamos a dos dimensiones que es importante atender: una de ellas horizontal y otra la longitudinal.

Tercero, el reconocimiento de rupturas y continuidades en el estudio del devenir histórico permite establecer en forma relativamente coherente una periodización. Esta forma de abstraer el tiempo en la historia global 2007 abre la posibilidad de reconocer una pluralidad de elementos o fenómenos de hibridación (por ejemplo, la coexistencia de rasgos premodernos, modernos o posmodernos para un espacio en concreto) que impactan directamente los ritmos y las intensidades de los procesos de transformación.⁹ Los orígenes, las continuidades, las simultaneidades, las rupturas o las coyunturas explican en gran medida tanto las configuraciones pasadas como las presentes al conectarse y retroalimentarse mutuamente;¹⁰ además, son útiles para vincular una serie de eventos más allá de los tradicionales límites del quehacer histórico, ceñidos a las fronteras nacionales y, en ocasiones, dividido por áreas de conocimiento, o en su defecto, hacer comparaciones que por lo general buscan más las similitudes que los mecanismos de conexión a través del tiempo.

Finalmente, un enfoque transnacional y en su caso trans-disciplinario que ponga en relieve los elementos locales pero que vaya más allá de los encapsulamientos nacionales o de los aparentemente impermeables bloques estatales los cuales no son inmunes a diversos impactos que se transmiten desde el exterior. Estos elementos locales, no obstante su especificidad, no se encuentran aislados, de hecho, se presentan como piezas constitutivas clave de los diseños globales.¹¹ El quehacer histórico ha puesto de manifiesto, en repetidas ocasiones, lo poroso o artificial que resultan estos eventuales límites, las conexiones interculturales resultan un adecuado ejemplo al respecto, donde los hechos locales son susceptibles de ser analizados desde una perspectiva mucho más amplia que rebase la modernización occidental, la cual pretende que la suma de sus partes se conciba como un *todo* unificado; o el ofrecimiento de una especie de síntesis universal vista desde un centro sustentada en las nociones de *una* sola disciplina.¹²

⁷ Eric Hobsbawm, *Sobre historia*, Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1998, p. 23.

⁸ Lou Xu, "Reconstructing world history in the People's Republic of China since the 1980s", *Journal of World History*, vol. 18, núm. 3, 2007, September, p. 329.

⁹ Cfr. Fazio, *op.cit.*, p. 70.

¹⁰ Cfr. Conrad, *op. cit.*, p. 1026; Hobsbawm, *op. cit.*, p. 10.

¹¹ Cfr. Fazio, *op.cit.*, p. 63.

¹² Cfr. Subrahmanyam, *op. cit.*, p. 758; Gruzinski, *op. cit.*, p. 80; Xu, *op. cit.*, pp. 329 y 331.

De las cuatro características básicas señaladas que comparten los estudios de historia global y de las interpretaciones que de ellas se derivan detectamos algunas controversias que obviamente generan tensiones analíticas, pero simultáneamente nos abren la puerta hacia nuevas perspectivas. A continuación expondremos sólo tres de estas controversias, después presentaremos algunas tensiones analíticas para luego darle paso a las nuevas perspectivas.

Las controversias se originan de una visión o un conjunto de visiones contrapuestas sobre las interpretaciones que se pueden extraer de los hechos históricos desde una perspectiva global. Una primera controversia se desprende, por ejemplo, del papel hegemónico que se les ha otorgado a los europeos como actores de primer orden a través del tiempo. Un caso en este sentido serían los viajes de exploración hechos desde el siglo XV hasta el XIX. Pero de acuerdo con Subrahmanyam,¹³ no fue precisamente que el mundo girara en torno a las estrategias de exploración europeas, este autor en todo caso sugiere que se trató de una dinámica intercultural la cual modificó paulatinamente el carácter de todos los actores inmiscuidos en estos viajes conforme los contactos se hicieron más estrechos y frecuentes. El hecho de que exista una difusión narrativa más extendida sobre los viajes de exploración escrita en ciertos idiomas, esencialmente en inglés, no se traduce de manera inmediata en que unos lugares fueron más importantes que otros; cada espacio, cultura o grupo de actores jugó un papel específico que se interconectó con eventos de mayor envergadura.¹⁴ Es evidente que esta concepción de la historia se presta a controversias en cuanto al papel preponderante de lo que conocemos como *centros*; además, se retroalimenta directamente con cierto contenido etnocentrista, pero de igual forma, nos invita a estudiar el fenómeno en el marco de una perspectiva descentrada.¹⁵

Detrás de este tipo de argumentos subyace una idea de desenvolvimiento económico tendiente hacia la homogenización, que a su vez tocaría diferentes aspectos de la vida social y política mediante un sesgo modernizador de tipo occidental, el cual se haría más palpable conforme se desarrollara el sistema capitalista de producción. Sin embargo, las evidencias históricas muestran una diversidad de casos desde los puntos de vista cultural, económico, político y ambiental, tanto en las Américas, Asia y África como en Europa.¹⁶ La diferenciación sustentada en una

¹³ *Op. cit.*, p. 737.

¹⁴ *Cfr. Brown, op.cit.*, p. 386.

¹⁵ *Cfr. Gruzinski, op. cit.*, p. 13.

¹⁶ *Cfr. Harvey, David, El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Akal, Madrid, 2012, pp. 170 y 191.

variedad de experiencias no significa que éstas sean completamente ajenas entre sí, la diferencia es una oportunidad para conectar trayectorias dependientes (*path dependencies*) susceptibles de co-evolucionar en un mismo plano analítico. Lo anterior nos permitiría dibujar un panorama global que no necesariamente es *total*, como se pretendió hace algunos años con un tipo de historia que en su momento señaló Eric Hobsbawm.¹⁷ Es precisamente en este punto en donde los economistas del desarrollo y los historiadores pueden conectar sus lenguajes académicos en un mar de diferencias, lo cual parece ser más promisorio que un esquema netamente comparativo,¹⁸ sobre todo, cuando el análisis trata de navegar en las turbulentas aguas que explican el surgimiento de las sociedades modernas basadas en los procesos de industrialización, tal y como sucedió en Europa, sin tomar en cuenta el desenvolvimiento de fenómenos similares en otros espacios según se ha documentado para Asia y América Latina.¹⁹

El uso de conceptos como Ilustración, Capitalismo, Globalización o Revolución Industrial, entre otros, nos ubica de una manera sutil en una tendencia interpretativa muy difundida en la esfera académica; pero al mismo tiempo plagada de polémicas que los estudios de historia global tratan de desnudar ante los incrédulos ojos de quienes utilizan estos conceptos de una manera generalizada y cómoda. De lo anterior se desprende una segunda controversia: detrás de estos conceptos se esconde una naturaleza que enfatiza valores homogeneizadores, de un supuesto carácter *universal*, además pretende reflejar, a imagen y semejanza, lo europeo o lo occidental al *resto del mundo*. En el límite, esto nos conduce a una doble contradicción: la negación de la diversidad en ambos espacios. El colmo del asunto, tal como lo señala Perry Anderson,²⁰ era que se podía llegar a confundir, a principios del siglo XXI, los valores de la Unión Europea con aquellos de Europa, y a su vez éstos últimos con los de la Ilustración. Conjuntos de valores distintos entre ellos aunque imbricados de forma estrecha.

Para el caso de la Ilustración resulta interesante destacar que por lo regular ha sido entendida como un concepto más que como un proceso. Vista la Ilustración desde la primera acepción se convierte en un elemento clave de las narrativas de una historia mundial, en un signo de modernidad y en una base de interpretaciones estandarizadas del devenir histórico. Sin embargo, como señala Sebastian Conrad,²¹ también ha servido para perpetuar la mitología del eurocentrismo cuya

¹⁷ *Op. cit.*, p. 80.

¹⁸ *Cfr.* Potter y Saha, *op. cit.*, pp. 2-3,

¹⁹ *Cfr.* Riojas Carlos, *Estudios Proto-industriales: Origen y legado*, Plaza y Valdés-Universidad de Guadalajara, México, 2016.

²⁰ Anderson, *El nuevo viejo mundo*, Akal, Madrid, 2012 [2009], p. 113.

²¹ *Op. cit.*, pp. 999 y 1020.

retórica ha atendido a los intereses imperialistas a través del tiempo. ¿Qué tanto los conceptos de Desarrollo y Progreso han servido también como una útil herramienta para un orden imperial a nivel global? De hecho, los críticos de los críticos han abordado este tipo de análisis al sugerir que muchas de estas categorías (aun cuando cuestionen el sistema capitalista de producción en su ámbito mundial o las interpretaciones hegemónicas) no se ven reflejadas en las realidades históricas de, por ejemplo, América Latina, al estar este espacio aún más relegado en las grandes interpretaciones de envergadura *universal*.²² En este tipo de controversias también se inscriben los análisis sobre las estructuras gubernamentales, las variedades de capitalismo y los valores culturales que se conectan de manera estrecha con las formas de hacer la política pública a través del tiempo.²³

La tercera y última controversia que señalaremos aquí se puede englobar de manera resumida en una de las ideas de Edgar Morin,²⁴ cuando el filósofo francés nos dice que el *todo* es más que la suma de las partes. A lo que añadimos que las combinaciones al interior de este *todo* son susceptibles de generar nuevos elementos que actuarían distinto de forma “aislada”. Si tomamos en cuenta esta reflexión de Morin, en el contexto de una perspectiva histórica, nos enfrentaríamos entonces al reto de superar al menos una doble partición. La primera de ella es de carácter espacial, mientras que la segunda atañe directamente a las áreas de conocimiento. Por lo que respecta al espacio, el mundo sería concebido como un todo compuesto de una cantidad indeterminada de historias locales que trascienden diferentes escalas, algunas veces de manera evolutiva o discontinua, pero interconectadas entre sí mediante el cruce de sus trayectorias varias con impactos locales, regionales o externos que obviamente desbordarían los límites o fronteras de los Estados nacionales en función de la existencia de éstos.²⁵ Dicho lo anterior, sería entonces difícil concebir una y sólo una historia mundial con su inherente carácter homo-

²² Un ejemplo destacado sobre este punto lo encontramos esencialmente en la crítica que hace Walter D. Mignolo (2003: 104) a la visión de Immanuel Wallerstein (1974) sobre el Sistema Mundo. De igual forma aquí entran los cuestionamientos de Eduardo Gudynas (2015: 1) a la idea de la acumulación por desposesión, constantemente repetida en los textos de David Harvey (2005 y 2012) y retomada sin cuestionamiento alguno en trabajos que se autoproclaman críticos del devenir sociopolítico de las últimas décadas en América Latina (Veltmeyer y Petras, 2014: 13-43).

²³ Cfr. Moses Julia y Dauton Martin, “Editorial- border crossing: global dynamics of social policies and problems”, *Journal of Global History*, vol. 9, Issue 02, 2014, p. 178.

²⁴ Morin, *Mes philosophes*, Pluriel, Paris, 2013, p. 142.

²⁵ Cfr. Simensen Jarle, “Democracy and globalization: Nineteen eighty-nine and the ‘Third Wave’”, *Journal of World History*, núm. 10, Issue 2, 1999, p. 411; Schramm Christina, “Estado, justicia y libertad. Aportes al pensamiento político desde Ditsö Káska y la diáspora Africana”, *Anuario CIEP*, 4, 2014, pp. 24-49.

geneizador.²⁶ Trascender la historia por áreas de conocimiento sería el otro de los retos, es decir, superar la práctica de construir la “historia a pedacitos”, tal como lo denomina Giorgio Riello.²⁷ Si echamos una mirada a las diferentes especialidades de la historia encontramos un panorama complejo donde se mezcla nuevamente el espacio y las áreas de conocimiento mediante, por ejemplo, historia rural o historia urbana, a ello se agrega la historia económica, social, antropológica, política, psicoanalítica, etc.; a tal grado que esto motivó a Eric Hobsbawm a señalar en repetidas ocasiones que estos tipos de historia no existen, que la fragmentación nos impide entender los fenómenos desde una perspectiva global y cómo los eventos se interconectan a través del tiempo y el espacio.²⁸ En una situación contraria estaría la sugerencia, igualmente útil, de Kenneth Pomeranz sobre los límites de las conexiones, o para decirlo de otra forma, estar atentos a no caer en una tendencia de conectividades sinfin en los siempre difusos límites de esto que hemos llamado historia global.

El papel de occidente y de Europa como actores de primer orden, los conceptos con valores homogeneizadores y la partición disciplinar de la historia fueron sólo tres controversias que subrayamos en el marco del enfoque de historia global; lo que nos conduce de manera inmediata por un camino donde encontramos algunas tensiones analíticas al momento de abordar ciertos hechos en el marco de la aproximación en cuestión. Esta situación se hace más notable cuando las evidencias empíricas no necesariamente coinciden con el instrumental analítico usado de forma regular. Entonces, surgen algunas tensiones analíticas que, de manera simplificada, se hacen patentes cuando la evidencia empírica y la aproximación teórica encuentran una incómoda correspondencia.

La hegemonía que alcanza Europa como conjunto de naciones que rivalizan entre sí ha alimentado directamente tanto a la narrativa histórica moderna como a los estudios de área. La nación deviene bajo esta perspectiva el objeto de estudio básico no sólo en occidente, también lo ha sido en Asia o el mundo Islámico. No obstante ello, es factible encontrar en las diversas fuentes otras escalas analíticas que conectan historias locales o regionales con sus similares nacionales, pero sobre todo con otra dimensión que va más allá de las fronteras estatales, en ocasiones éstas últimas más ficticias que reales, como es lo global.²⁹ Pero no solamente el

²⁶ Cfr. Fazio, *op. cit.*, pp. 59 y 61; Mignolo Walter D., *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Akal, Madrid, 2003, p. 81.

²⁷ Riello, “What is global history? (review)”, *Journal of World History*, vol. 2, núm. 2, 2010, June, p. 305.

²⁸ *Op. cit.*, pp. 79, 96 y 207.

²⁹ Cfr. Subrahmayam, *op. cit.*, pp. 745-749; Anderson, *op. cit.*, p. 486; Benjamin, *op. cit.*, p. 378.

espacio “marginal” es el que toma un papel significativo dentro de estas tensiones analíticas, a ello se añaden los grupos poblacionales “periféricos”, “coloniales” o “subalternos” que no encuentran una posición estelar en las tradicionales formas de historiar. Por ejemplo, trabajadores manuales, pequeñas unidades de producción, comercio al menudeo o inmigrantes aparecen constantemente, pero se toman como algo “suplementario”, un “anexo”, o en el mejor de los casos un actor “secundario” en la historia mundial, no obstante su permanencia e influencia en los escenarios político, económico, social o cultural.³⁰

Por otra parte, si concebimos los términos Desarrollo y Progreso con base en su inherente carácter de mejoramiento sin límites, éstos están anclados a una idea que pertenece al pasado. Si bien es cierto que a inicios de la década de los años setenta del siglo XX se encendieron las primeras alertas sobre los *Límites del crecimiento*,³¹ no menos cierto es que transcurridos los primeros tres lustros del siglo XXI no sólo se afianzó la noción del límite, sino más bien, nos enfrentamos a escenarios francamente regresivos en materia de ambiente o calidad de vida.³² Reconstruir el pasado desde otro enfoque parece que deviene una de las principales tareas para los futuros historiadores. Por lo tanto, la traducción de una concepción lineal del Desarrollo, del Progreso o incluso de la Evolución no encuentra una adecuada compatibilidad con la noción de historia global; así mismo, este último enfoque no concuerda precisamente con las visiones de la historia universal, la historia mundial, la historia de la globalización, la historia por área cultural o la historia especializada, entre otras. De igual forma no se trata de una totalidad, cuyo elemento en común en este conjunto de visiones es su anclaje a un tipo de modernidad occidental donde no terminan por ensamblar las rupturas, las discontinuidades u otras interpretaciones fuera de cierta órbita de influencia.³³ Tal como enfatizan algunos estudios ambientales,³⁴ los fenómenos locales son trascendentes cuando los entendemos con base en su especificidad, pero sobre todo, conectados con otras dimensiones más amplias donde entran en juego diferentes tipos de población, particularidades territoriales, recursos naturales y las inheren-

³⁰ Cfr. Cohen Daniel, *Richesse du monde pauvreté des nations*, Flammarion, France, 1997, p. 15; Breuilly John, “Strategies for writing global history. A world connecting, 1870-1945, Edited by Rosenberg Emily S., Cambridge, MA: Harvard University Press, 2012”, *Journal of Global History*, vol. 9, Issue 02, 2014, p. 314.

³¹ Cfr. Meadows Donella H., et al., *The limits to growth. A Report for the club of Rome's project on predicament of mankind*, Universe Books, New York, 1972.

³² Cfr. Morin, *op. cit.*, p. 71.

³³ Cfr. Fazio, *op. cit.*, pp. 62 y 63; Mignolo, *op. cit.*, p. 30; Hobsbawm, *op. cit.*, p. 119; Xu, *op. cit.*, p. 327.

³⁴ Cfr. Ellis Erle C. et al., “Used planed: a global history”, *PNAS*, vol. 110, núm. 20, 2013, p. 7980.

tes adaptaciones de los seres vivos al medio, por mencionar sólo algunos factores que intervienen. Este conjunto de variables, aunque reducido, refleja las diversas trayectorias del espacio pero no de forma aislada; es decir, hablamos de una interacción de índole sistémica.³⁵ El reto, en absoluto menor, consiste en conectar de una manera relativamente coherente una serie de factores que intervienen en diferentes momentos y escalas analíticas. Situación susceptible de generar tensiones.

El reconocimiento de estas tensiones analíticas, derivadas de las controversias inherentes a un campo del conocimiento en constante transformación, nos abre la oportunidad de buscar nuevas perspectivas, cuyo resultado eventualmente radicaría en la construcción de un imaginario alternativo a fin de interpretar tanto los fenómenos ya abordados con otros enfoques o, en su defecto, una serie de nuevos desafíos asociados al pasado. Derivado de la presentación que nos hace Giorgio Riello³⁶ de la obra de Pamela Kyle Crossley (2008): *What is global history?*, nos preguntamos ¿qué tan pertinente resulta, por ejemplo, agrupar estas nuevas perspectivas analíticas en categorías como la divergencia, la convergencia, el contagio (enlace) y el sistema?

Por lo que corresponde a la divergencia, sobresale nuevamente la conexión de lo otro, visto por ejemplo desde las perspectivas de las escalas, que en un determinado momento adquieren las narrativas históricas mediante lo micro, meso y macro. Estas escalas pueden derivarse de una atenta lectura de nuestras fuentes,³⁷ lo que simultáneamente nos invita a ir más allá de los límites analíticos impuestos por las diferentes prácticas disciplinares que componen el quehacer histórico en particular, así como las ciencias sociales en general. Un elemento común entre lo general y lo particular es la interrogante siempre abierta sobre el encapsulamiento nacional como sinónimo de homogeneidad o pureza.³⁸

Ahora bien, a partir de esta divergencia encontramos una convergencia de hechos que pueden detectarse a una escala global, sin perder de vista que corremos el riesgo siempre latente de caer en burdas generalizaciones.³⁹ Sin embargo, son precisamente las diferentes imbricaciones las que nos darán un panorama aún más detallado sobre fenómenos en apariencia desvinculados, pero que se retroalimentan entre sí a través de una serie de canales tangibles e intangibles, donde se incluyen por supuesto aquéllos de carácter disciplinar, cuya pretensión radica en el discernir-

³⁵ Cfr. Potter y Saha, *op. cit.*, p. 4.

³⁶ Riello, *op. cit.*, pp. 306-307.

³⁷ Cfr. Subrahmayam, *op. cit.*, pp. 750-761.

³⁸ Cfr. Anderson, *op. cit.*, p. 195; Gruzinski, *op. cit.*, p. 14.

³⁹ Cfr. Berg Maxine, "Technology, skills and the pre-modern economy in the East and the West by Maarten Prak and Jan Luiten van Zenden", *Journal of Global History*, 10:3, 2015, p. 506.

miento de problemáticas en el contexto de una perspectiva global. Una evidencia de lo anterior la encontramos en los estudios ambientales, verdaderos pioneros en la perspectiva global de los cuales la historia puede aprender mucho.⁴⁰

Más que el contagio –desde una connotación clínica que esto implicaría– a nosotros nos gustaría destacar los variados mecanismos entre las personas y su ambiente circundante para entrar en contacto. Si bien es cierto que los centros hegemónicos han desarrollado una serie de mecanismos para extender sus vínculos a través del tiempo y del espacio, no menos cierto es que el desenvolvimiento de este enfoque global nos ha permitido iluminar otras relaciones complementarias, reactivas o emuladoras entre un mosaico de actores que se “pierden” ante el predominio de las grandes narrativas. Redes, cadenas, flujos y contenedores juegan aquí un papel importante en la configuración de un panorama más vasto, y en ocasiones más profundo, donde las imbricaciones son elementos clave.⁴¹

La permanente interacción de estos elementos es susceptible de manifestarse a través del funcionamiento de un sistema que englobe diversas conexiones dirigidas hacia un mismo fin, entre las que sobresalen las políticas, económicas y culturales.⁴² Lo anterior no se genera sin conflicto, tal como se puede constatar, por ejemplo, mediante la hegemonía británica para los siglos XVIII y XIX, las tensiones de la Guerra Fría o la influencia norteamericana desde la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días, lo cual obviamente tiene una serie de efectos pero que no caminan en un sólo sentido, más bien, se manifiestan mediante una constante retroalimentación dando lugar a interpretaciones alternas a las narrativas dominantes. Esta situación se puede verificar mediante la historia de los imperios (*Imperial History*), como un preludio a la historia de la globalización, con su inherente carácter modernista y occidentalizador.⁴³ Obviamente, el enfoque de historia global contiene estos últimos elementos, pero no se limita a ellos.

Con base en este conjunto de reflexiones sobre la historia global, que enfatizan de manera breve algunas controversias, tensiones analíticas y nuevas perspectivas, a continuación presentaremos las contribuciones que componen esta obra. El libro inicia con la propuesta de Sebastian Conrad, quien expone las agendas y perspecti-

⁴⁰ Cfr. Morin, *op. cit.*, pp. 49 y 92; Ellis, *et al.*, 2013: 7978

⁴¹ Cfr. Fazio, *op. cit.*, p. 68; Benjamin, *op. cit.*, p. 378.

⁴² Cfr. Breuilly, *op. cit.*, p. 320; Aldeman Jeremy, “Mimesis and rivalry: European empires and global regimes”, *Journal of Global History*, vol. 10, Issue 01, 2015, March, pp. 79.

⁴³ Cfr. Mignolo, *op. cit.*, p. 50; Potter y Saha, *op. cit.*, p. 1.

vas que enfrenta la historia global. De acuerdo con el autor, el cambio tecnológico experimentado durante las últimas décadas del siglo XX también influyó en la forma de escribir la historia, especialmente si tenemos en cuenta los dos defectos de origen vinculados con este campo disciplinar. El primero de ellos se asocia con el nacimiento de las ciencias sociales en general y de la historia en particular al constituirse como disciplinas en gran medida influidas por el devenir del Estado-Nación, lo que se resumiría en una especie de “nacionalismo metodológico”; el segundo defecto es que estas disciplinas modernas propagaron una visión profundamente eurocentrista, lo que compartimentó la realidad histórica. Por lo tanto, Conrad argumenta que historia global es una propuesta que trata de superar estas fallas de origen mediante la construcción de una visión menos fragmentada y un entendimiento más integral de las conexiones e interacciones que se presentan a través del tiempo y espacio.

De igual forma, este autor trata de persuadirnos de que no existe una sola historia global, o que predomina un enfoque único, por el contrario, nos plantea la existencia de al menos tres variedades. La primera de ellas sería una especie de historia global de todo, entendido aquí lo global a escala planetaria, con una cobertura mundial, pero que no solamente se encasilla en ésta; aunque en el límite todo puede ser global. Un segundo paradigma se inscribe en la vertiente de los intercambios y las conexiones, hace énfasis en que las naciones, sociedades o civilizaciones no existen aisladamente, sino que interactúan con escenarios endógenos y exógenos. La tercera variedad, con una aproximación más estrecha pero no por ello menos interesante, nos sugiere que la articulación hacia el exterior moldea paulatinamente la trayectoria histórica de las unidades de análisis más pequeñas, a las cuales intenta situar en un contexto global aunque éste no se analice de manera íntegra, es decir, la contextualización desde un escenario más amplio resulta clave en esta variedad.

Finalmente, la historia global es para Conrad una estrategia para visualizar el pretérito y a su vez un objeto de estudio que no puede construirse desvinculado de las fuentes. De ninguna manera la historia global pretende reemplazar a otros enfoques existentes, se concentra en edificar una perspectiva que rebase los tradicionales límites impuestos por la misma disciplina, tanto desde el punto de vista de la investigación como de la enseñanza. Es una propuesta para construir un nuevo panorama del quehacer histórico, pero sin ofrecerse como una panacea, porque su misión radica en integrar elementos hasta ahora poco considerados gracias a una nueva y diversa mirada hacia el pasado.

El segundo capítulo presenta las aportaciones de Federico Navarrete Linares, las cuales versan sobre la historia mundial y la cosmohistoria. Con base en fuentes históricas amerindias, concretamente el *Manuscrito Huarochirí*, problematiza sobre las variadas formas del quehacer histórico. Nuestro autor cuestiona la supuesta supe-

rioridad de la historia escrita, que se asocia a una tradición occidental, con respecto a la historia oral de los pueblos amerindios. En dicho *Manuscrito* coexisten estas dos perspectivas históricas, una especie de negociación diplomática entre mundos “socionaturales” diferentes, sugiere este texto. De igual forma, Navarrete subraya que la tradición occidental en el Nuevo Mundo se desprende de las prácticas y acciones políticas españolas, donde predomina obviamente un enfoque científico que pretende separar el mundo “real” del “natural”; mientras que para los pueblos amerindios estos mundos coexisten en un mismo escenario “socionatural”; es decir, mundos donde cohabitan la multiplicidad y la divergencia, sin que lo anterior se interprete como la imposición de una sobre la otra.

Si nos apegamos a los valores de la Ilustración de tipo europeo, entonces toda la humanidad participaría en una misma historia, la cual Kant reconoció como *la* historia universal, que a su vez implicaría la universalización de ciertos valores anclados a un mundo único, definido de manera exclusiva por la ciencia occidental, cuyos elementos más trascendentes los podemos encontrar en la homogeneización del espacio y la unidad histórica de todos seres humanos. Precisamente, para Navarrete la cosmohistoria se separa de esta visión, es una especie de negociación donde intervienen distintas temporalidades, no se trata de dos o más mundos o espacios separados que no se comunican ni se tocan entre sí, tampoco se refiere a un mundo real único o dominante, sino más bien, hace alusión a algo intermedio cuya totalidad en este caso sería más que la simple suma de sus partes. Por lo tanto, la cosmohistoria no se entiende como una perspectiva diferente en función a una serie de sucesos, es más bien el reconocimiento de la coexistencia de diversas perspectivas, donde yacen algunas sombras difícilmente perceptibles si atendemos exclusivamente a las narrativas históricas dominantes. ¿Será entonces la cosmohistoria un “entre espacio” de una unidad y una multiplicidad, donde cohabitan diferentes realidades, estilos de ser o de vivir que pueden permanecer ocultos ante fenómenos derivados del colonialismo o lo que se conoce como globalización? Es justamente lo que intenta responder Federico Navarrete en su contribución.

En el tercer capítulo, Bernd Hausberger expone sus “Consideraciones acerca del papel de América Latina para el arranque de la globalización”. En ellas trata de demostrar que Latinoamérica, desde principios del siglo XVI hasta los inicios del siglo XIX, no fue en absoluto un apéndice de los intereses externos, más bien, se erigió como un espacio que aportó elementos propios que contribuyeron en mucho a la construcción de una temprana globalización. Entonces, lo anterior reubicaría a este espacio en las narrativas dominantes de la historia global. Sin embargo, estas últimas han estado tradicionalmente marcadas por un eurocentrismo, cuya versión extrema sería un anglocentrismo, y por un sinocentrismo, que si los vemos en

conjunto dan como resultado una notable marginalización de América Latina en estas interpretaciones.

Esta indiferencia no sólo se circunscribe a América Latina como espacio. En algunas obras de historia global, que nuestro autor cita, es común encontrar cierta negligencia sobre temas que pondrían a este continente en un plano central en las principales discusiones que toman como marco referencial el enfoque en cuestión, entre ellos sobresalen, por ejemplo, las migraciones, las diásporas, los viajes, el conocimiento tradicional o los intercambios culturales, entre otros.⁴⁴ A fin de contrarrestar la influencia de esta tendencia interpretativa, Hausberger, por una parte, toma como evidencia los circuitos comerciales diseñados por los ibéricos en el Nuevo Mundo, que explican en gran medida el éxito alcanzado por los británicos en el proceso de globalización; asimismo nos manifiesta que la red de intercambios construida, administrada y dirigida por españoles y portugueses estableció vínculos duraderos entre diferentes macrorregiones del mundo, que contribuyeron a la arquitectura de la globalización aun cuando esta historia se cuente fundamentalmente en inglés. Este entramado dio nacimiento a una red sistémica de intercambios donde se interconectaron una serie de elementos que le brindaron cierta lógica de funcionamiento.

Por otra parte, Hausberger destaca también que el principal lubricante para la articulación de esta red de transacciones globales fueron los metales preciosos, producto de la minería en América Latina, que impactó tanto a Europa como a Asia. El autor argumenta que difícilmente estos dos últimos espacios podían darse el lujo de renunciar a los suministros de plata para la exportación e importación de mercancías a nivel global. Entonces, Hausberger cuestiona si una historia global puede considerarse tal si ignora descubrimientos como los realizados alrededor de 1545 de importantes yacimientos como los del Cerro Rico de Potosí, en los Andes, o las minas de Zacatecas, en la Nueva España. A ello también se añadiría, por ejemplo, los circuitos comerciales de El Caribe o el tráfico de esclavos, además, para épocas más recientes los procesos de industrialización con sus inherentes mercados de productos terminados y de materias primas como el algodón. Por lo tanto, creemos que esta contribución nos ofrece una serie de sólidos argumentos para repensar el papel de América Latina como actor de primer orden en los procesos que la historia global toma como objeto de estudio.

En una línea argumentativa similar, que en cierta medida refuerza lo expuesto en el capítulo anterior, Mariano Bonialian en el apartado cuatro nos expone la “Historia colonial e historia global. Enfoques desde la historia económica”. Para este autor la permanente desvalorización de Hispanoamérica en las narrativas dominantes nos imposibilita entender la integración a nivel global de los mercados en el siglo XVI. Por lo tanto, su objetivo radica en contribuir a esclarecer este escenario

⁴⁴ Cfr. Riello, *op. cit.*, p. 308.

relativamente marginado en los textos de historia global. En lo que se refiere a los flujos de mercancías entre Hispanoamérica, China y Europa, la América Latina colonial jugó un papel central. No obstante que otra serie de estudios, a los que Bonialian hace referencia en su exposición, ha logrado colocar al continente asiático como un socio importante en las transacciones de productos a nivel global, para el caso latinoamericano este tema es aún una asignatura pendiente, especialmente en lo que concierne a su área de influencia, que rebasa con mucho las dimensiones político-administrativas vinculadas a su gestión territorial, pero que no ha sido reconocida en sus verdaderas dimensiones.

Para lograr su objetivo el autor nos ofrece un modelo que se compone de tres grandes ejes geo-históricos, a saber: el trasatlántico novohispano conectado entre la Península Ibérica y el Puerto de Veracruz; el trasatlántico peruano que abarca España y Portobelo, y finalmente, el eje transpacífico que comunicaba a las Filipinas-China con Acapulco. No obstante al reconocimiento de estas escalas macro-analíticas, Bonialian nos advierte que es importante evitar un vicio común en los estudios coloniales, que consiste en concebir este tiempo desde una noción moderna de espacio anclada a lo nacional o al Estado-nación, lo cual no corresponde a la realidad histórica que se pretende analizar. De igual forma, autores como Simon J. Potter y Jonathan Saha señalan que muchas de las personas que llevaban a cabo transacciones a grandes distancias no las concebían como globales.⁴⁵ Su estudio y conexión a diferentes escalas nos ha permitido construir interpretaciones influidas por este enfoque. Por lo tanto, Bonialian nos invita a reconocer no sólo el predominio de fenómenos globales, sino también de aquellos de índole local o regional.

Entonces, el papel protagónico que adquiere la América Latina colonial en la temprana globalización puede estudiarse al menos desde tres planos analíticos como son la producción, el comercio y el consumo. Por lo que concierne a la primera, destaca la producción de plata, catalizador de las transacciones a nivel mundial. En segundo lugar, están los movimientos de las mercancías en general y de metales preciosos en particular a través de las rutas transatlánticas España-Veracruz y España-Portobelo, cuyo circuito marítimo para esta última ruta se extendía por tierra hasta Perú; así como el eje transpacífico entre Filipinas y Acapulco mediante el trayecto realizado por la *Nao de China*. Finalmente, el consumo que recientemente ha llamado la atención a otros estudiosos sobre historia global, donde se inscriben, por ejemplo, productos como la seda china o el algodón aún sin confeccionar, que se intercambiaban por metales preciosos, a ello se añaden las medidas de política interna en los dominios coloniales mediante la prohibición de elaborar telas o efectos similares que de alguna u otra manera pudieran competir con estos productos esenciales para mantener

⁴⁵ *Op. cit.*, p. 10.

vivos los circuitos comerciales en los que Hispanoamérica jugó un destacado papel a nivel global.

El quinto capítulo, cuyo título es “Mercancías globales y mercados locales en la Nueva España: la circulación interior de ‘efectos de China’, a fines del siglo XVIII”, escrito por Antonio Ibarra, nos brinda más detalles sobre el papel del consumo interno de los espacios americanos, lo cual se asoció de forma estrecha con los circuitos comerciales a nivel global, especialmente con aquellos organizados con China. En correspondencia con lo mencionado en otras contribuciones, sabemos que la plata americana allanó el camino hacia los mercados de oriente. Por lo tanto, el interés del autor es mostrar el dinamismo de estos flujos alimentados a nivel local por la demanda de las mercancías provenientes de China. No obstante que existen ciertas dificultades para medir con precisión los montos de las transacciones, el texto muestra elementos convincentes para inferir que una proporción importante de éstos pasaba por las manos de los mercaderes y en menor medida por las cajas de la Real Hacienda. Una fuente susceptible de revelar más pormenores de esta actividad es *la alcabala de efectos de China*, de la cual se pueden derivar mediciones del consumo urbano y rural, estimaciones del poder de compra de las economías regionales, así como algunos criterios para interpretar los patrones de consumo.

Por lo tanto, la circulación se articuló en tres espacios principales: americano, atlántico y oriental. Lo que a su vez se reflejó en el desenvolvimiento de dos procesos complementarios vinculados con el consumo: los polos de concentración de mercancías y los ritmos de circulación. Por lo que respecta a los polos, Ibarra destaca el papel fundamental que jugaron ciudades como Guadalajara o puertos comerciales como San Blas, cuyas funciones fueron organizar sus respectivos espacios a través de la absorción y distribución de mercancías. Resulta interesante subrayar que San Blas fue autorizado como puerto comercial en 1789, lo que posteriormente se refrendó en varias ocasiones e impactó de manera notable los circuitos comerciales de las regiones aledañas, cuyo nodo principal se encontraba establecido en Guadalajara. A pesar de ello, el autor nos alerta sobre la importancia de los territorios en este proceso de circulación interior de efectos de China, lo que le permite reconstruir una compleja conectividad derivada de los patrones de consumo. Relacionado con este último factor tenemos ya desde el siglo XVIII una especie de “globalización de los gustos del consumo” gracias a la magnitud de la demanda de los bienes considerados en el estudio. Por lo tanto, este trabajo constituye una aportación clave sobre el estudio del consumo, especialmente de efectos orientales, lo que se revela como una especie de radiografía territorial de las principales transformaciones asociadas a la esfera de los intercambios desde un enfoque que combina varias escalas durante el siglo XVIII en la Nueva España.

En el capítulo seis, Ricardo Pérez Montfort nos ofrece otra perspectiva del consumo mediante su artículo denominado: “Reflexiones y apuntes sobre la historia de la prohibición y tolerancia en torno de las drogas en México: De la historia regional a la historia global”. Nos muestra en su texto cómo a principios del siglo XX inicia la criminalización de la producción, venta y consumo de drogas, para ello utiliza un enfoque global al conectar escenarios internacionales, regionales y locales. De acuerdo con Breuilly,⁴⁶ dicho fenómeno, al incrementar su importancia en cuanto al monto de recursos movilizados, lograr notoriedad entre diversas capas de la sociedad y transformarse en una actividad ilícita desde la perspectiva oficial, adquirió el nombre de narcotráfico, que en el contexto de la historia global estaríamos hablando de un nuevo mercado con sus formas específicas de producción y el nacimiento de sus respectivas cadenas de mercancías. El autor nos recuerda que en los primeros años de la Revolución Mexicana, en el estado de Coahuila, el gobernador Venustiano Carranza fue un promotor de “campañas contra el vicio”; era común en Torreón, por ejemplo, encontrar algunas casas comerciales y negocios farmacéuticos que importaban libremente opio, el cual después sería distribuido más allá de los confines de la ciudad por vendedores ambulantes chinos. Tanto el opio, como la cocaína y la heroína ingresaban a México mediante barcos ingleses y alemanes, las iniciativas de prohibición por parte del gobierno mexicano, que a su vez respondía a la exigencias provenientes de Estados Unidos al intentar imponer sus políticas prohibicionistas a todo el mundo y así fortalecer su papel de “imperio económico”,⁴⁷ provocaron una intensa actividad diplomática en los años de 1913-1914 entre México y diferentes países europeos.

Por otra parte, Pérez Montfort señala que la tradición de fumar opio de las comunidades chinas establecidas en México era vista como “vicio” intolerable, lo que impulsó actitudes intransigentes por parte de las autoridades mexicanas y otros sectores de la sociedad, a quienes se les dificultaba entender esta peculiar relación entre “natura” y “cultura”, tal como la denominaría Walter D. Mignolo.⁴⁸ Para 1914, Tijuana y Mexicali se habían convertido en “terrenos de diversión y entretenimiento” a donde acudían mexicanos, estadounidenses, europeos y chinos. Por ejemplo, el texto señala que en Mexicali había fumaderos de opio prácticamente en cada cuadra; además, el consumo de drogas creció a raíz de la situación bélica de aquella época y la creciente militarización. Aún antes de iniciada la Primera Guerra Mundial existía una oferta francamente abierta sobre la venta de cigarrillos de “*Cannabis sativa*” en algunos cotidianos en la Ciudad de México, tal como lo muestra nuestro autor en su contribución. Para diciembre de 1915 se decretó

⁴⁶ *Op. cit.*, p. 318.

⁴⁷ Potter y Saha, *op. cit.*, p. 3.

⁴⁸ *Op. cit.*, p. 41.

la prohibición para importar opio así como sus derivados y similares, incluso en Matamoros se restringieron también los placeres básicos como el baile, la música y el alcohol con el objetivo de evitar la “degeneración de la raza”. Ante tales manifestaciones expresadas a nivel local, regional y global surgieron en el país grupos de pequeños contrabandistas que se beneficiaban de estas políticas, las disputas por la distribución de las drogas en este nuevo mercado se dieron tanto con las fuerzas del orden mexicanas y sus similares fronterizas en Estados Unidos, lo que dio inicio a la difusión de corridos y mitologías, pero especialmente, como apunta Pérez Montfort, a una novedosa forma de impulsar la producción, venta y consumo de drogas en un contexto histórico marcado por los conflictos bélicos internacionales.

El capítulo siete, escrito por Stefan Rinke, se titula: ““Un monstruoso atentado contra la cultura humana’: El comienzo de la Guerra Mundial en 1914 en Latinoamérica”. El texto muestra dos argumentos centrales, el primero de ellos subraya la relativa marginación que sufre América Latina en estudios recientes que abordan la Primera Guerra Mundial, donde apenas si se menciona este continente. Mientras que el segundo argumento sintetiza algunas representaciones gráficas que se hacían de Europa en diferentes publicaciones periódicas latinoamericanas durante aquella época, dichas publicaciones en términos generales mostraban a este evento como una barbarie. Por lo que toca al primer argumento, después de revisar los principales estudios contemporáneos que abordan la Primera Guerra Mundial, Rinke encuentra que América Latina está prácticamente ausente en dichas narrativas, lo que en el límite pone en duda la visión transnacional que este *corpus* bibliográfico pretende proyectar al desestimar el papel de los latinoamericanos en el contexto global; con base en ello nuestro autor se cuestiona si esa marginación latinoamericana se deriva de una desconexión del continente con respecto a los principales eventos bélicos que a partir de 1914 sucedieron en Europa, situación que lo convertiría por añadidura en un espacio de buenaventura. Tal como lo muestra en su exposición, América Latina estaba lejos de esta situación idílica en un mundo envuelto en graves conflictos militares, baste recordar que esos fueron precisamente los años de la Revolución Mexicana. Por lo tanto, la prensa en América Latina publicó diferentes reacciones con respecto a los hechos belicosos que se desenvolvían en el viejo continente.

A partir de este conjunto de impresiones y representaciones hechas sobre Europa al inicio de la Primera Guerra Mundial, Rinke construye su segundo argumento. En términos generales, la prensa latinoamericana señalaba una verdadera catástrofe, la cual no sólo atentaba contra los europeos en sí, se trataba de una amenaza para toda la humanidad. Lo cual le brindaba una dimensión global donde ningún ser humano podía permanecer como un simple espectador ante semejante barbarie.

Con base en ello, Rinke nos muestra las representaciones e interpretaciones que algunos intelectuales latinoamericanos hacían, cuyo énfasis explicativo radicaba en señalar que si bien era cierto que la guerra había comenzado con un hecho aparentemente local, ésta devino una amenaza para toda la humanidad dado el grado de conexión que se había alcanzado entre las diferentes naciones del mundo, donde las consecuencias sociales, económicas y culturales terminarían por impactar tarde o temprano la vida cotidiana de los latinoamericanos. Se temía la ruina de la economía mundial y un ciclo de violencia global. Lo cual venía a contribuir a un ambiente social crecientemente pesimista con respecto a las alternativas de progreso que se emanaban de Europa, al considerar a este continente como un modelo totalmente obsoleto y una situación imposible de ignorar o evadir dado el entrelazamiento que se había construido con el devenir del tiempo.

Finalmente, el octavo capítulo, “Agendas globales, agendas locales: procesos de cambio institucional en América Latina y Europa Central a finales del siglo XX”, corre a cuenta de Carlos Riojas. El objetivo general que persigue nuestro autor radica en dibujar a grandes trazos cómo co-evolucionaron las trayectorias históricas de ambos espacios durante las dos últimas décadas del siglo XX. Dichas trayectorias, en un momento determinado, se interconectaron mediante una serie de eventos expresados a nivel global y local. Un conector determinante fue precisamente la promoción de una agenda de cambio institucional asociada a las ideas de políticas públicas con una fuerte inspiración neoliberal, donde destacan elementos tales como la liberalización comercial, el proceso de privatización y los impulsos democratizadores. De manera concreta, trata de demostrar cómo estas agendas aparentemente locales se transformaron en iniciativas que respondían a un contexto expresado a nivel global apoyado por organizaciones internacionales, donde la coordinación entre la reforma económica y el proceso de democratización resultó clave. Una evidencia empírica que sustenta esta conexión se basa en una muestra de artículos de prensa aparecidos en 1989, año crucial dentro del periodo de estudio, y que a su vez explica en gran medida la naturaleza del proceso de transformación institucional con alcances mundiales.

De igual forma, Riojas enfatiza cómo el proceso de democratización tanto en América Latina como en Europa Central aconteció en un ambiente caracterizado por profundas crisis económicas, las cuales no sólo impactaban el aparato productivo en ambos continentes, en todo caso era la manifestación de una crisis mucho más extensa, una crisis sistémica. Este panorama general de crisis terminó por impactar de forma negativa el proceso de cambio institucional en su conjunto, especialmente cuando los alcances del mismo no correspondían con las expectativas originalmente planteadas tanto en la transformación sistémica en Europa Central o, en su defecto, el ajuste estructural en América Latina.

Por último, para concluir este estudio introductorio esperamos que este conjunto de ensayos sirva a nuestros lectores para motivarlos a pensar en las controversias que se pueden derivar de la historia global, a reflexionar sobre las tensiones analíticas que de ellas se desprenden, pero sobre todo impulsarlos a buscar nuevas perspectivas, tanto teóricas como empíricas, que les permitan comprender una serie de fenómenos históricos con un enfoque mucho más amplio en el tiempo y en el espacio, con un espíritu crítico independientemente del lugar en que se encuentren de este mundo cada vez más interconectado. Para ello, resulta importante tener presente la cita que el historiador alemán Fritz Stern⁴⁹ hizo en 1989 de Bronislaw Geremek, quien nos advertía que era más fácil reconocer hechos históricos de manera individual, pero es mucho más complicado detectar las conexiones que de ellos emanan.

⁴⁹ Fritz Stern murió el 18 de mayo de 2016, la revista *The New York Review of Books* lo recordó circulando la colaboración que aquí citamos (“The common house of Europe”, *The New York Review of Books*, vol. 36, núm. 19, 1989, December 7, pp. 1-5), donde quedó de manifiesto el agudo olfato histórico que le ayudó a entender el presente con una refinada reflexión sobre el fin de los sistemas socialista de tipo soviético.

SEBASTIAN CONRAD

HISTORIA GLOBAL - AGENDAS Y PERSPECTIVAS

“Todos los historiadores son ahora historiadores del mundo” ha declarado un tanto provocativo C. A. Bayly, y agrega “aunque muchos no se han dado cuenta de ello todavía.”¹ De hecho, no puede haber dudas de que la historia global/mundial está actualmente en auge. En Estados Unidos, y en el mundo de habla inglesa en general, ha sido el campo que ha crecido más rápidamente dentro de la disciplina en las últimas décadas. Además en algunas partes de Europa, como también de Asia Oriental, la historia global está aumentando y cada vez más está siendo abordada con mayor entusiasmo por una generación de historiadores más jóvenes. Por todas partes están apareciendo revistas especializadas y congresos, y en muchos lugares las “dimensiones globales” se han convertido en un componente prácticamente obligatorio de las propuestas de proyectos exitosos. Pero, ¿este aumento de popularidad hace de cada historiador un historiador global? ¿Qué clase de historia global se pretende con esto? Y ¿por qué está sucediendo esto ahora?

Hay muchas razones para este auge. Sobre todo, el interés en los procesos globales aumentó considerablemente después del fin de la Guerra Fría y, por otra parte, luego del 11 de septiembre de 2001. Como “globalización” se convirtió en la palabra clave actual, la necesidad de retroceder en el tiempo y analizar los orígenes históricos del proceso pareció inmediatamente evidente. En muchos lugares, en particular en sociedades inmigrantes, la historia global es también una respuesta a los desafíos sociales y a las demandas para crear una perspectiva del pasado más inclusiva y menos limitada a lo nacional. El cambio curricular de Civilización Occidental a historia global en Estados Unidos es un resultado típico de tales presiones sociales. Dentro de la academia, tales tendencias han reforzado la insatisfacción con ideas dominantes y de larga existencia

¹ C.A. Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, Blackwell, Oxford, 2004, p. 469.

que conciben a las historias nacionales como historia de espacios separados y autónomos.²

Además, la revolución en las comunicaciones desde los años noventa ha tenido un impacto importante en nuestras interpretaciones del pasado. Los historiadores – y sus lectores – están viajando y experimentando el mundo en proporciones sin precedentes. Internet y la creciente movilidad han facilitado el trabajo en red de historiadores y han hecho posible el surgimiento de foros globales, aunque las voces de los países que antiguamente fueron colonias sean con frecuencia apenas perceptibles. Como resultado, hoy en día los historiadores están tratando con un gran número de narraciones rivales, y ven un potencial precisamente en esta diversidad de voces. Finalmente, la lógica de trabajo en red que es estimulada por la informática también ha influido en el pensamiento de los historiadores. Escribir historia en el siglo XXI es diferente de lo que solía ser.

¿POR QUÉ HISTORIA GLOBAL?

MÁS ALLÁ DEL INTERNALISMO Y EL EUROCENTRISMO

La historia global surgió de la impresión de que las herramientas que los historiadores utilizan para analizar el pasado ya no son suficientes. La globalización ha representado un desafío fundamental para las ciencias sociales y para los relatos dominantes del cambio social. Entrelazamientos y redes caracterizan al momento presente, el cual ha surgido de sistemas de interacción e intercambio. Pero en muchos aspectos, las ciencias sociales no son actualmente lo suficientemente capaces de plantear preguntas y generar respuestas que ayuden a comprender la realidad de un mundo conectado en red y globalizado.

En particular, dos “defectos de nacimiento” de las ciencias sociales y humanidades modernas obstaculizan la comprensión sistemática de procesos que atraviesan al mundo. Ambos se remontan a la formación de las disciplinas académicas modernas en la Europa del siglo XIX. Primero, el origen de las ciencias sociales y humanidades estuvo atado al estado-nación. En sus temas y preguntas, pero también en su función en la sociedad, especialidades como la historia, la sociología y la filología permanecieron vinculadas a la sociedad particular de cada país. Aparte de esto, el “nacionalismo metodológico” de las disciplinas académicas supuso que, teóricamente y más allá de casos individuales, el estado-nación fuese considerado la unidad fundamental de investigación, el estado territorial como el “contenedor” de

² Anthony G. Hopkins (ed.), *Globalization in World History*, Pimlico, London, 2002; Thomas Bender (ed.), *Rethinking American History in a Global Age*, University of California Press, Berkeley, CA, 2002.

la sociedad. El compromiso con contenedores ligados al territorio era más fuerte en el campo de la historia que en algunas de las disciplinas vecinas. El conocimiento del mundo estaba de este modo discursiva e institucionalmente pre-estructurado de tal forma que el papel significativo de las relaciones de intercambio tendió a ser ocultado de la simple vista. La historia, en su mayor parte, estuvo limitada a la historia nacional.³

Segundo, las disciplinas modernas eran profundamente eurocéntricas. Sitúan a los desenvolvimientos europeos en el primer plano y veían a Europa como la fuerza impulsora central de la historia mundial. Es aún más fundamental que las herramientas conceptuales de las ciencias sociales y humanidades convirtieron a la historia Europea en un modelo de desarrollo universal. Términos aparentemente analíticos como nación, revolución, sociedad y progreso transformaron la concreta experiencia europea en un lenguaje teórico (universal) que supuestamente era aplicable en todas partes. Desde una perspectiva metodológica, entonces, a través de esta imposición de categorías especiales en el pasado de todos los demás, las disciplinas modernas convirtieron al resto de las sociedades en colonias de Europa.⁴

La historia global es un intento de enfrentar estos desafíos y de superar los dos defectos de origen de las disciplinas modernas. Es por lo tanto un enfoque revisionista, incluso si se construye sobre una gran serie de antecedentes como en cuestiones de migración, colonialismo y comercio que han sido atractivos para los historiadores desde hace mucho tiempo. El interés en examinar fenómenos transfronterizos podría no ser en sí mismo nuevo; pero ahora reclama cambiar el terreno en el cual los historiadores piensan. Generalmente se ha dicho, por lo tanto, que la historia global tiene una dimensión polémica, ya que prepara un ataque a muchas formas de paradigmas basados en contenedores, entre los cuales el principal es la historia nacional. Como se discutirá con más detalle a lo largo de esta obra, es un correctivo de versiones internalistas, o genealógicas, del pensamiento histórico que tratan de explicar el cambio histórico desde adentro.

Al mismo tiempo, más allá de cuestiones de método, la historia global se propone lograr un cambio en la organización y el orden institucional del conocimiento. En un buen número de países, la historia fue durante mucho tiempo equiparada en la

³ Kenneth Pomeranz, "Histories for a Less National Age", *American Historical Review*, núm. 119, 2014, pp. 1-22; Immanuel Wallerstein et al. (eds.), *Open the Social Sciences: Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*, Stanford University Press, Stanford, CA, 1996.

⁴ Para la noción de defectos de nacimiento, véase Jerry H. Bentley, "Introduction: The Task of World History", en: J.H. Bentley (ed.), *The Oxford Handbook of World History*, Oxford University Press, Oxford, 2011, pp. 1-16.

práctica con la historia nacional de un país; la mayoría de los historiadores italianos trabajan sobre Italia, la mayoría de sus colegas coreanos estudian Corea; prácticamente en todas partes, generaciones de estudiantes fueron iniciados con manuales que narraban el pasado nacional. En este sentido, el reclamo de una historia global es también un reclamo de inclusividad, de una visión más amplia: también otros pasados fueron historia.

E incluso donde las facultades cuentan con personal adecuado y están bien preparadas para una cobertura más amplia, se tiende a presentar las historias de naciones y civilizaciones como mónadas, aisladas. Los libros de texto de historia mundial chinos, por ejemplo, excluyen rotundamente a China, ya que el pasado nacional es enseñado en un instituto diferente. La compartimentación de la realidad histórica – en historia nacional y mundial, en historia y estudios de área – significa que las analogías y los entrelazamientos no pueden ser visualizados. El caso de la historia global es de este modo también una petición para superar dicha fragmentación y llegar a una comprensión más integral de las interacciones y conexiones que han creado al mundo moderno.

La historia global no es desde luego la única alternativa; no es un enfoque radicalmente superior. Es un enfoque entre muchos, es más apropiado para abordar ciertas cuestiones y preocupaciones que otras. Sus preocupaciones centrales están relacionadas con la movilidad y el intercambio, con procesos que trascienden fronteras y límites. Las personas, las ideas y las instituciones se encuentran entre los temas claves de este enfoque.

Como una aproximación inicial y todavía muy general, la historia global describe una forma de análisis histórico en el cual fenómenos, acontecimientos o procesos son situados en contextos globales. Sin embargo, hay desacuerdo en cómo se lleva a cabo del mejor modo. Otros numerosos enfoques –que abarcan desde la historia comparada y transnacional a la historia mundial y la gran historia, a estudios poscoloniales y la historia de la globalización– compiten actualmente por la atención erudita. Al igual que la historia global, se comprometen a asimilar las conectividades del pasado.

Cada uno de estos diversos paradigmas propone un énfasis propio; como tendremos la oportunidad de ver en este libro algunas de las variantes más destacadas. Sin embargo, uno no debería exagerar las diferencias entre ellos; también hay muchas cosas en común y áreas de coincidencias. De hecho, ha resultado difícil definir rigidamente qué hace a la historia global específica y única. Y si observamos el uso real del término, la tarea no resulta más fácil. Cualquier mirada superficial a la bibliografía actual revela inmediatamente que el término es usado, y apropiado, para una gran variedad de propósitos diferentes; con frecuencia, es utilizado de manera intercambiable con otros términos. Su uso generalizado

demuestra tanto el atractivo como el carácter esquivo del concepto, en lugar de su rigor metodológico.⁵

TRES VARIANTES DE HISTORIA GLOBAL

En esta situación de eclecticismo y confusión teórica, puede, no obstante, ser de ayuda distinguir heurísticamente diferentes reacciones al desafío de lo global. Dejando de lado algunos detalles, pueden dividirse en tres campos: la historia global como la historia de todo, como la historia de las conexiones y como la historia de la integración. Ocupémonos de ellas por turnos.

Primero, una forma de abordar la historia global es equipararla con la historia de todo. “La historia global, estrictamente entendida, es la historia de lo que sucede en todo el mundo”, escriben Fernández-Armesto y Sacks, “a través del planeta como una unidad, como si fuera visto desde una torre de vigía cósmica, con las ventajas de una enorme distancia y un alcance panóptico.” Desde esta perspectiva omnívora, todo lo que alguna vez sucedió en el planeta es un componente legítimo de la historia global.⁶

En la práctica esto ha conducido a diferentes estrategias. Las versiones más destacadas son los trabajos de síntesis a gran escala que intentan capturar la realidad global en un período específico. El siglo XIX, por ejemplo, ha encontrado varios biógrafos sofisticados, mientras otros se contentan a sí mismos con un panorama global de un año en particular. Incluso otros han ampliado el alcance y retratado milenios enteros, si no la “historia del mundo” *tout court*. En el caso de la gran historia, la escala es ampliada aún más, extendiéndose desde el *Big bang* hasta el presente. Cualquiera que sea la escala, la práctica general es la misma: aquí lo “global” se refiere a lo planetario con carácter exhaustivo.⁷

⁵ Dominic Sachsenmaier, “Global History”, Versión:1.0, *Docupedia-Zeitgeschichte*, 11 Feb. 2010, http://docupedia.de/zg/Global_History?oldid=84616.

⁶ Felipe Fernández-Armesto y Benjamin Sacks, “Networks, Interactions, and Connective History” en: Douglas Northrop (ed.), *A Companion to World History*, Wiley-Blackwell, Oxford, 2012, pp. 303-320, cita: 303.

⁷ Los ejemplos incluyen, para el siglo XIX, a C. A. Bayly, *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, Blackwell, Oxford, 2004; Jürgen Osterhammel, *The Transformation of the World: A Global History of the Nineteenth Century*, Princeton University Press, Princeton, 2014; para años, a: Olivier Bernier, *The World in 1800*, Wiley, New York, 2000; John E. Wills, *1688: A Global History*, W. W. Norton, New York, 2002; para el último milenio, David S. Landes, *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some are so Rich and Some are so Poor*, Norton New York, 1998; para el mundo, Felipe Fernández-Armesto, *The World: A Brief History*, Pearson Prentice Hall, New York, 2007; para la gran historia, David Christian, *Maps of Time: An Introduction to Big History*, University of California Press, Berkeley, 2004.

De forma similar, los historiadores han elegido rastrear una idea o formación histórica en particular a través del tiempo y del planeta. Ejemplos especialmente convincentes de este tipo de trabajo son los estudios sobre la historia global de imperios que describen formaciones imperiales y sus estrategias de administración de la población desde la Antigua Roma (o desde Tamerlán) hasta el presente.⁸ Pero en principio, cualquier objeto es lo suficientemente bueno y tiene derecho a una biografía global. Ahora tenemos historias globales de monarquías y de cortesanos; historias del té y el café, del azúcar y el algodón, del vidrio y el oro; historias de la migración y el comercio; historias globales de la naturaleza y de la religión; historias de la guerra y de la paz. Los ejemplos son muchos.

Mientras el término historia global puede sugerirnos una cobertura mundial, no es este necesariamente el caso. En principio, cualquier cosa puede volverse un tema legítimo para los historiadores globales: la historia global como antología. Un estudio de los mineros sudafricanos en Witwatersrand, de la coronación del rey hawaiano Kalakaua o de una aldea del sur de Francia en el siglo XIII, pueden también ser una contribución a la historia global.

Una vez que se ha establecido que la historia global es todo, todo puede convertirse en historia global. Esto es menos absurdo de lo que parece. La situación no fue demasiado diferente en los días en que la historia nacional tenía un dominio supremo. Aquí también, la cobertura no se extendía necesariamente a la nación como un todo. Nadie dudaría, por ejemplo, que una biografía de Benjamin Franklin o un estudio exhaustivo de la industria automotriz en Detroit también son contribuciones a la historia de Estados Unidos. Una vez establecido el marco de la historia nacional en su totalidad, todo lo que está dentro de ese contenedor parece un componente natural.

Lo mismo es cierto para la versión todo-incluido de la historia global. Estudios de las clases trabajadoras en Buenos Aires, Dakar o Livorno pueden contribuir a una historia global del trabajo, incluso si ellos mismos no investigan aquellos horizontes globales. Esto es especialmente así si los historiadores toman en cuenta y son inspirados por estudios de fenómenos similares, como el libro de Dipesh Chakrabarty sobre los trabajadores del yute en Bengala o el estudio de Frederick Cooper sobre los trabajadores portuarios en Mombasa.⁹ El atractivo de la historia global es realizado cuando los historiadores conducen sus investigaciones con

⁸ John Darwin, *After Tamerlane: The Global History of Empire*, Penguin Books, London, 2007; Jane Burbank y Frederick Cooper, *Empires in World History: Power and the Politics of Difference*, Princeton University Press, Princeton, 2010.

⁹ Dipesh Chakrabarty, *Rethinking Working-Class History: Bengal 1890-1940*, Yale University Press, New Haven, 1987; Frederick Cooper, *On the African Waterfront: Urban Disorder and the Transformation of Work in Colonial Mombasa*, Yale University Press, New Haven, 1987.

casos similares en la mente y con libros sobre temas relacionados en otras partes del mundo en sus listas de lecturas.

Un segundo paradigma en el campo coloca el foco en las conexiones y el intercambio. Este es el tipo de investigación más popular que se ha utilizado en los años recientes. La percepción general es que ninguna sociedad, nación o civilización existe aislada. Desde un principio, la vida de los seres humanos en el planeta se caracterizó por la movilidad y las interacciones. Por lo tanto, dichos movimientos constituyen el tema privilegiado de la historia global entendida ante todo como la historia de los entrelazamientos. De este modo, esta obsesión con complementos conectivos corrige lo que podríamos llamar la frugalidad de los marcos anteriores que más o menos detuvieron el recorrido intelectual en las fronteras del estado-nación, el imperio o la civilización.

No hay límites para los temas que pueden ser estudiados desde tal perspectiva, abarcando desde personas en movimiento hasta ideas en circulación y comercio a través de las distancias. Nuevamente, el alcance de las redes y conexiones puede variar y puede no ser planetaria. La extensión de estas relaciones depende del tema en cuestión y de las preguntas planteadas: comercio en el Mediterráneo, el Hajj a través del océano Índico, cadenas migratorias entre China y Singapur, misiones diplomáticas al Vaticano. En todas estas instancias, la interconectividad del mundo, que puede ser rastreada durante siglos, es el punto de inicio para la investigación histórica global.

Ambas versiones de la historia global discutidas hasta el momento son aplicables en principio a todos los lugares y a todos los tiempos. Esto es diferente con el tercer y más limitado enfoque que pretende alguna forma de integración global. Como se discutirá con más detalle en otras contribuciones de esta obra, este enfoque se refiere a modelos de intercambio que fueron regulares, constantes, y por ello capaces de dar forma a sociedades de maneras profundas. Siempre han existido intercambios transfronterizos, pero su funcionamiento e impacto dependió del grado de integración sistémica en una escala global.

Esta es la dirección que han seguido la mayoría de los estudios recientes más sofisticados. Tomemos como ejemplo el trabajo de Christopher Hill sobre el surgimiento de la escritura de la historia moderna en Francia, Estados Unidos y Japón a finales del siglo XIX. En este libro, el autor no analiza los tres casos en relación con las tradiciones de escritura del pasado en los tres países, como tendería a hacerlo una historiografía más tradicional. Tampoco el foco está principalmente en las conexiones entre ellos. Más bien, Hill coloca a las tres naciones en el contexto del cambio interno y las transformaciones globales. Las tres sociedades enfrentaron el desafío de agitaciones internas —Estados Unidos se recuperaba de la Guerra Civil, Francia de la derrota ante Prusia, mientras Japón remodelaba su gobierno después

de la Restauración Meiji. Al mismo tiempo, fueron implicadas en la reestructuración fundamental del orden mundial por el capitalismo y el sistema internacional de estados. Así, la escritura de la historia sirvió como un medio para conceptualizar las diferentes posiciones de cada nación dentro de este amplio y jerárquico orden, así mismo, para hacer que el surgimiento del estado-nación parezca necesario y natural. Analíticamente, entonces, el énfasis está en los posibles determinantes globales que influenciaron las narrativas históricas que surgieron en los tres lugares.¹⁰

De esta manera, los historiadores han situado explícitamente casos particulares en sus contextos globales. Ellos buscan explicar “las contingencias y procesos de base de la actividad humana con y dentro de estructuras que son al mismo tiempo productos y condiciones de esa actividad.”¹¹ En esta interpretación, lo global se convierte en el último marco de referencia para cualquier comprensión del pasado. En principio, dicha contextualización no está limitada al pasado más reciente y puede ser aplicada a diversos períodos; el grado de integración, sin embargo, es posible que sea bastante débil en algunos casos. Cuanto más se ha transformado el mundo en una única entidad política, social y cultural, más fuerte son los vínculos causales con el nivel global. Como resultado de la proliferación y perpetuación de vínculos, los acontecimientos locales están cada vez más influenciados por el contexto global que puede ser entendido estructuralmente o incluso sistémicamente.

PROCESO Y PERSPECTIVA

La historia global es a la vez un objeto de estudio y una forma particular de estudiar la historia: es al mismo tiempo un proceso y una perspectiva, un tema y una metodología. En este doble carácter, se parece a otros campos/enfoques en la disciplina, como la historia social o la historia de género. En la práctica, las dos dimensiones están normalmente relacionadas, pero por razones heurísticas, podemos mantenerlas separadas. En general, podemos diferenciar entre la historia global como la perspectiva de los historiadores, como la perspectiva de los actores históricos y como una escala del proceso histórico mismo.¹²

¹⁰ Christopher L. Hill, *National History and the World of Nations: Capital State and the Rhetoric Of History in Japan France and the United States*, Duke University Press, Durham, NC, 2008.

¹¹ Arif Dirlik, *Performing the World: Reality and Representation in the Making of World Histor(ies)*, *Journal of World History*, núm. 6, 2005, pp. 391-410, cita: 396

¹² Samuel Moyn y Andrew Sartori, “Approaches to Global Intellectual History”, en: Moyn y Sartori (eds.), *Global Intellectual History*, Columbia University Press, New York, 2013, pp. 3-30.

Cuando los historiadores optan por una perspectiva global, en cierta forma ellos crean lo global en cuestión. Esto es claro en el caso de las comparaciones, en especial cuando dichas comparaciones no dependen de intercambios entre ambos casos o de fuertes vínculos causales. Si comparamos, por tomar un ejemplo típico, el Imperio Romano y la China de la dinastía Han, la perspectiva global está exclusivamente en los ojos del observador. Casi no existían vínculos importantes entre los dos casos, y una economía mundial envolvente no había aún emergido. Entonces, cuando comparamos las estrategias de conquista y control de frontera, de administración de población y la negociación de las diferencias étnicas y religiosas, necesitamos adoptar una historia global del imperio como el patrón con el cual comparar los dos casos. Lo “global”, entonces, no puede leerse en el registro histórico, sólo es una construcción del historiador.

En general, la historia global es una perspectiva entre otras. Es un recurso heurístico que permite plantear cuestiones y generar respuestas que son diferentes de aquellas creadas por otros enfoques. La historia de la esclavitud en el mundo Atlántico es un buen ejemplo. Los historiadores han investigado la historia social de la población esclava, sus condiciones laborales y la formación de su comunidad. Han utilizado un enfoque de género para hablar sobre familia y niñez, sexualidad y masculinidad. La historia económica de la esclavitud ha sido muy prolífica, concentrándose en los índices de productividad, en los niveles de vida comparados con otros trabajadores y criados contratados, y el impacto macroeconómico de la producción en plantaciones. Sin embargo, la experiencia de la esclavitud y el tráfico de esclavos también puede ser ubicada en un contexto global. Aparte de las cuestiones ya mencionadas, esto colocaría temas diferentes en la agenda: la creación de un espacio transatlántico en el “Atlántico Negro”; las repercusiones del tráfico en las sociedades del oeste africano; las conexiones con rutas de esclavos complementarias a través del Sahara y del océano Índico; la comparación con otras formas de esclavitud; etcétera. La historia global como una perspectiva destaca dimensiones particulares de la experiencia de la esclavitud, mientras está potencialmente menos atenta a otras.

Un efecto importante de tratar a la historia global como una perspectiva es que la investigación no necesariamente tiene que abarcar el mundo entero. Esta es una advertencia importante. La retórica de lo global puede sugerir una cobertura ilimitada; pero muchos temas son estudiados mejor en espacios más reducidos. Esto significa que la mayoría de los enfoques de la historia global no intentan reemplazar el paradigma establecido de la historia nacional con una totalidad abstracta del “mundo”, es decir, escribir una historia total del planeta. Con frecuencia es más una cuestión de escribir una historia de espacios demarcados, es decir, no-“globales”, pero con un conocimiento de las conexiones globales y las condiciones

estructurales. La historia global, entonces, no es sinónimo de macro-historia. Las cuestiones más interesantes se presentan a menudo en la intersección entre los procesos globales y sus manifestaciones locales.

Por otro lado, sin embargo, la historia global no es únicamente una perspectiva. Todo intento de contextualizar globalmente tendrá que considerar el grado y la cualidad de los entrelazamientos del mundo. Las consecuencias del crac del mercado bursátil de Viena en 1873 no fueron las mismas que las de las crisis económicas de 1929 y 2008 –simplemente porque el grado de integración de la economía mundial y de los medios de comunicación en los años 1870 todavía no había alcanzado la densidad de los años posteriores. En este sentido, la historia-global-como-perspectiva también está, a menudo implícitamente, atada a suposiciones sobre la capacidad de las estructuras transfronterizas para impactar en acontecimientos y en sociedades. Se volverá a esta tensión entre proceso y perspectiva a lo largo de la presente obra.¹³

PROMESAS Y LÍMITES

La actual tendencia a la historia global parece improbable que se detenga y ya ha ayudado a generar algunos cambios importantes en la erudición histórica. Un claro indicador de este hecho es que la mayoría de las revistas históricas, como la *American Historical Review* y *Past & Present*, han publicado cada vez más trabajos en este nuevo campo. La historia global hace mucho que dejó de ser un nicho o una subdisciplina; se ha convertido en una tendencia general que abarca la investigación y la enseñanza. Revistas especializadas, series de libros y conferencias han creado foros para que los estudiosos intercambien ideas y discutan sus investigaciones. Estos foros no existen en paralelo al resto de la disciplina; no son lujos que uno debe ser capaz de alcanzar. Esto difiere incluso de la situación en el siglo XX, cuando la “historia mundial” era una ocupación de historiadores establecidos y generalmente mayores. Hoy en día hasta las tesis pueden seguir una agenda global. El enfoque se ha introducido también en la enseñanza, en seminarios individuales o licenciaturas enteras. Es también interesante señalar que el debate ha avanzado en sectores muy diversos. Los historiadores medioambientales y económicos están tan interesados en el contexto histórico global como los historiadores sociales y culturales. Una perspectiva desde la historia global puede ser integrada esencialmente a todos los aspectos de los estudios históricos.

¹³ Véase una discusión muy útil en Jürgen Osterhammel, “Globalizations,” en: Jerry H. Bentley (ed.), *The Oxford Handbook of World History*, Oxford University Press, Oxford, 2011, pp. 89-104.

A la luz de la interconectividad del mundo actual, es difícil imaginar que esta tendencia pueda simplemente revertirse en un futuro próximo. Al mismo tiempo, hay también muchos obstáculos por superar. Institucionalmente, crear espacios para el nuevo enfoque continúa siendo un proceso arduo. Aun en Europa occidental o Estados Unidos, de ningún modo puede darse por sentado que la disciplina de la historia, tan fuertemente dominada por la historia de la nación, estará abierta a asuntos del ámbito de la historia global. E incluso donde las perspectivas globales han obtenido un apoyo general, compiten con otros enfoques por recursos y puestos. Cada persona contratada para investigar en historia global puede significar sacrificar un puesto en historia medieval u otro campo consagrado del pasado nacional. La historia global no viene gratuitamente.¹⁴

En resumen, el crecimiento de las perspectivas globales es un desarrollo importante que nos ayuda a alejarnos de una mirada tan sólo parcial de la realidad. Como los límites territoriales no pueden ser más asumidos como dados, la historia como un resultado se ha vuelto más compleja. Retrospectivamente, algunos estudios más antiguos pueden parecer como discusiones sobre un partido de fútbol que observan sólo a uno de los dos equipos, por no decir nada sobre otros factores como el público, las condiciones climáticas y la clasificación en la liga. La historia global nos abre la mirada a procesos que fueron por mucho tiempo invisibles, o al menos considerados irrelevantes, dentro de los sistemas de conocimiento de la academia.

En cierta manera esto es una bienvenida y en muchos sentidos incluso un desenvolvimiento liberador. Sin embargo, aquí también es válido el refrán de que todo lo nuevo tiene un precio. Un enfoque desde la historia global no es una panacea o un *passe-partout*. No todas las preguntas de una investigación necesitan una perspectiva global; no siempre el contexto mundial es el más importante. No todo está relacionado y conectado con todo lo demás. Es importante, por lo tanto, no considerar la historia global como un absoluto —ni la perspectiva historiográfica, ni el alcance y densidad de los entrelazamientos que ella explora. En cada situación, una gran variedad de fuerzas están en juego, y los procesos transfronterizos, y aún menos los globales, no son a priori los más importantes. Muchos fenómenos continuarán siendo estudiados en contextos concretos y precisamente demarcados. Será difícil volver atrás y abandonar las nuevas percepciones que el giro global ha generado. Al mismo tiempo, el auge de la historia global no debe causar que perdamos de vista a los actores históricos que no estuvieron integrados en redes extensas y convertirlos en víctimas de una obsesión actual con la movilidad, la circulación y los flujos.

¹⁴ Christopher Bayly, “History and World History”, en: Ulinka Rublack (ed.), *A Concise Companion to History*, Oxford University Press, Oxford, 2011, p. 13.

FEDERICO NAVARRETE

HISTORIA MUNDIAL Y COSMOHISTORIA

A principios del siglo XVII, un escribano quechua y un grupo de habitantes indígenas de la provincia de Huarochirí, en los Andes Centrales, parte de lo que era entonces el Virreinato del Perú, decidieron escribir en su idioma y en escritura latina la historia de su región, de los seres poderosos y divinos llamados *Huacas*, que habían formado su paisaje y de los múltiples grupos étnicos que lo habitaban y que ellos habían fundado.

El preámbulo de esta crónica excepcional, conocida como el *Manuscrito de Huarochirí* dice:

Si, en los tiempos antiguos, los antepasados de los hombres llamados indios hubieran conocido la escritura, no se habrían ido perdiendo todas sus tradiciones como ha ocurrido hasta ahora. Más bien se habrían conservado, como se conservan las tradiciones y el recuerdo de la antigua valentía de los huiracochas que, gracias a sus crónicas, aún hoy son visibles. Pero como es así; y hasta ahora no se las ha puesto por escrito, voy a relatar aquí las tradiciones de los antiguos hombres de Huarochirí, todos protegidos por el mismo padre, Pariacaca, la fe que observan y las costumbres que siguen hasta nuestros días. Además, en cada comunidad se transcribirán las tradiciones conservadas desde sus orígenes.¹

Leída literalmente esta introducción reafirma todas nuestras acendradas convicciones occidentales sobre la superioridad de la escritura sobre la tradición oral, la separación entre la historia y el mito, la distinción esencial entre el pasado y el presente, y la utilidad de la historia como una fuente de identidad y orgullo para los grupos étnicos. Como tal, ha sido interpretada como un ejemplo más de la manera en que las formas occidentales de concebir y escribir la historia fueron adopta-

¹ Gerald Taylor (ed.), *Ritos y tradiciones de Huarochirí*, Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima, 2008, p. 23.

das por los pueblos colonizados de América, y de otros continentes, un proceso que jugó un papel significativo en la construcción de lo que llamamos la historia mundial contemporánea.

El *Manuscrito de Huarochirí*, en efecto, fue compilado bajo la influencia del sacerdote católico y perseguidor de idolatrías Francisco de Ávila, que estuvo presente en la región en esos años y usó el texto como una guía para identificar y destruir los lugares sagrados y las ceremonias y costumbres tradicionales en la región.² Esto explicaría por qué razón el texto afirma repetidamente la verdad suprema del cristianismo y reitera la necesidad de eliminar las creencias y tradiciones paganas.³

Sin embargo, una lectura más detenida del *Manuscrito* revela pistas de un discurso disimulado, una perspectiva oculta detrás de su discurso abiertamente cristianizado, y abre la posibilidad de una interpretación diferente del texto y de las relaciones entre los mundos en que fue escrito. Seguir estas pistas discretas nos puede llevar a construir lo que llamaré una perspectiva cosmohistoria para su interpretación.

En uno de los capítulos iniciales del texto se narra una gran inundación que ahogó a casi toda la humanidad, tras la cual los autores añaden la siguiente explicación: “Nosotros los *cristianos* consideramos que este relato se refiere al tiempo del diluvio. Ellos [que no son cristianos convencidos] atribuyen su salvación a Huillcacoto.”⁴

Las dos perspectivas delineadas en este pasaje implican concepciones radicalmente diferentes del pasado. Desde el punto de vista cristianizado de los autores del manuscrito, los eventos de la inundación se identifican con el diluvio bíblico, por lo que pertenecen al pasado distante de la humanidad y sólo se vinculan con el presente en cuanto son parte de una cadena de intervenciones y castigos divinos que dan sentido a la historia terrenal y la conducen hacia su culminación trascendental en el Juicio Final por venir.⁵ Desde la otra perspectiva, la existencia continuada de

² Karen Spalding, *Huarochirí. An Andean Society under Inca and Spanish Rule*, Stanford University Press, Stanford, 1984, 255.

³ Juan Carlos Estenssoro, *Del paganismo a la santidad: la incorporación de los indios del Perú al catolicismo, 1532-1750*, Instituto Frances de Estudios Andinos-Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2003, pp. 322-323.

⁴ *Ritos y tradiciones de Huarochirí*, Gerald Taylor (ed.), Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima, 2008, p. 31. He puesto entre corchetes la parte de la traducción de Taylor que es una interpretación suya del original quechua. Se puede comparar con la traducción de Salomon y Urioste, “But they believe it was Vilca Coto mountain that saved them”, Salomon, Frank y George L. Urioste, trans., *The Huarochirí Manuscript. A Testament of Ancient and Colonial Andean Religion*, University of Texas Press, Austin, 1991, p. 52.

⁵ Reinhart Koselleck, *historia/Historia*, Editorial Trotta, Madrid, 2010.

la *Huaca* Vilca Coto (ser sagrado y montaña a la vez) mantiene vigente una relación directa entre los eventos de la inundación y los seres del presente, una contemporaneidad materializada en el pasaje y sustentada por las relaciones rituales entre los humanos y esa huaca, que continúa con vida y sigue actuando en la montaña.

En otros pasajes del *Manuscrito de Huarochirí* se encuentran más rastros discretos de la coexistencia de estas perspectivas históricas tan diferentes, incluso incommensurables. Pareciera que los autores abiertamente cristianizados del texto discuten continuamente con sus vecinos que mantienen un punto de vista más tradicional, tratando de demostrar la verdad de su propia visión y de desautorizar la opuesta.

Este entusiasmo evangélico habría complacido al fanático padre Ávila y parece confirmar las narrativas de aculturación y occidentalización que defienden la subordinación irreversible de los mundos amerindios al mundo occidental.⁶

Sin embargo, intentaré demostrar que las intenciones de los autores de este manuscrito eran mucho más complejas, pues formaban parte de una complicada negociación diplomática entre mundos “socionaturales” diferentes, no de la imposición unilateral de una sola religión o de una realidad. El concepto de “diplomacia” fue planteado por Bruno Latour para referirse a las negociaciones entre personas que habitan mundos humanos y naturales distintos, cuando no existe una realidad objetiva compartida entre ellos o cuando esa realidad no tiene límites establecidos.⁷

Al mismo tiempo que los autores del *Manuscrito de Huarochirí* reiteraban públicamente su adhesión a los principios del exclusivismo y la intolerancia cristianos, también trataban de encontrar una forma de coexistencia entre esta nueva realidad y las *huacas* locales, los seres poderosos que aún regían sobre su mundo y tenían tanto poder a ojos de los miembros de sus comunidades que les rendían culto. Sin duda, el padre Ávila aspiraba a lograr la destrucción total de estas *huacas* y la erradicación de cualquier práctica ritual vinculada con ellas. En cambio, para los escritores del texto este resultado no era factible ni deseable, pues implicaría la desorganización total de su mundo, desde su relación con el paisaje y sus prácticas productivas hasta sus identidades étnicas y las complejas relaciones históricas y sociales entre los grupos humanos que vivían en la región.

Por ello los autores del manuscrito pretendían lograr la supervivencia de las *huacas* a través de una transformación radical de sus formas de ser. Esto implicaba,

⁶ Federico Navarrete Linares, “El cambio cultural en las sociedades indígenas americanas, una nueva perspectiva”, en *Hacia otra historia de América: Nuevas miradas sobre el cambio cultural y las relaciones interétnicas*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2015, pp. 29-33.

⁷ Bruno Latour, *War of the Worlds: What about Peace?*, Prickly Paradigm Press, Chicago, 2002, p. 3.

en primer lugar, convertir esos seres siempre presentes e indestructibles, gracias a su capacidad de trascender el tiempo y de vivir simultáneamente en el pasado, el presente y el futuro,⁸ en entidades que pertenecerían exclusivamente al pasado y que ya no podían seguir siendo activas en el mundo actual. Su nueva condición pretérita (para decirlo de alguna manera) no significaría su aniquilación, sino que permitiría el establecimiento de nuevas formas de relación con ellas.

Esta operación cosmo-histórica (término que explicaremos más adelante) involucraba la creación de un nuevo tipo de pasado que no existía previamente en los Andes. Su objetivo era suprimir el pasado siempre presente de su mundo, ese ayer que sobrevivía hasta hoy por medio de las *huacas* y en el paisaje, que era mantenido en vida por la compleja red de relaciones rituales y de intercambio entre los hombres y las deidades, entre los vivos y los muertos, entre la sociedad y la naturaleza, y que estaba siempre listo a recuperar su actualidad y actuar en el presente y el futuro, imprimiéndoles la forma del pretérito. En lugar de esta temporalidad no lineal, el *Manuscrito de Huarochirí* intentaba crear una antigüedad pagana que fuera realmente pretérita y por lo tanto inalcanzable y cualitativamente diferente del presente y el futuro cristianos de la región y de sus habitantes. La vinculación de los indígenas cristianizados de Huarochirí con ese nuevo pasado también sería diferente. Idealmente, ya no establecerían relaciones “idólatras” de reciprocidad con las *huacas* y con sus antepasados para involucrarlos como agentes en su mundo actual. En lugar de ello, podrían utilizar su memoria ahora distante como una fuente de orgullo, como un origen remoto, que sería equiparable con el pasado de los conquistadores españoles. Este pasado pretérito sería accesible exclusivamente a través de la escritura y de esa manera podía servir como una referencia para defender derechos antiguos y establecer la legitimidad de las élites indígenas locales. Paradójicamente, relegar a las *huacas* al pasado pagano era la única manera de asegurar su supervivencia y su utilidad en el presente y el futuro cristianos.

Este ejercicio de diplomacia cosmopolítica (y enseguida discutiremos este término) implicaba negociar con las diferentes perspectivas y exigencias de las autoridades españolas, con las necesidades y puntos de vista de las distintas facciones, cristianizadas y tradicionalistas, de las élites locales y también con las demandas de la población local, igualmente dividida en términos étnicos y en función de su mayor o menor cercanía con las prácticas tradicionales. Para tener éxito, los autores del *Manuscrito de Huarochirí* debían intentar satisfacer a cada uno de estos interlocutores sin enemistar a los otros. También debían

⁸ Frank Salomon, “How the huacas were: the language of substance and transformation in the Huarochirí Quechua Manuscript”, *Res. Aesthetics and Anthropology*, 1998, vol. 33, pp. 7-17.

recurrir a diversas formas de disimulo, o al menos jugar de manera sutil con lo que cada grupo podía y debía saber de toda la operación diplomática en que estaban involucrados estos escritores. Una maniobra tan compleja sólo puede ser comprendida en todas sus dimensiones si la interpretamos como un ejemplo de lo que Isabelle Stengers y Marisol de la Cadena han definido como “cosmopolítica”.

Estas son las prácticas y acciones políticas que van más allá de la manera dominante en que la ciencia occidental define el mundo “real” y “natural”, o más bien nuestro mundo “socionatural” moderno, y que involucran y movilizan otras realidades y otros agentes, como las *huacas*, que existen y actúan en mundos socionaturales diferentes al nuestro. En palabras de Stengers:

En el término cosmopolítica, el cosmos se refiere a la incógnita constituida por esos mundos múltiples y divergentes y a las articulaciones de las que podrían ser capaces eventualmente.⁹

Desde esta perspectiva, podríamos decir que los autores del *Manuscrito de Huarochirí* intentaban negociar diplomáticamente el álgido conflicto que les había tocado vivir entre el mundo socionatural cristiano, con su Dios y su Demonio, sus seres humanos que vivían en el tiempo lineal de la historia universal de la salvación, y su propio mundo socionatural, habitado por *huacas* y por humanos que vivían en una temporalidad y en un espacio socionatural muy diferentes.

De manera explícita los escritores pretendían integrar y subordinar su mundo local al mundo dominante de los cristianos, satisfaciendo así la demanda innegociable de Ávila y otros perseguidores de idolatrías. Sin embargo, de una manera sutil y oculta lo que intentaban era asegurar la supervivencia de las *huacas* y de las intrincadas redes sociales, étnicas y políticas que las relacionaban con los humanos de la región, en el contexto del mundo más amplio y crecientemente complejo en que Huarochirí había sido integrada. Esta compleja negociación era al mismo tiempo cosmopolítica, más que cosmopolita, y cosmohistórica, más que propia de la historia global.

Aclararé las dos distinciones. La noción de una historia cosmopolita fue formulada por Immanuel Kant en su ensayo “Ideas para una historia universal en clave cosmopolita”.¹⁰ El filósofo proponía que toda la humanidad era partícipe de una

⁹ Isabelle Stengers, “The Cosmopolitical Proposal”, en Bruno Latour y Peter Weibel (eds.) *Making Things Public: Atmospheres of Democracy*, The MIT Press, Cambridge, 2005, p. 995. (Traducción mía.)

¹⁰ Immanuel Kant, “Ideas para una historia universal en clave cosmopolita”, en *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía*, Editorial Tecnos, Madrid, 1987, pp. 3-23.

misma historia “universal” que llevaría de manera necesaria a la universalización de los valores de la Ilustración europea, aun a costa de todas las guerras y destrucciones y de la subordinación de todas las sociedades no occidentales. A su vez, esta historia estaba anclada en un único mundo socionatural, definido exclusivamente por la ciencia occidental.¹¹

La cosmopolítica comienza justamente en los límites, muchas veces no reconocidos, de este cosmopolitismo histórico, en las negociaciones diplomáticas que los habitantes de otros mundos socionaturales tienen que emprender con la historia, la ciencia y la economía política occidentales.¹²

La cosmohistoria, un concepto acuñado por mí, se refiere a las negociaciones cosmopolíticas que conciernen las temporalidades y las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro, como las que realizaron los autores del *Manuscrito de Huarochirí*.¹³ Sin embargo, conviene hacer algunas aclaraciones importantes.

La primera es que no pretendo afirmar que el texto quechua y los intelectuales locales que lo produjeron estaban fuera del tiempo y de la historia occidentales, en un mundo separado, una realidad diferente. De hecho, el manuscrito nunca hubiera sido escrito si éste fuera el caso. Lo que los impulsó a producir el texto y a emprender las complejas negociaciones cosmopolíticas y cosmo históricas que he tratado de reconstruir fue precisamente su confrontación violenta y difícil con las realidades, la religión y la historia que les pretendían imponer los colonizadores europeos. Por eso el mismo, el *Manuscrito de Huarochirí* debió realizar un esfuerzo descomunal para evitar la subordinación total, o la integración, del mundo histórico y socionatural de la región al mundo cristiano y a su historia.

Por lo tanto no tenemos dos mundos separados que no se pueden tocar ni comunicarse, como tampoco tenemos un único mundo real, o dominante, que devora e integra todas las otras realidades, sino más bien algo intermedio, siempre más que un mundo único y singular, pero también siempre menos que dos universos independientes. En palabras de De la Cadena:

A través de la lente de estas conexiones parciales, la indigeneidad en los Andes —y me atrevería a decir en toda América Latina— puede concebirse como una formación compleja, una articulación histórica y política de más de un, pero menos de dos, mundos socionaturales. Como una formación histórica, la indigeneidad andina no se disolvió primero

¹¹ Bruno Latour, *Nunca hemos sido modernos: ensayo de antropología simétrica*, Debate, Madrid, 1993, pp. 89-92.

¹² Elizabeth A. Povinelli, “Do Rocks Listen? The Cultural Politics of Apprehending Australian Aboriginal Labor”, *American Anthropologist*, 1995, vol. 97, núm. 3, pp. 505-518.

¹³ Federico Navarrete Linares, “The Changing Futures of the Maya and their Anthropologists: Negotiating the Present in the Yucatan Peninsula”, *Indiana*, vol. 32, 2015, pp. 153-178

en la Cristiandad y luego en la ciudadanía (a través del mestizaje); pero tampoco fue impermeable a ellas, pues de serlo habría sido impermeable a la historia. Ni indígena ni mestiza, se trata de una yuxtaposición de lo indígena y lo mestizo: menos que dos, no es la suma de sus partes (y tampoco, por lo tanto, es un “tercero”, resultado de una mezcla), pero claramente no es uno –y menos aún un uno puro.¹⁴

De hecho, la cosmopolítica y la cosmohistoria sólo pueden practicarse en los momentos y lugares particulares en que interactúan mundos diferentes pero relacionados y en el que adquieren importancia las cosas y los humanos, los dioses y los agentes que tienen en común, y los que son diferentes entre ellos.

La segunda aclaración concierne las maneras en que los historiadores pueden acercarse a la cosmohistoria e interpretarla. Stengers propone que la primera operación cosmopolítica consiste en retardar la aceptación, o la imposición, de nuestra propia noción de la realidad, de nuestras percepciones adquiridas sobre una situación, de nuestro sentido común. En vez de eso debemos avanzar lentamente, cuestionando precisamente lo que nos parece más obvio y definido. Para descubrir las operaciones cosmohistóricas en nuestras fuentes debemos leer con paciencia y cuestionar las interpretaciones más evidentes de lo que leemos. Sólo así podemos aspirar a hacerlas surgir de los lugares donde se ocultan, de encontrar sus sombras esquivas que acechan tras la lectura superficial de la obediencia y la integración.

En mi análisis del *Manuscrito de Huarochirí* he enfatizado la diferencia entre su contenido explícito e implícito. Retomo aquí los conceptos contrapuestos de “discurso público” y “discurso oculto” del antropólogo James C. Scott. Su idea es que en las relaciones de sociales de poder, tanto los dominadores como los dominados dicen, manifiestan y ritualizan un tipo de cosas en público, cuando son escuchados por los otros, pero insinúan, dicen y representan cosas diferentes en privado, para su propio grupo.¹⁵

Desde mi punto de vista, las operaciones cosmopolíticas y cosmohistóricas del *Manuscrito* pertenecen al ámbito de los “discursos ocultos”, pues debían permanecer encubiertas por necesidad. Esto se debía a que la dominación colonial española sobre América se basaba en la imposición forzosa de la “religión” católica, es decir, de la realidad y la historia cristianas: un mundo socionatural singular y universalista que excluía la posibilidad de que existieran mundos diferentes. Es por ello que cualquier intento por parte de los amerindios de

¹⁴ Marisol de la Cadena, “Indigenous Cosmopolitics in the Andes: Conceptual Reflections beyond “Politics”, *Cultural Anthropology*, vol. 25, núm. 2, 2010, pp. 347-348. (Traducción mía.)

¹⁵ James C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven, 1990, IX-XII.

Imagen 2.1. Chicomóztoc en el Códice Azcatitlan



Fuente: obtenido de Bibliothèque National de Paris.

mantener sus relaciones con realidades diferentes, en este caso con las *huacas* y las complejas redes de relaciones que presidían, debía permanecer oculto y mantenerse en un ámbito privado, incluso clandestino, en virtud de lo cual debía ser comprensible únicamente por aquellos que ya conocían sus premisas y sus convenciones.

En otros trabajos he mostrado la manera en que las historias visuales y pictográficas, generalmente conocidas como códices, pintadas en el México colonial en los siglos XVI y XVII, así como las historias escritas en el mismo periodo en lengua náhuatl usando el alfabeto latino, también transmitían discursos públicos y ocultos, sentidos explícitos e implícitos.¹⁶

Los primeros estaban dirigidos a las autoridades coloniales españolas a quienes ofrecían tranquilizadoras confirmaciones de la total cristianización y la obediencia de los indígenas. Las segundas se dirigían a los públicos nativos y trataban de mantener y adaptar elementos claves de sus culturas y sus mundos socionaturales al presente cristiano, como podrían ser temporalidades particulares, prácticas y conocimientos rituales y técnicos, configuraciones de la memoria social, elementos identitarios, etcétera.

¹⁶ Federico Navarrete Linares, "The hidden codes of the Codex Azcatitlan", *Res. Aesthetics and Anthropology*, vol. 45, 2004, pp. 144-160.

De esta manera, las historias nahuas, al igual que el *Manuscrito de Huarochirí*, podían, y pueden hoy, leerse públicamente como demostraciones de la subordinación e integración de las realidades nativas y sus formas de escribir la historia a las nociones occidentales dominantes de la historia y la realidad. Al mismo tiempo, pueden ser interpretadas como productos de negociaciones cosmopolíticas y cosmohistóricas ocultas que buscaban diferentes maneras de preservar y adaptar sus propios mundos socionaturales en el marco de un diálogo complejo con las realidades occidentales.

El concepto tradicional de “aculturación” es incapaz de explicar estas operaciones ambiguas.¹⁷ Los discursos del *Manuscrito de Huarochirí* o de las historias nahuas no pueden considerarse como “occidentalizados” por el simple hecho de que han adoptado ideas, prácticas y técnicas europeas. Esas apropiaciones son incorporadas en un marco que va mucho más allá de su contexto original y que por lo tanto les da nuevos significados y las pone en relación con diferentes realidades. Por ejemplo, en el Códice Azcatitlan, las escenas que utilizan las convenciones pictóricas más europeas son precisamente aquellas que transmiten los contenidos ocultos más importantes, relacionados con los vínculos todavía vigentes de alguna manera entre los mexicas y sus dioses patronos. Por ello, la occidentalización del estilo no es un indicio confiable de una occidentalización concomitante de los contenidos y las ideas.

Tampoco sirve de mucho afirmar que se trata de productos culturales “mestizos” o “híbridos”, de acuerdo a las ideas de Gruzinski.¹⁸ Para empezar no son realmente mezclas, en el sentido de que constituyan un nuevo discurso o tradición que combina elementos de las tradiciones originales que las constituyeron. En vez de ser integrados, o mezclados, en una nueva unidad, los elementos de origen occidental o indígena son yuxtapuestos en un juego muy complicado de analogías y contrastes, acuerdos abiertos y desacuerdos ocultos. En esta intrincada relación los equívocos y la confusión juegan un papel muy importante, ya que son ellos los que permiten la realización de las negociaciones cosmopolíticas y cosmohistóricas entre las realidades diferentes.¹⁹

Volviendo al Códice Azcatitlan, era imperativo que los españoles interpretaran la escena en que se muestra cómo los mexicas se perdieron en el paisaje agreste de Chicomóztoc, el lugar de las siete cuevas, como una pintoresca representación naturalista de un paisaje montañoso para que pudiera funcionar a la vez, a ojos de

¹⁷ Gonzalo Aguirre Beltrán, *El proceso de aculturación y el cambio socio-cultural en México*, Fondo de Cultura Económica (Obra Antropológica, 6), México, D.F., 1992.

¹⁸ Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo*, Paidós (Biblioteca del Presente, 12), Barcelona 2000.

¹⁹ Marisol de la Cadena, *op.cit.*, pp.334-370, 350-351.

Imagen 2.2. Mapamundi del reino de las Indias



Fuente: Det Kongelige Bibliotek, Copenhague.

las audiencias indígenas, como una representación eficaz de las transformaciones en la identidad étnica y de la forma de ser de los migrantes, extraviados en un espacio salvaje, devorados por bestias salvajes, y que lograron emerger en un espacio-tiempo diferente al otro lado de la montaña.

En la parte final de este artículo presentaré dos ejemplos más de cosmohistoria amerindia, con el afán de aclarar tanto el propio concepto como los métodos que deben utilizarse para analizar estas complejas negociaciones en las fuentes históricas. Los ejemplos que discutiremos confirman de manera pública dos dimensiones esenciales de la realidad socionatural occidental: la homogeneidad del espacio y la unidad de la historia. Al mismo tiempo las subvierten de manera oculta pues logran preservar y adaptar las diferentes espacialidades amerindias y también sus nociones de pluralidad irreductible.

Empecemos por el espacio. La expansión y la unificación del mundo conocido a través de la exploración, la comunicación, el comercio y la dominación política es uno de los pilares fundamentales de las narraciones de la historia universal occidental, y una de las piedras de toque de las pretensiones de Occidente de definir una realidad natural objetiva que es válida para todas las sociedades humanas. En otras palabras, el mundo socionatural occidental nos parece hoy una unidad real y natu-

ral que abarca todo el planeta precisamente porque los exploradores, los conquistadores y los geógrafos europeos lo han expandido y unificado por toda la tierra

En su libro *Nueva Corónica y Buen Gobierno* el autor quechua Fernando Guamán Poma de Ayala, activo a principios del siglo XVII, juega con estas maneras occidentales de concebir el espacio y las subvierte de una manera muy sutil.²⁰ En la imagen del mundo presentada en su “Mapamundi del reino de las Indias” el autor andino emplea las convenciones cartográficas occidentales clave, como enmarcar el espacio en una retícula ortogonal de líneas de latitud y longitud, a la vez que representa las montañas, ríos y océanos, así como los cuerpos celestes, de acuerdo con las convenciones pictóricas europeas.

Sin embargo, como ha mostrado Rolena Adorno, el marco organizativo del espacio continúa siendo la tradicional división andina en cuatro regiones, o *suyus*, centrados en la ciudad de El Cuzco y la separación vertical entre los niveles alto y bajo del cosmos (*hanan* y *urin*).²¹

De esta manera, la región andina, el antiguo imperio Inca, es presentada como una parte más del mundo tal como era definido por los españoles, equivalente a Europa (de donde venían ellos) y Guinea (de donde venían los africanos), pero mantiene su organización espacial y conceptual tradicional: las partes superior y derecha dominan sobre la inferior y la izquierda, el centro es el más importante, y el todo se articula por medio de relaciones recíprocas entre sus partes diferentes.

La concepción de un espacio heterogéneo y jerárquico se desarrolla en otro mapa que sigue más de cerca las convenciones andinas de representar un espacio conceptual por medio de formas rectangulares y de crear redes ortogonales de seres relacionados entre sí, como en los tokapus.²² En la parte superior se representa al mundo andino, con la leyenda: “Las Indias del Piru en lo alto de España” y en la parte de abajo aparece España, con la leyenda “Castilla en lo abajo de las Indias”.²³

Dentro de las concepciones andinas del espacio, la parte superior del cosmos, el *hanan*, se consideraba superior a la parte baja, el *urin*. Al mismo tiempo, eran

²⁰ Felipe Guamán Poma de Ayala, *El primer nueva corónica y buen gobierno*, Siglo XXI, México, 1980.

²¹ Rolena Adorno, *Guaman Poma. Writing and Resistance in Colonial Peru*, University of Texas Press, Austin, 1988, pp. 89-92.

²² Thomas B. F. Cummins, “Tocapu. What Is It, What Does It Do, and Why Is It Not a Knot?”, en Elizabeth Boone y Gary Urton (eds.), *Their Way of Writing: Scripts, Signs and Pictographies in Pre-Columbian America*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection- Harvard University Press, Cambridge, 2011, pp. 277-318.

²³ Felipe Guamán Poma de Ayala, *op. cit.*, fo. 42. También se puede consultar en: <http://www.kb.dk/permalink/2006/poma/42/en/text/> (consultado en el 11/09/2015).

Imagen 2.3. Pontifical Mundo



Fuente: Det Konelige Bibliotek, Copenague.

complementarias, ya que los intercambios recíprocos entre ellas era el impulso de todas las relaciones sociales y cósmicas. De esta manera, Guamán Poma insertó a España en una compleja red de interrelaciones con el mundo andino, una que reconocía el hecho irrefutable de la dominación colonial de la última, pero buscaba afirmar la superioridad relativa de las costumbres y formas de vida andinas, un tema central de su obra. En otro pasaje, argumenta:

Que aués de conzederar que todo el mundo es de Dios y Castilla es de los españoles y las Yndias es de los yndios y Guenea es de los negros. Que cada dèstos son lexítimos propetarios, no tan solamente por la ley, como lo escriuió San Pablo [...] Cada uno en su rreyno son propetarios lexítimos, poseedores, no por el rrey ciño por Dios y por justicia de Dios: Hizo el mundo y la tierra y plantó en ellas cada cimiento, el español en Castilla, el yndio en las Yndias, el negro en Guynea. . . . Y ancí, aunque [el rey español] le haga merced al padre, al español en las tierras que se conponga con el rrey, no es propetario. Y ací a de tener obediencia al señor prencipales y justicias, propetarios lexítimos de las tierras, que sea señor o señora.²⁴

²⁴ *Idem.*

Al yuxtaponer los conceptos occidentales del espacio, como la división del mundo en partes (o continentes) y las nociones andinas de un espacio jerárquico, Guamán Poma logró defender la soberanía relativa de los gobernantes andinos sobre las tierras y la gente de los Andes de acuerdo con los principios cristianos y de acuerdo con las nociones andinas de legitimidad.

El último ejemplo que aquí analizaré proviene del México central y ha sido tomado de las amplias y muy complejas obras históricas escritas por Domingo Chimalpain a principios del siglo XVII, las cuales han sido traducidas en su conjunto apenas en las últimas dos décadas. Los estudios recientes sobre los escritos de este autor originario de Chalco Amaquemecan, en el sur del Valle de México, quien escribió principalmente en náhuatl usando el alfabeto latino, están de acuerdo en que tenía como propósito escribir una historia general de los altépetl o estados del centro de México como parte de una historia universal de la salvación cristiana.²⁵

Con este fin construyó una cronología unificada que traducía los múltiples calendarios utilizados por las diferentes tradiciones históricas de cada altépetl a las fechas del calendario cristiano, lo que le permitió organizar su trabajo en forma de anales cronológicos. También se esforzó por localizar la mayor cantidad posible de los lugares mencionados en las historias indígenas en el marco espacial de la geografía occidental.

Por ejemplo, recurrió a los textos de Heinrich Martin, Enrico Martínez, un cosmógrafo alemán avecindado en la Nueva España para proponer la hipótesis de que los pueblos indígenas provenían de la región de Curtland, en la actual Lituania.

La manera en que plantea esta posibilidad es altamente significativa:

Pero dado que esto sea verdad, no puede saberse con certeza dónde está esa tierra de la que partieron los mencionados antiguos que vinieron a desembarcar en Aztlan. Y no obstante esto, de cualquier modo podremos creer, y nuestro corazón podrá estar satisfecho, porque fue de una de ellas, de las tres tierras que en tres lugares están separadas, que en tres sitios aparecen, que están apartadas entre sí (en primer lugar en una tierra llamada Asia, el segundo en la tierra llamada África, el tercero en la tierra llamada Europa, pues estas tres tierras mencionadas aparecen cada una de por sí); de allá, de

²⁵ José Rubén Romero Galván, “Chimalpain Cuauhtlehuantzin”, en José Rubén Romero Galván (coord.), *Historiografía novohispana de tradición indígena*. Vol. 1, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 2003, pp. 331-350; María Valérie Benoist, *La historiografía nahua en transición*, Ann Arbor, International Microfilms International, 1998, pp. 226-227; Federico Navarrete Linares, “Chimalpain y Alva Ixtlilxóchitl, dos estrategias de traducción cultural”, en Federico Navarrete Linares y Danna Levín (eds.), *Indios, mestizos y españoles. Interculturalidad e historiografía en la Nueva España*, Universidad Autónoma Metropolitana-Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 2007, pp. 97-112.

una de ellas, partieron, vinieron los mencionados chichimeca antiguos que llegaron a desembarcar en Aztlan, en la cuarta tierra, en el cuarto lugar en que está dividida, el cuarto lugar que aparece en la tierra, en ese lugar llamado Yancuic Cemanahuatl.²⁶

Las certidumbres incuestionables de la geografía occidental se utilizan en este contexto para sugerir que los habitantes del Nuevo Mundo deben haber venido del Viejo, y por lo tanto son parte de la humanidad descendiente de Adán y forman parte de la historia universal de la salvación.

Más allá de esta proposición es importante llamar la atención sobre la moderación deliberada de la voz autoral de Chimalpáin, su reticencia a afirmar de manera tajante aquello que sólo puede demostrar parcialmente. Más adelante, tras presentar sus hipótesis basadas en la información de Heinrich Martin, concluye: “Pero, ¿quién podrá saberlo? Ciertamente el único que lo sabe es nuestro señor Dios.”²⁷

A lo largo de sus múltiples obras, Chimalpáin yuxtapone con gran cuidado las diferentes fuentes históricas que tiene a su disposición, incluyendo libros clásicos y cristianos de Europa, y más de diez tradiciones históricas provenientes de diferentes altépetl del Valle de México, para construir con ellas una historia unificada, un amplio panorama de los eventos universales y locales. Sin embargo, el conjunto que construye con tanta minuciosidad, traduciendo fechas, localizando lugares, comparando versiones divergentes, presentando afirmaciones contradictorias, nunca reduce la diversidad a un discurso histórico unificado.

Podríamos argumentar que pese a la ambición de su empresa intelectual, y a sus indudables éxitos en tantos aspectos, Chimalpáin nunca escribió una verdadera historia, tal como ese género era definido en Occidente en ese momento: un discurso monológico en que la voz del autor asumía una autoridad suficiente para construir y afirmar la verdad.²⁸ Su voz autoral nunca subordina las diferentes voces de las tradiciones paralelas que integra; sólo en raras ocasiones ejerce el privilegio de decidir explícitamente las versiones que considera verdaderas, sino que generalmente las presenta una después de la otra y deja la determinación a los lectores; presenta pocas opiniones o juicios.

El resultado es una obra polifónica, un verdadero coro de tradiciones distintas y de voces que conversan y se suman para crear una narración unificada pero no homogeneizada, una historia universal pero no singular, un conjunto de cronolo-

²⁶ Chimalpáin Cuauhtlehuānitzin, Domingo, Primera, segunda, cuarta, quinta y sexta relaciones de las “Différentes Histoires Originales”, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 2003, pp. 61-63.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ Bernard Guenée, *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, Éditions Aubier Montaigne, París, 1980, pp. 203-207.

gías lineales paralelas, en vez de una sola trama de eventos. De manera paradójica la exactitud y el rigor del marco unificador temporal y espacial que el autor logra construir es lo que le permite articular, sin jamás mezclar o confundir, las narraciones que compila.

En este sentido, me gustaría proponer que Chimalpáin actuó como un verdadero “cosmohistoriador”, puesto que trataba de construir una historia mundial que no eliminaba, sino incluía y articulaba las sombras, los restos, los vínculos causales de las diferentes tradiciones históricas. La pluralidad de versiones y narrativas era para él una característica innegociable de su perspectiva integral y nunca aspiró a construir una voz unificada y una verdad singular. En muchos aspectos, su proceder es el modelo del método cosmohistórico que intento construir.

Para concluir me gustaría plantear unas reflexiones generales sobre las cosmo-historias que investigo, y la que yo mismo trato de escribir, así como sobre sus relaciones con otros tipos de historia existentes y escritos a su alrededor.

En primer lugar, quiero enfatizar que la cosmohistoria no constituye en sí misma una perspectiva diferente de los sucesos en el tiempo, sino más bien el reconocimiento de la existencia de muchas perspectivas distintas. Una interpretación cosmo-histórica del *Manuscrito de Huarochirí*, el *Códice Azcatitlan*, de la *Nueva Corónica* de Guamán Poma, o las historias de Chimalpáin, así como de cualquier tipo de testimonio histórico, debe comenzar por el reconocimiento de que pueden existir diferentes maneras de interpretar y comprender los contenidos que son transmitidos por estas obras, y que estos puntos de vista no pueden reducirse a una sola verdad histórica, sino que nos pueden conducir a conocer los diferentes mundos socrionaturales que se cruzan en estos documentos y las diferentes historicidades que contienen.

Es por eso que propongo, en segundo lugar, que construyamos un punto de vista perspectivista histórico, un término que utilizo como una analogía deliberada al perspectivismo antropológico definido inicialmente por Viveiros de Castro,²⁹ Desde esta posición teórica, se reconoce que no importa cuán poderosa sea una verdad, o una perspectiva histórica particular, ni hasta qué grado imponga sobre las demás su definición de lo que es la realidad socrionatural y lo que es la historia, no por ello logrará invalidarlas o incorporarla. Las otras perspectivas mantienen su particularidad irreductible, aun si son subyugadas, obligadas a esconderse, reducidas a una existencia latente.

Para los cosmohistoriadores, encontrar las sombras que se agazapan debajo y más allá de las realidades históricas dominantes (tales como la idea del tiempo lineal, del espacio homogéneo o de la unidad de la historia) es una manera de despertar estas perspectivas latentes, de intentar reconstruir los vínculos diferentes que mantenían

²⁹ Eduardo Viveiros de Castro, “Perspectivismo e multinaturalismo na América indígena”, en *A inconstância da alma selvagem*, Cosac & Naify, São Paulo, 2002, pp. 345-400.

con los pasados que construían y exploraban, de buscar sus anclas en realidades sacionaturales diferentes. Este afán, siempre inacabado, no significa, sin embargo, que las diferentes perspectivas históricas deban o puedan ser reconstruidas como todos separados de las otras, o que son homogéneos en su interior. Como discutimos anteriormente, la cosmohistoria es siempre más que la historia singular dominante, pero siempre menos que dos mundos históricos totalmente diferentes o separados.

En tercer lugar, propongo que la cosmohistoria que estoy describiendo sólo puede existir, sólo puede encontrarse en los intersticios entre la unidad y la multiplicidad, en los contextos espaciales, temporales y humanos específicos en que las diferentes realidades sociohistóricas, las diferentes formas de ser y de vivir en la historia entraron en contacto y en conflicto, bajo los procesos que llamamos colonialismo y globalización, desde la perspectiva de la historia occidental. Es por eso que la cosmohistoria no puede, ni pretende, dejar de lado esas “realidades históricas”, sino descubrir las maneras en los encuentros violentos y complejos entre los distintos mundos sacionaturales e históricos los hicieron diferentes y los obligaron a encontrar sus inconmensurabilidades y sus desacuerdos absolutos, a la vez que aprendían a negociar verdades compartidas y a practicar el arte fecundo de la ambigüedad y los malentendidos.

Es por eso que utilizar las perspectivas cosmohistóricas para interpretar las fuentes históricas amerindias, y de otras tradiciones, puede y debe ser también un acto de cosmopolítica. Al revivir, o reconocer, esas perspectivas ocultas y latentes, podemos aspirar a subvertir las victorias aparentemente irreversibles de la historia occidental, podemos reafirmar y hacer real de nuevo la pluralidad de nuestros mundos, tanto en el pasado como en el presente y, sobre todo, mirando hacia el futuro.

CONSIDERACIONES ACERCA DEL PAPEL DE AMÉRICA LATINA PARA EL ARRANQUE DE LA GLOBALIZACIÓN

El presente texto propone reubicar a América Latina en la historia global. Sobre todo quiere demostrar que el papel latinoamericano nunca fue pasivo y tampoco prescribió a partir de la decadencia del imperio español en el siglo XVII, sino que más bien continuó cumpliendo una función importante en el desenvolvimiento del mundo globalizado posterior. El punto de partida es la observación de que la historia global suele vacilar entre el eurocentrismo o, en su expresión extrema, el anglocentrismo, por un lado, y el sinocentrismo, por el otro, relegando a América Latina a una posición marginal o periférica.¹ Tal visión ha llevado a varias interpretaciones equivocadas, empezando con la periodización que se le quiere dar a la historia global. Como ejemplo sólo quiero citar el modelo de C. A. Bayly y A. G. Hopkins, quienes interpretan la expansión ibérica como capítulo tardío de la globalización arcaica; sólo con las actividades holandesas y británicas en el siglo

¹ Manuel Pérez-García, “From Eurocentrism to Sinocentrism. The New Challenges in Global History”, *European Journal of Scientific Research*, núm. 119, 2014, pp. 337-352. Por lo general, me parece que modelos que atribuyen a alguna parte del mundo cierta influencia en la historia “excepcional” de Europa nunca lo han tenido fácil. Ejemplos serían la hipótesis de Hamilton, de que la revolución de los precios del siglo XVI haya sido consecuencia de las importaciones de metales americanos, el postulado de Eric Williams, que las ganancias logradas por el comercio de esclavos hayan proporcionado el capital para financiar la industrialización británica, las consideraciones de Huguette y Pierre Chaunu, que la decadencia del comercio transatlántico español hubiera sido una de las causas de la crisis del siglo XVII, o el modelo de Wallerstein del sistema mundo moderno; Earl J. Hamilton, *American Treasure and the Price Revolution in Spain 1500-1650*, Harvard University Press, Cambridge, 1934; Eric Williams, *Capitalism & Slavery*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1944 (cfr. Heather Cateau y H. H. Carrington (eds.), *Capitalism and Slavery. Fifty Years Later. Eric Eustace Williams. A Reassessment of the Man and his Work*, Peter Lang, New York, 2000; Sven Beckert, *Empire of Cotton. A Global History*, Alfred A. Knopf, New York, 2014; Huguette Chaunu y Pierre Chaunu, *Séville et l’Atlantique (1504-1650)*, 8 vols., A. Colin, Paris, 1955-1960. En este sentido la atención prestada a China también es un progreso.

XVII, para Hopkins, o con la industrialización inglesa en el siglo XVIII, para Bayly, consideran que empezó la protoglobalización.²

La indiferencia del *mainstream* de la historia global frente a América Latina es realmente asombrosa. En las 831 páginas de texto del libro recientemente publicado por Wolfgang Reinhard, dedicado enteramente a los tiempos preindustriales entre 1350 y 1750, hay capítulos extensos sobre las grandes regiones eurásicas, 20 páginas sobre las colonias inglesas y francesas en Norteamérica, 22 sobre el África atlántica e incluso 16 sobre Oceanía. Pero la América española recibe nada más once páginas (y la portuguesa tres más).³ Un historiador tan prominente como Patrick O'Brien, en su presentación programática del primer número del *Journal of Global History* prácticamente no menciona a América Latina y la alude sólo de paso en su esbozo del contexto global en la introducción de la *Cambridge Economic History of Latin America*.⁴ Además de la creciente hegemonía de la investigación anglosajona, tal vez la búsqueda de relevancia de la investigación y el fetiche de la modernidad hayan provocado una mirada teleológica; pues la llamada decadencia española del siglo XVII y el predominio del mundo anglosajón (y el resurgimiento de China) en tiempos recientes y actuales se proyectan hacia atrás a tiempos cuando el peso de los actores era diferente o, por lo menos, no tan definido.

Pues si comprendemos la historia global como la historia de relaciones, interacciones y transferencias de largo alcance que trascienden las fronteras existentes (en todas direcciones) entre continentes, civilizaciones, culturas, imperios y estados,⁵ debería resultar difícil no dar la relevancia merecida al hecho de que fueron los portugueses y españoles los que establecieron los lazos duraderos entre los dife-

² Sólo en el siglo XIX empezaría la “globalización moderna”; A. G. Hopkins, “Globalization. An Agenda for Historians”, en: A. G. Hopkins (ed.), *Globalization in World History*, W. W. Norton & Company, Nueva York, 2002, pp. 1-12; Christopher A. Bayly, “Archaic and ‘Modern’ Globalization in the Eurasian and African Arena, ca. 1750-1850”, en: A. G. Hopkins (ed.) *Globalization in World History*, W. W. Norton & Company, New York, 2002, pp. 45-72 (Bayly, para los tiempos actuales, propone la “globalización poscolonial”).

³ Wolfgang Reinhard (ed.), *1350-1750: Weltreiche und Weltmeere*, vol. 3 (*Geschichte der Welt*, ed. por Akira Iriye y Jürgen Osterhammel, vol. 3), C. H. Beck, Munich, 2014.

⁴ Patrick O'Brien, “The Global Economic History of European Expansion Overseas”, en: Victor Bulmer-Thomas, John H. Coatsworth y Roberto Cortés Conde (eds.), *The Cambridge Economic History of Latin America*, vol.1: *The Colonial Era and the Short Nineteenth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, 2006, pp. 7-42, y “Historiographical Traditions and Modern Imperatives for the Restoration of Global History”, *Journal of Global History*, núm. 1, 2006, pp. 15-23.

⁵ En el espacio eurásico ya con anterioridad había funcionado un estrecho sistema de intercambio, que iba de Europa, del norte y de las costas orientales de África hasta China y Japón, cuya prolongación occidental había sido Europa, pero cuyo centro estaba formado por el Océano Índico; Janet Abu-Lughod hablaba del primer sistema mundo (*Before European Hegemony. The World System A. D. 1250-1350*, Oxford University Press, New York, 1989).

rentes microrregiones del globo, tanto a través del Atlántico como del Pacífico.⁶ Abrieron las vías principales del entrecruce del mundo a nivel comercial, imperial, religioso, científico, comunicativo y migratorio. Los otros poderes europeos se lanzaron a los mares siguiendo el ejemplo de los ibéricos, aunque con modestos éxitos durante más de un siglo.⁷ Ciertamente, al cabo de 150 años otros tomaron el liderazgo. Hoy tenemos que la construcción de la memoria histórica está impactada, sobre todo, por el auge de Gran Bretaña, la que logró mediante una hábil política de alianzas impedir el establecimiento de cualquier poder hegemónico en el continente europeo, conquistar el predominio militar en los mares y convertirse en el país más rico y potente a partir de sus éxitos en el comercio y de la industrialización desde el siglo XVIII y, sobre todo, en el XIX.

Ahora bien, ¿podemos, entonces, olvidarnos de los vencidos y concentrarnos en los avances de los actores más “modernos”? La hipótesis que quiero proponer aquí es que sin los cambios realizados por los ibéricos en el Nuevo Mundo, la posterior globalización y el éxito británico no podría explicarse del todo. Al entender los vínculos globalizadores como una red de relaciones e interacciones de carácter sistémico, es decir, donde cualquier cambio en uno de los lazos o nodos puede provocar un cambio en todo el sistema de interacciones, se replantea la pregunta por la jerarquía entre términos como centro y periferia. Pues, las diferencias de poder no alcanzan a explicar el desarrollo, para empezar, porque ningún poderoso (o ningún centro) logra nunca imponerse del todo y los supuestamente débiles siempre influyen en la práctica histórica. América Latina no se puede tratar, por consiguiente, sólo como objeto o víctima pasivo de intereses foráneos, sino hay que precisar su papel, su agencia y su impacto en los procesos globalizadores, comprendidos como sistema multipolar. Para ello me limito aquí al período entre los siglos XVI y XVIII.

EL PROTAGONISMO DE AMÉRICA EN LOS INICIOS DE LA GLOBALIZACIÓN

Los medios de la colonización ibérica del Nuevo Mundo fueron la conquista militar, alianzas con actores autóctonos y formas de gobierno indirecto,⁸ la

⁶ Dennis O.Flynn y Arturo Giráldez, “Globalization began in 1571”, en: Barry K.Gills y William R. Thompson (eds.), *Globalization and Global History*, Routledge, Londres/Nueva York, 2006, pp. 232-247.

⁷ Bernd Hausberger, *Die Verknüpfung der Welt. Geschichte der frühen Globalisierung vom 16. bis zum 18. Jahrhundert*, Mandelbaum, Viena, 2015, p. 20.

⁸ Bernardo García Martínez, “Encomenderos españoles y *British Residents*. El sistema de dominio indirecto desde la perspectiva novohispana”, *Historia Mexicana*, núm. 60, 2011, pp. 1915-1978.

misión, el poblamiento mediante la inmigración y la trata de esclavos⁹, la descripción científica de los países descubiertos, sus habitantes y sus recursos y la organización de un sector de exportación. De esta suerte, visto en retrospectiva, América venía a ser el laboratorio dónde se desarrollaban y probaban muchas de las fuerzas y métodos de la globalización como posteriormente fue implementada bajo la hegemonía europea, la que en la era ibérica ciertamente aún estaba lejos de haber sido establecida. La integración de los territorios conquistados al mundo occidental y su red económica más bien iba a ser uno de los puntos de partida del dominio global posterior del Occidente. En América Latina, a su vez, ocurrió una transformación profunda, pues dentro de medio siglo cambiaron radicalmente todas las esferas de vida, dando origen a una multitud de formas de mestizaje e hibridación.¹⁰ Aquí no puedo tratar el tema con la profundidad y extensión requerida. Mas puedo fundamentar lo hasta ahora dicho a través del seguimiento de los flujos de plata, no con el afán de lograr una nueva cuantificación,¹¹ sino para ilustrar y definir mejor las metas de este ensayo.

Dicho esto, hay que examinar más de cerca las dinámicas y los intereses responsables de la introducción de la plata a los circuitos globales. La minería latinoamericana se ha interpretado como una actividad colonialista y explotadora por parte de Europa y, en fechas recientes, como una consecuencia de la demanda insaciable de Asia. Tales argumentaciones se vinculan con la inquietud (muy popular entre los historiadores globales) por el motor o la fuerza dominante de la temprana economía mundial. Tradicionalmente se ha considerado a Europa como el centro del desarrollo. El debate, sin embargo, se ha vuelto polifacético. André Gunder Frank fue uno de los primeros que ha reorientado la mirada al colocar a China en el foco de atención y postular la que él llamaba una era asiática, en la cual los europeos sólo desempeñaban un papel secundario.¹² El mérito

⁹ Vale la pena mencionar que en la temática de la trata de esclavos, muy estudiada por los historiadores globales anglosajones, América Latina tenía una importancia eminente. Los españoles fueron los primeros que importaban africanos en América y los portugueses, por lo menos a nivel de compradores, se mantuvieron en la punta durante todo el resto de la historia del comercio transatlántico de esclavos, salvo en el tercer cuarto del siglo XVIII; pero, en total, entre los siglos XVI y XVIII, el 38.2% de los esclavos africanos iba a Brasil; en el siglo XVIII, era el 35.5% (frente al 32.4% que iba al Caribe británico); Hausberger, *Verknüpfung*, 150-154.

¹⁰ Hausberger, *Verknüpfung*, pp. 166-171.

¹¹ Corriente de mucha tradición desde las obras clásicas de Hamilton, *American Treasure*, o Michel Morineau, *Incroyables gazettes et fabuleux métaux. Les retours des trésors américains d'après les gazettes hollandaises (XVI-XVIII^e siècles)*, Cambridge University Press/Maison des Sciences de l'Homme, Cambridge/Paris, 1985.

¹² André Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, University of California Press, Berkeley, 1998.

de esta hipótesis, sin duda, ha sido provocar toda una serie de respuestas.¹³ Pero, a mi parecer, todo el debate padece de la falta de atención a América Latina.

Obviamente, la exportación masiva de metales preciosos de América benefició a la Corona española y a los comerciantes andaluces, así como a la administración y la economía del imperio chino. Pero, como ya he argumentado en otras ocasiones¹⁴, igualmente obvio es que no fue la voluntad del rey de España o del emperador de China, ni tampoco de los banqueros de Génova, Augsburgo, Ámsterdam o Londres, la que hizo fluir los metales. Los monarcas sólo pudieron fomentar pero no gestionar la producción, y menos aún tal gestión estuvo en manos de los chinos y antes del siglo XIX tampoco de los capitalistas británicos. La situación se esclarece, a mi parecer, desde una perspectiva de los actores. Para ello, debe constatare que, por lo menos en términos económicos, no hace ningún sentido pensar a los colonizadores españoles asentados al otro lado del Atlántico como europeos, sino que pronto, y no obstante su origen y sus persistentes lazos con la península ibérica, integraron las nuevas élites de los territorios conquistados y colonizados. Estas élites de la profundamente transformada América no entraron con sus metales a los nuevos circuitos de intercambio globales porque alguien las hubiera obligado o se les hubiera encargado. Lo hicieron porque les convenía, y aunque estaban vinculados con intereses europeos y desde Madrid (o Lisboa) se les intentaba imponer las reglas del juego, siempre lograron guardar suficiente autonomía para manejar la situación a su favor. Obviamente, nunca actuaron en beneficio de la población indígena, los esclavos africanos o los estamentos subordinados en general. Pero tal actitud no era exclusiva de la situación colonial, sino más bien la regla general de todas las sociedades del Antiguo Régimen (si no más allá). Ahora, ¿eran élites dependientes? Yo insistiría en que no. En el fondo estamos frente al simple hecho de que en China como en Europa nunca se tomó en consideración renunciar a la importación de plata mayoritariamente americana, y a su vez en América nunca se pensó en renunciar a la minería. Pues en China y en Europa se necesitaba la plata y en América se necesitaban las mercancías del Viejo Mundo. Sería, a mi parecer, arbitrario decir quién, en este momento, dependía de quién.

¹³ Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence. China, Europa, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, 2000; Kent G. Deng, "Miracle or Mirage? Foreign Silver, China's Economy and Globalization From the Sixteenth to the Nineteenth Centuries", *Pacific Economic Review*, núm. 13, vol. 3, 2008, pp. 320-358; Peer Vries, *Zur politischen Ökonomie des Tees. Was uns Tee über englische und chinesische Wirtschaft der Frühen Neuzeit sagen kann*, Böhlau, Viena, 2009.

¹⁴ Por ejemplo, Bernd Hausberger, "La economía novohispana", en: Sandra Kuntz (ed.), *Historia económica general de México. De la Colonia a nuestros días*, El Colegio de México/Secretaría de Economía, México, 2010, pp. 52-53.

Para entender la lógica en que esto se inscribe, debe considerarse que la toma de control sobre los nuevos territorios por los conquistadores no había contemplado el aprovechamiento que se les iba a dar. Las enormes cantidades de metales acumuladas por las culturas prehispánicas sólo enriquecieron a unos cuantos y se agotaron demasiado rápido. Así se afrontaba la necesidad de encontrar otro beneficio que pudiera sacarse del Nuevo Mundo. En 1492, el viaje de Colón tuvo como objetivo ganar acceso directo a las preciadas mercancías orientales, y no obstante que la empresa reunía fuerzas de diversa índole, su motivación económica fue en primer lugar mercantil. Pero Colón nunca llegó a la India o a China, sino a un mundo desconocido desde la perspectiva europea. Las nuevas tierras maravillaron y desafiaron la cosmovisión occidental, pero no ofrecían condiciones para entablar relaciones comerciales como las que los italianos sostenían en el Levante mediterráneo y como los portugueses las organizarían en Asia, después de que Vasco de Gama, en 1498, llegara a la costa occidental de la India.

Hasta este momento, en toda Eurasia, inclusive en grandes partes costeras de África, había una tradición de comercio de larga distancia casi milenaria, cuya última prolongación occidental fue el intercambio con Europa. Los bienes que se comerciaban en este espacio eran producidos por una activa estructura manufacturera, sobre todo, en Asia. Además, la economía estaba parcialmente monetarizada a base de oro y plata. De esta suerte, los productos asiáticos eran conocidos y anhelados en Europa, y los europeos, los que apenas producían mercancías demandadas en Oriente, podían pagarlos con los metales preciosos que sacaban de sus minas o que adquirían en el norte de África.

Las sociedades autóctonas de las Indias españolas vivían circunstancias distintas. No practicaban ningún comercio comparable con el existente en el Viejo Mundo. Su capacidad de producción no alcanzaba para emprender la exportación transatlántica. Además, como consecuencia del aislamiento de la masa continental euro-asiática-africana, sus productos no se conocían en el Viejo Mundo y, por lo tanto, no tenían demanda ni precio. Tampoco se conocían las monedas de plata y oro, con lo que las perspectivas de vender mercancías europeas a los americanos quedaban reducidas al trueque. Ciertamente, la situación pronto cambiaría porque fue cuestión de décadas para que, por ejemplo, el tabaco y el cacao empezaran a ser estimados por los consumidores europeos. Mas, por el momento, a los navegantes y exploradores les fue imposible enriquecerse mediante el comercio en América. Empezar un comercio lucrativo con las sociedades precolombinas resultó imposible, y con sus proyectos personales tampoco pudieron esperar a que las circunstancias cambiaran. Querían ver realizados sus sueños en vida. Para ilustrar este dilema, puede recordarse que Francisco Pizarro, por ejemplo, tenía alrededor de 60 años cuando en 1532 se encaró con el inca en Cajamarca; mucho tiempo no le quedaba.

Los españoles enfrentaban, de esta suerte, un problema económico que requería una solución inmediata, pero ésta sólo podía ser encontrada dentro de sus mentalidad y parámetros culturales. Los deseos de riqueza y mejora social de los conquistadores obedecían a conceptos occidentales. Pretendían ser señores a la usanza europea. Ambicionaban telas italianas o asiáticas, vino español, especies orientales o objetos de vidrio, querían celebrar las misas en iglesias adornadas con lienzos al óleo, y necesitaban armas de hierro y de fuego. Por consiguiente, tanto su seguridad como su riqueza y su estatus dependían de los bienes traídos del Viejo Mundo. Así, desde el principio la América conquistada engendró una demanda de productos de importación. Para adquirirlos se necesitaba con qué intercambiar, es decir, para poder importar, fue imprescindible exportar. Así sucedió que, no obstante la revitalización de los valores señoriales en el contexto de la conquista, el comercio mantuvo su importancia crucial. La economía interna novohispana, de esta suerte, se construía alrededor de la exportación. Pero como las sociedades americanas no disponían de suficientes productos exportables, los españoles mismos, como actores, se vieron forzados a organizar con premura una producción destinada a los mercados externos.¹⁵

Los altos costos del transporte, usuales en la época, limitaron la gama de productos comerciables de larga distancia a los de alto valor y reducido peso y volumen. Ya entre los habitantes de las islas antillanas, los españoles habían encontrado considerables cantidades de oro en forma de objetos artesanales. En tiempos en que el valor de la moneda se definía por el valor intrínseco del metal que contenía, esto no era problema. Los españoles no tardaron en localizar los lavaderos de los cuales los indígenas sacaban el metal amarillo. Esta experiencia se repetiría en México y en Perú. Los españoles expropiaron a los indígenas su oro acumulado a lo largo de los siglos y explotaron los placeres de oro. Pronto descubrieron las primeras minas argentíferas, por ejemplo, en 1545 los yacimientos del Cerro Rico de Potosí en los Andes y Zacatecas en la Nueva España.¹⁶ A partir de ahí, la plata pasaría a ser la mercancía más importante de exportación hispanoamericana.

¹⁵ Sobre la relación entre los sistemas económicos autóctonos/internos y el sector de exportación, me siguen convenciendo los trabajos de Carlos Sempat Assadourian, "La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial", en: Enrique Florescano (ed.), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, pp. 223-292, y *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*, Instituto de Estudios Peruano, Lima 1982; y Enrique Tandeter, *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*, Editorial Sudamericana, Cusco, 1992.

¹⁶ Sobre el número de minas trabajadas en el siglo XVIII, véase Bernd Hausberger, *La Nueva España y sus metales preciosos. La industria minera colonial a través de los libros de cargo y data de la Real Hacienda, 1761-1767*, Vervuert, Frankfurt a. M., 1997, pp. 63-75.

América Latina cumplió con el papel de exportador de plata hasta el siglo XIX, aunque en los flujos y cecas internacionales entraran también metales de otra procedencia.¹⁷ La situación se ve reflejado en el cuadro siguiente, aunque dada la problemática de las fuentes sirva sólo para dar una idea aproximada.

Participación de América en la producción mundial de plata y oro

	SIGLO XVI		SIGLO XVII		SIGLO XVIII	
	ORO	PLATA	ORO	PLATA	ORO	PLATA
Suramérica española	35.7%	57.1%	60.1%	61.0%	36.0%	32.5%
México	3.4%	11.4%	4.3%	23.4%	4.8%	57.0%
Brasil	—	—	1.7%	—	44.1%	—
Total	39.1%	68.5%	66.1%	84.4%	84.9%	89.5%
Fuente: Harry E. Cross, “South American Bullion Production and Export, 1550–1750”, en: J. E. Richards (ed.): <i>Precious Metals in the Later Medieval and Early Modern World</i> , Durham (Carolina Academic Press) 1983, 403.						

De esta forma, la América española fue productora y exportadora de monedas, para poder comprar mercancía en los mercados exteriores. Esta moneda, en las más diversas formas y acuñaciones, se distribuyó desde América al mundo. Aunque entre los especialistas no haya acuerdo sobre la importancia de este fenómeno, queda fuera de duda que agilizó los circuitos mercantiles que desde la apertura de la ruta portuguesa alrededor del cabo de la Buena Esperanza en 1498 y de la ruta española entre Acapulco y Manila en 1571, por primera vez, abarcaban a todos los continentes (con la excepción de Australia). Obviamente, la llegada masiva de metales preciosos le vino muy bien a la Corona, siempre necesitada de dinero. Ella, desde los inicios del dominio español en América, vigilaba la navegación y el comercio, creaba y defendía monopolios, daba privilegios y cobraba impuestos. Pero fue la demanda hispanoamericana de productos europeos y asiáticos la que desencadenó estos flujos, y no la necesidad de los monarcas ni tampoco lo fue la demanda china, la que, sin embargo, aseguró que se estableciera un sistema estable de intercambio intercontinental, pues, al absorber grandes cantidades del plata, impidió que se devaluara su precio y los mercados americanos perdieran su poder de compra.

El papel crucial de la demanda hispano-americana se manifiesta por la naturaleza de la organización de las exportaciones. Siempre fluía una cantidad mayor de plata privada que de plata poseída por la Corona tanto a Europa como a Filipinas: de

¹⁷ Bernd Hausberger y Antonio Ibarra, “Introducción: oro y plata en los inicios de la economía global”, en: B. Hausberger y A. Ibarra (coords.), *Oro y plata en los inicios de la economía global: de las minas a la moneda*, El Colegio de México, México, 2014, pp. 11-13.

casi 500 millones de pesos fuertes que llegaron a España entre 1503 a 1660, sólo el 26.2% era del tesoro real. A lo largo de los siglos, esta tasa disminuyó constantemente: entre 1503 y 1540 todavía eran el 52.5%, entre 1717 y 1738, el 14%, y entre 1747 y 1778, el 9%.¹⁸ Aunque para el período de 1782 a 1796, la tasa de los metales de la Corona aumentó otra vez a 24.6%,¹⁹ a lo mejor como resultado de las reformas borbónicas destinadas antes que nada a mejorar la recaudación fiscal, esto tampoco cambia el predominio de los privados. Hacia Filipinas, de 1591 a 1640, el 59.6% de la plata exportada era privada.²⁰

Es de suponer que debido al contrabando el dominio privado sobre los metales americanos fue aún mayor que las tasas referidas. Lo que se sabe de las mercancías que llegaban a América refuerza la hipótesis. No se trataba sólo de bienes de lujo, cuya supuesta preponderancia a veces se usa para descalificar el intercambio comercial de los ibéricos. Una de las escasas informaciones sobre las tempranas importaciones a Hispanoamérica la aporta un artículo de Renate Pieper. Según la autora, *La Trinidad*, navío de 110 toneladas, transportaba en 1524 la siguiente carga a Santo Domingo: 7 560 litros de aceite de oliva, 3 850 litros de vino, 276 kilogramos de jabón, 257 kilogramos de cera, 362 metros de ruan, 278 metros de terciopelo, 20 metros de paños veinticuatrenos, 159 camisas, 128 pares de zapatos de cuero, 8072 clavos de hierro, 600 herraduras y 45 resmas de papel.²¹

Para concluir este apartado, constatamos que la entrada de América a los circuitos comerciales tuvo consecuencias cruciales. Los canales abiertos del flujo de metales no sólo expandieron el sistema, sino le dieron –en el pleno sentido de la palabra– una dimensión global. El aumento de la masa de metales preciosos disponibles tuvo un fuerte impacto en los sistemas monetarios internacionales, probablemente con consecuencias inflacionarias y de devaluación de la moneda, pero en todo caso en muchas partes del mundo facilitó la monetarización de crecientes porciones de las actividades económicas, a nivel del comercio, de los salarios y de extracción fiscal. Aunque otras formas de pago (en semillas de cacao, los caracoles kauri, monedas de cobre o muchas formas de trueque) persistían,

¹⁸ Hamilton, *op. cit.*; Antonio García-Baquero González, *La carrera de Indias. Suma de la contratación y océano de negocios*, Algaido/Expo92, Sevilla, 1992, 231 pp.

¹⁹ John Fisher, “Estructura comercial en el mundo hispánico y el reformismo borbónico”, en Agustín Guimerá (ed.), *El reformismo borbónico*, Alianza, Madrid, 1996, 120 pp.

²⁰ John J. TePaske, “New World Silver, Castile and the Far East”, en: J. J. Richards (ed.), *Precious Metals in the Later Medieval and Early Modern World*, Carolina Academic Press, Durham, 1982, pp. 444-445.

²¹ Renate Pieper, “Die Exportstruktur des spanischen Amerikahandels”, *Scripta mercaturae* núm. 18, 1984, pp. 61-95.

fueron subordinadas a la convertibilidad en metálico.²² La prosperidad minera caracterizó la dinámica de la colonización española del Nuevo Mundo, que a partir de ahí experimentó probablemente la más radical transformación de toda su historia. El control sobre la distribución mundial de los metales americanos devino en un instrumento para que diversos grupos, instituciones y Estados en Europa occidental incrementaran su peso como actores globales. Era de transcendental importancia que el globo empezara a ser cubierto por una red de asientos y bases europeos. De esta forma, se estableció una ventaja comunicativa (en el más amplio sentido de esta palabra) que formaría el fundamento para la posterior expansión colonial e imperialista, cuando la industrialización y el desarrollo del capitalismo les dieron a los europeos una sensible superioridad militar. Por último, los metales cebaban nuevos mercados de consumo en América, cuyas compras contribuían a la prosperidad de diversos grupos, sectores y regiones de producción en Europa. Mi hipótesis es que de esta forma aportó la industrialización que proporcionaría al Occidente una ventaja sin precedente y la hegemonía global a partir del siglo XIX.

EL COMERCIO GLOBAL EN VÍSPERAS DE LA INDUSTRIALIZACIÓN

En el siglo XVIII, España había quedado relegada a potencia secundaria y económicamente atrasada, respecto a la pujante economía y el creciente poder de Gran Bretaña, pero también de Francia, Países Bajos y partes de Alemania. Lo que marcaría la historia futura fue la industrialización iniciada por Inglaterra y Escocia. Cambiaría de forma duradera las jerarquías entre los actores en un mundo hasta este momento multipolar, cimentando la supremacía occidental hasta, por lo menos, la segunda mitad del siglo XX. España, su imperio y las repúblicas en que éste se desintegró quedaban atrás. De esta suerte, hacia 1800 la globalización entró en una nueva fase caracterizada por la hegemonía del Occidente sobre el resto del mundo. Las manufacturas latinoamericanas, indios y chinos no pudieron aguantar la competencia de las jóvenes industrias europeas y pronto estadounidenses; y así incluso China y la India por primera vez en la historia se convirtieron en consumidores de textiles europeos, especialmente ingleses.²³

²² Günter Vollmer, “Über den Wechselkurs von Cacaobohnen und den Preis der Schokolade. Ein mexikanisches Problem”, en: Nikolaus Böttcher y Bernd Hausberger (eds.): *Dinero y negocios en la historia de América Latina / Geld und Geschäft in der Geschichte Lateinamerikas*, Vervuert/Iberoamerican, Frankfurt a. M./Madrid, 2000, pp. 59-84; Bin Yang, “The Rise and Fall of Cowrie Shells. The Asian Story”, *Journal of World History*, núm. 22, 2011, pp. 1-25.

²³ Beckert, *op. cit.*, pp. 323-327.

Ahora, la pregunta es (y se ha planteado muchas veces) si la industrialización fue un fenómeno intrínsecamente británico (o europeo) o si se explica por el entretendido de relaciones, conexiones e interdependencias globales, como las que se habían establecido desde el siglo XVI. Aquí quiero sugerir algunos elementos a favor de una explicación multipolar en la que América Latina cumplió con una función importante, no sólo en la época de los llamados descubrimientos sino también durante el despegue europeo en el siglo XVIII. Adelanto que no quiero discutir aquí, pero tampoco lo puedo dejar sin mencionar, que la economía británica se aprovisionó de materiales imprescindibles de África, América y el norte de Europa, de donde entre 1794 y 1796 recibió el 61% de sus materias primas.²⁴ Especialmente la confección de textiles de algodón dependía totalmente de fuentes de abastecimiento extraeuropeas. Éstas originalmente se ubicaban en Egipto y en el Levante. Cuando sus cosechas dejaron de poder cubrir la demanda, las plantaciones del *deep South* de Estados Unidos alrededor de 1790 se convirtieron en los proveedores principales de la industria británica. Para ello importaron entre 1783 y 1808 a 170 000 esclavos y muchos más fueron transferidos dentro de Estados Unidos a las nuevas regiones algodoneras.²⁵ Pero esto no será tema de este apartado. Aquí más bien quiero indagar sobre la red de los mercados de venta a disposición de la producción británica.

Para empezar recordemos que, hace algunos años, Robert C. Allen ha explicado el arranque de la industrialización en Inglaterra con la coincidencia de altos costos salariales y bajos costos energéticos lo que hizo rentable la mecanización de los procesos productivos. La energía barata se debía a la disponibilidad de carbón que fue producido y usado en las islas británicas desde hacía mucho tiempo en cantidades siempre crecientes. Los salarios altos fueron sostenidos por las florecientes manufacturas textiles. Las favorables remuneraciones sedujeron a pequeños propietarios de tierra para vender sus terrenos y trasladarse a las cercanías de los empleos industriales ofrecidos, sobre todo, en las ciudades. Otros terratenientes aprovechaban la ocasión para aumentar sus propiedades e incrementar mediante inversiones la productividad de forma tan sensible que se ha hablado de una revolución agraria. De esta suerte, fue posible alimentar la creciente porción de la población que buscaba su sustento fuera del campo. En Inglaterra, alrededor de 1700, vivía aún el 74% de la población de la agricultura, y un siglo más tarde eran sólo el 35%; al mismo tiempo la población urbana subió del 7% al 29%. En otras regiones europeas tal tendencia fue

²⁴ Joseph E. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England. A Study in International Trade and Economic Development*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, p. 369.

²⁵ Beckert, *op. cit.*, pp. 87-109.

similar, aunque era más débil. En suma, crecía el grupo de consumidores y se fortalecían estructuras protoindustriales.²⁶

Aunque es de suponerse que el mercado británico, aun cuando en el contexto global tenía un muy elevado poder adquisitivo y daba impulsos poderosos al desarrollo, era demasiado reducido para justificar los altos salarios y las inversiones necesarias para aumentar y mecanizar la producción. Esta conjetura no surge aquí por primera vez, todo lo contrario. Por ejemplo, Joseph E. Inikori, en su libro de 2002, al respecto ha reunido abundantes materiales que abarcan todo el globo, pero con el fin último de demostrar el papel de África o de los africanos en la formación de las condiciones económicas en las que se dio la revolución industrial. Aquí quiero agregar unos elementos más para llamar la atención sobre América Latina. Para este propósito, es lamentable que los datos de Inikori con frecuencia abarcan África y las Américas como un conjunto atlántico. Advierto también que los muchos datos sacados de la investigación publicada no siempre coinciden del todo entre sí. Sirven aquí, por lo tanto, más bien de ilustración de las tendencias a demostrar y del panorama que sitúa la importancia de América Latina, sin reclamar ninguna exactitud matemática.

Repasando alguna información básica, hay que destacar que Inglaterra tenía una larga tradición exportadora desde la Edad Media. A mediados del siglo XVII, textiles ligeros que mezclaban lana y algodón formaron casi las tres terceras partes de las exportaciones inglesas.²⁷ De 1700 a 1776 el total de las exportaciones creció por el 122% y si se consideran sólo las manufacturas, por el 137%. Este desarrollo después se aceleró, pues entre 1772 y 1805/06 las ventas

²⁶ Robert C. Allen, *The British Industrial Revolution in Global Perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009, pp. 17-19, 60, 78-79; Marcello Carmagnani, *Las islas del lujo. Productos exóticos, nuevos consumos y cultura económica europea, 1650-1800*, El Colegio de México/Marcial Pons Historia, México/Madrid, 2012, pp. 202-207; Massimo Livi-Bacci, *A Short History of Migration*, Polity Press, Malden, 2012, pp. 38-39. En este contexto, Wolfgang Reinhard (2015) me ha puesto la justificada pregunta de cómo los salarios altos pueden ponerse en consonancia con el pauperismo del proletariado de la temprana industrialización; Wolfgang Reinhard, Reseña de Bernd Hausberger, *Die Verknüpfung der Welt. Geschichte der frühen Globalisierung vom 16. bis zum 18. Jahrhundert*, en <http://www.sehepunkte.de/2015/09/27375.html> [15-9-2015]. El tema demandaría un tratamiento amplio, mas puedo señalar que aquí me refiero exclusivamente al siglo XVIII, mientras que la miseria de los obreros todavía no era la misma que en la primera mitad del siglo XIX. Obviamente, habría que ver los salarios industriales siempre en relación con los costos de vida y con la situación en el campo. Por lo menos, también Jan De Vries ha argumentado que, debido a la *industrious revolution*, la capacidad de consumo de las clases bajas inglesas estaba creciendo en el siglo XVIII ("The Industrial Revolution and the Industrious Revolution", *Journal of Economic History*, núm. 54, 1994, pp. 249-270; *The Industrious Revolution. Consumer Behavior and the Household Economy, 1650 to the Present*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008

²⁷ Carmagnani, *Las islas del lujo*, pp. 123-124.

en el exterior se cuadruplicaron a 51 millones de libras al año.²⁸ Se estima que alrededor de 1700 el 24% de la producción se exportaba, y hacia 1760 ya era el 35%. En algunas sectores estas valores eran incluso más altos: 1770-74, el 40% del latón y entre el 45% y el 50% de los tejidos fueron al extranjero.²⁹ Los productos manufacturados de exportación más importantes, según algunos datos proporcionados por Inikori, eran telas de lana, productos metálicos, tejidos de algodón y de lino. En el trienio de 1794-96 se exportaban anualmente linos en valor 895 000 £, algodones (en este caso en 1795-97) en 3 500 000 £, metales en 3 798 000 £ y lana en 5 764 000 £ (sólo en el siglo XIX, las telas de algodón se colocarían en la punta de las exportaciones).³⁰

Pero, ¿a qué mercados se destinaban? Desde luego, ya por la cercanía, las ventas europeas nunca eran despreciables. Pero justamente para la industria textil, un sector clave de la industrialización británica, desde el siglo XVII las cantidades vendidas en Europa oscilaban mucho.³¹ Sólo después de la independencia de EUA y la caída de las exportaciones a Norteamérica, las ventas en Europa crecieron de forma sostenida, para volver a caer durante las guerras napoleónicas y, en particular, a raíz del bloqueo continental impuesto ente 1806 y 1814. Así hay que contemplar el comercio con ultramar, el que en 1700-01, según los datos de Price, abarcaba no más que el 14.7% de los exportaciones y en 1789-90, ya el 52.9%.³² Las partes del mundo fuera de Europa más prósperas eran el sur y el este de Asia, pero para mercados de las mercancías manufacturadas e industriales británicas parecen haber sido de una relevancia secundaria. Los productos elaborados en Inglaterra durante el siglo XVIII nunca rebasaron el 25% de las exportaciones de la *East India Company* a Asia.³³ Al Oriente siguieron fluyendo sobre todo los metales preciosos amonedados. La importancia de los productos

²⁸ Adrian J. Pearce, *British Trade with Spanish America, 1763-1808*, Liverpool University Press, Liverpool, 2007, pp. 247-248; Joyce E. Chaplin, "The British Atlantic", en: Nicholas Canny y Philip Morgan (eds.), *The Oxford Handbook of the Atlantic World, c. 1450-c. 1850*, Oxford University Press, Oxford/Nueva York, 2011, p. 229; Craig Muldrew, "Atlantic World, 1760-1820. Economic Impact", en Nicholas Canny y Philip Morgan (eds.), *The Oxford Handbook of the Atlantic World, c. 1450-c. 1850*, Oxford University Press, Oxford/Nueva York, 2011, p. 630.

²⁹ Jacob M. Price, "The Imperial Economy, 1688-1776", en: P. J. Marshall (ed.), *The Oxford History of the British Empire*, vol. 2: *The Eighteenth Century*, Oxford University Press, Oxford, 1998, pp. 98-99. Los datos de Inikori sostienen que en 1700, el 36.9% de la producción industrial se exportaba; en 1760, el 53.5%, y en 1801, el 52.3% (Inikori, *op. cit.*, p. 152).

³⁰ Inikori, *op. cit.*, pp. 414, 426, 436, 456.

³¹ Charles P. Kindleberger, "The Economic Crisis of 1619 to 1623", *The Journal of Economic History*, núm. 51, 1991, pp. 162-163.

³² Price, *op. cit.*, p. 102 (sin los reexportes de mercancías no británicas).

³³ *Ibid.*, pp. 101-102.

asiáticos importados en Europa aquí no se puede tratar en detalle, mas hay que destacar que su reexportación produjo al comercio británico pingües ganancias. En el comercio con ultramar (sin América Latina), a principios del siglo XVIII, las reexportaciones ascendían al 33% de los productos vendidos, para caer, sin embargo, hacia mediados del siglo, al 23% y, a finales, a apenas el 8% (entre otras cosas, porque los Estados Unidos habían dejado de depender del comercio intermediario británico; sólo entre 1795 y 1806 la llegada de barcos estadounidenses en Calcuta se decuplicó).³⁴ En todo caso, los mercados para la venta de productos ingleses todavía no estaban en Asia, más bien los algodones de la India constituían una competencia amenazante para los empresarios británicos, la que se enfrentaba con diversas medidas proteccionistas y, luego, con una creciente racionalización de los procesos productivos. Por lo pronto, los tejidos de la India eran de superior calidad y, además, favorecidos por los costos salariales mucho más bajos. Aún en 1780, sólo el 26.2% de las exportaciones textiles británicas era de producción doméstica, el resto abarcaba ante todo telas indias, aunque muchas elaboradas y refinadas. En particular, con el estampado de telas blancas importadas con diseños de moda, los talleres ingleses hacían un pingüe negocio. Sólo en los años 90 del siglo XVIII la competencia de la India empezó a bajar.³⁵

Los mercados más importantes se ubicaban, entonces, en el espacio atlántico, lo que ha sido demostrado por varios autores. De los artículos metálicos, durante todo el siglo XVIII entre el 51% y el 63% iba a América (entre el 9 y el 15% al Sur de Europa). Una proporción todavía mayor de lino, es decir alrededor del 90%, iba a América, sobre todo a las zonas esclavistas. Para el caso de la lana, los datos sugieren una gran importancia de Brasil, particularmente en el caso de tejidos ligeros y baratos, pero también de África, donde se intentó sustituir las gruesas ventas de algodones de la India con estos productos; en total iban entre el 45% y casi el 70% de las telas de lana a África, América y el sur de Europa. Pero hay que apuntar que antes del siglo XIX, en las costas africanas de abastecimiento de esclavos se comerciaban sobre todo tejidos de algodón de la India, cuyo despacho a América, por lo contrario fue bajo; entre 1784 y 86 constituían sólo el 12% de las ventas de algodón, diez años más tarde sólo el 4% y después de otra década sólo el 1%. Es decir, la producción británica se benefició inicial-

³⁴ *Idem.*, p. 101; Michael Mann, "Ein langes 18. Jahrhundert: Südostasien", en: Bernd Hausberger y Jean-Paul Lehnerns (eds.), *Die Welt im 18. Jahrhundert* (Globalgeschichte. Die Welt 1000-2000, Bd. 5), Mandelbaum, Viena, 2011, p. 287; Carmagnani, *op. cit.*, pp. 124-136.

³⁵ Carmagnani, *op. cit.*, pp. 125, 132-134; Dietmar Rothermund, "Von der Krise des 17. Jahrhunderts zum Triumph der Industriellen Revolution (1620-1850)", en: Peter Feldbauer, Gerald Hödl y Jean-Paul Lehnerns (eds.), *Rhythmen der Globalisierung. Expansion und Kontraktion zwischen dem 13. und 20. Jahrhundert*, Mandelbaum, Viena, 2009, pp. 76-77; Inikori, *op. cit.*, pp. 429-432, 444.

mente sobre todo por el mercado americano.³⁶ En suma, a mediados de los años 90 del siglo XVIII, las exportaciones de productos manufactureros británicos (sin las reexportaciones) al espacio atlántico fueron en un 2.6% a África, en un 11.5% a la península ibérica y en 85.9% a América (sin América Latina).³⁷

Sin desmentir la importancia de los mercados africanos, asiáticos y europeos, hay que sacar la conclusión que los productos manufacturados e industriales británicos recibieron su impulso exterior tal vez mayor por el despacho a América y al Sur de Europa; éste último, a la vez, estaba estrechamente vinculado con América a través del comercio de España y Portugal.³⁸ Efectivamente, las exportaciones a las colonias británicas en América del Norte y en el Caribe experimentaban un crecimiento fuerte. De 461 000 £ (el 10% del total de las exportaciones británicas) en 1700 subieron a 3 875 000 £ (el 38% de las exportaciones totales) en 1772 (de ellos, el 68% iba a las colonias continentales, el 25.8% del total).³⁹ Como consecuencia de la guerra de independencia de los Estados Unidos, los negocios con el continente norteamericano cayeron drásticamente, mas se recuperaron de forma rápida.

Hasta aquí el panorama presentado es fundamentalmente conocido. Lo que ahora hace falta es integrar a América Latina al argumento. Primero hay que señalar que las importaciones que las metrópolis ibéricas recibían de sus posesiones en el Nuevo Mundo siguieron siendo importantes, lo que se confirma al compararlas con la situación británica. Hacia 1700 Gran Bretaña importaba 1 160 000 £ desde sus colonias; para 1730 este monto había subido a 2 410 000 £, y en 1772 fueron 5 200 000 £, procediendo en gran parte de América.⁴⁰ Entre 1794 y 1796, el Reino Unido importaba anualmente bienes por valor de cerca de 2 450 000 £ de Asia y de 3 700 000 £ desde sus colonias americanas y los Estados Unidos, es decir en suma 6 150 000 £.⁴¹ A Cádiz y Barcelona, los puertos españoles que manejaban casi la totalidad del comercio americano oficial, llegaron entre 1782 y 1796 importaciones por valor de 547 600 000 de pesos de sus virreinos americanos (de ellos el 54.4% en metales preciosos y el 13.6% en tabaco). Con las malicias del tipo de cambio esto resultará una importación anual de entre 5.62 y 8.30 millones de libras, de ellas entre 3.16 y 4.67 millo-

³⁶ Inikori, *op. cit.*, pp. 412-426, 457. También Chaplin, "The British Atlantic", p. 229; Muldrew, "Atlantic World", p. 630.

³⁷ Inikori, *op. cit.*, pp. 512, 514 (he calculado conforme la información de la p. 522, que el 55% de las exportaciones al sur de Europa iba a España y Portugal).

³⁸ Fisher, "Estructura", p. 120.

³⁹ Chaplin, *op. cit.*, p. 229; Muldrew, *op. cit.*, p. 630.

⁴⁰ Chaplin, *op. cit.*, pp. 228-229.

⁴¹ Muldrew, *op. cit.*, p. 622.

nes en oro y plata.⁴² Debido al fuerte crecimiento comercial durante las últimas décadas del siglo XVIII, debe contarse con cantidades considerablemente mayores en los últimos años del período observado y considerablemente menores en los primeros. De esta suerte las importaciones españolas de América se mantenían por encima de las que el Reino Unido recibía de sus colonias americanas inclusive Estados Unidos.⁴³ No muy atrás quedaron las exportaciones brasileñas a Portugal. En el siglo XVIII consistían principalmente de oro, ascendiendo anualmente en promedio 3 650 000 £ entre 1711 y 1760. 3 900 000 £ entre 1761 y 1780 y 3 330 000 £ entre 1781 y 1810. Entre 1796 y 1807, esto produjo un balance comercial positivo de más o menos medio millón de libras al año.⁴⁴ Es decir, en la península ibérica sobraban medios para hacerse de una parte importante de la oferta europea.

Gran Bretaña mantuvo un importante intercambio con los imperios ibéricos, aunque el comercio británico directo con Hispanoamérica fue vetado por el monopolio español. Según los datos de John Fisher, los españoles lograron aumentar, por lo menos oficialmente (porque la reetiquetización de productos extranjeros era práctica frecuente), la tasa de productos domésticos en las exportaciones a América en la época de las reformas borbónicas, de un poco por debajo del 40% al casi 60%. No obstante, en un panorama de sostenido crecimiento comercial también las reexportaciones de productos extranjeros se incrementaron mucho, llegando a su valor máximo con 10.75 millones de pesos en 1792, o aproximadamente 2 000 000 £.⁴⁵ Obviamente no todas esas mercancías eran de producción británica. Adrian Pearce ha estimado las exportaciones británicas a Hispanoamérica (las directas y las realizadas vía España, el Caribe británico y Brasil) en 500 000 £ hacia 1700 (10.8% de las exportaciones totales), en 1 000 000 £ en los años 30, en 1 300 000 £ en los años 60 (cerca del 15% de las exportaciones totales) y aproximadamente 2 000 000 £ a mediados

⁴² Fisher, *op. cit.*, p. 120 (10 952 000 000 reales de vellón; 20 reales de vellón = 1 pesos); Muldrew, (*op. cit.*, p. 621) calcula 1 £ = 6.5 pesos; Pearce (*op. cit.*, p. xvi), con 1 £=5 pesos, Inikori (*op. cit.*), con 1 £ = 4.4 pesos.

⁴³ Hay que repetir una y otra vez, que los diferentes autores ofrecen datos que siempre coinciden. Así, Inikori (*op. cit.*, p. 181), da números de la producción norteamericana entre 1781 y 1899, casi tres veces mayores que las hispanoamericanas. Esto al parecer se explica porque cuenta en el caso de la América británica las exportaciones totales, mientras que yo arriba sólo me refiero a las importaciones a las metrópolis europeas.

⁴⁴ Inikori, *op. cit.*, pp. 172-173.

⁴⁵ Fisher, *op. cit.*, p. 115 (el período documentado por el autor abarca los años de 1778 a 1796). También José María Oliva Melgar, “La metrópoli sin territorio. ¿Crisis del comercio de Indias en el siglo XVII o pérdida del control del monopolio?”, en: Carlos Martínez Shaw y José María Oliva Melgar (eds.), *El sistema atlántico español (siglos XVII-XIX)*, Marcial Pons, Madrid, 2005, p. 65.

de los 90. Más adelante tales estimaciones se vuelven difíciles, pero Pearce considera factible un continuado crecimiento a 3 o 4 millones de libras (por lo menos el 6% de las exportaciones británicas), lo que sería considerablemente más de lo que habitualmente se ha pensado.⁴⁶ John Fisher, a la vez, ha calculado que el déficit español con Gran Bretaña entre 1749 y 1770 alcanzaba cerca de 660 000 £ al año.⁴⁷ Esta suma había que saldarla en moneda. Además, desde finales del siglo XVII hasta la segunda mitad del siglo XVIII los ingleses ganaron enormes sumas en Portugal y Brasil. Entre 1758 y 1763, de esta manera, Gran Bretaña importaba en promedio 764 612 £ en oro al año desde Brasil, en cuyo intercambio surtía principalmente textiles.⁴⁸

Una vez constatado que el lucrativo comercio británico con España y Portugal dependía en gran parte de América, hay que examinar a los otros mercados. Pues, a la liquidez que América proporcionó a los poderes ibéricos, se suma que también el déficit portugués y español con sus otros socios comerciales fue cubierto por metales obtenidos de las Indias; por ejemplo, fue más bien Francia el abastecedor principal de España con productos manufactureros, pagados en parte con plata.⁴⁹ Las ganancias logradas en la península ibérica se tradujeron no en su totalidad pero en cierta parte en ingresos de la industria británica, pues de una u otra manera fortalecían la fuerza de compra en muchas partes europeas.

Incluso más importante parece ser la dinámica del papel norteamericano. Las colonias inglesas en Norteamérica y luego los jóvenes Estado Unidos a lo largo del siglo XVIII tenían un déficit con Gran Bretaña,⁵⁰ pero mantenían un lucrativo comercio con el Caribe español y con España misma, con el que ganaban considerables cantidades de plata, es decir dinero. Ya en el siglo XVII, la pesca y el comercio de bacalao mantuvo un constante flujo de plata español hacia Inglaterra y las colonias en Nueva Inglaterra. A estas últimas, esos ingresos les ayudaron para equilibrar el déficit comercial con su metrópolis, el que por ejemplo entre 1770 y 1774 alcanzaba casi 1 300 000 £ al año. Con el sur de Europa (donde la destinación más importante fue España), el comercio norteamericano entre 1768 y 1772 tuvo un superávit anual de 456 600 £.⁵¹

⁴⁶ Pearce, *op. cit.*, pp. 230-249.

⁴⁷ H. E. S. Fisher, *The Portugal Trade. A Study of Anglo-Portuguese Commerce 1700-1770*, Routledge, Londres, 1971, pp. 4-5.

⁴⁸ Angelo Alves Carrara, "La producción de oro en Brasil, siglo XVIII", en: Bernd Hausberger y Antonio Ibarra (eds.), *Oro y plata en los inicios de la economía global: de las minas a la moneda*, El Colegio de México, México, 2014, pp. 257-258; Sobre las exportaciones británicas a la península ibérica, véase la tabla en Inikori, *op. cit.*, p. 523.

⁴⁹ *Ibid.*, pp., 204-206.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 198.

⁵¹ Christopher P. Magra, *The Fisherman's Cause. Atlantic Commerce and Maritime Dimen-*

Igualmente activos, aunque por lo general ilegales, eran los negocios de los angloamericanos con los españoles en América, únicamente durante las guerras de fines del siglo XVIII fueron por momentos permitidos por Madrid, para contrarrestar la irrupción de las conexiones transatlánticas.⁵² Entre otras cosas, vendían también a las plantaciones caribeñas cantidades importantes de bacalao, destinando el de calidad superior a Europa, y el de inferior, para los esclavos; la sal para la conservación del pescado fue adquirida, en las mismas regiones de venta, en Portugal y en diversos puntos del Caribe.⁵³ Un destino de creciente importancia para los norteamericanos fue Cuba.⁵⁴ Hay que considerar que Hispanoamérica sólo recibió parte de los esclavos requeridos directamente desde África; la otra parte era proveída mediante reexportaciones de las posesiones caribeñas de otros poderes o desde Brasil. Por ejemplo, entre mayo de 1773 y enero de 1779, desde puertos norteamericanos fueron consignados casi 14 000 esclavos a Cuba,⁵⁵ y entre 1792 y 1795, desde el Caribe británico llegaron 12 000 esclavos a la América española.⁵⁶

Estos negocios podían prosperar ante todo porque en el Caribe español había mucho dinero enviado desde México para cubrir los costos de la defensa y para financiar el monopolio de tabaco. En el quinquenio de 1720-24, desde la Nueva España, la Real Hacienda inyectó 4.5 millones de pesos en plata (casi 0.90 millones al año), en forma del 'situado' al Caribe (mientras que sólo 3.23 millones en total o 0.65 millones al año de los ingresos fiscales fueron a España). Estas cantidades experimentaban un enorme crecimiento: en 1795-99 fluyeron 24.12 millones de pesos (4.82 millones al año) al Caribe (y 18.85 millones a España; 3.17 millones al año). Además del

sions of the American Revolution, Cambridge University Press, Cambridge, 2009, pp. 85-86, 131-134; Price, "The Imperial Economy", p. 103; Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XI^e-XVIII^e siècle*, A. Colin, París, 1967-1979, vol. 3, p. 53.

⁵² Nikolaus Böttcher, *A Ship laden with Dollars. Britische Handelsinteressen in Kuba (1762-1825)*, Vervuert/Iberoamerican, Frankfurt/Madrid, 2007, pp. 140-156.

⁵³ Louis Sicking, *Neptune and the Netherlands. State, Economy, and War at Sea in the Renaissance*, Brill, Leiden, 2004, p. 208; Mark Meuwese, *Brothers in Arms, Partners in Trade. Dutch-Indigenous Alliances in the Atlantic World, 1595-1674*, Brill, Leiden, 2012, p. 21; Wim Klooster, "The Northern European Atlantic World", en: Nicholas Canny y Philip Morgan (eds.), *The Oxford Handbook of the Atlantic World, c. 1450-c. 1850*, Oxford University Press, Oxford/Nueva York, 2011, pp. 169-170; James G. Lydon, "The Massachusetts Fish Trade with Iberia, 1700-1773", *The New England Quarterly*, núm. 54, 1981, pp. 539-582; Magra, *The Fisherman's Cause*, pp. 2-3.

⁵⁴ Nikolaus Böttcher, *op. cit.*, pp. 140-172.

⁵⁵ Nikolaus Böttcher, "How could we do without sugar and rum. Der Sklavenhandel in der Karibik vom 16. bis zum 19. Jahrhunderts", en: Bernd Hausberger y Gerhard Pfeisinger (eds.), *Die Karibik. Geschichte und Gesellschaft 1492-2000*, Promedia, Viena, 2005, p. 80.

⁵⁶ Pearce, *op. cit.*, pp. 283-284.

situado, en 1723, por ejemplo, 200 000 pesos fueron enviados a Cuba para prefianciar la compra de las hojas de tabaco de los cultivadores, cantidad que subió a 750 000 pesos hacia finales del siglo.⁵⁷ También el comercio hispanoamericano despachó dinero al Caribe británico; según Adrian Pearce, entre 1792-1795, fueron unos 171 540 pesos de plata al año (aproximadamente el 40% de sus exportaciones entre los cuales se destacaban además mulas, caballos y algodón).⁵⁸ Los Estados Unidos se establecían de esta suerte como uno de los intermediarios importantes que introdujo en el comercio global crecientes porciones de los metales hispanoamericanos. El dinero que ganaban les permitió de usar el peso de plata como moneda y aumentar su fuerza de compra de productos industrializados británicos.⁵⁹

En suma, los imperios ibéricos cumplieron tanto en el siglo XVI como en el XVIII con una función central en el mantenimiento de los circuitos globales y el desarrollo británico en camino a la industrialización. Formaban un mercado no despreciable para productos del Reino Unido y los metales preciosos obtenidos aseguraron la liquidez del comercio británico con Asia. Aunque los británicos se preocuparan de la constante evasión de dinero al Oriente, el déficit persistente que tanto el mundo ibérico como Norteamérica tenían con el Reino Unido sostenía el sistema monetario británico. En los años 50 del siglo XVIII la East India Company exportaba al menos 750 000 £ en oro y plata al año, y era el 65% del total de las exportaciones. Aunque este monto hasta 1826 bajó a un promedio anual de 262 000 £ (o el 18.6% de las exportaciones), siguió siendo considerable, y tanto más si se le suman los envíos privados que, por ejemplo, entre 1791 y 1806 ascendían 170 000 £ al año.⁶⁰

⁵⁷ Carlos Marichal, *La bancarrota del virreinato. Nueva España y las finanzas del imperio español, 1780-1810*, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/Fondo de Cultura Económica, México, 1999, p. 55; Carlos Marichal, *Bankruptcy of Empire. Mexican Silver and the Wars between Spain, Britain and France, 1760-1810*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007, pp. 38, 268-269.

⁵⁸ Pearce, *British Trade*, 271-275.

⁵⁹ Carlos Marichal, "The Spanish-American Silver Peso. Export Commodity and Global Money of the Ancien Regime, 1550-1800", en: Steven Topik, Carlos Marichal y Zephyr Frank (eds.), *From Silver to Cocaine. Latin American Commodity Chains and the Building of the World Economy, 1500-2000*, Duke University Press, Durham/Londres, 2006, pp. 25-52; Alejandra Irigoin, "The End of a Silver Era. The Consequences of the Breakdown of the Spanish Peso Standard in China and the United States, 1780s-1850s", *Journal of World History*, núm. 20, 2009, pp. 207-243.

⁶⁰ H. V. Bowen, "Bullion for Trade, War, and Debt-Relief. British Movements of Silver to, around, and from Asia, 1760-1833", *Modern Asian Studies*, núm. 44, 2010, p. 446.

RESUMEN Y CONCLUSIÓN

Desde inicios del siglo XVI hasta principios del siglo XIX el mundo y ante todo la América ibérica se transformaron tan dramáticamente que no se justifica marginar estos acontecimientos como “arcaicos” y limitar los procesos globalizadores a los siglos XIX o XX. En el siglo XVI, las macrorregiones eurásicas (Europa, el mundo islámico, India, China), pero también americanas (Mesoamérica, el espacio andino), que se habían constituido antes de 1500, fueron conectadas de forma duradera debido a la expansión de los portugueses y españoles. Los efectos de estos acontecimientos alcanzaron incluso el interior de Norteamérica, aunque éste aún estaba a salvo de contactos directos con los europeos,⁶¹ y finalmente el espacio pacífico-australiano. Se estableció un orden multipolar, cuya base económica fue formada inicialmente por la producción artesanal y manufacturera eurásica, por un lado, y la minería americana de metales preciosos, por el otro.

A partir del siglo XVII, en regiones americanas sin minas, los frutos de las plantaciones sustituyeron al oro y la plata en su función de productos exportables. Así, los esclavos africanos se convirtieron en unas de las más importantes mercancías del temprano comercio global, y fueron los que realizaron una parte esencial del trabajo necesario para la incipiente economía mundo: en las plantaciones y los placeres de oro en su totalidad y en las minas de plata parcialmente.⁶² La América española, aunque venía diversificando la gama de sus exportaciones desde principios del siglo XVI, y la portuguesa desde finales del siglo XVII, cubrieron sus demandas de importaciones mediante la exportación de metales preciosos y fomentaban de esta manera la fuerza de compras de sus proveedores de toda Europa y de Asia.

Los europeos desempeñaban en todo esto una función de intermediarios entre los metales americanos y los productos asiáticos. Sus ganancias eran cuantiosas.⁶³ Pudieron aprovechar su posición para la construcción de extendidas redes de comunicación y de comercio, para el desarrollo de nuevas tecnologías, sobre todo en los campos de navegación y de la guerra, y para el desarrollo de la economía de las plantaciones. En el siglo XVIII una red de posiciones europeas cubría todo el globo, grandes partes de América habían sido colonizadas por europeos y africanos y al final de la época algunos poderes europeos controlaban la mayor parte del comercio global, sobre todo, el transporte marítimo de larga distancia. Lo

⁶¹ Hausberger, *Verknüpfung*, p. 156.

⁶² Inikori, *Africans*, especialmente p. 197; Wolfgang Reinhard, “Europa und die atlantische Welt”, en: Wolfgang Reinhard (ed.), *1350-1750: Weltreiche und Weltmeere* (Geschichte der Welt, ed. por Akira Iriye y Jürgen Osterhammel, vol. 3), C. H. Beck, Munich, 2014, p. 830.

⁶³ Peer Vries, *Zur politischen Ökonomie*, pp. 76-77.

que, en este ensayo, he querido destacar en primer lugar es que de esta forma se aseguraban de mercados en América, en África y en Europa para la reexportación de mercancías asiáticas y la venta de productos propios.

En la producción manufacturera predominaban los productores asiáticos, sobre todo en las rutas eurásicas y transpacificas, hasta que a principios del XIX las nuevas industrias europeas empezaron a conquistar los mercados orientales. En el comercio transatlántico las mercancías asiáticas nunca habían destacado tanto. Cuando la industrialización inició en Inglaterra, esto se debió a muchos factores internos (británicos y europeos). Pero es patente que las manufacturas y fábricas inglesas se nutrieron de larga tradición y las nuevas posibilidades de exportación. Con otras palabras, sin la extensión de los mercados de venta, a la incipiente industria es probable que se le hubiera complicado mantenerse en la vía del éxito, pues la facilidad de aumentar la producción le ayudó a amortizar sus costos. Para poder exportar, sin embargo, se necesitaba un exterior suficientemente solvente para absorber la creciente oferta. Si esto es cierto, la industrialización se apoyaba no sólo en los avances internos británicos, sino en la vinculación de las más diversas sociedades y órdenes económicas.

El mundo fuera de Gran Bretaña puede ser que era en muchos sentidos atrasado o hasta arcaico y los espacios conectados todavía no se industrializaban, pero aseguraban la industrialización de uno ellos (Gran Bretaña) al haber conseguido, en su conjunto, suficiente fuerza adquisitiva para comprar la creciente y cada vez más barata producción inglesa. La demanda iberoamericana por importaciones hizo entrar enormes cantidades de oro y plata a los circuitos globales, a causa de su balance comercial negativo con el resto del mundo. Es de importancia especial, en el este contexto, que de esa manera en Europa continental y en Norteamérica consiguieron el dinero para financiar su propias importaciones desde Gran Bretaña.

Para terminar, insisto que el texto es, sobre todo, propositivo. Para seguir en la pista sugerida, por ejemplo, habría que perfilar mejor las coyunturas de los diferentes flujos comerciales y relacionarlos entre sí. Para ello habría que aclarar con más exactitud detalles como las equivalencias entre pesos hispanos y libras esterlinas. Debería obviamente ponderarse con más puntualidad en qué medida el éxito de los productos industriales en los mercados exteriores se debía a la fuerza de compra de aquéllos o a la ventaja competitiva que significaba sus bajos precios. Para todo esto, serían de gran ayuda tener series de datos más completos y comparables entre sí. También se impone repensar lo que tal inserción en los circuitos de intercambio globales significaba para el desarrollo interno de Latinoamérica y para la política de sus élites. Pero cualesquiera que sean los resultados y las conclusiones de la investigación futura, me parece que con la información presentada por lo menos he podido demostrar un punto: América

Latina, en la época tratada, no era de ninguna forma un apéndice de intereses exteriores, sino un espacio que aportaba con agencia propia a la temprana globalización desde el siglo XVI.

MARIANO BONIALIAN

HISTORIA COLONIAL E HISTORIA GLOBAL. ENFOQUES DESDE LA HISTORIA ECONÓMICA

HISPANOAMÉRICA EN PERSPECTIVA GLOBAL

En las siguientes líneas presentamos algunas problemáticas de la historia económica colonial hispanoamericana desde una perspectiva global. Resulta frecuente encontrarnos con finos estudios de la realidad hispanoamericana entre los siglos XVI y XVIII que circunscriben el análisis a las fronteras locales, a unidades políticas administrativas (virreinales), así como también al punto de referencia de “Estado-nación” que pertenece ciertamente a otra circunstancia histórica. Aquí se intentará superar estos “imaginarios cercos geográficos” con vistas a alcanzar una perspectiva más verídica del acontecer colonial; la de una visión global cuyos actores del momento tenían plena consciencia de su existencia y actuaban de manera obsecuente sobre ese amplio mapa continental. Tan sólo con rastrear a los viajeros de la época, a las políticas económicas emanadas desde la Península Ibérica, las estrategias implementadas o los enclaves tomados por los extranjeros con vistas a sacar algún beneficio de las *Indias Occidentales* nos podemos percatar de la visión planetaria de los contemporáneos. Estamos convencidos que importantes procesos históricos que vivió Hispanoamérica desde el siglo XVI hasta los procesos de emancipación pueden comprenderse con mayor agudeza si los insertamos en un escenario internacional, en un mundo moderno que desde tiempo temprano se encontraba plenamente interconectado y globalizado.

A través de un ejercicio que apunta a desentrañar el movimiento de objetos, mercaderías y plata entre Hispanoamérica, China y Europa demostraremos el gran centralismo que asumió la América Latina colonial en la temprana globalización. Los historiadores globales han debatido y reflexionado sobre una común y general inquietud: el motor dominante o la “chispa” que habría encendió la llama de la temprana economía global. Cada vez con mayor convicción, la

historia global comienza a cuestionar el papel dominante que tradicionalmente se le ha atribuido a Europa en el proceso de desarrollo mundial. La historiografía clásica, con gran cuota de eurocentrismo, llegó a categorizar al “viejo continente” como el centro desde donde comenzaron a gestarse las relaciones transcontinentales. Pero en las últimas décadas los estudios han reorientado la atención sobre la importancia que ocupó la economía y los nexos generados por China y la India. Estos estudios casi reposicionaron a Europa en un papel secundario del concierto mundial. Los estudios de André Gunder Frank y posteriormente los estudios de Kenneth Pomeranz fueron los primeros en reformular la función de China, al colocarla en el centro del escenario global.¹ Frank se muestra convencido de titular el período como la “Era asiática”.

En ese marco, la economía y los actores europeos sólo desempeñaron un papel complementario, secundario, en el que se veían anexados a un fenómeno que los superaba y que fue dirigido y propulsado, en gran medida, por la economía oriental. Claro está que aún los trabajos que revalorizan a China en la globalización, no siempre acuerdan en que el espacio asiático se encontraba en vías de desarrollar un capitalismo, como sí ocurrió en Inglaterra. De todas maneras, lo que interesa subrayar aquí es que la historia global ha comenzado a convencerse, como lo ha señalado Dipesh Chakrabarty, del “provincialismo” europeo en la economía mundial de la modernidad.² Los estados europeos podrían pensarse como metrópolis imperiales, pero lejos estarían de ser líderes del desarrollo mundial. Aquí proponemos ubicar a Hispanoamérica en esa protagónica y privilegiada posición. No será una posición abstracta o analítica, sino mediante un estudio concreto y apoyado en fenómenos fácticos que la evidencia documental confirma.

La historia global está en boga en los círculos académicos más prestigiosos del mundo. En Europa y Norteamérica los centros de formación están gozando de importantes recursos financieros para descubrir las raíces históricas de la globalización actual. Pero justamente, los ámbitos académicos del primer mundo han relegado la trascendencia que adquirió la América hispana colonial en el entramado global. No resulta casual que el reconocido investigador Patrick O’Brian haya publicado un texto en el primer número del *Journal of Global History*, una de las revistas más importantes en el campo, haciendo referencia a América Latina en contadísimas ocasiones, mientras que las referencias sobre Asia, África

¹ Andre Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, University of California Press, Londres, 1998; Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence. Europe, China, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton University Press, Princeton, 2000.

² Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, United States of America, Princeton University Press, Princeton, 2000, 336 pp.

y el Atlántico norte, escenarios del colonialismo británico, abundan.³ La ausencia de referencias al espacio hispanoamericano en la temprana globalización refleja los conflictos geopolíticos, las luchas mundiales de poder que se viven en la actualidad entre el bloque asiático-ruso y el bloque norteamericano-Occidente a nivel mundial. La sobrevaluada posición europea en la historia global podría ser una expresión propiamente occidental con el propósito de reencauzar el papel hegemónico de dicho espacio en la globalización contemporánea.

Lo que aquí nos interesa remarcar es que Hispanoamérica siempre ha sido desvalorada y continúa sufriendo de una injustificable marginación ya que su ausencia impide comprender de manera más integral porqué los mercados se encontraban integrados en el siglo XVI. Si se la llega a mencionar en alguna oportunidad a Hispanoamérica en la globalización moderna es para colocarla en la periferia del globo, funcionando desde el anonimato, sin gravitación, accesoria y carente de protagonismo. En los últimos años, comenzó a resurgir una historiografía hispana de la globalización que viene a suplir este vacío.⁴ Este ensayo acompaña a esta nueva corriente, con el humilde compromiso de saldar este alarmante vacío historiográfico. Buscará rotar el eje de interpretación con vistas a recuperar la función de “corazón” que alcanzó Hispanoamérica en el escenario global. Es también una revisión crítica a la interpretación global del eurocentrismo, una perspectiva que, como se señaló está fuertemente arraigada en la historiografía.

TIEMPO, ESPACIO Y FRONTERA PARA EL ESTUDIO DE LA AMÉRICA HISPANA COLONIAL

Antes de formular el modelo económico general hispanoamericano, valdría la pena mencionar algunos comentarios sobre la necesaria *ligazón* entre tiempo y espacio; una relación muy necesaria en el abordaje de problemáticas macro-históricas. Ya lo decía el historiador francés Fernand Braudel que los más trascendentales fenómenos históricos se asientan y reposan sobre un espacio de considerables dimensiones, que sobrepasa límites políticos y administrativos; en un amplio sitio socio-geográfico que no evidencia grandes transformaciones en la larga duración, en el tiempo prolongado.⁵ Los estudios sobre historia colonial americana necesitan

³ Bernd Hausberger y Antonio Ibarra, “Introducción”, en: B. Hausberger y A. Ibarra (Coords.), *Oro y plata en los inicios de la economía global*, El Colegio de México, México, 2014, p. 20.

⁴ El mencionado texto compilado por Hausberger e Ibarra (*op. cit.*), así como Bethany Aram & Bartolomé Yun-Casalilla (eds.), *Global Goods and the Spanish Empire, 1492-1824. Circulation, Resistance and Diversity*. Palgrave-Macmillan, 2014.

⁵ Fernand Braudel, *Escritos sobre historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991, pp. 34-65.

retomar dicho abordaje porque sólo así se lograrán identificar las plataformas o los escenarios perdurables en donde actúan los intereses de los agentes históricos. Uno de los posibles ejercicios analíticos de esta asociación nos ofrece como producto la existencia de ejes geo-históricos.⁶

¿A qué nos estamos refiriendo con este concepto? La existencia de unas estructuras suprarregionales poco cambiantes, por donde vemos actuar las prácticas sociales, económicas y políticas de los agentes históricos. Los ejes geo-históricos son difíciles de descubrir en una primera aproximación que atienda sólo el fenómeno local, regional o nacional. Se visualizan cuando hemos alcanzado un nivel de estudio micro-histórico que permita asentar regularidades históricas.

El modelo histórico que presentamos a continuación está conformado por tres grandes ejes geo-históricos: el trasatlántico novohispano que conectaba a la Península Ibérica con el puerto mexicano de Veracruz; el trasatlántico peruano que iba desde España hasta Portobelo y el eje transpacífico que comunicaba a Filipinas/China con Acapulco. Cuando abordemos cuestiones de comercio, detallaremos cada uno de ellos.

No es lo mismo emprender una historia global en el tiempo colonial que desde las emancipaciones americanas. Es muy frecuente ver estudios que nos hablen de historia global cuando en verdad el ejercicio que emprenden no es más que una historia comparativa: es decir, donde se visualizan las diferencias y las similitudes de al menos dos espacios limitados. Claro está que esta manera de proceder en el estudio histórico resulta sumamente válida y constructiva, pero poco haría en este ejercicio de historia global.

A nuestro entender, el *qué-hacer* de la historia global nos obliga a descubrir e identificar una problemática macro-analítica, apoyado en consistentes estudios que previamente se han realizado en la esfera micro-analítica. Así podríamos alcanzar una clara percepción del conjunto, permitiendo realizar con naturalidad permanentes juegos de escala. El conjunto percibido debería constituirse en una clara unidad histórica de análisis, que logre expresar el sentido y la dirección por donde actúan los agentes históricos. De esta manera, aquí intentaremos esquivar el vicio tan frecuente de aplicar al tiempo colonial la noción moderna de espacio nacional o estado-nación; criterios analíticos espaciales que corresponde a otra circunstancia histórica.

⁶ Marcello Carmagnani, “La organización de los espacios americanos en la monarquía española (siglos XVI-XVIII)”, en Óscar Mazín y José Javier Ruiz Ibáñez (eds.), *Las Indias Occidentales. Procesos de incorporación territorial a las monarquías ibéricas*, El Colegio de México, 2012, pp. 331-356; Mariano Bonialian, “El comercio” y los ejes geohistóricos en la época colonial. La centralidad de la Nueva España”, en Yovana Celaya Nández (coord.), *Diálogos con una trayectoria intelectual: Marcello Carmagnani en El Colegio de México*, El Colegio de México, México, 2014, pp. 409-442.

Uno de los primeros historiadores que advirtieron sobre esta errónea asociación entre nación e historia colonial fue Assadourian, cuando nos advirtió que el concepto de “espacio peruano” era la unidad espacial más pertinente para comprender los fenómenos económicos ocurridos en el espacio sudamericano durante el período de Antiguo Régimen. El espacio económico peruano terminó por plasmarse en la esfera administrativa con el término virreinato del Perú.⁷

Si nos tomamos la tarea de revisar la documentación colonial concluiremos que los contemporáneos poseían una visión amplia y articuladora de los espacios, ya sean terrestres o marítimos. Tenían ciertamente una visión global del continente. Al consultar las reales cédulas, bandos y otro tipo de documentación relativa a los circuitos mercantiles coloniales salta a la vista una interpretación asociada y articulada de los espacios marítimos, ya del Pacífico o del Atlántico, de larga o corta distancia, transcontinentales o intercoloniales. El mapa comercial del imperio hispánico era una verdadera tela de araña, en la que el estímulo o la restricción oficial de un flujo podían generar, aún con las considerables distancias geográficas, condicionamientos o incentivos en los restantes circuitos del mapa imperial.

Las visiones nacionales que aún están latentes en los estudios coloniales continúan realizando arbitrarios recortes espaciales que no se corresponden a la propia realidad histórica del momento. Fragmentan y aíslan los espacios, llegando a cometer el error de desconocer la concepción espacial que los propios contemporáneos tenían sobre las áreas o regiones.⁸ Funcionarios, pensadores, reformadores del imperio analizaron los procesos económicos, políticos y sociales de las Indias como un *todo*, sabiendo reconocer que lo que sucedía en México influía en el Perú; lo del Perú gravitaba en México, en el Río de La Plata, en Guatemala y Portobelo y en la Capitanía de Chile. Lo que sucedía en el “Mar del Norte” o lo que hoy conocemos como las aguas del Caribe Atlántico explicaba mucho de los acontecimientos que se registraban por el mar del Sur o del Pacífico.

Nuestro modelo histórico buscará respetar esta cosmovisión integral de la época, explorando la interrelación entre mercados y espacios marítimos, del Atlántico y del Pacífico. Enormes contribuciones ha realizado cada corriente historiográfica ocupada en la historia del *mar del Norte*, de *mar del Sur*, del atlántico novohispano

⁷ Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1982; o su ensayo más breve: “Integración y desintegración en el espacio colonial”, en Juan Carlos Grosso y Jorge Silva Riquer (comps.), *Mercados e historia*, Instituto Mora, México, 1994, pp. 141-164.

⁸ Ignacio de Loyola es uno de los ejemplos más representativos de estas miradas globales de la época (*Viaje alrededor del mundo*, ed. José Ignacio Tellechea, Madrid, Historia 16, 1989). También muchos personajes de la época que tenían una visión global de Hispanoamérica aparecen en el libro de Serge Gruzinsky, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010.

y del área transpacífica, de la Cuenca del Río de La Plata, etc. Pero habría que reconocer, desde un principio, que todas estas áreas de navegación y comercio se condicionaron mutuamente durante todo el devenir colonial.

PRODUCCIÓN, COMERCIO Y CONSUMO DE LA AMÉRICA COLONIAL EN LA GLOBALIZACIÓN

En las páginas que siguen se presentará el papel central de la América colonial a través de un modelo histórico transcontinental. Para ello será necesario recuperar algunas categorías económicas y, aun siendo partidarios de una historia global, se deberán reconocer fenómenos circunscriptos a lo regional o lo local. En lo que se refiere a criterios analíticos mencionemos a la producción, la circulación mercantil o el movimiento de bienes, la práctica del intercambio, el funcionamiento de los mercados y, por último, el consumo. Todas estas categorías conforman las fases de un único y dialéctico proceso, que no son independientes unas de otras. Por ejemplo, el consumo, lejos de ser un resultado marginal y complementario de todo proceso económico, lo definimos como una pieza clave de la variable productiva. No puede leerse como una instancia independiente, apartada del trabajo. El consumo se posiciona como una variable macroeconómica, que debe ser analizada en relación con la producción, la oferta, la demanda, la distribución y el intercambio.⁹

En cuanto a hechos y procesos históricos abordados por la historia colonial la intención en estas líneas es leerlas en clave global, es decir interpretarlas en su conjunto y de manera articulada, con vistas a reconstruir el rompecabezas de un modelo más amplio. El modelo histórico cubre un tiempo prolongado, desde finales del siglo XVI hasta el último cuarto del siglo XVIII, momento en que se ejecutaron una canasta de reformas económicas de los borbones. A la vez, cubre un amplio espacio geográfico que contempla prácticamente toda la América hispana; desde Filipinas, pasando por México, Panamá, Perú, hasta alcanzar las regiones más australes como Chile o Buenos Aires. Tres funciones básicas explicarían el papel económico protagónico que adquirió la América colonial en la temprana globalización. Podríamos decir que fue una “actuación” integral, cuyos componentes pueden visualizarse en el plano de la producción, comercio y consumo.

⁹ Brewer McKendrick y John H. Plumb, *The Birth of a Consumer Society. The comercialization of Eighteenth Century England*, Bloomington, 1982; De Vries, Jan, *La revolución industrial. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente*, Crítica, Barcelona, 2009 [1ª ed. 2008]; Quiroz, Enriqueta, *El consumo como problema histórico. Propuestas y debates entre Europa e Hispanoamérica*, México, Instituto Mora, 2006, p. 17.

Producción de plata. La primera y más conocida función fue la de ser un gran bloque continental que proveía de metales preciosos a todo el mundo, fomentando el intercambio mundial y monetizando los mercados de Europa y del espacio asiático. La inserción de la plata mexicana y peruana (como así también del oro brasilero) en el escenario mundial motorizó y propició la base del comercio entre América y Europa y América y Asia. La América hispana se convirtió en el principal oferente de la moneda de plata para los mercados mundiales. Se estima que durante todo el período colonial cerca del 90% de la plata que circuló por el mundo provino de las minas de México y del Perú.¹⁰ La plata japonesa cumplió un rol destacado en los mercados mundiales hasta mitad del siglo XVII. Pero nunca alcanzó el peso y la gravitación de la moneda americana. El gobierno nipón prohibió la salida del metal hacia China a partir de la mitad del siglo XVII. La prohibición generó que desde entonces los flujos de plata en el mundo estuvieron prácticamente monopolizados por la moneda producida en Hispanoamérica. En el siglo XVI, el principal centro productor minero que proveía de plata a los mercados mundiales estaba en los Andes del Perú, particularmente del rico cerro de Potosí. A partir de finales del siglo XVII, las minas novohispanas comenzarán a incrementar su producción para llegar a desplazar al Perú como principal polo productor metalífero del mundo.

El aumento de la masa de metales preciosos en Hispanoamérica repercutió en la globalización, en los sistemas monetarios europeos y asiáticos, que según los especialistas provocaron situaciones inflacionarias y de devaluación de la moneda. Estas adversidades no impidieron, más bien facilitaron, que el comercio mundial se monetice, el sistema de salarios y jornales, las actividades económicas estatales como la extracción fiscal; actividades todas ellas que previamente funcionaban con principios ajenos a la moneda. De tal manera, la moneda peruana y mexicana que se exportaba por el Atlántico (hacia Europa) o por el Pacífico (hacia China) se convirtió en el medio de pago dominante en el comercio intercontinental para saldar las importaciones de bienes internacionales que eran necesarios para el consumo hispanoamericano. Toda mercancía que se intercambiaba en el mundo pasaba por la referencia de valor de la plata. Tanto los productos exóticos y lejanos como los esclavos africanos alcanzaban su cotización a partir del cálculo de pesos en plata que se acuñaban en México.

Ahora bien, la monetización de la economía global no significó que la América colonial haya estado sumergida en una “economía natural”, donde no circulaba la plata o la moneda como mercancía. Aquí nos introducimos en un rico debate historiográfico que se generó en décadas pasadas y que lamentablemente ha caído en el

¹⁰ Harry Cross, “South American Bullion Production and Export 1550-1750”, en J. F. Richards (ed.), *Precious Metals in the Later Medieval and Early Modern World*, Carolina Academic Press, Durham, 1983, p. 403.

olvido. Se trata de interpretaciones historiográficas disímiles entre dos reconocidos historiadores coloniales: Ruggiero Romano y Sempat Assadourian.¹¹

Según Romano, el edificio económico novohispano del siglo XVIII descansaba fundamentalmente en una economía natural agraria, en el intercambio simple, en el trueque. La economía de mercado, monetizada, habría sido marginal y la circulación monetaria habría inhibido la formación de un mercado interno articulado y fuerte; debilidad que también estaba motivada por la forzosa expulsión de circulante por vías de contrabando o por flujos legales de comercio hacia las potencias europeas. Los mercados internos novohispanos serían débiles a raíz de la modesta y limitada circulación de numerario por sus circuitos internos.

Assadourian pinta un cuadro radicalmente opuesto al explorar el mundo colonial del Perú. Nos convence más su posición, pues para él, antes de convertirse en un medio de cambio en el “exterior”, la moneda de plata llegó a circular en los mercados internos de Hispanoamérica como una “mercancía-dinero”. Esta previa e interna “realización” en dinero de la plata fue compatible y funcional con la exportación de numerario hacia China y Europa. Es decir, antes de que llegara a los puertos para ser exportada, la plata americana se “realizaba”, a través de un complejo proceso de transformación, en un medio de pago que operaba en los mercados internos.¹² Esta notable función para la economía mundo fue posible por el proceso de configuración de un mercado interno regional cuya polea, la minería, contribuyó a la monetización de los mercados menores del bloque.

Comercio. El movimiento de plata y bienes se realizaba por tres grandes ejes: el trasatlántico España-Veracruz operado por la flota española, el trasatlántico España-Perú a través del galeón peninsular que arribaba al puerto de Portobelo y su extensión hacia El Callao realizado con la Armada del Sur. El tercer eje fue el del Pacífico, estaba construido en torno a Filipinas y Acapulco, trayecto que efectuaba el galeón de Manila o *Nao de China*. Este último eje se extendía ilegalmente desde Acapulco hacia las costas del Perú por el mar del Sur, brazo por el cual se movilizaban en su dirección sur-norte plata peruana, la cual podía ser encauzada hacia el interior del virreinato novohispano para despacharse por el puerto de Veracruz hacia España o bien, embarcarse en el galeón de Manila rumbo a Filipinas y China.

¹¹ Ruggiero Romano, *Moneda, seudomonedas y circulación monetaria en las economías de México*, El Colegio de México, México, 1998; Antonio Ibarra, “Mercado colonial, plata y moneda en el siglo XVIII novohispano: preguntas para un diálogo amistoso con Ruggiero Romano”, en *Historia Mexicana*, vol. 49, núm. 2, 1999, pp. 279-308.

¹² Carlos Sempat Assadourian, “La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial”, en Enrique Florescano (comp.), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979, pp. 223-292.

Claro está que en ambos flujos el metálico andino iba acompañado por las monedas de plata propiamente mexicanas. La extensión hacia el Callao del eje transpacífico se explica también porque los mercados consumidores de los Andes se abastecían de bienes asiáticos y europeos llegados previamente a México. Es decir, Perú se abastecía de bienes enviados desde México por el Pacífico.

En líneas generales, las mercaderías de China eran baratas y ordinarias, mientras que las que procedían desde Europa se destinaban a las elites de Hispanoamérica. El comercio ilegal por el Pacífico promovido por los consulados de Lima y de México ponía en peligro el eje trasatlántico de Portobelo, puesto que los limeños, antes de realizar el intercambio de plata por bienes en las ferias oficiales, preferían invertir sus capitales en el comercio con México.¹³ México se convertía así en el centro del comercio imperial reforzando su comercio exterior con Filipinas y España, puesto que ambos flujos no sólo respondían al mercado interno del virreinato novohispano, sino que garantizaban la dependencia con el Perú. El principal perdedor de este tejido imperial era España, pues su relación directa con el espacio peruano se encontraba seriamente debilitada. De hecho, el galeón de Portobelo dejó de funcionar definitivamente en 1740, en gran medida, por el tráfico ilegal que se realizaba desde las costas del Perú con México por el Pacífico.

Para que sea posible la dinámica del modelo fue necesario que los agentes mercantiles adquieran movilidad. Cada corporación mercantil contaba con un espacio de exclusividad para su movimiento en el control del comercio y la circulación de mercancías.¹⁴ Los derechos de exclusividad de un consulado terminaban cuando comenzaba el de su par. Los comerciantes del Consulado de Sevilla/Cádiz se movilizaban por los circuitos marítimos de los galeones y las flotas del Atlántico. Por su parte, sus pares del Consulado de la ciudad de México se desplazaban hacia Veracruz y Acapulco para celebrar las ferias. Ellos tenían el monopolio interno para la redistribución de las mercancías extranjeras con el objetivo de abastecer los mercados internos regionales. Por último, los limeños se movilizaban a través de la Armada del Sur para alcanzar Portobelo y tenían el monopolio interno para la redistribución de las mercancías extranjeras por los mercados regionales. Los comerciantes de la ciudad de México estimulaban el comercio con Filipinas y España y con ello lograban responder a la demanda interna y además acumular bienes europeos y de China en sus almacenes para poder que sean reexpedidos por parte de los limeños hacia el Perú por el Pacífico.

¹³ Mariano Bonifacio, *China en la América colonial. Bienes, mercado, comercio y cultura del consumo. De México hasta Buenos Aires*, Editorial Biblos-Instituto Mora, 2014, pp. 27-86.

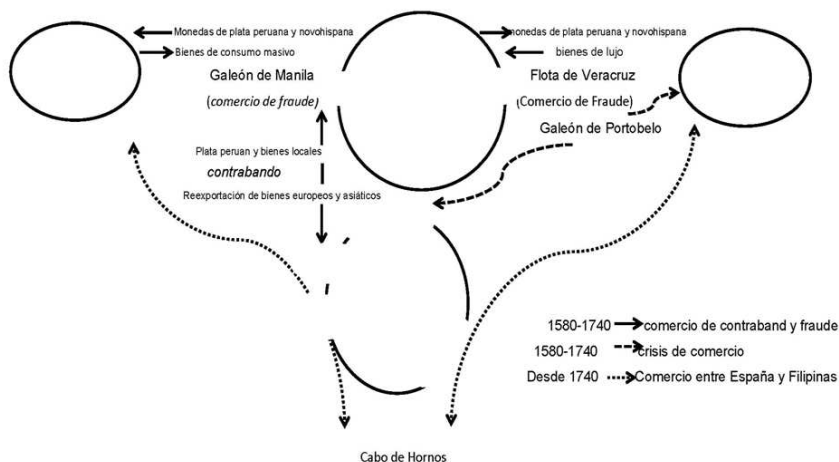
¹⁴ Pedro Pérez Herrero, "Actitudes del Consulado de México ante las reformas comerciales borbónicas (1718-1765)", *Revista de Indias*, vol. XLIII, núm. 171, 1983, pp. 77-182.

Los novohispanos controlaban el mercado interno de bienes y precios poniendo en práctica, tratando de marginar –muchas veces con éxito– a los españoles y a los peruanos de su espacio virreinal. Enviaban los excedentes de productos importados almacenados hacia los puertos del Pacífico para que sean adquiridos por los peruanos. Los mercaderes peninsulares, al notar la intensidad mercantil hacia la Nueva España, priorizaban la inversión de sus capitales en las flotas y se muestran indiferentes a la vía de Panamá con sus galeones y ferias en Portobelo. Los mercaderes del Perú se movilizaban hacia Acapulco con sus capitales comerciales en detrimento de Portobelo.

A partir de 1740, con la caída del eje trasatlántico peruano con epicentro en Portobelo, el modelo comercial se fue desvaneciendo. Para recuperar la relación comercial directa con el espacio sudamericano, España formalizó el trayecto de la ruta por el Cabo de Hornos a través de los navíos de registro. Esta nueva modalidad comercial logró que la vía ilícita por el mar del Sur entre México y Perú se vaya debilitando hasta reducirla a su mínima expresión. Claro está que el derrotero por el cabo austral hispanoamericano contaba con un segundo objetivo español: establecer una vía directa de comercialización entre España y China con vistas a erosionar el comercio practicado por el galeón de Manila entre Filipinas y México.¹⁵ De alguna manera, lo que España buscaba era desplazar a México de ese centralismo comercial clandestino que durante gran parte del período colonial había gozado. El gráfico que reproducimos puede aclarar nuestra exposición. Pasemos ahora a la cuestión del consumo.

Consumo. En los últimos años la historia del consumo se ha convertido en una problemática central para desentrañar la globalización moderna. La América colonial, desde México hasta el puerto de Buenos Aires, constituyó un gran mercado consumidor de productos europeos y asiáticos. Muchos testimonios de la época dan cuenta de que la ciudad de México y Lima se convirtieron en verdaderas ciudades globales, entendiendo tal concepto como unidad consumidora a gran escala. La posición central de Hispanoamérica en la constitución de la temprana globalización también puede ser comprendida a partir de la perspectiva del consumo. Una nueva (y provocadora) visión historiográfica propone ubicar al consumo hispanoamericano como el motor de la economía mundo de la modernidad. Hausberguer e Ibarra sostienen que desde el principio la América conquistada desarrolló una significativa demanda de productos de importación. Para poder adquirirlos era necesario contar con un medio de cambio; en otras palabras, para poder importar, fue imprescindible exportar. Nos informan que como las sociedades americanas no disponían de sufi-

¹⁵ “Apuntes y borradores de trabajo de Juan Bautista Muñoz, 1779”, *Biblioteca del Palacio Real de Madrid*, Signatura II/2247, s/n de fs.

Historia económica colonial en perspectiva global (1580-1740)

cientes productos exportables, los españoles mismos ubicados en México y Perú se vieron forzados a organizar una producción destinada a los mercados externos. Levantar un sector de exportación exitoso fue una tarea compleja y a corto plazo sólo pudo resolverse mediante la minería. Esto significó, por lo tanto, que tanto la seguridad como la riqueza y el estatus de los conquistadores y de la elite hispanoamericana estuvieran sujetas a la cantidad de productos traídos del Viejo Mundo y de Asia. Con el tiempo estas pautas de consumo traídas de Europa se extendieron por lo menos parcialmente entre otros grupos de la población del “nuevo mundo”, tanto por razones de prestigio como por su utilidad práctica. La seda china, el hierro u otros objetos llegaron a ser consumidos por sectores medios y bajos de la población indígena para su uso y labores cotidianas.¹⁶ De tal manera, puede concluirse que esta interpretación apunta a que la planificación de la producción minera, más que el combustible que prendió la chispa de la globalización, se alzó como una respuesta, un resultado, del mercado consumidor.

A nuestro juicio, la visión consumidora se presenta al menos discutible. Concebir a la producción de metales preciosos como un efecto de un objetivo consumidor más profundo implica, en última instancia, desestimar las evidentes relaciones de dominación imperial. La posición consumista también desvaloriza uno de los más importantes objetivos de los estados europeos: la de cumplir con el principio mercantilista de concentrar la mayor cantidad de plata con vistas a fortalecer el

¹⁶ Hausberger e Ibarra, *op. cit.*, pp. 20-21.

poder de los Estados expansionistas europeos.¹⁷ Para esta corriente de pensamiento dominante de la época, la acumulación de plata era un fin más que un medio. El debate queda abierto y no es nuestra intención ofrecer una conclusión acabada de la problemática. Por supuesto, esta crítica no busca soslayar el poder de negociación que llegaron a alcanzar las elites hispanoamericanas con la metrópoli peninsular. De hecho, la “independencia económica” que muy tempranamente vivieron los espacios indianos resultó ser un factor clave para la constitución del modelo histórico que aquí presentamos.

Sea concebido como causa o como efecto, el consumo hispanoamericano desde el siglo XVI hasta la época de las independencias cumplió un rol determinante para que el espacio continental se relacionara de manera sistemática con Asia y Europa. El consumo de tejidos, cerámica, mueblería y especiería procedentes de China, la India, Japón, de manufactura peninsular y europea, y hasta el esclavo venido de África fluyeron hacia América de un modo sorprendente. Existió una distinción sumamente importante si intentamos conocer con precisión la cultura consumidora que se registró en Hispanoamérica entre los bienes llegados del Oriente y China y los que se importaban desde Europa. Desde tempranas épocas coloniales, la mercadería asiática que ingresaba por Acapulco presentaba dos características principales: por un lado y sin desacreditar la existencia de un consumo lujoso de bienes asiáticos, lo que se importaba desde Filipinas era en su gran mayoría telas, tejidos y cerámica barata, destinada a consumo de los sectores españoles pobres, indígenas y aun esclavos.¹⁸

El relevamiento que hasta el momento hemos realizado sobre los objetos orientales que circularon por Hispanoamérica señala que estamos en presencia de productos semielaborados o inacabados; entendiendo por tales las materias primas que ya sufrieron una primera instancia de elaboración, pero que no constituían definitivamente un bien de consumo.¹⁹ En otras palabras, la seda china o el algodón sin confeccionar, es decir en formato bruto o hilado, fueron los principales insumos

¹⁷ Eli Heckscher, *La época mercantilista. Historia de la organización y las ideas económicas desde el final de la Edad Media hasta la sociedad liberal*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983 [1943].

¹⁸ Para notar la heterogeneidad social del mercado consumidor de los bienes asiáticos, véanse: Bonialian, *op. cit.*, 2014, y Rafael Dobado González, “La globalización hispana del comercio y el arte en la Edad Moderna”, *Estudios de Economía Aplicada*, vol. 32-1, 2014, Madrid, pp. 13-42.

¹⁹ Resulta contundente el documento realizado por Horacio Levanto hacia 1620. Allí se puede descubrir con sumo detalle las mercaderías asiáticas que llegaban desde las décadas tempranas del período colonial con el galeón de Manila al puerto de Acapulco (*Memorial sobre el trato de la China con Nueva España y estos Reinos. Dirigido al Señor Don Fernando Carrillo, Caballero del hábito de Santiago y Presidente del Real y Supremo Consejo de Indias*, Biblioteca Digital Nacional de España (BN), R/17.270, 1620-1622).

orientales importados. Para que estos bienes pudieran convertirse en un producto final era necesario un nuevo proceso de intervención, de “industrialización”, en los centros manufactureros coloniales. Por el contrario, los bienes europeos venidos por el Atlántico respondían a un consumo suntuario, plenamente elaborado y destinado mayormente a los círculos sociales de la elite hispanoamericana. Esta distinción resulta clave pues nos habla de cierta complementariedad de los ejes transcontinentales: el Pacífico respondiendo a una cultura del consumo socialmente amplia mientras que el frente trasatlántico reducido al consumo refinado.

El modelo y las funciones de cada espacio hispanoamericano

ESPACIO	CARACTERÍSTICAS Y FUNCIONES
México	- Centro comercial no reconocido del Imperio español. - Acapulco y Veracruz; sus importaciones eran superiores al nivel de consumo interno. - Almacén de artículos extranjeros. Caída de precios y más accesible los artículos para el comprador. - Acapulco: puerto re-exportador de bienes extranjeros hacia el Perú. - Confluyeron los dos ejes transoceánicos más importantes del imperio: el transpacífico con el galeón de Manila y la flota trasatlántica de Veracruz.
España	- Exportador de productos suntuarios y caros a través de flotas y galeones. - Espacio secundario del modelo. - Auge de la flota hacia México. - Crisis del galeón de Portobelo .
Perú	- Conexión con el eje trasatlántico Portobelo y Sevilla/Cádiz. - Crisis en la feria de Portobelo. Escasez de mercaderías. Aumento de los precios. - Callao: puerto importador de productos europeos y chinos desde Acapulco.
Filipinas/China	- Comercio entre Filipinas y Acapulco a través del galeon de Manila - Artículos de baja calidad, baratos y semi-elaborados. - Filipinas: importador de plata peruana y mexicana. China como depósito mundial de la plata americana.
Panamá	- Puente comercial entre México y Perú. - Sitio de confluencia entre el comercio ilícito por el Pacífico entre México y Perú y el conducto oficial del galeón de Portobelo.
Buenos Aires/Chile	Hasta 1740: relación de dependencia con el centro Limeño Después de 1740: inicio del proceso de autonomía mercantil con la ruta por el Cabo de Hornos y la desaparición del eje de Portobelo.

EL PAPEL DEL ESPACIO ASIÁTICO EN LA HISTORIA ECONÓMICA HISPANOAMERICANA

El modelo histórico expuesto manifiesta el papel clave que cumplieron dos espacios que tradicionalmente se mostraron marginales en la constitución de la temprana globalización económica: Hispanoamérica y el espacio asiático. En el presente apartado tenemos la intención de revisar críticamente algunas de las tradicionales premisas historiográficas de esta relación o de cada uno de aquellos espacios en el marco global. Comencemos por atender la relación transpacífica, el flujo que unía a China con Hispanoamérica.

El historiador Pierre Chaunu concibió el eje transpacífico “como la simple prolongación de los ritmos dictados por el espacio Atlántico”, siendo aquél un efecto resonante de los residuos atlánticos. Falsa idea. El Pacífico, que todavía hoy se lo considera como un espacio marginal del Imperio, contó con vida propia hasta lograr condicionar al área trasatlántica, particularmente los flujos oficiales del bilateralismo monopólico. Si algo del Pacífico le perteneció a la monarquía española fue un galeón que, según Chaunu, habría vivido sujeto y dependiente “al Atlántico de Sevilla”. Chaunu no dudó en afirmar que el comercio por el Pacífico no tuvo la capacidad de influenciar el destino europeo-atlántico.²⁰

Nuestra postura se encuentra literalmente en oposición a la de Chaunu, pues hemos señalado que el eje transpacífico se correspondió con un Pacífico verdaderamente colonial, un Pacífico unido, homogéneo y autónomo en relación a los ciclos del comercio trasatlántico. Mejor dicho, no sería arriesgado pensar que el Pacífico llegó a influir sobre el área atlántica promocionando el circuito España–Veracruz y provocando la contracción del eje España–Portobelo. Si revisamos el trascendental estudio de Wallerstein notaremos que China y el espacio asiático fueron considerados la “arena exterior” de la economía mundial de la época moderna.²¹ Un bloque marginal, externo al mundo Atlántico-europeo, cuya participación se reducía tan sólo a proveer de finos y suntuosos artículos a mercados de lujo. Por lo expuesto en el presente ensayo, la idea sobre China como “arena exterior” es, por lo menos, discutible. Por lo visto aquí, habría que repensar la función que tuvo la economía china en la América colonial. Existen elementos convincentes para suponer que el espacio asiático cumplió un destacado papel en la configuración de la estructura económica y comercial de la América colonial. La relación con China fue una conexión transpacífica

²⁰ Chaunu, Pierre, *Las Filipinas y el Pacífico de los Ibéricos*, siglos xvi, xvii y xviii, (estadísticas y atlas), México, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, 1974 [1960-1966], p. 20.

²¹ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, 3 vols., Siglo XXI, México, 1979-1999.

necesaria para poner en marcha un modelo económico que contemplaba a toda Hispanoamérica.

No es casualidad que los especialistas en la historia del Pacífico como lo son Dennis O. Flynn y Arturo Giráldez, no dudaron en calificar la fundación de Manila en 1571 como fecha fundadora de la primera globalización en la historia, por las funciones trascendentales que cumplieron la América colonial y China para que los mercados se interrelacionaran.²² Gran parte de la responsabilidad de la dinámica que generó el nacimiento de la globalización recayeron en China e Hispanoamérica. El espacio asiático dominando la economía de la demanda de bienes respondiendo a los mercados consumidores europeos y de las Indias. Hispanoamérica, por su parte, dominando la oferta de plata. En este contexto, los europeos fueron intermediarios cruciales, pero no la fuerza motriz.²³ Fue un espacio que abasteció de productos cotidianos para el consumo de un arco social amplio de la sociedad, no sólo de la Nueva España sino también del Perú y de rincones más australes del continente. El papel asiático merece subrayarse con mayor énfasis, puesto que su dominio sobre la demanda de bienes no se redujo a mercados de elite, sino que (como hemos argumentado en el presente ensayo), estaríamos en presencia de una respuesta al consumo ampliado y cotidiano de gran parte de la población del globo.

Para finalizar. Si partimos de la idea que la gran mayoría de los productos asiáticos importados a la América colonial eran baratos, ordinarios y destinados a un mercado social amplio y diverso, valdría preguntarnos si la importación de telas y tejidos orientales hacia México y Perú constituyó un serio obstáculo para poner en marcha un proceso manufacturero en los virreinos de América. Es sabido que la política metropolitana prohibió el desarrollo de industrias y centros manufactureros en el territorio colonial que tengan la capacidad para responder a un mercado de consumo suntuario que compita con los bienes de similar perfil social traídos de España o de Europa. La política económica peninsular era clara al respecto. Tendía a prohibir en Hispanoamérica la creación y el desarrollo de centros de manufactura que produzcan bienes de alta calidad, que provoquen cierta competencia con los que se importaban desde el Atlántico por medio del régimen de monopolio.²⁴ Pero España sí habría tolerado los talleres domésticos

²² De estos autores, véanse: “Los orígenes de la globalización en el siglo XVI”, en B. Hausberger y A. Ibarra (Coords.), *Oro y plata en los inicios de la economía global: de las minas a la moneda*, El Colegio de México, México, 2014, pp. 29-76; y “Path Dependence, Time Lags and the Birth of Globalisation: A critique of O’Rourke and Williamson”, *European Review of Economic History*, 8, 2004, pp. 81-108..

²³ Henry Kamen, *Empire: How Spain Became a World Power, 1492-1793*, Harper Collins, Nueva York, 2003, p. 296.

²⁴ Manuel Miño Grijalva, “La política textil en México y Perú en la época colonial”, *Historia Mexicana*, El Colegio de México, vol. 38, 2, 1988, México, pp. 283-321.

u obras con la función de elaborar productos básicos y sin alto valor agregado, destinados a los sectores sociales de menores recursos. Si aceptamos la importación masiva de bienes asiáticos destinados a un amplio espectro social, la inserción de la economía China en la economía colonial Hispanoamericana cambia radicalmente de sentido, siendo uno de los aspectos significativamente gravitantes en la estructura productiva de este último espacio. Esa imagen de China como “arena exterior” se nos aparece carente de sentido y contradictoria, por su fuerza de gravitación. El interrogante central sería: ¿Sólo fue una efectiva política metropolitana la que frenó un proceso de industrialización en la América colonial? O bien ¿el comercio asiático no habría sido también una condición determinante para frenar dicho proceso? Son interrogantes que quedan abiertos, líneas de investigación abiertas a futuras exploraciones que vienen a enriquecer y a complejizar la historia colonial hispanoamericana.

ANTONIO IBARRA

MERCANCÍAS GLOBALES Y MERCADOS LOCALES EN LA NUEVA ESPAÑA: LA CIRCULACIÓN INTERIOR DE “EFECTOS DE CHINA”, A FINALES DEL SIGLO XVIII

EL TEMA: LA CIRCULACIÓN Y CONSUMO DE EFECTOS DE CHINA

El mundo está cubierto de mercancías de origen chino: esto no es producto de la globalización, es una historia de larga data. El consumo de porcelanas, sedas y especiería chinas fascinó a Europa hace siglos; este apetito los trajo a América e hizo de este vínculo el más virtuoso enlace con el Viejo Mundo. La plata americana abrió al consumo americano las puertas del mercado de China, Indochina y la India. La regulación impuesta por Felipe II, consistente en limitar y centralizar las travesías a Oriente, no logró constreñir el mercado, regular los precios ni detener el flujo de plata. *La Nao* de China era el vehículo de la defraudación, el contrabando y la más inequívoca expresión de que con plata se compraba cualquier mercancía oriental. El hambre de plata en Oriente nunca quedó saciada, antes bien, se considera una de las consecuencias de su atraso.¹

Sin embargo, tenemos más leyendas que conocimiento sobre los mecanismos de circulación de mercancías orientales, de lo emblemático del consumo suntuario entre las élites y del control monopólico de su trasiego de Oriente a América. Solo recientemente tenemos algunas interpretaciones que ponen el acento en el conocimiento de los circuitos de circulación intra-americanos de las mercancías asiáticas, inscritos en un esquema de circulación global.²

¹ Acemoglu, D., S. Johnson & J. Robinson: “The Rise of Europe: Atlantic Trade, Institutional Change, and Economic Growth”, *The American Economic Review*, vol. 95, núm. 3, June 2005, pp. 546-579; Sachsenmaier, D., *Global Perspectives on Global History. Theories and Approaches in a Connected World*, Cambridge, 2011, pp. 172-231,

² Carmagnani, M., *Las islas del lujo. Productos exóticos, nuevos consumos y cultura económica europea, 1650-1800*, Marcial Pons/El Colegio de México, Madrid, 2012, pp. 151-197, y Bonialian, M. *China en la América colonial. Bienes, mercados, comercio y cultura del consumo desde México hasta Buenos Aires*, Instituto Mora/Conacyt, México, 2014, pp. 27-82.

La historiografía que nos ha explicado la regulación, frecuencia y dinámica del tráfico de larga distancia ha centrado su atención, también, en los grandes mercaderes que desde las corporaciones comerciales, señaladamente los Consulados de México y Lima, tejieron una red de intereses que hicieron del monopolio su gran aliado para imponer restricciones a la oferta, administrar los circuitos de circulación intra-americanos y ejercer su poder en los mercados virreinales. Empero, si bien no podemos conocer aún la escala del tráfico ilícito, si podemos advertir que el control de mayoristas del comercio de efectos de China, tanto los “mejicanos” como los “peruleros”, no descuidaron los mercados locales y lograron ampliar la escala del consumo de las élites a la demanda popular. Sin dejar de considerar el consumo del “circuito de la sacristía” que incluía biombos, crucifijos de marfil y toda suerte de tallas en hueso y cerámica que acompañaban a la eucaristía de parroquias urbanas y rurales.

El interés de nuestro trabajo está centrado en advertir el dinamismo de la circulación interior de efectos de China, la importancia que adquirió en la demanda local y los flujos de circulación que marcaron su entrada en la demanda más capilar del reino. El consumo de efectos orientales de pobres y ricos, diferenciado en sus calidades y usos sociales, son el resultado del derrotero de una canasta de mercancías que circularon en el tejido más fino de localidades, caminos y veredas que permitieron inscribir el consumo local en el movimiento global de mercancías.

LA GRAN ESCALA DEL COMERCIO DE ORIENTE: EL VACÍO CARTOGRAFICO Y LA CARA OCULTA DE LA EXPORTACIÓN DE PLATA

Ya Ruggiero Romano nos había llamado la atención sobre la enorme importancia del circuito oriental de circulación de la plata, la imposibilidad de calcular su importe atendiendo al gran tejido encubridor del contrabando y el monopolio, así como al hecho insoslayable de que la capacidad de control del tráfico estaba en manos de los mercaderes y no de la Real Hacienda.³ El recurso de medición de la exportación de metales, por su contraprestación en el consumo, es igualmente inexacta y deja de lado el diferencial de precios, que en el caso de un control oligopólico resulta todavía mayor. Empero, lo que si podemos advertir es la proporción relativa de su valor, la dinámica de su circulación interior y la multiplicación de operaciones que hacia de la circulación de “efectos” orientales un negocio en sí mismo, más allá del poder de la oferta de los mercaderes

³ Romano, R. *Moneda, seudomonedas y circulación monetaria en las economías de México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, pp. 41-54.

que controlaron el circuito de larga distancia Filipinas-Acapulco-México, con el resto de la Nueva España y Lima.

En este ensayo habremos de recurrir a documentación fiscal, particularmente el derecho de alcabalas en el ramo “Efectos de China”, en tanto designación genérica de la canasta de productos orientales estimados por la fiscalización virreinal. Nos interesa, particularmente, desarrollar un esquema de interpretación sobre las evidencias que nos refleja la circulación, tanto en su geografía como en su impacto en distintos sectores de la economía novohispana. Siendo una demanda de productos de consumo, mayoritariamente, las rutas y volúmenes de circulación nos revela el poder de compra de las localidades y, en menor medida, su patrón social de consumo. Es un primer acercamiento que trata de explicar los nervios del mercado global en sus terminales locales, en tanto movimiento de reflujo de metales al gran circuito de circulación monetaria global.

¿Cómo incorporar el mundo asiático al mercado interior novohispano? Si consideramos que el espacio de circulación interior novohispano refleja la articulación de tres esferas de comercio, a saber: el americano propiamente, el Atlántico –español y europeo– así como la espacialidad del consumo de Oriente, inscrito en los flujos de mercancías importadas al interior de territorio, capaz de penetrar en ciudades, centros mineros, villas y pueblos de indios.

A partir de esta consideración, es pertinente advertir tres determinantes de la circulación interior de importaciones: primero, la escala de los polos de consumo y distribución; segundo, la calidad y dinámica del consumo, y tercero, la cultura del consumo de efectos de China.

La escala del consumo nos indica dos procesos complementarios, la existencia de polos de concentración de mercancías, vinculadas a los procesos y momentos de la circulación, donde las ciudades de asiento de las comunidades mercantiles logran acopiar mercancías y establecer un radio de distribución convergente al control de productos americanos y europeos. Desde luego que la Ciudad de México era el gran depósito de efectos de Oriente, venidos por el tráfico transpacífico, pero lo relevante de dicha centralización sobreviene cuando se advierte que la circulación en el reino encuentra distintos polos secundarios, asociados a la dinámica económica propiamente regional, que constituyen el tejido distributivo de dichas mercancías. Dicho de otra manera, para conocer las dimensiones del mercado de consumo de efectos de Oriente debemos examinar los territorios de circulación interior y no considerar el polo de acopio como el exclusivo eje distribuidor que concentra los beneficios del comercio de efectos de China.

En rigor, el poder de las comunidades comerciales provinciales estaba en colocar estas peculiares mercancías en una canasta de productos que lograba el acceso a sectores sociales de consumo de muy distinto tipo, en una escala de

ingresos que respondía tanto al poder de compra como a los impulsos de prosperidad local, quizá episódica como en las minas, pero continua. Se trata, en su sentido estricto, de “globalizar los gustos del consumo” para construir canales de circulación estables y procesos de cierta escala de demanda, cada vez con mayores requerimientos rutinarios, que expandieron su consumo y consolidaron un “gusto” social por los efectos de China. Esta última consideración, ya nos obliga a medir y comparar su relación con otras importaciones para tener elementos de interpretación del consumo, a partir del tamaño del mercado de efectos orientales y sus pulsaciones en la economía novohispana.

LAS FUENTES: SUS RECURSOS Y LIMITACIONES

Con la reforma borbónica de la Real hacienda novohispana, el control directo de las alcabalas, tradicionalmente arrendadas al Consulado de comercio de la Ciudad de México, representó uno de los elementos constitutivos de mayor importancia; supuso un relativo control sobre los espacios de circulación y el acopio de información relevante sobre la escala del comercio según sus calidades y origen de mercado.

Desde 1778, año en que se constituyó la Administración de Alcabalas bajo la dirección de Juan Navarro, se revocaron los encabezamientos otorgados a mercaderes agrupados en el Consulado de México, el único agente monopolístico existente en la Nueva España, dando paso a una administración central que definió el canon de fiscalización para las administraciones foráneas, a la vez que se estableció un procedimiento de fiscalización que distinguió tres ramos fundamentales: alcabalas de la tierra, de Castilla o de Europa y la correspondiente a los efectos de China. Estas categorías hacían una clara aunque gruesa diferenciación en la que las mercancías atlánticas, fuesen españolas o europeas, se adicionaban pero claramente diferenciadas de aquellas que venían por vía transpacífica. Esta consideración permite tener una relevante caracterización de los circuitos de circulación por categorías fiscales del comercio.

De esta manera, la alcabala de efectos de China nos permite contar con un testimonio de circulación legal de mercancías cuya mayor relevancia es contar una serie continua, homogénea y comparable en sus características. Esta contabilidad fiscal nos da la oportunidad de seguir el rastro a la distribución de mercancías orientales y tomar en consideración tres elementos esenciales: *a)* la medición del consumo urbano y el rural de dichos efectos; *b)* estimar el poder de compra de las economías regionales, toda vez que dichas mercancías suponen cierta capacidad de liquidez, y *c)* como criterio para interpretar el patrón de consumo de ciertos pueblos de indios

y trabajadores mineros, que constituyeron un grupo social de creciente importancia en la demanda de productos orientales.

LA CIRCULACIÓN REGIONAL DE EFECTOS DE CHINA EN EL OCCIDENTE NOVOHISPANO: GUADALAJARA Y SU ENTORNO, 1778-1820

La economía regional de Guadalajara representa muy claramente el modelo de crecimiento económico regional del siglo XVIII. La ciudad tenía un conjunto determinante de funciones políticas y administrativas propias de una capital iberoamericana: como reino constituido era sede de la Audiencia, cabecera del Obispado y Capitanía general de las provincias internas, entre otras funciones que daban cuenta de su capitalidad.⁴

Sin embargo, es hasta la segunda mitad del siglo XVIII en que se experimenta un acelerado crecimiento de su economía rural, productora de granos y exportadora de ganado, así como una concentración urbana y su consecuente expansión del radio de influencia hacia el espacio minero del norte, a través del camino de “Tierra adentro” y la feria de San Juan, que produjo una prosperidad comercial que inscribiría a su comunidad comercial en los grandes negocios de las importaciones y su distribución.

En otros trabajos hemos explicado como el papel articulador de la demanda minera, tanto de insumos como de bienes de consumo, detonó el crecimiento económico regional y su posición se vio beneficiada para desarrollar, a la vez que una economía rural de corte comercial una capacidad articuladora del tráfico de larga distancia entre el centro y norte de la Nueva España, complementado y luego compitiendo con el eje Veracruz-México-Acapulco para inscribir a su capital en un circuito Veracruz-Guadalajara-Acapulco, desplazando progresivamente la exclusividad del monopolio del Consulado de México, para adquirir la importancia que habría de expresarse en el beneficio real de fundar Universidad y Consulado de Comercio, a fines del siglo. Con ello, el cambio de posición, sustantivo en la trama de privilegios territoriales, favoreció el crecimiento manifestado en décadas anteriores.

Complementariamente, con el régimen territorial establecido por la Ordenanza de Intendentes la centralidad de Guadalajara y su territorio adquirió un nuevo impulso gracias a una trama administrativa, ampliando su autonomía relativa aunque con una mayor presión fiscal expresada en un reconocimiento de la capilaridad comercial desarrollada en los distintos territorios del espacio económico que se extendía

⁴ Ibarra, A. *La organización regional del mercado interno novohispano. La economía colonial de Guadalajara*, UNAM/UAP, México, 1990.

más allá de los límites administrativos. Se confirma la constitución de una región geohistórica, siguiendo a Carmagnani, que se inscribe en la dinámica del mercado interno de la plata ya planteado por Assadourian.⁵

La capacidad económica de la región, como exportadora de insumos de la producción platera y bienes de consumo, permitió un superávit comercial que le significó una mayor participación en la circulación de importaciones, constituyéndose en un relevante centro distribuidor en el centro-norte de la Nueva España, gracias a su inserción en la red viaria del camino de “Tierra adentro” como a su articulación secundaria con el comercio por el Pacífico, por el puerto de San Blas. La encrucijada de su emplazamiento espacial le dio ventajas adicionales al crecimiento de su economía y consolidó el poder de una comunidad comercial que rebasó los márgenes locales de su territorio rural, el *Hinterland* del sistema de haciendas, para emplazarse en el amplio tejido de la circulación interior de importaciones. El círculo virtuoso que produjo el crecimiento endógeno fue cerrado con la circulación de plata e importaciones. En esa trayectoria se acota nuestra medición del tráfico interior de bienes de oriente.

Las importaciones regionales advertidas por el cobro de alcabalas, entre 1778 y 1820, alcanzaron casi 34 millones de pesos fuertes, de los cuales el 20% fueron efectos de la China. Un promedio cercano al millón de pesos anuales constituía la capacidad regional de importación, de los cuales la quinta parte representaba el tráfico de Oriente, lo que nos da una pauta de su relevancia en el gusto de los consumidores regionales.

Con más detalle, entre 1787 y 1810, en que los efectos de Oriente alcanzaron un valor nominal de más de 2.15 millones de pesos se puede advertir la mayor fidelidad de la medición, ya que fue equivalente a las dos terceras partes del periodo. Debe destacarse que en este periodo, de relativa estabilidad en el tráfico intercontinental, la demanda de efectos orientales creció significativamente compensando los bloqueos del comercio atlántico, las dificultades de conexión que derivaron en el tráfico de neutrales y la pérdida del monopolio gaditano con la Nueva España.

Con la revolución de Hidalgo, el trastorno de la comunicación por vía terrestre produjo una desarticulación del eje Acapulco-México-Veracruz, que representó la pérdida del control en la intermediación del comercio de la capital. La interrupción de la circulación a Veracruz y la toma de Acapulco por Morelos introdujeron una variable militar al circuito, que no representó necesariamente obturar la circulación pero sí una pérdida del control y la información fiscal.

La habilitación del puerto de San Blas como entrada alterna del comercio de Oriente y transpacífico al reino dio a Guadalajara un protagonismo excepcional y

⁵ Carmagnanni, M., *op. cit.*, y Assadourian, C.S. *El sistema de la economía colonial. El mercado interior, regiones y espacio económico*, Nueva Imagen, México, 1983, pp. 255-306.

dispuso a su comunidad comercial en una posición de fuerza, en una alianza con el intendente José de la Cruz, a la sazón jefe de la contrainsurgencia del centro-norte del reino. Así, entonces, entre 1811 y 1820 circularon por el territorio más de 1.27 millones de efectos de China, más de la mitad del periodo de casi cuatro décadas de medición del tráfico de importaciones. Esta concentración, inequívocamente corresponde a la relevancia de San Blas como entrada de efectos de Oriente, pero también al desarrollo de una circulación interregional que incluía al norte minero y la red capilar en la región de Guadalajara.

LA CIRCULACIÓN REGIONAL DE EFECTOS DE CHINA EN LAS REGIONES INTERIORES, 1778-1820

El emplazamiento de la circulación de efectos de Oriente correspondió al esquema de circulación regional, considerando la centralidad de la capital tanto en términos de concentración de demanda como de punto redistribuidor hacia el territorio regional. Así, entonces, los núcleos de demanda de mercancías de China se centraron en la capital y su *Hinterland* rural que siendo el motor de su economía agraria tenía una capacidad de consumo considerable. La demanda espacial sumo más de 1,44 millones de pesos. Secundariamente, en las economías rurales más prósperas: Lagos, en la región agro-ganadera de Los Altos, con casi 300 mil pesos y Aguascalientes, con sus dinámica economía rural y comercial, alcanzó valores por encima de los 243 mil pesos, que complementa esta imagen de una demanda rural de altos ingresos, pero también de una clase media rural de rancheros ya habituados al consumo de efectos orientales, como los rebozos de seda, la especiería y los artículos religiosos de marfil. No pocas capillas de las haciendas prósperas avituallaron sus altares con efectos orientales.

No debe omitirse que un polo de demanda importante lo constituyeron los centros mineros, que acopiaban tanto efectos suntuarios como productos de consumo general, como sedas, tafetanes, especiería, loza y tallas de marfil. Por ejemplo, en el mineral de Rosario, el principal centro minero de la costa noroeste de la Nueva España, se introdujeron en el periodo acotado productos de Oriente por un valor de 79 mil pesos. En las regiones mineras de la costa oeste de Guadalajara, con polos precarios de población, el consumo de efectos orientales alcanzó más de 15 mil pesos. Lo peculiar de esta demanda es que estamos frente a un modelo de explotación minera de corta escala con altos rendimientos, aunque dispersa y episódica: los ciclos de auge se ven claramente reflejados en la demanda de efectos de China, particularmente por los trabajadores y socios de la minería local.

Una primera lectura de la evolución cíclica nos da cuenta de los impulsos quinquenales de la demanda, entre 1790 y 1806, donde *grosso modo* pueden advertirse que estos jalones coinciden con obstrucciones del comercio atlántico. Ello nos sugiere un efecto de compensación en las importaciones y el papel relevante que fueron adquiriendo en el consumo novohispano, particularmente en la concentración en la capital regional, principalmente para un consumo local-regional y una ulterior redistribución de larga distancia.

La demanda continua del *Hinterland* rural, Lagos y Aguascalientes, con una escala menor, nos da cuenta también de una circulación frecuente, de una cierta estabilidad en la demanda que contrasta con la trayectoria de la capital. Pero debe advertirse, también, que si Guadalajara no consumía todo lo que concentraba, el negocio privilegiado estaba en el tráfico de larga distancia, particularmente al norte minero con las conexiones dadas por la oferta de insumos, lo cual produjo un efecto de “salto” en la demanda y una mayor capacidad de acopio de plata en la región. Esa capacidad excedentaria puede advertirse, a nuestro parecer, en la escala de efectos de China.

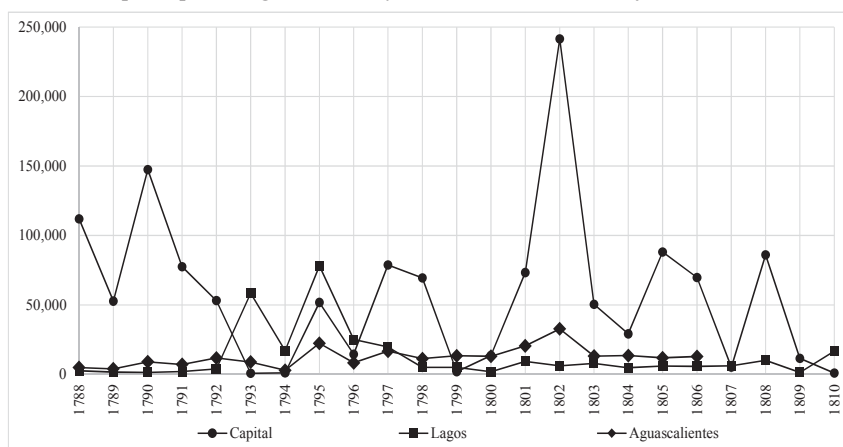
En otra escala de medición, las economías regionales de Guadalajara, puede advertirse la importancia de Lagos, particularmente en el quinquenio de 1793 a 1797, en que la Feria de San Juan de los Lagos adquirió una gran relevancia, toda vez que se convirtió en el gran centro redistribuidor de mercancías desde Guadalajara al septentrión minero. Ello explica, por otra parte, la concentración de efectos de Oriente en la capital, ya que si seguimos el patrón de redistribución de la época, durante la feria se colocaron entre 40 y 60% de las importaciones del comercio mayorista de Guadalajara.⁶

Por su parte, el patrón de auge en la minería local y expansión en la demanda de efectos orientales, puede verse en la continuidad alterna entre Etzatlán y Guachinango como zonas de explotación minera y el distante mineral del Rosario.

EL PUERTO DE SAN BLAS COMO GARGANTA DEL COMERCIO CON EL MAR DEL SUR, 1776-1811

El puerto de San Blas, en la costa oeste de Nueva Galicia, fue habilitado como astillero desde 1774 con el propósito de explotar las maderas del entorno, tener un camino alternativo para la defensa en el Mar del Sur y desplazar el tráfico a las Califor-

⁶ Véase Gálvez, M.A. y A. Ibarra, “Comercio local y circulación regional de importaciones: la feria de San Juan de los Lagos en la Nueva España”, *Historia Mexicana*, vol. XLVI: 3, núm. 183, pp. 581-616, enero-marzo de 1997, El Colegio de México.

Principales polos regionales de efectos de China, Guadalajara 1778-1810

Fuente: Ibarra Romero, José Antonio, 2000, *Mercado urbano y mercado regional en Guadalajara colonial: 1770-1810*, p. 88. Tesis para obtener el grado de Doctor, El Colegio de México, México.

nias, a la vez que contar con un puerto de resguardo de *La Nao* de Filipinas frente a contingencias de mar y eventuales ataques, en su navegación hacia Acapulco.

Sin embargo, el puerto carecía de un fondeadero seguro y estable, ya que el movimiento de arenas, la cercanía al manglar de Matanchel y la insalubridad del entorno lo hacían casi inhabitable. Sin embargo, después del impulso del tráfico transpacífico y su vinculación con las Californias, el visitador José Menéndez Valdéz, quien recorrió la intendencia entre 1791 y 1793, constató lo siguiente:

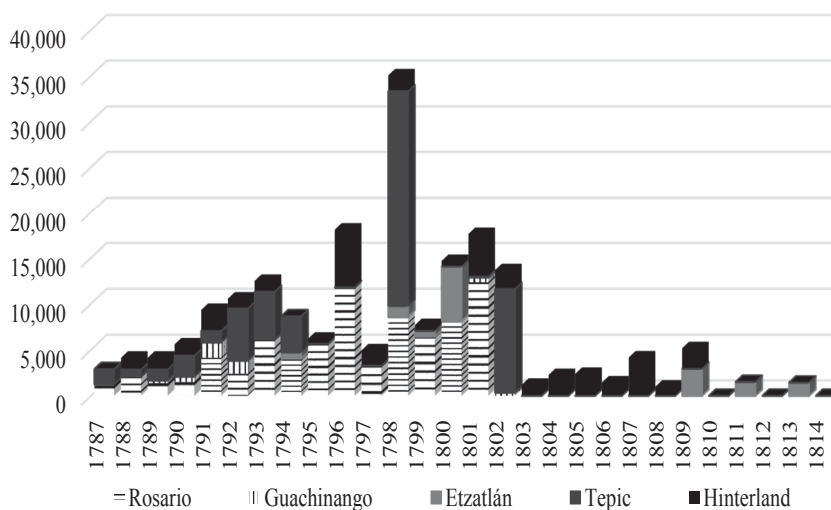
...es bastante grande y con mucha gente lucida, especialmente el Cuerpo de Marina que reside allí la mayor parte del año [...] Con este motivo, y con la tropa de la compañía fija de San Blas, hay mucho comercio y el pueblo tiene buenas fábricas.⁷

En gran medida, su impresión responde a que el puerto fue autorizado para el comercio del Mar del Sur en 1789, sucesivamente refrendado en 1796, 1797 y 1801-1803, en razón de los bloqueos del comercio atlántico. Así, puede advertirse que entre 1787 y 1803 se importó legalmente más de 1 millón de pesos, en efectos de Europa y China.

Años mas tarde, ante el escenario del estado de guerra producido por la revolución de Hidalgo, se le declaró puerto franco al comercio con Guatemala, Santa Fé, Perú y las Californias desde 1811 y autorizado por José de la Cruz en 1813 para

⁷ José Menéndez Valdéz, *Informe sobre la Intendencia de Guadalajara, 1791-1793*, UNED, Guadalajara, 1983.

Introducción de efectos de China en regiones de Guadalajara, 1787-1814



Fuente: Ibarra Romero, *op. cit.*, p. 88, 2000.

salida de plata. Este episodio habría de traer un gran conflicto con el virrey Calleja, quien haciéndose solidario de los reclamos del comercio de México sobre el debilitamiento de su monopolio frente a la capacidad exportadora de plata atraída del norte hacia Guadalajara, que para entonces ya contaba con Casa de Moneda, quiso impedir el comercio y exportación de metales por el flanco oeste del reino.

En 1815, el intendente De la Cruz explicó su decisión en estos términos:

... en la misma escasez de efectos por la interceptación de caminos con el Puerto de Veracruz, se acordó el arreglo de los Derechos que devian (*sic*) satisfacer las introducciones del Puerto de San Blas, atendiendo a la calidad de los efectos y a los privilegios que S.M. tiene concedidas al tráfico de dicho Puerto, y a la urgencia de buscar arbitrios que fuesen menos gravosos al Publico que los empréstitos y contribuciones directas...

Gracias a las mediciones de avería, cobrados por el Consulado de comercio de Guadalajara, erigido en 1795 y que habría de ser un importante instrumento de la consolidación de los mercaderes de la capital, podemos advertir que con la interrupción del tráfico Atlántico, entre 1814 y 1818, se averiaron 95% de las mercaderías que ingresaron al territorio novohispano por el puerto de San Blas, con un valor superior a los 14.4 millones de pesos, a un promedio anual de 2.8 millones de pesos.

La habilitación del puerto de San Blas, articulado al eje interior de Tepic, marcaron un trazo de circulación de importaciones por el circuito transpacífico asociado a la expansión del comercio británico y angloamericano, dadas las condiciones de relajamiento y fragmentación del espacio novohispano, fue el momento de integración de un amplio circuito que vincularía Valparaíso, el Callao y Guayaquil, en el segmento austral, en tanto que desde estos últimos hasta Guatemala, Acapulco y San Blas como vínculo a la Nueva España, para más tarde desarrollarse Mazatlán, cercano a los minerales de Cosalá y el Rosario.

Por los puertos del territorio, constatamos que entre 1798 y 1818 ingresaron por ellos mercancías por un valor superior a los 41 millones de pesos, de las cuales casi 8 millones correspondieron al comercio americano, 19.3% del total portuario; 23.6% al de España, por un valor de 9.7 millones, y 57% del comercio extranjero, con un importe superior a los 23.4 millones. Es, pues, el comercio extranjero el de mayor relevancia entre los puertos de abasto del territorio: 80% en Acapulco, 64% en San Blas y 55% en Veracruz.⁸

Este nuevo esquema asociado al circuito de acarreo de mercancías de consumo, desde cacao hasta a textiles, encontró oportuno la rehabilitación de la redistribución de efectos orientales a los que se había privado a los “peruleros” en beneficio de los mercaderes de la Ciudad de México. A fines del siglo XVIII, ya con el Consulado de Guadalajara autorizado para averiar mercancías importadas, el declinar de las re-exportaciones desde la capital virreinal y la expansión de “neutrales”, la capacidad de la Real Hacienda para controlar el comercio de platas y mercancías quedo notablemente debilitado. Una nueva época, controlada por la navegación británica y sus socios angloamericanos, habría de tomar el control del circuito transpacífico y el vínculo directo con Oriente, a partir del desarrollo de las Californias.

CONCLUSIÓN: EL MUNDO GLOBAL EN EL OJO LOCAL

La larga historia de conformación de las economías atlánticas, particularmente ligadas a los imperios ibéricos en América, así como la creencia de que los efectos de Oriente estuvieron sujetos a una limitada demanda, suntuaria y controlada por la Real Hacienda han obviado un nexo crucial de la globalización comercial americana, primero marcada por las exportaciones de metales amonedaados y más

⁸ Ibarra, A. “Mercado, elite e institución: el Consulado de comercio de Guadalajara y el control corporativo de las importaciones en el mercado interno novohispano”, en: Hausberger, B. y A. Ibarra (eds.), *Comercio y poder en América colonial. Los Consulados de comerciantes, siglos XVII-XIX*, Bibliotheca Ibero-Americana 93/Vervuert e Instituto Mora, México-Frankfurt, 2003, pp. 145-170.

Plano del puerto y departamento de San Blas



Fuente: “Plano del puerto y Departamento de San Blas”, sin autor, 1785, Archivo General de Indias, Mapas y planos, México 544. En: Ramón María Serrera Contreras *et al.*, *Cartografía histórica de la Nueva Galicia*. Guadalajara, 1984, Universidad de Guadalajara/Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla.

El pueblo de San Blas, según la cartografía, se hallaba encaramado en un pequeño cerro de piedra viva (N), con el Hospital (T) y cuartel (S) de palapa, que fueron los almacenes viejos, mientras las oficina y los almacenes reales nuevos son de cal y canto, así como la iglesia. El pueblo se comunicaba a las tierras bajas por un racimo de veredas, que asemejan escurrideros, que conducían a caseríos de herreros y armeros (H), talleres de palapa para velámenes y jarcería (J), fábrica de cables y corchadero (K). Visto desde el mar, los navíos se orientaban por la piedra blanca (A), cubierta de guano, orientándose a un franqueadero (B), para entrar a un pozo de cargas en construcción (C), teniendo un lago para encadenar navíos (D) que se arenaba por los caudales del río Santiago y que, entre 1780 y 1781, había obligado a cegar el estero contiguo (G). Como se aprecia, la carta era testimonio de precariedad e indisposición. Queda expuesto, pues, que el puerto carecía de las condiciones de un fondeadero seguro y estable, ya que además del movimiento de arenas, la cercanía al estero y laguna de Matanchel y la insalubridad del entorno lo hacían casi inhabitable.

tarde por el progresivo consumo de mercancías orientales, en una gama que iba desde objetos suntuarios y porcelanas, hasta sedas, tafetanes y mantas de algodón, así como la especiería que habría de enriquecer el gusto americano.

Pese a su enorme importancia, solo recientemente se ha estimulado la investigación por entender desde el consumo los contornos del mercado de efectos orientales, su distribución en los caminos capilares del reino y su notable incorporación en las demandas socialmente diferenciadas de los espacios americanos. Desde el virreinato de Buenos Aires hasta la Nueva España el camino de las mercancías

orientales se abrían paso en el tejido de mercados portuarios, urbanos, mineros y en el espacio rural de la ganadería y agricultura prosperas.

Pero no sólo los ricos americanos cultivaron su gusto por porcelanas, biombos, ajuares y alimentos de origen oriental, la población indígena y campesina incorporó a sus atuendos las sedas y textiles de algodón venidos de Oriente, así como alimentos y condimentos que declinaron en sus precios conforme avanzaba el flujo de mercancías por canales legales o ilegales.

De esta manera, una evidencia de importancia de estos efectos de consumo puede apreciarse en los territorios interiores que, en a su modo y en sus momentos, se inscribieron en un consumo global que la producción y exportación de metales y colorantes les permitió participar del mercado sin restricciones de origen o escala. La revolución comercial, al decir de Carmagnanni, que caracteriza la globalización del siglo XVIII también se expresó en este cambio de la estructura de demanda, su ampliación, penetración y diversificación social. Las mercancías venidas de China, lo que ello pudiera significar, tienen una larga historia en los espacios locales de la globalización americana.

RICARDO PÉREZ MONTFORT

REFLEXIONES Y APUNTES SOBRE LA HISTORIA DE LA PROHIBICIÓN Y LA TOLERANCIA EN TORNO DE LAS DROGAS EN MÉXICO: DE LA HISTORIA REGIONAL A LA HISTORIA GLOBAL¹

LOS INICIOS DE LA PROHIBICIÓN

Una de las primeras disposiciones gubernamentales restrictivas sobre el consumo de drogas en el México del siglo XX se decretó justo durante los inicios de la Revolución Mexicana en el estado de Coahuila, cuyo gobernador, Venustiano Carranza, sería un convencido promotor de las “campañas contra el vicio”. Durante los primeros lustros del siglo XX las casas comerciales y farmacéuticas de Torreón, junto con el Banco Americano, importaban libremente el opio y sus derivados, distribuyéndolos principalmente a través de vendedores ambulantes chinos. En octubre de 1911 al poco tiempo de asumir la gubernatura Carranza, proscribió la importación y el comercio de opio para fumar al mismo tiempo que prohibió los juegos de azar, por temor a que esos vicios “contaminaran” al resto de la población.² Una conciencia particular sobre las noticias internacionales que entonces se publicaban en torno de las drogas, principalmente el opio, su consumo y sus consecuencias, venía creciendo desde finales del siglo XIX, aunque sin demasiadas preocupaciones por parte de las autoridades mexicanas. La moda de su consumo en sectores pudientes no planteaba restricción alguna. Se trataba de un hábito que incluso parecía estar vinculado al prestigio social del *dolce far niente* de la alta burguesía. Pero fue el impacto que el consumo de opio tuvo en las clases trabajadoras, sobre todo aquella vinculada con la migración china, como en la construcción de vías férreas y la agricultura extensiva, lo que generó una primera llamada de atención en los círculos gubernamentales.

¹ Este trabajo es un fragmento de mi libro titulado *Tolerancia y prohibición. Aproximaciones a la historia de las drogas en México 1840-1940*, Tusquets, México, 2016.

² Douglas W. Richmond, *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza 1893-1920*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 57.

La prohibición de la importación de opio en todo el país se decretó a fines de 1912, muy poco tiempo antes de que ocurrieran los sangrientos acontecimientos de la Decena Trágica, por lo que la disposición no pudo instrumentarse cabalmente. Por ejemplo, todavía en agosto de 1913 la Dirección General de Correos informaba que en sus administraciones se estaban recibiendo con frecuencia

bultos postales procedentes del exterior que contienen opio, manifestándose en las declaraciones de dichos bultos con el nombre de “Drogas” [...] por lo que se han dejado de entregar [...] pero los destinatarios alegan que el opio que importan es para usos medicinales.³

El Consejo Superior de Salubridad insistía en la prohibición y supuestamente sólo autorizaba la importación de opio medicinal y esto nada más lo podían hacer los comerciantes en drogas y los farmacéuticos.

La mayor parte del opio, y otras drogas como la cocaína y la heroína, ingresaban a México a través de barcos ingleses y alemanes. Por eso durante los años de 1913 y 1914, entre la Gran Bretaña, el Imperio Germano y el Gobierno usurpador del general Victoriano Huerta, se suscitó un intercambio diplomático bastante intenso que versó sobre los intereses afectados dada la prohibición del ingreso de dichas sustancias a tierras mexicanas. La Comisión de Boticas, a la cual fue turnada parte de la controversia, sugirió que se expidiese “una ley que restrinja la importación del opio y sus derivados de los alcaloides de esa droga, de la cocaína y sales de esos alcaloides, al uso exclusivamente medicinal de esas drogas...”.⁴ El representante de la Gran Bretaña, al igual que el enviado alemán quedaron relativamente satisfechos cuando se les informó que las intenciones de la prohibición mexicana no eran del todo restrictivas. Sólo se trataba de una reorientación del mercado que tendió a fortalecer los monopolios comerciales de sus transportes marítimos y de sus productos químicos, que ahora supuestamente sólo se podían distribuir con fines médicos y hospitalarios.

Si bien en esos años el comercio internacional de drogas y enervantes todavía no presentaba mayores restricciones, las presiones norteamericanas ya empezaban a alinear a algunos sectores del gobierno mexicano en favor de la Convención Internacional del Opio que se había verificado en La Haya en 1912

Esta convención era la continuación de una previa realizada en Shanghai en 1909. Ahí, el representante norteamericano, el reverendo Charles Henry Brent, que había sido el obispo de Manila y gobernador de la Filipinas, dio principio a su cruzada internacional contra las drogas. El gobierno de los Estados Unidos trató

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

de imponer a nivel mundial las restricciones y prohibiciones que había establecido en su propio territorio unos años antes. Su afán de persecución contra del opio y demás drogas utilizadas ampliamente con fines extramedicinales y recreativos, usaba el pretexto de querer apoyar a China en la erradicación de su consumo. Y fue el mismo reverendo Brent quien, con el apoyo de los gobiernos de Theodore Roosevelt y William Taft, promovió aquellos debates internacionales entre 1909 y 1911-1912. El segundo debate se llevó a cabo en La Haya, en donde se trató de llegar a un acuerdo entre 12 naciones pretendiendo “la erradicación gradual del abuso del opio, la morfina y la cocaína...”

Tanto Serbia como Turquía, por ser productores y distribuidores de dichas sustancias, se negaron a firmar tales acuerdos. Lo mismo hizo el Imperio Germano y desde luego la misma Gran Bretaña quienes condicionaron su obligación. Alemania rehusó plegarse a la convención ya que no quiso involucrar a sus empresas farmacéuticas, que para entonces producían grandes cantidades de morfina, heroína y cocaína, mismas que se exportaban a varios países de América, Asia y Europa; e Inglaterra condicionó su firma hasta que el gobierno alemán hiciera lo mismo. Además se estableció que los acuerdos entrarían en vigor en cuanto treinta y cinco naciones respaldaran la prohibición. Lo cual no se logró sino hasta varios años después.⁵

El régimen mexicano de Victoriano Huerta recibía para entonces múltiples presiones intervencionistas de parte de Estados Unidos, entre las que figuraba aquella que insistía en que se limitara el tránsito de opio de tierras mexicanas a norteamericanas a través de varias ciudades fronterizas.⁶ La promesa de decretar una ley antidrogas respondía a una presión norteamericana, que al poco tiempo fue apoyada por Alemania e Inglaterra, al reconocer la posibilidad de un amplio incremento de precios en sus productos farmacéuticos si se llevaba a cabo la restricción. Sin embargo, tras desatarse la tensión en la relaciones entre México y Estados Unidos, y después de la ocupación del Puerto de Veracruz por los *marines* norteamericanos en abril de 1914, el gobierno de Victoriano Huerta fue depuesto antes de que se expidiese la ley restrictiva, por lo que el asunto del control y prohibición de las drogas tampoco se llegó a solucionar en México durante aquellos años de 1912 al 1914.

Para entonces, la tradición de fumar opio dentro de las comunidades chinas era visto como un “vicio intolerable”, y en diversas ocasiones despertó los ánimos intransigentes de algunas autoridades y de ciertos sectores mexicanos. La xenofobia antichina enarbolada durante los últimos años del porfiriato y a lo largo del

⁵ Richard Davenport-Hines *La búsqueda del olvido. Historial global de las drogas 1500-2000*, Turner-Fondo de Cultura Económica, México, 2003, pp. 196-197; y Antonio Escohotado, *Majestades, crímenes y víctimas*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1987, pp. 117-128.

⁶ Berta Ulloa, *La Revolución intervenida*, El Colegio de México, México, 1971, pp. 205-242.

proceso revolucionario⁷ también determinó gran parte de los inicios del rechazo social hacia el consumo abierto de opio.

Sin embargo en algunas regiones del país, particularmente en la frontera norte y en las poblaciones fronterizas de Tijuana y Mexicali, los fumaderos de opio no parecían tener restricción alguna. El gobernador de Baja California, el coronel Esteban Cantú, quien había sido partidario de Huerta en 1913 y que a la caída de dicho régimen se afilió al constitucionalismo, mantenía una situación de relativa paz en la región. Su dominio se basaba en la alianza que mantenía con la empresa norteamericana California-Mexico Land and Cattle Company y en su propia capacidad para hacer negocios y tener socios en varios comercios que se dedicaban a la diversión y el placer.⁸

Para mediados de 1914, Tijuana y Mexicali se habían convertido definitivamente en “terrenos de diversión y entretenimiento” para estadounidenses, europeos, mexicanos y chinos. Las 400,000 hectáreas que la compañía norteamericana tenía en territorio mexicano en los alrededores de Mexicali eran labradas principalmente por migrantes chinos que habían traído consigo el consumo de opio. Tan sólo en Mexicali, durante aquel año de 1914, se registraron 40 sitios de diversión y placer entre los que se contaban no pocos fumaderos o “salones de recreo”.⁹ Y una año después, el propio coronel Cantú legalizó el procesamiento y la comercialización de opio en la región, aduciendo que se carecían de fondos y cuerpos policíacos para ejercer un control real. Se decidió cobrar impuestos a los importadores y a las manufactureras, con lo cual se estableció un pingüe negocio para el gobierno local. Las concesiones pagaban mensualidades que iban desde 250 hasta 1000 pesos oro nacional al gobierno de los distritos de Mexicali, Tijuana y Ensenada. En Mexicali se llegó a afirmar que había un fumadero de opio en cada cuadra, siendo uno de los más importantes el que pertenecía al chino Chan Fu, que además tenía su propio laboratorio donde era procesada su materia prima. El diez por ciento de las ganancias del negocio de Chan Fu llegaba directamente al bolsillo del coronel Cantú.¹⁰

Todo parece indicar que las mismas autoridades carecían de una estrategia para lidiar con el asunto del consumo y manufactura de opio, hasta que en 1914

⁷ Juan Puig, *Entre el río Perla y el Nazas: la China decimonónica y sus braceros emigrantes, la colonia china de Torreón y la matanza de 1911*. Conaculta, México, 1993.

⁸ Linda B. Hall, “El liderazgo en la frontera: Los casos de Sonora y Baja California” en *Boletín*, núm. 21, Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, México, 1996, pp. 10-12.

⁹ José Alfredo Gómez Estrada, *Gobierno y casinos. El origen de la riqueza de Abelardo L. Rodríguez*, Universidad Autónoma de Baja California-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 2002, p. 43.

¹⁰ *Ibid.*

el Departamento de Salubridad negó definitivamente el permiso de importación.¹¹ El asunto fue impulsado por cierta xenofobia antichina que se percibía con bastante ahínco, aunque claramente indicaba la falta de una posición precisa y generalizada ante el asunto de la producción, la distribución y el consumo de la mayoría de las drogas.

Entre 1910 y 1915 las regulaciones y controles de los mercados internos, tanto de sustancias y productos farmacológicos como de plantas y yerbas, tendieron a desarticularse. El paulatino deterioro de las instituciones encargadas de la restricción a nivel local y nacional, así como de las de comercio exterior, en virtud de las guerras revolucionarias y las inestabilidades políticas, hizo posible que se reactivara la producción y la circulación de dichas sustancias. Estas apenas estaban acercándose a los códigos de prohibición que se pretendieron implantar a nivel internacional, por lo que la restricción de su producción, circulación y consumo resultaron casi imposibles de instrumentar. Además la propia situación bélica y de militarización ampliaron los procesos de socialización del uso y abuso de las drogas, dado que su aplicación se volvía cada vez más cotidiana entre médicos y farmacéuticos.

La disipación propia de los ambientes militares y civiles, así como el relajamiento de las restricciones y coacciones estatales, aunadas a cierta pérdida de valores éticos y morales, burgueses y cristianos, propiciaron un incremento en el consumo de enervantes y hasta cierta liberalidad a la hora de hacer referencia a ellos. Por ejemplo, en el periódico *El Mundo Ilustrado*, de la Ciudad de México, en septiembre de 1912 se publicaba abiertamente la aparición y venta irrestricta de unos “cigarrillos de *cannabis sativa*” llamados “Cuentos nacionales”, producidos por un tal Ignacio Alcocer en la penitenciaría de Saltillo.¹² Aunque no existen estadísticas confiables ni datos duros de archivo al respecto, el incremento del uso abierto y sin mayores cortapisas de drogas y yerbas enervantes puede comprobarse tan sólo por el sensible aumento de referencias relativas aparecidas en los diarios y revistas, en el teatro popular y en la literatura del momento.

Desde las notas periodísticas que anunciaban el descubrimiento de cargamentos de marihuana destinadas a las penitenciarías y a las milicias,¹³ o en las alusiones directas a la afición marihuanera del dictador Victoriano Huerta y sus colaboradores, hasta las apariciones recurrentes de la yerba en la obra carcela-

¹¹ Archivo SSA. Fondo Salubridad Pública, Sección Congresos y Convenciones, Leg. 11, exp. 12.

¹² *El Mundo Ilustrado*, 29 de septiembre de 1912.

¹³ *El Universal*, 9 de noviembre de 1918, *Excélsior*, 10 de marzo de 1919 o *El Universal*, 3 de enero de 1919.

ría de Federico Gamboa, *La Llaga*, publicada en 1912, o en las narraciones del autor dramático Marcelino Dávalos, pasando por la clásica novela de Mariano Azuela *Los de abajo*, aparecida en 1915, o los casos seguidos por los reporteros del *Excélsior* sobre contrabando de opio entre 1918 y 1919, la circulación sin ambages de las drogas, por lo menos de la inevitable *cannabis* y del oriental “chandoo”, quedaba manifiesta.

Como es lógico, en los hospitales militares y en los improvisados sanatorios de campaña prevaleció cierto manejo indiscriminado de derivados del opio, particularmente de morfina y en ocasiones de heroína, como quedó registrado en las campañas norteamericanas de persecución punitiva en el norte del país en 1916 y 1917. Entre la tropa que estaba bajo el mando del general John J. Pershing, organizada en contra de las huestes de Pancho Villa tras el asalto a Columbus, se reportaba que cientos de soldados usaban drogas con relativa frecuencia.¹⁴

Para 1916 todavía no se habían implementado del todo las restricciones legales a las drogas en el territorio norteamericano, aunque ya empezaban los intentos de regulación. A través de El Paso, Texas, y del mismo Columbus, pasaban los trenes que aprovisionaban a la expedición punitiva, y entre ellos varios comerciantes chinos y mexicanos ofrecían a la tropa licores y drogas.¹⁵ La misma falta de control también significó que el acceso a dichas sustancias por parte de los consumidores ocasionales o consuetudinarios se hiciera relativamente más fácil, tanto en farmacias como en el comercio clandestino. Según un cálculo aproximado, parecía que de aquellos 10,000 hombres que formaron la expedición punitiva, alrededor de un 2% eran consumidores consuetudinarios de drogas, y de los 106,000 soldados americanos que custodiaban la frontera, probablemente unos 12,000 consumían otras sustancias enervantes además de alcohol.¹⁶ Y existía la gran sospecha de que todas esas sustancias venían de México. Una nota periodística aparecida en *El Demócrata*, en julio de 1916, decía, por ejemplo, que “últimamente han pasado en tránsito para Estados Unidos, grandes cantidades de opio para fumar, droga que ha sido admitida en bultos postales depositados en oficinas de correos mexicanos”. Por ello, y atendiendo a las presiones norteamericanas, la Dirección Nacional de Correos había girado instrucciones para que se estableciera una mayor vigilancia, “con el fin de impedir el envío del producto de referencia”.¹⁷

¹⁴ James Sandos, “Prostitution and drugs. The United States Army on the Mexican-American Border, 1916-1917. *The Pacific Historical Review*, vol. 49, núm. 4. (Nov., 1980), University of California Press, pp. 621-645.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 639-641.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 642-643.

¹⁷ *El Demócrata*, 9 de julio de 1916.

Tal vez como una reacción radical ante esta incapacidad de los gobiernos mexicanos de impulsar la restricción de las drogas impulsada por el gobierno norteamericano, misma que duró desde 1911 hasta mediados de 1916, el gobierno provisional de Venustiano Carranza decretó en diciembre de 1915 prohibir la importación de “opio de todas clases y sus extractos” en todo el país.¹⁸

El decreto planteaba que sólo la Secretaría de Hacienda podía autorizar dicha importación y en caso de que se descubriera un fraude o un contrabando este debía ser remitido a la Dirección de Aduanas. El periódico *El Constitucionalista* publicó tal disposición el 7 de enero de 1916. Y a mediados de ese mismo año se incorporaron a dicha prohibición otras drogas como la cocaína y la marihuana.

Carranza promulgó este decreto no sólo como una reacción autoritaria acorde con la tendencia prohibicionista existente en otros países, sino que lo hizo también como un acto que contenía un claro mensaje de moralización dedicado a las fuerzas combatientes y en general a la sociedad mexicana.¹⁹ El ideario carrancista contenía una premisa fundamental, que consistía en que las reformas sociales sólo podían imponerse mediante el combate al vicio. En su actuar político, económico y militar, los carrancistas no sólo pretendían eliminar dichas anomalías sino que arremetieron contra los placeres básicos; Pablo González llegó a prohibir el baile, la música y el alcohol en su paso por Matamoros a principios de 1916.²⁰

En Chihuahua y Sinaloa, durante 1916 y 1917, se decretó pena de muerte a quien vendiera bebidas embriagantes. Por eso no fue extraño que Venustiano Carranza la emprendiera contra las drogas prohibiendo primero la importación y exportación de opio y en seguida decretando la ilegalidad de la producción, la circulación y el consumo de otras sustancias enervantes.²¹ Sin embargo, en Baja California, si bien se aceptó la restricción y la ilegalidad del comercio y el consumo de opio, su distribución no fue proscrita y todavía a finales de 1919 se decía que en cada cuadra de Mexicali se podía conseguir y fumar opio a discreción.²²

¹⁸ El decreto se firmó el 20 de diciembre de 1915, pero su implantación empezó realmente a partir de julio del año siguiente. Venustiano Carranza, *Codificación de los decretos del C. Venustiano Carranza, primer jefe del ejército constitucionalista encargado del poder ejecutivo de la unión*, Imprenta de la Secretaría de Gobernación México, 1915, pp. 423-424 y Douglas W. Richmond, *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza 1893-1920*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 231.

¹⁹ Olga Cárdenas de Ojeda, *Toxicomanía y narcotráfico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976, pp. 35-36; y Archivo SSA. Sección Servicio Jurídico, caja 2, exp 3.

²⁰ Douglas W. Richmond, *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza 1893-1920*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 230.

²¹ *Ibid.*, pp. 231-232.

²² Pedro Castro, *Adolfo de la Huerta. La integridad como arma de la Revolución*, UAM-Iztapalapa-Siglo XXI Editores, México, 1998, p. 101.

El argumento que dichas disposiciones restrictivas enarbolaban se justificaba principalmente con el propósito de evitar la “degeneración de la raza”. También se adujo que se quería prevenir que la población mexicana cayera en manos de quienes “envenenaban a la sociedad”. Esto se pudo argumentar con mucha mayor precisión en los debates del Congreso Constituyente celebrados a finales de 1916 y principios de 1917 en Querétaro. El criterio de imposición de una “higiene social” sin los vicios ni los envenenamientos que afectaban a la “raza” tendría un enorme peso en cualquier disposición relativa a las drogas a partir de entonces.²³

No hay que olvidar que desde el siglo XIX las ideas en torno de las razas humanas se habían propagado a partir de la imposición de diversos criterios de diferenciación biológica entre grupos, comunidades y naciones, impuestos fundamentalmente por los avances científicos y tecnológicos de las grandes potencias de occidente. Tomando como modelo las clasificaciones realizadas en la mineralogía y la biología, la identificación de grupos humanos “cuyos miembros participan en su totalidad de las características típicas o peculiares de la misma, las cuales se transmiten de generación en generación”, parecía plausible. Esto desde luego generó infinidad de polémicas sobre la superioridad racial, así como de justificaciones de acciones plagadas de racismo, que se fueron incrementando durante los primeros treinta años del siglo XX.²⁴

Pero volviendo al decreto emitido por Venustiano Carranza, éste estuvo muy lejos de reflejarse en la realidad; en parte por la situación de inestabilidad general del país y en parte también porque los productores e importadores, en particular los boticarios y los mismos comerciantes, encontraron invariablemente la manera de asociarse con las autoridades y trascender las restricciones. Rara vez se intervinieron las importaciones de productos químicos alemanes, franceses e ingleses. Algunas cifras indicaban que la medida tomada por Carranza y su seguidores había tenido poca respuesta en los ambientes en donde supuestamente había mayor circulación de drogas. Por ejemplo, en marzo de 1917 el periódico *El Universal* denunció que en Guadalajara se había sorprendido a nueve individuos en un fuma-

²³ Isaac Campos Cordero ha señalado con particular agudeza la importancia de este argumento, aunque justo es decir que se trataba de una preocupación que ya tenía antecedentes relevantes a finales del Porfiriato, como lo han demostrado los trabajos de Beatriz Urías Horcasitas e Isaac Campos Costero, *Marijuana, Madness, and Modernity in Global Mexico, 1545-1920*, PhD Dissertation, Harvard University, Cambridge, 2006 pp. 222-235 y Beatriz Urías Horcasitas, “Fisiología y moral en los estudios sobre las razas mexicanas: continuidades y rupturas (siglos XIX y XX)”, *Revista de Indias*, vol. 65, núm. 234, CSIC, Madrid, 2005, pp. 355-374, *Indígena y criminal. Interpretaciones del derecho y la antropología en México 1871-1921*, Universidad Iberoamericana, México, 2000.

²⁴ Juan Comas, *Razas y racismo*, SEP-Setentas, núm. 43, 1972, México, p. 14.

dero de opio ubicado en la calle Leandro Valle,²⁵ y en noviembre de ese mismo año otra nota de ese periódico afirmaba que “la inmoral costumbre que se desarrolla fatalmente entre los jóvenes de la clase media y muchos de la elevada se dedican a aspirar fuertes dosis de cocaína” en la ciudad de Oaxaca.²⁶

Con relación a la marihuana, en la Ciudad de México se denunció en agosto de ese mismo año de 1917 que dicha yerba “entraba en grandes cantidades a la penitenciaría, de poco tiempo a esta parte”, por lo que se pedía que las autoridades intervinieran en el asunto.²⁷ Y así pareció suceder, pues tan sólo entre mayo y diciembre del año siguiente la Inspección General de Policía del Distrito Federal consignó a 48 individuos que trataban de contrabandear marihuana al interior de la Penitenciaría de Lecumberri.²⁸ Sin embargo, para fines del año siguiente, una vez más *El Universal* publicaba una noticia que informaba que la policía había descubierto “quinientos costales de la fatídica yerba que estaban almacenados en una casa en la colonia Hidalgo”.²⁹ También durante el año de 1919 se suscitaron por lo menos unos 25 casos de aparición de drogas en los principales periódicos de la capital. Desde las clásicas introducciones de marihuana a las cárceles y entre la tropa,³⁰ hasta el contrabando en la frontera norte,³¹ pasando por toda clase de delitos cometidos supuestamente bajo la influencia de opio y marihuana.³²

Además de un escandaloso caso de contrabando de varias toneladas de opio en el que se involucró al mismísimo Consejo Superior de Salubridad y a un comerciante alemán llamado Walter Hermann, el aumento en el consumo de drogas hacia el final del gobierno constitucional de Venustiano Carranza propició que se iniciara una campaña en contra de la “intoxicación por inyecciones.” Con el fin de la Primera Guerra Mundial las presiones prohibicionistas norteamericanas emprendieron nuevamente su influjo en el gobierno mexicano. En julio de 1919 el Departamento de Salubridad lanzó un operativo propagandístico en contra de “la intoxicación más o menos artística, mas o menos vulgar que está alcanzando entre nosotros un incremento grandísimo sobre todo entre la juventud de la clase media...” La campaña iba dirigida a las boticas y droguerías con el fin de limitar “la venta de todas estas substancias que se utilizan para enervarse”, y que se había

²⁵ *El Universal*, 21 de marzo de 1917.

²⁶ *El Universal*, 14 de noviembre de 1917.

²⁷ *El Universal*, 17 de agosto de 1917.

²⁸ AHEACM, Policía. Presos. Penitenciaría. núm. 3664 y *Vagos y rateros*, núm. 4158.

²⁹ *El Universal*, 9 de noviembre de 1918.

³⁰ *El Universal*, 3 de enero de 1919; *Excélsior*, 10 de marzo de 1919.

³¹ *Excélsior*, 11 de abril, 6 de julio y 20 de julio de 1919.

³² *El Universal*, 12 de junio de 1919; *Excélsior*, 9 de junio y 7 de julio de 1919.

convertido en una “verdadera calamidad nacional.”³³ Aún cuando la exageración parecía dar la nota de esta campaña, no cabe duda de que, para finales de la segunda década del siglo XX, la existencia de fumaderos de opio en varias ciudades del país, la circulación casi irrestricta de drogas “de farmacia”, como morfina, heroína y cocaína, y desde luego la casi omnipresencia de la marihuana en cuarteles, cárceles y ambientes populares, rebasó con mucho las intenciones del control estatal. Los intentos de impulsar medidas restrictivas y prohibicionistas durante la década revolucionaria habían fracasado notoriamente.

HACIA LA INTOLERANCIA Y LA PERSECUCIÓN: *BOOTLEGGERS*, “RINCHES” Y REVOLUCIONARIOS

Durante los debates del Congreso Constituyente celebrado en Querétaro a finales de 1916 y principios de 1917 el doctor y diputado coahuilense José María Rodríguez propuso que, siguiendo los lineamientos inspirados por las disposiciones norteamericanas expuestas en la Convención de la Haya, una sola instancia se encargara de la restricción y el control de las drogas en todo el país: el Consejo de Salubridad General. La premisa de que las drogas “degeneraban la raza” ya se venía indicando desde la primera prohibición carrancista y parecía pesar de una manera definitiva en la elaboración de las adiciones al artículo 73 constitucional, que se refería a las facultades y atribuciones del Congreso de la Unión. Siguiendo las ideas imperantes sobre la eugenesia, enarboladas por algunos científicos europeos, se atribuía a la “raza” todo aquello que determinaba la condición hereditaria de los seres humanos. La “raza” permitía la identificación de las características y peculiaridades típicas de los connacionales, las cuales eran transmitidas de generación en generación. Era algo que debía generar orgullo, puesto que establecía los vínculos generales con el grupo biológico del *homo sapiens* y su historia. Tenía algo de sagrado y de esencialista. Desde antes de la primera guerra mundial, principalmente en Alemania, se desarrolló la idea de que “la raza” y “la sangre” eran entidades naturales, anteriores y superiores a las realidades construidas por las sociedades modernas como la nación, la política, la ciencia o la cultura.³⁴ Por eso atentar contra la raza era, desde luego, inadmisibile. Y el Dr. Rodríguez afirmaba vehementemente que los mexicanos eran una raza que pretendía estar a la altura del resto de la humanidad.³⁵

³³ *Excelsior*, 8 de julio de 1919.

³⁴ Beatriz Urías Horcasitas “Eugenesia e ideas sobre las razas en México 1930-1950”, *Historia y Grafía*, núm. 17, Universidad Iberoamericana, 2001, México, pp. 171-205.

³⁵ *Debates del Congreso Constituyente de Querétaro 1916-1917* (Facsimilar), t. II, México, INEHRM, 1985, p. 656.

Una vez declarado Venustiano Carranza presidente constitucional, el doctor José María Rodríguez se convirtió en el jefe del Consejo de Salubridad, institución que debía dictar las políticas de salud a nivel federal. Entre 1917 y 1920 dos epidemias asolaron al país, una de tifo y otra de influenza española, por lo que el asunto de las drogas pasó a segundo término en las preocupaciones de los encargados de la salud pública mexicana.³⁶

El 2 de marzo de 1920, mientras el gobierno carrancista empezaba a agonizar, el secretario general del Departamento de Salubridad Pública, Edmundo G. Aragón, dispuso una serie de limitaciones “sobre el comercio de productos que pueden ser utilizados para fomentar los vicios que degeneren la raza y sobre el cultivo de plantas que pueden ser empleadas con el mismo fin...”. Estas disposiciones se publicaron en el Diario Oficial correspondiente al 15 de marzo de 1920 y establecieron que quien quisiera importar opio, morfina, heroína y cocaína debía contar con un permiso especial del Departamento de Salubridad. El comercio de dichos productos sólo podría hacerse en expendios de medicinas, mismos a los que se obligaba a llevar un registro riguroso de sus movimientos. En dichas disposiciones también se incluía la estricta prohibición del cultivo y el comercio de la marihuana y de la adormidera. Las infracciones a estos mandatos se castigaban con multas de hasta 5,000 pesos.³⁷

Si bien el intento de control estatal de estas sustancias se estableció cuando el régimen carrancista se enfrentaba a una gran incertidumbre, las autoridades que surgieron después de su caída decidieron adoptar las mismas medidas, ampliándolas con otros elementos extraídos de proyectos anteriores. A finales de 1920 se estableció que a partir del primero de enero de 1921 ninguna botica podía seguir despachando si no contaba con un farmacéutico titulado.³⁸

Las presiones norteamericanas estaban invadiendo los terrenos diplomáticos con disposiciones que apelaban con insistencia a favor de la intolerancia a las bebida alcohólicas y a otros enervantes. Por ello no habría sido extraño que los miembros del Consejo siguieran esa misma tendencia, ya que muchos veían las tendencias higienistas y la cruzada norteamericana contra el vicio con particular simpatía.³⁹ Pero a diferencia de lo sucedido en Estados Unidos de Norteamérica, el gobierno

³⁶ Mario Ramírez Rancaño, “La epidemia de influenza española en México: 1918”, *Revista 20/10*, núm 4, México, 2009, pp. 69-92.

³⁷ Archivo SSA. Fondo Salubridad Pública, Sección Servicio Jurídico, caja 2, exp 3.

³⁸ Archivo SSA. Fondo Salubridad Pública, Sección Servicio Jurídico, caja 2, exp. 4.

³⁹ El Dr. Gabriel Malda, quien asumió la jefatura del Departamento de Salubridad Pública a partir de 1920, mostró una particular admiración por los avances que en materia de control de epidemias y emergencias sociales se habían logrado en el vecino país durante los años de la gran guerra y los primeros años veinte (Ann Emanuelle Birn, *Marriage of Convenience. Rockefeller International Health and Revolutionary Mexico*, University of Rochester Press, New York, 2006).

de México nunca prohibió la elaboración ni la venta de alcohol durante aquellos años. Sin embargo su posición en materia de drogas no fue tan clara.

Desde los inicios de la década de 1920 la cruzada internacional contra las “drogas enervantes” se intensificó y el gobierno mexicano formó parte del contingente multinacional que mostraba su intolerancia hacia la libre circulación de las mismas. En 1919 se había promulgado en Estados Unidos la Ley Volstead, o Ley seca, como parte de una andanada prohibicionista de grupos de antialcohólicos, también conocidos como los *anti-saloon*, encabezados por senador Wayne Wheeler. Las presiones norteamericanas a favor de que se siguiera una persecución semejante en México se dejaron sentir de inmediato, al grado que en los informes del Secretario de la Liga Mundial contra el Alcoholismo, Ernest H. Cherrington, aparecía incluso la posibilidad de que el gobierno mexicano promoviera la extinción del cultivo el maguey, origen del pulque y el mezcal.⁴⁰ Huelga decir que las expectativas de Cherrington jamás se cumplieron y más bien apareció un jugoso negocio en diversos puntos de la frontera mexico-estadounidense: el contrabando de alcohol.

Los enfrentamientos entre gentes norteamericanos y contrabandistas mexicanos en la línea fronteriza se convirtieron pronto en noticia cotidiana. En Ciudad Juárez, Chihuahua, en marzo de 1921, por ejemplo, un sonado caso de contrabando de opio, tequila y otros licores, mantuvo en alarma tanto a la población local como a los lectores de periódicos. El combate entre los contrabandistas y las tropas norteamericanas alcanzó gran resonancia internacional, ya que según las noticias publicadas tanto en México como en Nueva York, Arizona y Texas, entre 25 y 40 traficantes mexicanos “mantuvieron a raya a sus enemigos [...] hasta que finalmente se retiraron llevándose consigo todo su cargamento”.⁴¹ Según un diario mexicano tales enfrentamientos ya se estaban volviendo regulares ya que “fuertes cargamentos de tequila y opio” cruzaban la frontera frecuentemente para ser vendidos como “artículos que tienen frenética demanda en la parte sur de los Estados Unidos y que, por lo tanto, se venden a precios muy crecidos”.⁴²

Y desde luego no tardaron en aparecer “corridos” sobre los llamados *bootleggers* y las leyendas locales sobre héroes transfronterizos. Algunos mencionaban la tensión generada entre contrabandistas mexicanos y comerciantes ilegales norteamericanos, al mismo tiempo que recomendaban cierta discreción para hacer buenos negocios:

⁴⁰ Ernest H. Cherrington “Worldwide progress toward prohibition legislation in 1923” en *The Annals*, vol. CIX, *Prohibition and its enforcement*, Philadelphia, Academy of Political and Social Science, September, 1929, p. 211.

⁴¹ *Excélsior*, 19 y 20 de marzo de 1921.

⁴² *Excélsior*, 20 de marzo de 1921.

Desde que el prohibicionismo
nos dejó sin los licores
lo venden con más cinismo
los viejos revendedores.

Esos se llaman *bootleggers*,
señores, muy perseguidos
por las chotas y mujeres
que siempre salen mordidos...

Qué negocio, qué negocio
es hacer un buen traguito,
no se necesita socio
basta venderlo quedito...⁴³

El contrabando en pequeño fue tal vez el más socorrido por quienes vieron en la prohibición la posibilidad de beneficiarse. Los comerciantes de alcohol mexicano, identificados como “tequileros”, igualmente fueron tema de corridos y mitologías regionales. Sus combates contra los *rangers* o “rinches”, figuraron como temas centrales de aquellas primeras aventuras del tráfico transfronterizo. Si bien el contrabando se realizó por múltiples vías, al parecer lo más común fue la organización de pequeños grupos que cruzaban los límites internacionales con barricas de madera, metal o piel llenas de tequila o aguardiente. No faltaron, desde luego, aquellos que cruzaban la frontera con costales de marihuana o latas de opio.

Con las leyes prohibicionistas, las autoridades norteamericanas atizaron el fuego de un conflicto transnacional e intercultural. Una disputa candente en aquellas regiones puso en alerta la vigilancia fronteriza. La tropa y las patrullas americanas solían emboscar a los contrabandistas mexicanos en clásico estilo de los pistoleros del viejo oeste.⁴⁴

La restricción de la producción, venta y consumo de alcohol que tan serias consecuencias tuvo en la sociedad norteamericana de los años veinte, había sido precedida por las iniciativas de grupos religiosos, fundamentalmente protestantes, que veían en la embriaguez un pecado y en las cantinas, centros de corrupción moral y política. El consumo de drogas también fue blanco de la intolerancia meto-

⁴³ Guillermo Hernández (ed.), “The Chicano Experience” en *Una historia de la música de la frontera. Texas-Mexican Border Music*, vol. 14, Folcloryc Records, 9021, s/f.

⁴⁴ Américo Paredes, *A Texas-Mexican Cancionero*. University of Illinois Press, 1976, pp. 42-44.

dista y luterana. El ya citado reverendo Charles Henry Brent junto con Hamilton Wright y Francis Burton Harrison, fueron los principales impulsores del principio prohibicionista norteamericano que establecía de manera tajante que “cualquier uso no médico de drogas era inmoral”. Este principio, junto con una clara identificación racista de los consumidores de drogas y sus aficiones, determinó el inicio de la campaña norteamericana contra las drogas desde los primeros años de la segunda década del siglo XX. Brent, Wright y Harrison asociaban el consumo de drogas con la supuesta inferioridad de algunas “minorías” que poco a poco iban ocupando espacios de mayor peso económico en la sociedad norteamericana. Así planteaban que el opio convertía a los orientales en hombres inútiles para el trabajo y la vida, la marihuana embrutecía a los latinos y la cocaína transformaba a los negros en delincuentes. Por eso la prohibición debía dirigirse principalmente a esas minorías.⁴⁵

A partir de 1918 la campaña prohibicionista recobró fuerza cuando el Departamento del Tesoro norteamericano nombró un comité especial para la lucha contra los narcóticos.⁴⁶ En 1919, al concluir la Primera Guerra Mundial, el artículo 295 de los Tratados de Versalles obligaba a las naciones firmantes a seguir al pie de la letra los acuerdos de la Convención de la Haya de 1912, promoviendo en sus respectivos territorios las leyes necesarias para el control de las drogas.⁴⁷

El espíritu prohibicionista de Brent y sus seguidores encontró entre los gobiernos revolucionarios y posrevolucionarios mexicanos cierto eco que poco a poco se fue formalizando en decretos y posiciones, tal como lo demostrarían las disposiciones gubernamentales de principios y mediados de los años veinte. Este afán justificó de entrada la necesidad de un control estatal hacia las drogas, respondiendo igualmente a los intentos de reordenar las estructuras básicas del México posrevolucionario y la reorientación de los patrones culturales existentes. Con estas medidas los gobiernos revolucionarios pretendieron también acabar con la “decadencia” de quienes habían llevado al país a la injusticia social y al “despotismo ilustrado” durante el porfiriato.

Pero justo es decir que no pocas disposiciones antinarcóticas mexicanas posrevolucionarias se emparentaron con la norteamericanas en su dimensión racista. En este sentido es imposible negar que las restricciones estatales impuestas al consumo de opio estuvieran encadenadas a la políticas antichinas del momento, que afec-

⁴⁵ Antonio Escobedo, *op. cit.*, p. 114; y del mismo autor, *Historia general de las drogas*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, pp. 244-277.

⁴⁶ David, F. Musto, *The American Disease. Origins of Narcotic Control*, Yale University Press, New York, 1973, pp. 134-136.

⁴⁷ Richard Davenport-Hines, *op. cit.*, pp. 213-214.

taban tanto a mexicanos como a norteamericanos.⁴⁸ Mas que por el daño que el opio pudiera causar al organismo de quien fuese un adicto, dicha sustancia parecía ingresar a la ilegalidad porque era el hábito de un grupo étnico y racial considerado inferior e indeseable. Durante los años posrevolucionarios fueron bastante frecuentes las alusiones a los chinos como “viciosos que corrompen nuestras tradiciones” o como “un pueblo que se ha degenerado con el embrutecimiento que produce el opio.”⁴⁹

Lo cierto es que la vigorosa campaña norteamericana en contra de las drogas y el alcohol empezó a adquirir cierta fuerza en México a partir del inicio de la década de los años veinte. La policía de ambos países asedió entonces no sólo a los vendedores sino también a los consumidores. Se daba inicio así a una historia de criminalización de la producción, venta y consumo de drogas que no tardaría en adquirir el internacionalmente conocido nombre de narcotráfico.

⁴⁸ Moisés González Navarro, *Población y sociedad en México*, UNAM, 1974, pp. 57-77.

⁴⁹ José Jorge Gómez Izquierdo, *El movimiento anti-chino en México (1871-1934). Problemas de racismo y nacionalismo durante la Revolución Mexicana*, INAH, México, 1992, pp. 103-108; Axayácatl Gutiérrez, *Tráfico y consumo de opio en México, 1920-1940*, tesis inédita de licenciatura, UNAM, 1996, p. 23; y Macrina Rabadán Figueroa, “Chinos: entre la historia ancestral y la imagen desfavorable”, en Carlos Martínez Assad (ed.), *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes*, t. 1, Gobierno de la Ciudad de México, México, 2009, pp. 263-281.

“UN MONSTRUOSO ATENTADO CONTRA LA CULTURA HUMANA”: EL COMIENZO DE LA GUERRA MUNDIAL EN 1914 EN LATINOAMÉRICA

En el sinfín de estudios sobre la Primera Guerra que se publican en el presente, prácticamente nunca se menciona a Latinoamérica, y si se hace, sólo es de manera marginal.¹ Demasiado lejos de los escenarios bélicos, de las potencias y sus colonias, la región parecía estar apartada de los acontecimientos. Además de esta impresión, probablemente otra causa importante es el hecho de que los historiadores dentro y fuera de Latinoamérica se hayan dedicado escasamente al tema. Si bien existen algunas publicaciones de diversa extensión y de corte tradicional, con una perspectiva diplomática o histórico-económica sobre países específicos durante la guerra, siguen faltando los estudios de carácter transnacional que problematicen la integración de Latinoamérica en el contexto global.² Por lo tanto nos cuestionamos lo siguiente: ¿Acaso el

¹ Véanse, por ejemplo, Hew Strachan, *The First World War*, t. 1: *To Arms*, Oxford University Press, Oxford, 2001; William K. Storey, *The First World War. A Concise Global History*, Rowman & Littlefield, Lanham, 2009, pp. 67-72; Lawrence Sondhaus, *World War One. The Global Revolution*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011, pp. 103-109; Michael S. Neiberg, *Fighting the Great War. A Global History*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 123-150; Daniel Marc Segesser, *Der Erste Weltkrieg in globaler Perspektive*, Marix, Wiesbaden, 2010; Heike Liebau (ed.), *The World in World Wars: Experiences, Perceptions and Perspectives from Africa and Asia*, Brill, Leiden, 2010.

² Véanse, por ejemplo, Ricardo Weinmann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Biblos, Buenos Aires, 1994; Francisco Luiz Teixeira Vinhosa, *O Brasil e a Primeira Guerra mundial. A diplomacia brasileira e as grandes potências*, Biblioteca do Exército, Rio de Janeiro, 1990; Juan Ricardo Couyoumdjian, *Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y la postguerra*, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1986; Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico. Europe, the United States and the Mexican Revolution*, Chicago University Press, Chicago, 1981. El estudio recién publicado de Olivier Compagnon (*L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre [Argentine et Brésil, 1914-1939]*, L'Harmattan, París, 2013), avanza un paso más al considerar a Argentina y Brasil comparativamente e incluir en su perspectiva la dimensión cultural; no obstante, Compagnon no sigue un enfoque transnacional.

subcontinente estaba situado lejos de los grandes acontecimientos mundiales, en una suerte de isla de los bienaventurados?

Las reacciones en Latinoamérica al estallar la guerra en agosto de 1914 permiten concluir lo contrario. El examen de las fuentes sobre el estallido de la guerra arroja una imagen sorprendente de cuán intensa fue la atención a este tema en la mayoría de Estados latinoamericanos. A partir de finales de julio, la guerra que estaba iniciándose no sólo dominó las editoriales, sino también las primeras páginas de la prensa en todos los lugares de Latinoamérica. A continuación se analizarán con mayor detalle estas reacciones latinoamericanas, ocupando el centro de atención la pregunta acerca de con qué expectativas y temores se seguían en Latinoamérica los eventos desarrollados en Europa. Concretamente nos preguntamos: ¿Qué imágenes de Europa empezaron a circular en 1914? ¿Qué patrones de percepción pueden reconocerse y qué conclusiones se dedujeron para la situación propia? Basándose en una amplia serie de fuentes, tomada sobre todo de diarios y revistas de toda Latinoamérica, desde México hasta Argentina, el presente ensayo, en primer lugar, aborda brevemente el carácter de los informes y reportajes de guerra; luego se analizan los modelos de percepción más importantes que pueden notarse con claridad, finalmente, nos referimos a las conclusiones extraídas, sobre todo, con relación a Europa.

*

A lo largo del siglo XIX, Latinoamérica se había integrado en el mercado mundial como proveedor de materias primas y como comprador de productos acabados; al subcontinente le tocó desempeñar el papel de una región subordinada en la economía mundial. Si desde la independencia en los años 1820 los británicos se habían construido en la región una especie de “Imperio informal” (o “Informal Empire”), posteriormente intervinieron en ella también los franceses, los estadounidenses y, a finales del siglo XIX, cada vez más, los alemanes. De este modo, la región se fue convirtiendo en un foco de tensiones en la competencia imperialista.³ Una dimensión de esta competencia era la inclusión de regiones no europeas en la transmisión de noticias internacionales por medio de la instalación de cables submarinos. Esto supuso que las agencias de noticias líderes de las grandes potencias se dividieran el mundo. Mientras que en América del Sur dominaba la agencia francesa Havas, en América Central y el Caribe influían con mayor fuerza la agencia estadounidense

³ Stefan Rinke, *Geschichte Lateinamerikas. Von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Beck, München, 2010, pp. 82-86.

Associated Press (AP) y la oficina de la United Fruit Company.⁴ Esta orientación unilateral se hizo notar de inmediato cuando estalló la guerra en Europa. Una de las primeras medidas de la estrategia de guerra británica consistió en cortar los cables submarinos alemanes.

Si bien hasta 1917 las noticias provenientes de Alemania pudieron seguir llegando a Latinoamérica por vía indirecta a través de los EUA, lo hacían con retraso, y su volumen era notoriamente menor que el de la agencia Havas. De todo ello resultó, en general, un desequilibrio en la información, lo cual fue motivo de enérgicas quejas, especialmente por parte de las minorías alemanas que vivían en Latinoamérica y que estaban a cargo del trabajo de prensa y propaganda durante los años de la guerra. A causa de tal desequilibrio, y en virtud de la credulidad del público y del gran entusiasmo por los Aliados, pudo surgir la idea, como lo estableció en agosto de 1914 el diario *Deutsche La Plata Zeitung*, de que los Aliados avanzaban de una victoria a la otra, mientras que las potencias centrales tenían que vérselas permanentemente con derrotas.⁵ Si bien las observaciones del comentarista germano-argentino no eran del todo falsas, sus conclusiones sí eran exageradas, ya que la prensa, el público de Argentina y otros países latinoamericanos no eran de ninguna manera tan inocentes como él lo pretendía.

En la prensa latinoamericana, el estallido de la guerra en agosto de 1914 fue el suceso que eclipsó todo lo demás y que ocupó las columnas de las gacetas.⁶ Incluso en México, azotado por la guerra civil, ya el 1 de agosto *El Imparcial*, por ejemplo, dedicaba la página entera a informar sobre los acontecimientos en Europa.⁷ Los telegramas de las agencias eran de gran importancia para la elaboración de las noticias, como se mencionó antes. A esto se añadían múltiples fotografías tomadas de archivos que enseñaban modernas armas y maniobras militares, así como, a la alta aristocracia europea. Sin embargo, había ya también corresponsales que informaban directamente desde el escenario bélico. Tales corresponsales de guerra eran actores nuevos, y operaban en la totalidad del contexto latinoamericano. El

⁴ Para precisar las conexiones, véase: Dwayne R. Winseck, Robert M. Pike, *Communication and Empire. Media, Markets, and Globalization, 1860-1930*, Duke University Press, Durham, 2007. Para un análisis detallado de Costa Rica, véase: Patricia Vega Jiménez, "Primicias de la Primera Guerra Mundial en la prensa costarricense (1914)", *Cuadernos de inter.c.a.mbio en Centroamérica y el Caribe*, 2007, vol. 4, núm. 5, pp. 271-308. El mejor ejemplo de esta unilateralidad lo ofrecen diarios como el guatemalteco *Diario de Centro-América*, que se limitaba a traducir las cable-noticias de la Associated Press sin comentario alguno.

⁵ "Die hiesige Presse und die öffentliche Meinung", *Deutsche La Plata Zeitung* (Buenos Aires), 20 de agosto de 1914, p. 1.

⁶ "La contienda europea", *La Nación* (Buenos Aires), 2 de agosto de 1914, p. 6; "Notas chalacas", *La Crónica* (Lima), 2 de agosto de 1914, p. 1 s.

⁷ "La situación europea se agrava", *El Imparcial* (México), 1 de agosto de 1914, p. 1.

diario líder de Brasil, *O Estado de São Paulo*, contaba además con la colaboración de diplomáticos e intelectuales, como Manuel de Oliveira Lima, quien reportaba regularmente en la columna “Ecos da guerra”, así como el fundador del periodismo brasileño moderno, Julio Mesquita, con su crónica semanal “Boletim semanal da guerra”.⁸ En *La Nación* de Argentina informaban personalidades de la vida intelectual tan conocidas como Leopoldo Lugones, pero también el oficial Emilio Kinkelin, quien, poco antes del inicio de la guerra, había ido brevemente a Alemania con la comisión argentina para la compra de armas y se había quedado en el país en calidad de corresponsal hasta 1918. La mayor revista ilustrada latinoamericana, *Caras y Caretas* de Buenos Aires, procedió a enviar de inmediato al frente aliado a su corresponsal Javier Bueno y a su dibujante Federico Ribas. A partir de diciembre de 1914, ambos informaron acerca de las aventuras por las que podían pasar los periodistas considerando los múltiples uniformes de colores de todo el mundo. En lo sucesivo, la revista publicó reportajes elaborados por hasta cinco corresponsales en frentes distintos, presentando así a sus lectores una impresión directa de los sucesos bélicos.⁹

Estos informes podían producir un gran efecto en los centros urbanos de Latinoamérica, ya que en los años 1910 la prensa estaba experimentando una verdadera explosión. Los lectores no se limitaban de ninguna manera —como sí lo eran en el siglo XIX— a personas que formaran parte de las élites nacionales, sino que procedían cada vez en mayor grado de la clase trabajadora y de la siempre cambiante clase media. La guerra era bienvenida para un periodismo cada vez más interesado en las imágenes y en sus efectos, ya que de esta manera, resultaba próximo al periodismo sensacionalista de corte norteamericano. Esta nueva forma de elaborar las noticias de modo sensacionalista se evidencia de manera ejemplar en la revista ilustrada brasileña *Revista da Semana*, la cual ya desde el 1 de agosto de 1914 prometió a sus lectores mantenerlos ampliamente informados sobre “todas las catástrofes” de Europa.¹⁰ El carácter de espectáculo de la guerra se subrayaba por medio de fotos y dibujos con escenas “pintorescas” de los acontecimientos.¹¹ Las portadas que en su página entera enseñaban modernos aviones y cañones gigantescos simbolizaban la fascinación que, a los

⁸ Los informes de Mesquita fueron publicados en una edición de cuatro volúmenes: Julio Mesquita, *A guerra, 1914-1918*, 4 vols., O Estado de São Paulo, São Paulo, 2002. Véase también Compagnon, “Si loin, si proche...”, p. 82 s.

⁹ Federico Lorenz, “La gran guerra vista por un argentino”, *Todo es Historia* 352 (1996), p. 49. Después de la guerra, Kinkelin publicó un compendio de sus aportes: Emilio Kinkelin, *Mis correspondencias a «La Nación» durante la guerra europea*, 2 vols., Kraft, Buenos Aires, 1921.

¹⁰ “Os Successos”, *Revista da Semana* (Rio de Janeiro), 1 de agosto de 1914, p. 2.

¹¹ “Notas pintorescas del ejército aliado”, *Caras y Caretas* (Buenos Aires), 14 de noviembre de 1914.

ojos de muchos latinoamericanos, seguía siendo despertada por Europa.¹² Otra de las cosas completamente nuevas fue la manera de dirigirse directamente a los lectores. El diario *Jornal do Brasil*, por ejemplo, invitaba en septiembre de 1914 a participar en un concurso: los lectores debían marcar en un mapa cómo pensaban que sería el curso de las fronteras en Europa en enero de 1915.¹³

La mención de este tipo de información, enfocada en el carácter sensacionalista de la guerra e incluso en su factor de entretenimiento, no debe hacer olvidar que, sin embargo, el análisis de los acontecimientos europeos se hacía por regla general con toda seriedad. Es importante tener presente que la prensa líder de Latinoamérica no tomó una posición unívoca desde el principio. Cuando era, por ejemplo, el germanófilo Kinkelin quien reportaba desde Alemania, su informe se le contrastaba con los comentarios de Lugones, quien simpatizaba con los Aliados. Algo similar sucedía en la mayoría de periódicos y revistas, si bien el predominio de Havas y la gran simpatía generalizada por Francia consiguieron que las voces en favor de Alemania no pasaran de ser una minoría. En general, no se tomaba partido abiertamente por una de las partes, sino que más bien se criticaba el fracaso de la diplomacia europea, y ello a través de palabras e imágenes, tal como lo documentan numerosas caricaturas de esta época.¹⁴

Ya el mes de julio de 1914 estaba marcado, como en otros lugares, por la gran preocupación —que se había extendido al mundo entero— a causa del desenvolvimiento de los acontecimientos en Europa. El 5 de agosto apareció en *La Nación*, en Buenos Aires, un informe de finales de julio enviado por el corresponsal Julio Piquet de París, quien especulaba acerca de si el terrible mes de junio con sus catástrofes era un mal augurio. A pesar del enorme progreso de los europeos, no podían existir ni seguridades ni garantías para la “paz armada”, que cada vez parecía estar más resquebrajada.¹⁵ “Inseguridad, desconfianza y temor”: estos tres conceptos resumían la situación según la editorial de *La Crónica* de Perú.¹⁶ Sin embargo, a finales de julio todavía parecía que no en vano se tenían esperanzas. El *Diario* de Asunción, por ejemplo, habló con esperanzas de la “solidaridad universal” que aun

¹² Véase, por ejemplo: “A guerra nos ares”, *O Imparcial* (Río de Janeiro), 5 de agosto de 1914, p. 1.

¹³ “Concurso intelectual”, *Jornal do Brasil* (Río de Janeiro), 6 de septiembre de 1914, p. 7.

¹⁴ Este aspecto, tomando el ejemplo de la prensa en Porto Alegre, ha sido investigado por Stefan Chamorro Bonow, *A desconfiança sobre os indivíduos de origem germânica em Porto Alegre durante a Primeira Guerra Mundial. Cidadãos leais ou retovados?*, tesis doctoral, Porto Alegre, 2011, p. 83. Para Río de Janeiro, esto es confirmado por Sidney Garambone, *A primeira Guerra Mundial e a imprensa brasileira*, Río de Janeiro, 2003, pp. 57-75. En cuanto a las caricaturas, véase, por ejemplo, *Cara-Dura* (Buenos Aires), 23 de febrero de 1915.

¹⁵ Julio Picquet, “Una tormenta mortífera”, *La Nación*, 5 de agosto de 1914, p. 5. Véase también: “La situación de Europa”, *La Nación*, 2 de agosto de 1914, p. 9.

¹⁶ “Sobre la guerra en Europa”, *La Crónica*, 4 de agosto de 1914, p. 8.

podría impedir la guerra.¹⁷ Por el contrario, un comentarista brasileño opinó que los pueblos eran más belicosos que sus gobernantes, los cuales, no obstante, tenían mucho que perder. Entonces, también desde su punto de vista, había esperanza todavía de que se conservara la paz.¹⁸ Considerando el enorme progreso de Europa, de sus redes y conexiones a nivel mundial, para algunos observadores latinoamericanos resultaba inimaginable que estallara la guerra en este continente.¹⁹

Cuando, no obstante, se llegó la hora a principios de agosto y las comunicaciones urgentes sobre el inicio de la guerra se divulgaron vertiginosamente en Latinoamérica, tales voces estaban llenas de sorpresa. Sin embargo, hubo una adaptación rápida a la nueva realidad, como lo muestra, por ejemplo, el *Diario* paraguayo, que tan sólo una semana después de su informe lleno de esperanzas comenzó a hablar del carácter inevitable de la guerra. La guerra, continúa el comentario, era después de todo un instinto básico de los seres humanos y, si se invocaba el patriotismo, todos se aprestarían a enrolarse. Según el artículo, la visión de los pacifistas era utópica, pues a la guerra le correspondía una función necesaria en la competencia entre los pueblos, y la paz era sólo una pausa antes de iniciarse la siguiente guerra en la que los perdedores buscaban cumplir su venganza.²⁰ Si bien este comentario radicalmente socialdarwinista era una excepción, muchos observadores sintieron confirmadas sus advertencias. Desde su punto de vista, el equilibrio de Europa tenía mucho tiempo que pendía de alfileres, y en ese momento estaba sucediendo aquello que en realidad se había esperado durante mucho tiempo.²¹ Cuarenta años de militarismo en Europa habían preparado a los pueblos para la guerra, la cual se había hecho inevitable.²² A pesar de la Conferencia de la Paz celebrada en La Haya, de los acercamientos pacifistas y los principios del arbitraje internacional, la guerra no dejaba de ser una “divinidad implacable”, afirmaba, igualmente, el político chileno Galvarino Gallardo Nieto.²³

¹⁷ “¿Conflagración?”, *El Diario* (Asunción), 27 de julio de 1914, p. 1.

¹⁸ “Ainda uma esperança”, *Correio da Manhã* (Río de Janeiro), 1 de agosto de 1914, p. 2.

¹⁹ Es el caso del chileno Pedro Subercaseaux Errázuriz, citado en: Juan Ricardo Couyoumdjian, María Angélica Muñoz, “Chilenos en Europa durante la Primera Guerra Mundial, 1914-1918”, *Historia* 35 (2002), p. 35-62, aquí p. 43. Ver también el comentario “A maior guerra da história”, *Fon-Fon*, 8 de agosto de 1914. Recientemente, Oliver Janz se refirió a los diferentes pronósticos sobre el inicio de la guerra, *14. Der große Krieg*, Campus, Frankfurt a.M. 2013, p. 18.

²⁰ “Ante la guerra”, *El Diario*, 4 de agosto de 1914, pp. 1 y 4.

²¹ “Mirando a otros horizontes”, *El Mundo Ilustrado* (México), 2 de agosto de 1914, p. 3.

²² “Chronica”, *Revista da Semana*, 8 de agosto de 1914, p. 5. También en el Perú existía la opinión entre los observadores de que la “paz armada [había] fracasado”: “La conflagración europea”, *Variedades* (Lima), 8 de agosto de 1914.

²³ Galvarino Gallardo Nieto, *Neutralidad de Chile ante la guerra europea*, Zig-Zag, Santiago 1917, p. CIII.

Aunque muchos comentarios subrayaban el carácter inevitable de los acontecimientos, por lo general tenían igualmente un tono de consternación, ya que el estallido de la guerra no dejó de ser un *shock* con amargas consecuencias para Latinoamérica.²⁴ En todas partes se hablaba ahora de una “catástrofe” cuyos resultados terminarían sin duda alguna en una “hecatombe”.²⁵ La gran mayoría de periodistas se servía de metáforas tomadas de la naturaleza sin conseguir explicar los increíbles acontecimientos. Los comentaristas no escatimaban el uso de superlativos para acentuar el carácter único de los sucesos en la historia.²⁶ La editorial de la revista cultural más importante de Buenos Aires, *Nosotros*, afirmaba que la “conflagración tremenda” era una de las “una de las mayores catástrofes que registran los milenios y que había “estallado como un rayo, instantáneo, y en el momento en que se produjo, inesperado”.²⁷ Naturalmente, también se planteaba la pregunta de cómo podía haberse llegado a este punto. Los diarios analizaban el desarrollo histórico del “odio hereditario” entre Alemania y Francia, así como el afán revanchista de Francia.²⁸ No obstante, los comentaristas también mencionaban el paneslavismo, las intenciones hegemónicas inglesas, el pangermanismo con su pretensión de establecer a Alemania como potencia mundial, los conflictos coloniales y el imperialismo, en general, como causas para el inicio de la guerra, enfatizando, según las inclinaciones, uno u otro elemento.²⁹ Había unidad en cuanto a la opinión de que el gran rearme desarrollado a partir de 1871 y la diplomacia secreta habían llevado a las naciones a la guerra.³⁰ Para muchos, ésta podía explicarse como una guerra de las civilizaciones o de las “razas” entre teutones y eslavos, entre latinos y germanos.³¹ La editorial de *El Día* de Montevideo dio en el clavo al lamentar que

²⁴ “Chronica”, *Revista da Semana*, 8 de agosto de 1914, p. 5.

²⁵ Enrique Jáuregui, “Hecatombe”, *La Nación*, 4 de agosto de 1914, p. 3.

²⁶ Juan P. Ramos, “Alemania ante la guerra”, *Revista Argentina de Ciencias Políticas* 9 (1914/15), p. 427-444, aquí p. 427; “A repercussão do conflito no Brazil”, *A República* (Curitiba), 4 de agosto de 1914, p. 2.

²⁷ “La Guerra”, *Nosotros* (Buenos Aires), 8 de agosto de 1914, p. 117.

²⁸ “A França, 44 annos depois de Sedan, intenta a sua revanche”, *O Imparcial*, 3 de agosto de 1914, p. 1; G. F. Yáñez, “La Guerra Europea”, *Estudios* (Buenos Aires) 7 (1914), pp. 441-448.

²⁹ Alberto de Carvalho, “A miragem dos imperios”, *A Época* (Rio de Janeiro), 4 de agosto de 1914, p. 1; “As grandes causas da guerra”, *Jornal do Commercio* (Rio de Janeiro), 6 de agosto de 1914, p. 3; Manuel A. Barés, “Delenda Germaniae”, *Revista Argentina de Ciencias Políticas* 10 (1915), pp. 226-236 y pp. 495-512, así como 11 (1915/16), pp. 38-53; Francisco Barroetaveña, *Alemania contra el mundo*, Otero, Buenos Aires, 1915, p. 5.

³⁰ Luis Bertrán, “La conflagración europea”, *Cuba Contemporánea* (La Habana) 6/8 (1914), p. 87; “A victoria da Triplice Alliança?”, *Jornal do Commercio*, 2 de agosto de 1914, p. 17; “El secreto en las relaciones exteriores”, *La Vanguardia* (Buenos Aires), 24/25 de agosto de 1914, p. 1.

³¹ José Enrique Montoro, “Las causas de la guerra”, *Cuba Contemporánea* 6/9 (1914), p. 147; “Alemania y la guerra”, *La Nación*, 19 de septiembre de 1914, p. 5.

todas las potencias europeas se culparan mutuamente de haber iniciado la guerra, mientras que para el mundo en su totalidad esta cuestión era irrelevante, ya que la terrible verdad de la guerra desangraría toda Europa y llevaría el mundo a la pobreza.³² Desde esta perspectiva, la guerra no era más que un crimen, “un monstruoso atentado contra la cultura humana”.³³

No sólo la prensa burguesa, sino también la de la clase trabajadora se dedicaba intensamente al estallido de la guerra en Europa. En Argentina, donde el movimiento socialista era especialmente fuerte, el periódico del partido *La Vanguardia* habló de un acontecimiento predecible, el cual naturalmente también se hacía sentir en el continente americano en virtud del enorme desarrollo de las conexiones para la comunicación y de las diversas relaciones que podían dar lugar a un contacto estrecho y permanente entre el Viejo Mundo y el Nuevo Mundo. No obstante, precisaba la editorial, la magnitud de la consternación superaba toda predicción.³⁴ También Antonio de Pío Araujo, periodista anarquista de México, pensaba de este modo; no obstante, no dejaba de desprender un aspecto positivo de la situación: la “guerra de las razas y religiones”, que en realidad sólo giraba en torno a la competencia entre los intereses contrapuestos de la burguesía y del capital, se convertiría tarde o temprano en una guerra de los trabajadores solidarios contra los opresores. El mundo, en su opinión, estaba a un paso de la gran revolución.³⁵ Ricardo Flores Magón, el editor del periódico mexicano *Regeneración*, en el que publicó su artículo Pío Araujo, mostró un entusiasmo incluso mayor llegando al punto de aclamar la guerra, pues esta inevitable conflagración del mundo tendría como consecuencia que el capitalismo se devorara a sí mismo. Si bien lo decepcionaba el fervor nacionalista de las masas, no dejaba de confiar en la fuerza de los trabajadores movilizados que tendrían que asegurarse de que ésta fuese la última guerra capitalista: “Si de este conflicto no resulta la muerte del derecho de propiedad privada, el aniquilamiento del principio de la Autoridad y la extirpación en las conciencias de la fe religiosa, habrá que convenirse en que la humanidad está tan prostituida que necesitará cientos de años todavía para lograr su regeneración.”³⁶

Aunque el anarquismo, alimentado de fuentes europeas, no constituía una opinión mayoritaria ni siquiera dentro de los movimientos obreros latinoamericanos, las palabras de Flores Magón no dejan de reflejar claramente el espíritu de

³² “La culpa de la guerra”, *El Día* (Montevideo), 5 de agosto de 1914, p. 3.

³³ “Las terribles consecuencias de la guerra en el porvenir”, *La Crónica*, 13 de septiembre de 1914, p. 6.

³⁴ “Dura lección”, *La Vanguardia*, 6 de agosto de 1914, p. 1.

³⁵ Antonio de Pío Araujo, “La catástrofe mundial”, *Regeneración* (México), 22 de agosto de 1914, p. 1.

³⁶ Ricardo Flores Magón, “La Gran Guerra Europea”, *Regeneración*, 8 de agosto de 1914, p. 1.

la época, ya que la dimensión global de la guerra se convirtió desde el principio en un tema permanente de los comentarios y debates. Ya el 2 de agosto de 1914, el editorialista de *La Nación* acertó al describir los acontecimientos de Europa como un “drama de toda la humanidad” en el que no podía haber espectadores.³⁷ De manera aislada, algunos comentaristas ya hablaban de que ésta no era una guerra europea, sino universal, ya que destruiría todos los vínculos existentes entre los seres humanos.³⁸ Se trataba, según el intelectual argentino Rojas, de una “guerra civil de la humanidad”, que si bien se había iniciado como un asunto local, había alcanzado rápidamente una dimensión global cuyos efectos se sentirían en todo el mundo.³⁹ Para Juan P. Ramos, también de Argentina, en esta guerra estaba en juego nada menos y nada más que la civilización humana en su totalidad.⁴⁰ Todas las naciones del mundo estaban estrechamente entrelazadas, y si tan sólo cinco de ellas tomaban las armas, como en agosto de 1914, los fundamentos económicos del mundo se verían quebrantados,⁴¹ advertían los socialistas argentinos al relacionar la dura crisis del subcontinente con la crítica situación “en todo el mundo civilizado” e incluso en las regiones más remotas. La guerra, como prosigue *La Vanguardia*, parecía haberse extendido en el espacio para hacerse sentir ahora incluso en Asia y en África.⁴² Lo anterior llevó al poeta español-mexicano Amado Nervo a escribir que la humanidad tenía que admitir que ya ninguna nación podía considerar que estuviese sola.⁴³

Estos comentarios aludían a la realidad de las graves vicisitudes económicas a las que conllevó el inicio de la guerra en toda Latinoamérica. La sensación de verse directamente afectado por los acontecimientos mundiales era más que realista, ya que las consecuencias de la guerra se manifestaban de manera abrumadora. El delegado brasileño en Londres, por ejemplo, dictaminó a mediados de agosto que la guerra, independientemente de su duración, arruinaría por décadas la economía mundial.⁴⁴ En Río de Janeiro y otros lugares de Latinoamérica ni

³⁷ “Ecos del día: La catástrofe”, *La Nación*, 2 de agosto de 1914, p. 1.

³⁸ “Chronica”, *Revista da Semana*, 8 de agosto de 1914, p. 5.

³⁹ Ricardo Rojas, *La guerra de las naciones*, Buenos Aires, 1924, pp. 66-67. Véase también: “A conflagração européa”, *A Época* (Río de Janeiro), 4 de agosto de 1914, p. 1.

⁴⁰ Juan P. Ramos, *op. cit.*, p. 442.

⁴¹ *Idem*. Véase también Eduardo Navarro Salvador, “Fuerzas y alianzas”, *El Demócrata* (México) 17 de octubre de 1914, p. 3.

⁴² “Dura lección”, *La Vanguardia*, 6 de agosto de 1914, p. 1. Véase también Antonio de Pío Araujo, “La catástrofe mundial”, *Regeneración*, 22 de agosto de 1914, p. 1.

⁴³ Amado Nervo, “Ante la catástrofe”, *La Nación*, 6 de octubre de 1914, p. 5.

⁴⁴ Delegación brasileña en Londres al Ministério das Relações Exteriores, 18 de agosto de 1914, en: Arquivo Histórico do Itamaraty, Directoria Geral dos Negocios Politicos e Diplomaticos.

siquiera se esperaba a que llegaran tales comunicados para comenzar a actuar.⁴⁵ Sin embargo, en vista de la paralización del comercio y de la navegación, las medidas tomadas eran infructuosas. Incluso en el distante Paraguay, cuya integración en el mercado mundial era relativamente baja, se sintieron de inmediato las repercusiones económicas de la guerra.⁴⁶

La situación mejoró a partir de finales de 1914, cuando la demanda de materias primas importantes para la guerra generó un auténtico *boom* de exportaciones en algunos países de Latinoamérica. En febrero de 1915, *La Nación* comentaba que si bien Latinoamérica sólo contribuía indirectamente a la guerra, su aporte –al igual que el de todos los países con conexiones globales– resultaba tanto más efectivo.⁴⁷ Pero en general –en esto coincidían los observadores–, 1914 había sido un mal año para la humanidad y, más aún, una gran catástrofe que, partiendo de Europa, sacudía el mundo entero.⁴⁸ En consecuencia, también en Latinoamérica reinaba la preocupación acerca de la posible duración de la guerra. Como también en Europa, inicialmente existió la esperanza de que terminara rápidamente después de la batalla decisiva.⁴⁹ Pero ya a mediados de agosto de 1914 se comenzó a vislumbrar la posibilidad de una duración más larga, ya que el carácter de la guerra en el siglo XX era completamente nuevo. A principios de 1915, tales especulaciones ya habían tomado casi la forma de una certeza.⁵⁰

Esta idea se basaba en gran parte en el hecho de que se creía reconocer un ciclo global de la violencia, perceptible en Latinoamérica ya a partir de 1910 con el inicio de la revolución mexicana y que ahora, a través de la guerra en Europa, empeoraba para convertirse en un “horror inmenso”. En palabras de Ramos se trató de “la bestia humana”.⁵¹ Este lenguaje cargado de imágenes también aparecía en muchos comentarios de periódicos que suponían reconocer el fin de todos los valores morales, incluso un “infierno dantesco”; “se exterminan los hombres sobre todos los mares y en todas las tierras; millones de soldados sólo están en pie para matar o para morir; llueve fuego y acero, se hunden los acorazados enormes, arden las ciudades, son arrasados los campos; por doquier está la matanza, el incendio, la rapiña, la violación; única ley es destruir y asesinar; el hombre ha

⁴⁵ Gil Vidal, “Efeitos da guerra”, *Correio da Manhã*, 4 de agosto de 1914, p. 2.

⁴⁶ “Ante la guerra”, *El Diario*, 4 de agosto de 1914, p. 4.

⁴⁷ “Ante la realidad”, *La Nación*, 9 de febrero de 1915, p. 7.

⁴⁸ “O anno que passa”, *Correio da Manhã*, 1 de enero de 1915, p. 1; “El nuevo año”, *Zig-Zag* (Santiago de Chile), 2 de enero de 1915.

⁴⁹ “Triple Alianza y Triple Entente”, *La Nación*, 3 de agosto de 1914, p. 4.

⁵⁰ “La duración de la guerra”, *La Nación*, 16 de agosto de 1914, p. 5; “La duración de la guerra”, *La Nación*, 21 de enero de 1915, p. 7.

⁵¹ Juan P. Ramos, *op. cit.*, p. 426.

dado paso al gorila lúbrico y feroz”.⁵² Considerando el nivel de progreso alcanzado, el retroceso a la barbarie resultaba especialmente alarmante. Según Nervo, “una guerra actual supere en horrores y en crueldades a todas las invasiones bárbaros”.⁵³ Para Nervo y otros intelectuales latinoamericanos resultaba terrible constatar que la violencia no retrocedía ante los pensadores. Si bien muchos se habían marchado a las trincheras voluntariamente y llenos de entusiasmo, su muerte no dejaba de significar la pérdida de una élite cultural.⁵⁴ Los socialistas, por su parte, esgrimían argumentos menos elitistas: “Multitudes inmensas de hombres [...] se lanzan en estos momentos unas contra otras, para sembrar la muerte en el suelo de Europa y devastarlo. La juventud de las naciones en guerra va a ser segada en flor, malográndose el fruto del dolor y del amor de las madres. Por meses, o por años, que nos parecerán siglos, va a interrumpirse el trabajo de millones de hombres, su actividad creadora y fecunda, para ser sustituida la calculada barbarie y el sabio salvajismo de la técnica destructiva.”⁵⁵

Había entonces buenas razones para abogar por el fin de la guerra. Como en otros lugares del mundo, también en Latinoamérica el movimiento de izquierda y la Iglesia estaban activamente adscritos a causas pacifistas. Mientras que, por ejemplo, los católicos argentinos peregrinaban al Santuario Nacional de Luján en agosto de 1914 para rezar por la paz mundial, *La Vanguardia* criticaba el hecho de que en Europa se matasen mutuamente católicos en nombre de la misma religión.⁵⁶ Los movimientos socialistas se consideraban a sí mismos los auténticos precursores de la lucha contra la guerra y veían en Jean Jaurès un modelo admirable.⁵⁷ No obstante, su esperanza de que “la violencia, como medio de arreglar las cuestiones internacionales, juega su última carta” no se vería cumplida.⁵⁸ Incluso dentro de las propias filas, el inicio de la guerra sacó a la luz la fragilidad del movimiento. En la asociación socialista *Vorwärts* de Buenos Aires, por ejemplo, compuesta por inmigrantes alemanes, se registraron salidas colectivas de los miembros de la base que estaban a favor de la guerra. En octubre de 1914 ya sólo había 19 miembros activos y, poco después, la dirección de la sociedad se declaró leal al esfuerzo de guerra hecho por Alemania y puso a disposición su sede para celebrar manifestaciones patrióticas, con lo cual volvió a aumentar el

⁵² “La Guerra”, *Nosotros*, 8 de agosto de 1914, p. 118.

⁵³ Amado Nervo, “Ante la catástrofe”, *La Nación*, 6 de octubre de 1914, p. 5.

⁵⁴ E. Gómez Carrillo, “La vida trágica”, *La Nación*, 24 de diciembre de 1914, p. 5.

⁵⁵ “¡La guerra!”, *La Vanguardia*, 2 de agosto de 1914, p. 1.

⁵⁶ “Por la paz europea”, *La Vanguardia*, 24/25 de agosto de 1914, p. 1; “Religión de amor”, *La Vanguardia*, 3/4 de agosto de 1914, p. 1.

⁵⁷ “El desastre de una guerra europea”, *La Vanguardia*, 1 de agosto de 1914, p. 1.

⁵⁸ “Dura lección”, *La Vanguardia*, 6 de agosto de 1914, p. 1.

número de miembros.⁵⁹ La lucha contra la guerra, como percibieron muchos con frustración, finalmente era una causa vana e inútil, ya que el entusiasmo nacionalista había relegado el deseo de paz a un segundo plano.⁶⁰

**

Pero ¿cuáles fueron los efectos de estos impactantes acontecimientos para Latinoamérica? Después de todo, para muchos Europa seguía siendo el centro de la civilización y generadora de impulsos, como lo demostró una encuesta de *Nosotros* realizada en octubre de 1914, en la que se pidió a intelectuales latinoamericanos su opinión sobre las repercusiones de la guerra para la humanidad en general y para Latinoamérica en particular.⁶¹ No obstante, esta civilización basada en la razón y el materialismo parecía acercarse a grandes pasos a su ruina. Aunque este discurso basado en generalizaciones era tomado de Europa, en donde ya intelectuales habían pronunciado denuncias semejantes antes de la guerra,⁶² resulta interesante la falta de miramientos en la crítica a Europa, antiguo modelo idealizado y ejemplo a seguir por los esfuerzos latinoamericanos en pro del desarrollo a partir de la independencia. Se tematizaba abiertamente la barbarización del Viejo Mundo. El corresponsal londinense del *Jornal do Comercio* de Río de Janeiro reportaba acerca del oscurecimiento nocturno que hacía sentir con mayor fuerza la disolución y dejaba una huella profunda en la psique de la nación.⁶³ En la supuestamente muy cultivada Europa, afirmaban los comentaristas, la civilización estaba quebrada y, por decirlo de alguna manera, se había suicidado, ya que la técnica más moderna y compleja solamente era aplicada para matar aún con mayor efectividad.⁶⁴

Naturalmente, ya desde antes de estallar la guerra se había efectuado una crítica a Europa.⁶⁵ Desde agosto de 1914, sin embargo, Europa comenzó a aparecer como el “continente viejo” digno de lástima, que, en su marcha para llegar al progreso,

⁵⁹ Ronald C. Newton, *German Buenos Aires, 1900-1933. Social Change and Cultural Crisis*, University of Texas Press, Austin, 1977, p. 34.

⁶⁰ “A’ hora da guerra”, *A Careta* (Río de Janeiro), 8 de agosto de 1914.

⁶¹ “Nuestra Tercera Encuesta”, *Nosotros*, 8 de octubre de 1914, p. 164.

⁶² Ricardo Rojas, *op. cit.*, p. 289 s.

⁶³ “As Finanças da Guerra”, *Jornal do Commercio*, 26 de noviembre de 1914, p. 2.

⁶⁴ “La guerra”, *Variedades*, 19 de septiembre de 1914; Ramón Melgar, “La bancarrota de una civilización. Guerra europea de 1914”, *Dolores* 1914, p. 11.

⁶⁵ Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*, vol. 1: *Del Ariel de Rodó a la CEPAL, 1900-1950*, Biblos, Santiago de Chile 2001, p. 44 s.

retrocedería en décadas y llegaría a la ruina.⁶⁶ Con una sutil ironía, el periódico mexicano *El Demócrata* comentaba la consabida arrogancia de los europeos frente a Latinoamérica y dictaminaba el “subdesarrollo” de la propia región, pues en materia de militarismo y brutalidad nadie podía ganarle al Viejo Mundo, en comparación con el cual toda la sangre derramada en la propia guerra civil no era ni un pálido reflejo. “Consolémonos, pues, de nuestra incultura militar”, afirmaba el editorialista, “que nos destroza menos, y lamentamos que la civilizada Europa nos dé ahora, tan lamentablemente, una prueba de inferioridad tan manifiesta como fatal”.⁶⁷ Su colega del *Diario del Hogar* anotaba que la vieja Europa, que siempre había calificado de bárbaro a México, estaba combatiendo en una batalla mucho más sangrienta y por motivos mucho más bajos. Pues, en nombre de la civilización, se estaba luchando una guerra sin cuartel incitada por la ambición y la envidia de personajes de la diplomacia secreta y la aristocracia, mientras que en el propio país, al menos, se seguía tratando de reformas sociales y la igualdad de derechos de las personas.⁶⁸ La crítica se combinaba con una sensación de molestia. Ya en julio de 1914, si bien en un artículo publicado después de iniciada la guerra, Lugones comentaba con disgusto las crisis europeas: “¿Cómo puede extrañar Europa que Méjico no haya civilizado todos sus indios en cien años de vida independiente, cuando la barbarie albanesa o marroquí mantiénense en plena zona europea desde los tiempos prehistóricos? Y por otra parte ¿acaso nos importa algo que Europa lo extrañe o no? Nosotros somos exclusivamente dueños de nuestro propio destino [...] El Nuevo Mundo presupone y ya ha iniciado una nueva civilización...”.⁶⁹

Esta nueva civilización debía hacer brillar a América en forma del “Ararat de la civilización”, por así decirlo.⁷⁰ Después del purgatorio europeo, América debía renacer más allá del Atlántico como Fénix de las cenizas.⁷¹ La guerra, en palabras del sociólogo argentino Augusto Bunge en su respuesta a la encuesta de *Nosotros*, ofrecía la oportunidad única de liberarse de la dependencia de los europeos y de

⁶⁶ “A victoria da Triplice Alliança?”, *Jornal do Commercio*, 2 de agosto de 1914, p. 17; “La pobre Europa”, *Zig-Zag*, 8 de agosto de 1914.

⁶⁷ “La guerra de Europa y nuestra revolución”, *El Demócrata*, 25 de septiembre de 1914, p. 2.

⁶⁸ “Historia de la actual guerra en Europa”, *El Diario del Hogar* (México), 7 de octubre de 1914, p. 2.

⁶⁹ Leopoldo Lugones, “La viga en el ojo” (París, julio 1914), *La Nación*, 10 de agosto de 1914, p. 3.

⁷⁰ “America, Ararat da civilisação”, *A Época*, 9 de septiembre de 1914, p. 1.

⁷¹ Palabras del cónsul venezolano Raúl Crespo desde Génova. Cita según Ramón J. Velásquez, “Venezuela y la primera guerra mundial (1914-1918)”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 88 (2005), p. 28-67, aquí p. 31. Véase también: “Interesante entrevista con don Alejandro Álvarez”, *Zig-Zag*, 20 de febrero de 1915.

acabar con el poder de los monopolios extranjeros.⁷² En México se tenía la misma visión.⁷³ El oficial chileno Ernesto Medina también se unió a esta opinión. Desde su punto de vista, la guerra empujaría a muchos emigrantes a Latinoamérica, donde llevarían a cabo muchas cosas buenas.⁷⁴ En general, las opiniones publicadas confiaban en el futuro de la propia nación, de la que se creía que ganaría reputación a costa de los europeos y que se consolidaría en el grupo de los poderes “civilizados”.⁷⁵

Europa, sin embargo —en esto coincidían los observadores—, tenía ante sí un futuro gris. Bunge fue especialmente previsor en su juicio, escribiendo que para los europeos la guerra planteaba problemas demasiado grandes como para ser solucionados por los países individualmente. En su opinión, los enormes costos de la destrucción y de la estrategia de guerra significarían el fin del capitalismo liberal clásico y llevarían a Europa al empobrecimiento. En general se pronosticaba un ascenso de la clase obrera y un fortalecimiento del Estado.⁷⁶ También se podían leer a menudo pronósticos que anunciaban la caída de las dinastías europeas y revoluciones sociales. Si bien todo ello generaría grandes conmociones, finalmente también posibilitaría el beneficio de la libertad.⁷⁷

A causa del estallido de la guerra en Europa, América se convirtió más en el ideal utópico, con lo cual ya en 1914 se expresaba en Latinoamérica una conciencia segura de sí nombrando a la propia América como un modelo para la paz verdadera.⁷⁸ Esta nueva autoconciencia en relación con la nación es uno de los modelos de percepción que se puede entresacar de la variedad de reacciones que, finalmente, fueron muy heterogéneas. Se sumaron a éste el impacto, ocasionado por el alcance y la dimensión global de la violencia que traía consigo la guerra, el ataque a la civi-

⁷² “Nuestra Tercera Encuesta”, *Nosotros*, 8 de octubre de 1914, p. 144. Véase también el comentario del zoólogo Clemente Onelli, *Nosotros*, 8 de octubre de 1914, p. 169.

⁷³ “Horizontes abiertos”, *El Demócrata*, 4 de abril de 1917, p. 3.

⁷⁴ “El conflicto europeo” *Zig-Zag*, 8 de agosto de 1914.

⁷⁵ Resultado de la encuesta: “Nuestra Tercera Encuesta”, *Nosotros*, 8 de octubre de 1914, p. 161.

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 140-142.

⁷⁷ “La Guerra”, *Nosotros*, 8 de agosto de 1914, p. 118; “Nuestra Tercera Encuesta”, *Nosotros*, 8 de octubre de 1914, p. 159; Bertrán, *La conflagración europea*, p. 93; H. Lavaerd, “Después de la guerra”, *Revista Argentina de Ciencias Políticas* 9 (1914/15), pp. 445-452, aquí p. 445.

⁷⁸ Julio Picquet, “Una tormenta mortífera”, *La Nación*, 5 de agosto de 1914, p. 5.

lización común y la caída de Europa; el potencial revolucionario que se encendía a través de la guerra y, finalmente, también la rabia porque los europeos hubiesen permitido que se llegase a este “monstruoso atentado contra la cultura humana”. Ya los primeros comentarios permitieron ver claramente que, considerando sus actos sangrientos, el papel de modelo del Viejo Mundo se había vuelto obsoleto. Por otra parte, no obstante, también evidenciaban que los observadores latinoamericanos permanecían atrapados en gran medida en modelos discursivos europeos. Sin duda alguna fue relevante el reconocimiento temprano de que a Latinoamérica, a causa de los entrelazamientos globales, finalmente le resultaba imposible mantenerse completamente al margen del conflicto. Las repercusiones de la guerra, que ya a principios de agosto de 1914 se hicieron sentir en la región con toda su fuerza, evidenciaron de manera incuestionable que Latinoamérica se estaba aproximando a nuevos retos que influirían de manera considerable en los derroteros a ser fijados para el siglo XX.

CARLOS RIOJAS

AGENDAS GLOBALES, AGENDAS LOCALES: PROCESOS DE CAMBIO INSTITUCIONAL EN AMÉRICA LATINA Y EUROPA CENTRAL A FINALES DEL SIGLO XX

INTRODUCCIÓN

A inicios de los años ochenta del siglo XX se impulsó a nivel global una agenda de cambio institucional con algunos elementos comunes entre sí, de los cuales destacaron por ejemplo la liberalización comercial, la privatización generalizada y diversos procesos de democratización. Tanto la transformación sistémica como el ajuste estructural, en Europa Central y América Latina,¹ respectivamente, se inscribieron en este marco global de transición que abrazó dicha agenda. A partir de lo anterior es factible reconstruir un contexto que privilegie un prisma comparado de lo que sucedía en ambos subcontinentes durante las dos últimas décadas del siglo pasado, cuyo momento cumbre fue 1989.

Consideramos que una perspectiva de historia global contemporánea resulta útil para tratar de interconectar lo más coherentemente posible una serie de acontecimientos dentro de un periodo de tiempo específico. Con base en esta ruta de reflexión buscamos, por una parte, enfatizar los diferentes recorridos que siguieron algunos países de América Latina y Europa Central, y por la otra, demostrar cómo las respectivas trayectorias dominantes (*path dependencies*) de estas naciones se interconectaron una y otra vez gracias a un conjunto de hechos históricos con intensidades y profundidades distintas, algunos de los cuales se inscriben en lo que la periodista Naomi Klein reconoce como *The Shock Doctrine*.² Tradicionalmente las trayectorias

¹ Cuando nos referimos a Europa Central nos basamos fundamentalmente en los casos de Hungría, Polonia y República Checa (esta última después de 1993); mientras que por América Latina tomamos como ejemplos a Argentina, Chile y México. Lo anterior responde a que fue precisamente en este conjunto de seis países donde se implementó de una manera más clara, sistemática y comprometida una agenda de políticas públicas con una nítida inspiración neoliberal.

² Naomi Klein, *The shock doctrine. The rise of disaster capitalism*, Penguin Books, London, 2007.

históricas de América Latina y Europa Central se han estudiado de forma separada desde el punto de vista temporal y espacial, de tal manera que nosotros proponemos aquí un análisis conectado de las mismas, con la finalidad de redibujar algunos trazos de un panorama de cambio institucional global donde las imbricaciones y similitudes son palpables.

Dentro de una lógica comparativa, existen propuestas de estudio sobre el desempeño económico de algunos países que adoptaron una estrategia de liberalización, la cual funcionó con un notable ímpetu desde la década de los setenta del siglo pasado. A este periodo se le ha denominado “La Gran Liberalización”.³ Con base en la propuesta de Antoni Estevadeordal y Alan M. Taylor es posible señalar dos etapas del proceso de liberalización. La primera de ellas abarca desde 1975 hasta 1989, mientras que la segunda, cuyos años fueron reconocidos como aquellos de la apertura económica propiamente dicha corrieron de 1990 a 2005. A pesar de lo interesante de la sugerencia, creemos que aún faltaría explicar con un mayor grado de detalle el significado que adquirió uno de los puntos de quiebre entre ambos periodos, nos referimos a 1989. Este último año puede ser concebido como un momento de ruptura explícita y un nodo articulador para los dos subperiodos mencionados, bajo el supuesto inicial de que no se reconozcan otras divisiones en este lapso de tiempo.

Nuestra aportación radica, entonces, en mostrar una mayor sensibilidad analítica al respecto, pero también detectar la especial influencia en este proceso de cambio institucional de organizaciones internacionales, tales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Unión Europea, el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo o el Banco Interamericano de Desarrollo, entre otras. En estas organizaciones internacionales confluyeron y se propagaron algunas corrientes de pensamiento económico que se estudiaban con intensidad en universidades estadounidenses y europeas. Dichas corrientes son reconocidas y agrupadas de manera genérica en lo que conocemos como neoliberalismo o neoliberalismos;⁴ peculiar concepción del mundo que marcó de manera visible el panorama de transformación institucional en América Latina y Europa Central, cuyo inicio se data al menos desde los años

³ Véase Antoni Estevadeordal y Alan M. Taylor, “Is the Washington Consensus Dead? Growth, openness, and the Great Liberalization, 1970s-2000s”, *NBER Working Paper*, núm. 14264, 2008, August. Dicho nombre nos trae a la mente la famosa obra del filósofo y economista húngaro Karl Polanyi, publicada originalmente en 1944: *La gran transformación* (*La grande transformation. Aux origines politiques et économiques de notre temps*, 1983, Gallimard, Paris); aunque el argumento de este último se concentró en una aguda crítica a la economía de mercado de su época, lo cual no es el caso en el primer texto citado.

⁴ Serge Audier, *Néo-libéralisme(s). Une archéologie intellectuelle*, Bernard Grasset, Paris, 2012.

ochenta del siglo pasado y se extendió durante los primeros lustros del siglo XXI.⁵

Por lo tanto, el objetivo general de nuestra contribución es dibujar a grandes rasgos la co-evolución de distintas trayectorias históricas con la finalidad de demostrar cómo éstas se interconectaron a través del tiempo y del espacio gracias a una serie de hechos manifestados tanto a nivel global como local. A partir de lo anterior, por una parte, intentaremos relacionar de manera particular los eventos de Argentina, Chile y México, que vistos como un subgrupo describen a grandes trazos las transformaciones que acontecían en la mayoría de los países latinoamericanos, aunque no descartamos la posibilidad de referirnos a otras experiencias (como Venezuela, por ejemplo) en función de su contribución para entender con mayor profundidad los hechos que dejaron su impronta en esta época. Mientras que por otra parte, para los casos de Europa Central subrayaremos de forma concreta las experiencias de Hungría, Polonia y República Checa, esta última a partir de 1993. No está por demás aclarar que una reconstrucción detallada de cada uno de los hechos históricos puede eventualmente revelar más diferencias que puntos de comparación; conscientes de ello, creemos que es importante visualizar los detalles expuestos en función de los acontecimientos globales para entender en qué medida estas experiencias fueron compartidas durante los respectivos procesos de transformación institucional, los cuales se retroalimentaron mediante eventos exógenos y endógenos.

Para lograr lo anterior hemos dividido el texto en cuatro apartados además de unas consideraciones finales. El primero de ellos se cuestiona si la eventual agenda global devino una agenda local, o mejor dicho, trataremos de analizar cómo estos dos espacios se interconectaron e incrementaron su interdependencia con el transcurso del tiempo. Dicha situación nos conlleva de manera directa a estudiar el diseño y la promoción de una iniciativa mundial, cuasi única, que pretendió eliminar el carácter excepcional de una diversidad de agendas locales a fin de atender los objetivos específicos de una transformación institucional global. Entre estos últimos objetivos destacaron, por ejemplo, la liberalización comercial, una privatización generalizada y diversos procesos de democratización con avances diferenciados según nos posicionemos temporalmente en América Latina o Europa Central.

Como segundo punto se aborda la coordinación entre la reforma económica y el proceso democratizador; si bien es cierto que ambos fenómenos no coincidieron exactamente en el tiempo en el conjunto de países aquí estudiados, no menos cierto

⁵ Véanse: Manuel Gárate Chateau, *La revolución capitalista de Chile (1973-2003)*, Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile, 2012; Paul Dragos Aligica y Anthony J. Evans, *The neoliberal revolution in Eastern Europe. Economic ideas in the transition from communism*, Edward Elgar, Chaltenham, 2009.

es que para 1989-1990 estas naciones se encontraban ya, para decirlo de forma metafórica, según la frase de Peter Sloterdijk, “en el mismo barco”.⁶ Por lo tanto es importante mostrar una mayor sensibilidad con respecto al tiempo a fin de detectar los diferentes momentos históricos susceptibles de periodizarse con base en los eventos que se fueron interconectando con el devenir de los años.

De igual forma nos preguntamos si existen nodos temporales que funcionarían como conectores de una serie de eventos a los cuales haremos referencia; entre los principales eventos destacan la coordinación entre la reforma económica y el proceso de democratización. Precisamente en torno a ellos giran nuestras argumentaciones que ponen de manifiesto las articulaciones globales y locales, a las cuales les dedicaremos un espacio en la tercera parte de este trabajo, gracias a una muestra de artículos publicados y recabados para 1989 en uno de los semanarios con mayor influencia a nivel global, además que refleja los aires del tiempo: *The Economist*.

No está por demás recordar que las últimas décadas del siglo XX estuvieron marcadas por las iniciativas de inspiración neoliberal y por una serie de adaptaciones internas en América Latina y Europa Central, prácticamente impuestas desde el exterior. Es decir, se impulsaba un proceso de cambio institucional que se concretizaría mediante la democratización en un ambiente general de crisis económica; tema que forma parte de la cuarta y última sección de este ensayo. Los factores económicos tales como el peso financiero de la deuda externa jugaron un importante papel en el rediseño institucional para los países involucrados en este problema. Otro desafío clave para los países que componen la muestra, así como para muchos otros inmiscuidos en un proceso de cambio institucional, fue que la concepción original de reforma económica en la práctica no coincidía con los principios básicos de la construcción de instituciones sustentadas en la democracia participativa, donde el papel de la sociedad civil resulta clave para entender estos eventos de cambio institucional de una manera más integral.

UNA AGENDA GLOBAL: ¿UNA AGENDA LOCAL?

El diseño e impulso de una agenda de transformación global conlleva en su naturaleza una serie de articulaciones tanto exógenas como endógenas para los contextos de América Latina y Europa Central, las cuales se retroalimentan entre sí a tal grado de caracterizar nuestro periodo de estudio. De tal manera, es posible mencionar que a nivel externo destacaron, por ejemplo, la promoción de estrategias económicas de inspiración neoliberal con su peculiar énfasis en el funciona-

⁶ Peter Sloterdijk, *Im selben Boot. Versuch über die Hyperpolitik*, Suhrkamp, Francfort Main, 1993.

miento del libre mercado, el cual suponía cierta neutralidad de las políticas económicas sin tomar en cuenta las desigualdades inherentes a la estructura institucional prevaleciente en cada uno de los casos donde se implementaba dicha estrategia, así como, la aceptación de un conocimiento superior por parte del mercado en la generación de resultados eficientes.⁷ Mientras que al interior, sobresalió la necesidad de llevar acabo adaptaciones políticas por parte de las respectivas autoridades, o grupos hegemónicos, en función de los contextos que enfrentaron, pero sin cuestionar abiertamente los principios económicos del libre mercado. Elementos que en su conjunto han articulado los escenarios globales y locales, tal y como se ha demostrado en otros estudios comparativos que abarcan de manera parcial nuestras evidencias empíricas.⁸

En lo que concierne a América Latina y Europa Central, hemos detectado que a pesar del apoyo recibido por los principales grupos de poder, tanto externos como internos, con respecto al proceso de transformación, persistieron dos fenómenos que no podemos soslayar. El primero de ellos fue que aun con la intensificación de las medidas de inspiración neoliberal no se terminó por superar totalmente el ambiente general de crisis económica que caracterizó el fin de siglo, es decir, no se consolidó una senda de crecimiento sostenido y mucho menos de desarrollo, lo anterior fue singularmente crítico para los casos latinoamericanos.⁹ Mientras que el segundo fenómeno consiste en la marcada tendencia de las agencias internacionales en diseñar programas de carácter universal bajo una concepción homogeneizadora

⁷ Ricardo Ffrench-Davis, “Is Chile a model for economic development?”, *Serie de Documentos de Trabajo*, SDT 392, 2014, p. 5.

⁸ Véanse: Chris Armbruster, Michael Cox y George Lawson, *The global 1989. Continuity and change in world politics*, Cambridge University Press, New York, 2010; Edward R.T. Challies y Warwick E. Murray, “Towards post-neoliberalism? The comparative politico-economic transition of New Zealand and Chile”, *Asian Pacific Viewpoint*, vol. 49, núm. 2, 2008, pp. 228-230.

⁹ Específicamente para la experiencia de Chile, Ricardo Ffrench-Davis ha publicado un artículo (Cfr: nota 7) en el que pone en tela de juicio si realmente este país andino es un modelo a seguir. Su argumento principal alude a la inconsistencia mostrada tanto en el crecimiento económico como en el desarrollo. Para demostrar lo anterior, dividió la reformas en tres subperiodos, el primero de ellos es de 1973 a 1981, durante estos primeros años de la dictadura de Augusto Pinochet se aplicó de una forma más pura las políticas de inspiración neoliberal (liberalización comercial y financiera, escasa regulación, una masiva privatización y políticas económicas aparentemente neutrales); en un segundo periodo, aún en los tiempos de la dictadura (1982-1989), se optó por un carácter más pragmático dado el escenario de profunda crisis económica, pero siempre bajo una filosofía similar; por último, a partir de 1990 bajo los acuerdos políticos de la Concertación Democrática se llevaron a cabo iniciativas para reducir las desigualdades generadas años atrás en un contexto de estabilización económica, pero sin abandonar del todo la liberalización; situación que permitió recuperar parte del terreno perdido en materia de crecimiento económico, pero no por ello alcanzar los objetivos del desarrollo (*op.cit.*, pp. 2-3 y 14-15).

para una diversidad de países. Es decir, fueron años caracterizados por el *blueprint strategies*. En lo que concierne al Banco Mundial, de acuerdo con las reformas institucionales propuestas en Argentina durante la década de los noventa, se detectaron que sus principales rasgos radicaron en la determinación de proyectos por parte de esta agencia internacional en mutuo acuerdo con sus principales socios, en la aplicación de enfoques avanzados desde la perspectiva técnico-cuantitativa y en el reclutamiento selectivo de actores clave que le brindaban una cuota de legitimidad interna a las iniciativas implementadas. Otros argumentos que respaldaron dichas acciones, no sólo registrados para este caso sino que han sido inherentes en el actuar institucional formal a través de su historia,¹⁰ fueron un pretendido e inseparable sesgo apolítico debido a que se basarían en principio sólo en las cualificaciones técnicas de los equipos de trabajo, en un reducido margen de negociación con base en el diseño original y en la promoción del mercado como el principal mecanismo regulador. En conjunto, se argumentaba que el interés principal consistía solamente en la mejora de la eficiencia institucional en Argentina desde la perspectiva técnico-económica.¹¹ Argumentos polémicos o cuestionables si los concebimos bajo un enfoque de largo plazo marcado por los vientos de cambio institucional, donde el neoliberalismo, como lo menciona Ffrench-Davis, se caracterizó por su inherente globalismo y un marcado desdén por factores específicos, tales como la heterogeneidad de estructuras productivas y agentes económicos, lo que por añadidura se traducía en un desinterés cuasi absoluto por escuchar a los diversos actores locales, los cuales se vieron seriamente impactados por esta nueva reorganización en la distribución, o mejor dicho, en la concentración de recursos.¹²

COORDINACIÓN ENTRE LA REFORMA ECONÓMICA Y EL PROCESO DEMOCRATIZADOR

Uno de los desafíos en absoluto menor, que implicaba una articulación entre los escenarios a nivel global y local, fue la coordinación entre la reforma económica y el proceso de democratización. La primera de ellas tendía a promover, o en su caso establecer, una economía de mercado; mientras que el segundo fenómeno significaba por sí mismo diseñar nuevas estructuras organizacionales que le dieran coherencia y soporte a la democratización más allá del ámbito electoral. Lo

¹⁰ Ron Konkel, "The monetization of global poverty: the concept of poverty in World Bank history, 1944-90", *Journal of Global History*, vol. 9, Issue 02, 2014, p. 284.

¹¹ Maria F. Tuozzo, "World Bank influence and institutional reform in Argentina", *Development and Change*, vol. 40, núm. 3, 2009, pp. 470 y 478.

¹² Ffrench-Davis *op. cit.*, p. 18.

anterior adquirió una importancia crucial si consideramos los desafíos generales de la transición sistémica y el ajuste estructural, aspectos debatidos de manera profunda en la literatura especializada durante los años noventa.¹³ No obstante que la reforma económica y la democratización no coincidieron precisamente de manera simultánea en América Latina, como si fue el caso en algunos países de Europa Central, estos procesos mostraron ciertas coincidencias durante las dos últimas décadas del siglo XX en ambos subcontinentes. Independientemente de los ritmos de transformación, el objetivo común en nuestros casos de estudio radicó en impulsar una reforma económica y una democratización que, en teoría, se retroalimentarían mutuamente con el fin de llevar a buen puerto la estrategia general de cambio institucional. Pero veamos con más detalles qué sucedía para cada uno de los contextos y cómo se interconectaron sus historias.

Un evento que marcó definitivamente gran parte el periodo de estudio en América Latina y Europa Central fue el incremento de las demandas democráticas en un ambiente caracterizado por la crisis económica, donde el creciente peso financiero que significaba el aumento real de la deuda externa y el servicio de la misma jugaron un papel esencial, sobre todo en la década de los noventas. Una comparación internacional sobre esta problemática resulta útil para entender algunos de los desafíos económicos de la época, sin embargo, es importante aclarar que la información de mediano plazo sobre la deuda externa comparada a nivel internacional es relativamente escasa. Las únicas series que pudimos reconstruir de manera completa para todo el periodo de estudio fueron las concernientes al servicio de la deuda externa para Argentina, Hungría y México (Cuadros 1 y 2).

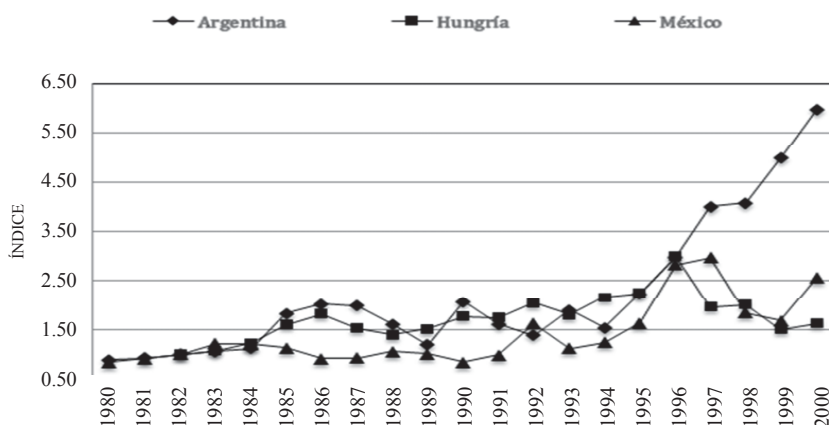
La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OECD, por sus siglas en inglés), ofrece una información mucho más completa y homogénea en este sentido, pero sus cifras sólo cubren la década de 1988 a 1998.¹⁴ No obstante a ello creemos que los datos sobre el servicio de la deuda externa son lo suficientemente representativos para mostrar la problemática de la deuda externa en general durante este proceso de cambio institucional, especialmente las vicisitudes derivadas de ello que en su conjunto fueron esenciales para el diseño o reestructuración de los panoramas tanto económico como político.

Por lo que respecta al ámbito económico a inicios de la década de los ochenta, en algunos países latinoamericanos ya funcionaban sin mucho éxito los planes de ajuste

¹³ Carlos Riojas, “¿Eventos paralelos o historias interconectadas? América Latina y Europa Central a finales del siglo XX”, *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, vol. XXI, núm. 1, 2015, Ene-Jun, forthcoming.

¹⁴ Organisation for Economic Co-operation and Development (OECD), *External debt statistics. Historical data, resources flows, debt stocks and debt services, 1988/1999*, OECD, Paris, 2000.

Gráfica 1. Índice del servicio de la deuda externa, garantizada pública y privada para Argentina, Hungría y México, 1980-2000 (1982 = 100)



Fuente: Véase cuadro 1.

estructural; al mismo tiempo la principal tasa de interés (London Interbank Offered Rate [Libor]), con la cual se tenían contratados los préstamos internacionales mantenía una tendencia al alza; esto es de 1988 a 1989 pasó de 7 a casi 10.5%, lo que se reflejó en un aumento en términos reales del servicio de la deuda externa. Para el caso mexicano, *The Economist* calculó que dicho incremento se traduciría en una variación por el pago de intereses anuales de 4.7 mil millones de dólares norteamericanos (mmdna) a casi 7.¹⁵ La renegociación que implicó el Plan Brady para México¹⁶ produjo una baja en el índice del servicio de la deuda externa pero sólo en el corto plazo, de 1.01 en 1989 a 0.83 en 1990 (1982 = 100), posteriormente aumentó de manera vacilante hasta alcanzar su máximo valor dentro de nuestro periodo de estudio en 1997: 2.97.

La presión para Argentina fue aún mayor, el mismo índice alcanzó una cifra en 1986 de 2.02, luego tendió a la baja hasta 1989 (1.19) para dispararse en los siguientes años hasta a 5.97 en 2000 como preludio a la crisis financiera de 2002. En el caso de Hungría, este mismo indicador también tendió hacia el aumento, el cual fue notable desde años previos a la caída del sistema socialista de tipo soviético, lo que obviamente se tradujo en un apremio extra para el *establishment*; es decir, de un índice de 1.23 en 1984 aumentó a 1.82 en un par de años, aunque posteriormente descendió para tomar de nuevo un ritmo creciente durante la década de los noventa, bajo un patrón similar al experimentado por México, cuando en 1996 llegó como pico máximo a 3.00 (Gráfica 1 y cuadro 1).

¹⁵ *The Economist* "Great expectations", 18 de marzo de 1989, p. 86.

¹⁶ En lo que concierne al Plan Brady, véase la nota número 23.

Cuadro 1. Índice del servicio de la deuda externa, garantizada pública y privada para Argentina, Hungría y México, 1980-2000 (1982 = 100)

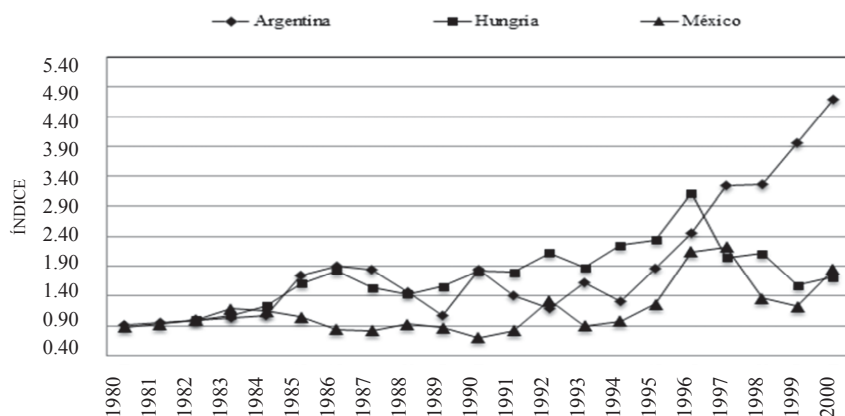
AÑO	ARGENTINA	HUNGRÍA	MÉXICO
1980	0.88	ND	0.84
1981	0.93	ND	0.91
1982	1.00	1.00	1.00
1983	1.05	1.07	1.21
1984	1.11	1.23	1.20
1985	1.83	1.60	1.12
1986	2.02	1.82	0.91
1987	1.98	1.52	0.92
1988	1.61	1.40	1.05
1989	1.19	1.52	1.01
1990	2.07	1.76	0.83
1991	1.61	1.74	0.98
1992	1.38	2.05	1.62
1993	1.90	1.81	1.12
1994	1.54	2.17	1.24
1995	2.24	2.25	1.63
1996	2.99	3.00	2.83
1997	4.00	1.96	2.97
1998	4.07	2.01	1.84
1999	4.98	1.50	1.68
2000	5.97	1.62	2.57
Fuente: Elaboración propia con base en World Bank, <i>International Debt Statistics</i> . N.D.: No disponible.			

No obstante que no contamos con una serie estadística similar para el caso de Chile, existen algunos indicios confiables sobre lo que significó el peso de la deuda externa en su conjunto para el aparato económico chileno. Un primer elemento detonador de la crisis fue que una proporción importante de los préstamos del exterior se gastaron en el consumo de mercancías importadas con una reducida inversión en los bienes de capital, cuyos principales responsables se encontraban en el sector privado, situación que explica en alguna medida el colapso de la economía chilena ente 1981 y 1982;¹⁷ escenario que se acompañó a nivel internacional con la crisis de la deuda externa mexicana en agosto de este último año, situación que agravó aún más el panorama global para los países latinoamericanos.¹⁸ Resulta esencial subrayar que la carga del

¹⁷ Ffrench-Davis, *op. cit.*, pp. 6 y 18.

¹⁸ Agnieszka Lyniewska retoma esta misma problemática para el caso de Chile pero comparado con la situación que se presentaba en la República Bolivariana de Venezuela. Sin embargo, es importante tomar con precaución el sesgo que le imprime la autora, dado que

Gráfica 2. Índice del servicio per cápita de la deuda externa, garantizada pública y privada para Argentina, Hungría y México, 1980-2000 (1982 = 100)



Fuente: Véase cuadro 2.

servicio de la deuda adquiere mayor trascendencia si se percibe desde el punto de vista relativo, esto es, si la representamos bajo un índice en términos per cápita. Por lo tanto, dicho peso fue aún mayor para países pequeños pero con un grado alto de endeudamiento como lo fueron Argentina y Hungría con respecto a lo que sucedía en México, aún con el colapso del sistema productivo que sufrió este último país desde 1982 hasta prácticamente 1989.¹⁹ En promedio el índice del servicio per cápita de la deuda externa en Argentina y Hungría fue mayor desde 1984 hasta 1997 (1.72 y 1.90 en ese orden) que su similar de México (1.14). Incluso los primeros años de la transición dicha variable para Hungría superó a la de Argentina, pero a partir de 1997 tuvo un descenso notable hasta ubicarse en los niveles mexicanos, mientras que para el país sudamericano este indicador prácticamente se disparó hasta alcanzar 4.69 en 2000 (Gráfica 2 y cuadro 2).

El contexto hasta ahora descrito obviamente impactaba a cualquier estrategia de política económica, lo que en el límite implicaba una reorganización y reorientación de las decisiones o acciones implementadas, por añadidura esto se tradu-

ignora por completo el golpe de estado de Augusto Pinochet y trata de presentarnos por lo regular sólo las cuentas alegres del desempeño de la economía chilena ("Why Has República Bolivariana de Venezuela's Economy Stagnated and Chile's Flourished?", en L. Balcerowicz y A. Rzońca (eds), *Puzzles of Economic Growth*, International Bank for Reconstruction and Development/World Bank, Washington, 2015, pp. 157-176).

¹⁹ Anna Kurowska, "Why is Mexico poorer than Spain?", en L. Balcerowicz y A. Rzońca (eds), *Puzzles of Economic Growth*, International Bank for Reconstruction and Development/World Bank, Washington, 2015, p. 171.

cía en reacomodos de los equipos de trabajo, tanto políticos como económicos. Incluso, uno de los semanarios más influyentes en materia económica a nivel global reconocía abiertamente en 1989 que el problema de la deuda no era tanto financiero (no obstante las cifras que respaldan nuestros argumentos), sino más bien político, lo cual podía abrir la puerta a “analfabetas económicos de izquierda o al regreso de los generales y la represión”.²⁰ Fue precisamente en este último ámbito político donde se buscó actuar con mayor efectividad.

Cuadro 2. Índice del servicio per cápita de la deuda externa, garantizada pública y privada para Argentina, Hungría y México, 1980-2000 (1982 = 100)

AÑO/PAÍS	ARGENTINA	HUNGRÍA	MÉXICO
1980	0.91	N.D.	0.88
1981	0.94	N.D.	0.93
1982	1.00	1.00	1.00
1983	1.04	1.07	1.18
1984	1.08	1.23	1.14
1985	1.75	1.61	1.05
1986	1.90	1.83	0.84
1987	1.84	1.54	0.82
1988	1.47	1.43	0.92
1989	1.07	1.56	0.87
1990	1.83	1.82	0.70
1991	1.41	1.80	0.81
1992	1.19	2.12	1.32
1993	1.62	1.87	0.89
1994	1.30	2.25	0.97
1995	1.87	2.34	1.26
1996	2.46	3.12	2.14
1997	3.25	2.04	2.22
1998	3.27	2.11	1.36
1999	3.96	1.58	1.22
2000	4.69	1.71	1.84
Fuentes: Elaboración propia con base en datos del World Bank, <i>International Debt Statistics</i> y The Maddison-Project, http://www.ggd.net/maddison/maddison-project/home.htm , 2013 version. N.D.: No disponible.			

Con este panorama como telón de fondo se generaron diversos debates sobre la secuencia entre la reforma económica y el proceso de democratización. Por una parte, se ha tratado de argumentar para los contextos latinoamericanos que la

²⁰ *The Economist*, “Latin American debt: the banks’ great escape”, 11 de febrero de 1989, p. 73.

reforma económica era sólo posible bajo los auspicios de un gobierno autoritario que garantizara la implementación de medidas irreversibles en el sistema productivo, para posteriormente dar paso a los procesos democratizadores que consolidarían dichas reformas.²¹ No obstante a ello, no está por demás subrayar que en el inter de este proceso se cometieron una gran cantidad de crímenes de lesa humanidad contra personas cuya principal transgresión era pensar de manera distinta a los propulsores de las reformas. Uno de los casos más citados para este último aspecto y para el argumento en general es Chile, nación que fue hasta cierto punto pionera en este tipo de reformas no sólo en América Latina sino también a nivel global. En este mismo orden de ideas, coincidimos de manera general con Ricardo Ffrench-Davis en que el caso de Chile no constituye en sí ningún modelo a seguir, sino más bien, fue un caso extremo con una amplia gama de reformas durante el primer periodo de la dictadura (1973-1981), cuyas consecuencias fueron desastrosas desde el punto de vista económico (profundidad de la crisis) y social (extendida represión).²²

Mientras que por otra parte, se hacía alusión a una nueva generación de políticos capaces de contener o negociar con los principales grupos opositores a la reforma (por lo común se referían al grueso de los trabajadores agrupados en poderosas o anquilosadas organizaciones gremiales). A su vez se esperaba que estos estrategias impulsaran configuraciones económicas inéditas en un contexto interno marcado por la aparición de la democracia electoral, pero con cierta dosis de ficción, dadas las atrocidades de las décadas de 1970 y 1980 en Argentina y Chile. Por lo que concierne al exterior, se discutían las posibilidades de renovar algunos de los instrumentos de la deuda externa y las nuevas modalidades para captar inversión extranjera con el objetivo de reducir la carga económica de la primera (tal como lo hemos visto) y evitar una moratoria generalizada como la que se pretendió dar en agosto de 1982 por parte de México. En lo que concierne de manera específica para este último caso, se trataba de rediseñar su papel como referente del sistema financiero internacional. Es decir, México formó parte de una especie de experimento bancario a nivel global con la finalidad de contener la situación descrita. Si la estrategia funcionaba, posteriormente se trataría de hacerla extensiva a otras naciones latinoamericanas.²³

²¹ Javier Austudillo, "Are the dictatorships necessary? Trade Unions and Neoliberal Populism in four Latin American Countries", *Revista Internacional de Sociología*, vol. 68, núm. 1, 2010, p. 59.

²² Ffrench-Davis, *op. cit.*, pp. 1, 5, 9 y 18.

²³ Es importante traer a colación que en esos momentos se buscaba llegar a un consenso en Washington (entre las organizaciones internacionales, la banca privada y los gobiernos inmiscuidos en este asunto), sobre los principales elementos que debería contener el nuevo paquete de política pública y renegociación de la deuda externa mexicana. En esta ocasión el consenso

A la estirpe de políticos mencionada se les asoció con el neopopulismo, cuyo atributo básico era su habilidad para impulsar medidas de inspiración neoliberal acompañadas con un discurso que hacía referencia al bienestar o a los logros sociales.²⁴ Guillermo O'Donnell añade otras peculiaridades a dichos personajes, entre las cuales nos gustaría destacar, por ejemplo, las siguientes: se rodeaban de un equipo de expertos debido a que estaban convencidos que los problemas económicos sólo era factible resolverlos mediante la implementación de políticas con un alto contenido técnico; lo que llevaba de manera casi directa a los presidentes o mandatarios principales a enfrentarse a la resistencia de algunos grupos sociales; por lo tanto, quedaban relativamente aislados de las principales instituciones políticas. Situación que en su conjunto contribuía a fortalecer la democracia delegada (*delegative democracy*),²⁵ gracias a una postura omnipotente y una concentración personal del poder en el ejecutivo con un claro sesgo anti-institucional, que le permitía implementar eventualmente sin restricción alguna los paquetes de política económica avalados por una poderosa comunidad epistémica internacional convencida de las recetas de inspiración neoliberal. A estas especificidades se añade que disfrutaban de una benevolente prensa a nivel internacional como tendremos la oportunidad de demostrar más adelante. Entre los políticos que compartían las características mencionadas es posible reconocer a Carlos Saúl Menem en Argentina, Alberto Fujimori en Perú, Carlos Andrés Pérez en Venezuela o Carlos Salinas de Gortari en México. Todos ellos se encontraban vinculados con el poder en 1989 y eran

era impulsado por el secretario del Tesoro Norteamericano en turno Nicholas Brady. La iniciativa se conoció como el Plan Brady, que dicho sea de paso sustituyó al fallido Plan Baker, y se llevaría a cabo primeramente en México con el eventual objetivo de hacerlo extensivo a otras naciones de América Latina (*The Economist*, "Mexico's bankers head for the border", 12 de Agosto de 1989, p. 63).

²⁴ Enrique Cárdenas (*El largo curso de la economía mexicana. De 1780 a nuestros días*, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, México, 2015, p. 607), señala que los gobiernos "populistas" son aquellos que tratan de distribuir recursos entre los sectores con más problemas económicos o tratan de beneficiar a grupos específicos que los apoyaran políticamente, cuyo gasto se da en sectores con baja productividad. Asimismo, hace referencia al término de "populismo económico" acuñado por Rudiger Dornbusch y Sebastian Edwards (1991, *The Macroeconomics of populism in Latin America*, The University of Chicago Press, Chicago). El nuevo populismo comparte también estas características, salvo que se da en un ambiente de políticas económicas ortodoxas que tratan de privilegiar el ajuste económico o el equilibrio fiscal; mientras que en el populismo original (bajo su variante económica) el déficit fiscal, los desequilibrios económicos, las políticas anti-mercado, los riesgos inflacionarios no necesariamente forman parte de las prioridades que atendería su política económica, es decir, se genera en un contexto hasta cierto punto heterodoxo (según lo dan entender Dornbusch y Edwards, *op.cit.*, pp. 9-10) o híbrido.

²⁵ Guillermo O'Donnell, "Delegative Democracy", *Journal of Democracy*, vol. 5, núm.1, 1994. pp. 61-62 y 66.

entusiastas promotores del cambio institucional con una clara orientación hacia el libre mercado.²⁶ Este conjunto de políticos también constituyó una alternativa a los políticos abiertamente autoritarios o dictadores como Augusto Pinochet, quien impuso una agenda neoliberal en Chile cuyo inicio data entre 1973 y 1975.²⁷

No obstante a ello, en el marco de los debates sobre la secuencia económica de las medidas y los proceso democratizadores, encontramos autores²⁸ que se inclinan por el camino francamente autoritario, en contraste con las habilidades mostradas por estos personajes para lidiar con ambos procesos y así generar un híbrido denominado autoritarismo competitivo,²⁹ o democracia delegada (*delegative democracy*). Es decir, esta última forma de organización política tiene en teoría la capacidad de evolucionar hacia una democracia representativa con un alto grado de institucionalización gracias al eventual funcionamiento de una sólida estructura organizacional. Sin embargo, la democracia delegada en la práctica tiende a mostrar un bajo grado de institucionalización y una fuerte tradición del poder personalizado no obstante la existencia de tradiciones democráticas como la organización de elecciones en los diferentes niveles de gobierno. A continuación exponemos más elementos del caso mexicano, el cual constituye para nosotros un ejemplo paradigmático sobre los fracasos de los programas de ajuste estructural en particular y del proceso de cambio institucional en general; asimismo, paradójicamente para la más recalcitrante vociferación neoliberal, como la de Milton y Rose Friedman³⁰ o Friedrich von Hayek,³¹ el principal actor de la transformación seguía siendo aún el Estado mexicano.

De igual forma que en Argentina a finales del siglo XX y principios de la siguiente centuria, en México han persistido ciertas prácticas institucionales formales e informales (alguna de ellas apegadas a lo que hemos reconocido como democracia delegada) que no han permitido una completa y exitosa transformación, a pesar del predominio de altas cualificaciones tecno-cognitivas por parte de actores clave capaces de materializar un auténtico proceso de cambio institucional.³² Uno de los

²⁶ Mario Olivares y Cesar Guedes, "Globalization dynamics in Latin America: South Cone and Iberian investments", *Working Papers 13/2009/DE*, School of Economics and Management-Technical University of Lisbon, Portugal, 2009, pp. 7-8.

²⁷ Ffrench-Davis, *op. cit.*, pp. 1 y 5.

²⁸ Astudillo, *op. cit.*, pp. 58, 60, 63, 67 y 72.

²⁹ Steven Levitsky y Lucan A. Way, *Competitive authoritarianisms. Hybrid regimes after the cold war*, Cambridge University Press, New York, 2010, p. 9.

³⁰ Milton Friedman y Rose Friedman, *Libertad de elegir: Hacia un nuevo liberalismo económico*, Planeta-Agostini, Barcelona. 1979.

³¹ F. A. von Hayek, *The Road to Serfdom*, Routledge, New York, 1944.

³² Carlos Moreno-Brid, Juan Pardinás y Jaime Ros Boch, "Economic development and social policies in Mexico", *Economy and Society*, vol. 38, núm.1, 2009, p. 115; Sussane Soedgerberg,

ejemplos más ilustrativos dentro de esta vertiente fue la llegada del empresario Vicente Fox a la presidencia de México en 2000 mediante un proceso electoral abierto. Sin embargo, lo anterior no constituyó de ninguna manera un cambio institucional, sino más bien, cuando Fox arribó al puesto los principales trazos de la transformación se habían delineado y gestado años atrás (de manera especial en el ámbito económico), él simplemente fue una pieza más en este rompecabezas cuya tarea consistió en extender el proceso. Situación que se ratificó posteriormente con sus estrategias políticas y económicas, así como, por su conocida admiración y ventrilocución del discurso más simplista del libre mercado.

BAD DAY IN TAMPICO

En lo que concierne a la mencionada benevolencia de la prensa internacional, obviamente, ésta no era en absoluto neutra. En ocasiones la visión que se propagaba se dirigía a criticar sistemas políticos susceptibles de iniciar un proceso de cambio institucional; mientras que en otras, se ponían en relieve las capacidades políticas, los objetivos y las estrategias de actores que habían asumido la tarea de transformar un sistema ineficiente, según la concepción dominante de organizaciones con una influencia a nivel global, tales como el BM, el FMI, la prensa y los bancos internacionales o los gobiernos de los Estados Unidos y de la entonces Comunidad Europea.

Una evidencia que conjuga esta serie de visiones se puede extraer de la línea editorial de *The Economist*. Al tomar una muestra de artículos en los primeros meses de 1989 encontramos que se refleja un interés político y económico particular, tendiente hacia las promociones del libre mercado como democracia y las transferencias de recursos públicos hacia el ámbito de lo privado. Por lo que respecta al caso de Carlos Salinas de Gortari, su actuar resulta ilustrador en la dicotomía entre el camino autoritario y la nueva generación de políticos neo-populistas. La redacción del semanario citado quedó aparentemente engañada y sorprendida con la cortina de humo derivada de la “captura” de Joaquín Hernández Galicia, alias *La Quina* (Secretario General del Sindicato de Trabajadores de Petróleos Mexicanos), el 10 de enero de 1989.³³ En principio resulta inverosímil que *The Economist* no dimensionara los motivos de dicho acto, más político que judicial; lo anterior se ratificó aproximadamente tres meses después, cuando reco-

“The Mexican competition state and the paradoxes of managed neo-liberal development”, *Policy Studies*, vol. 31, núm. 1, 2010, p. 79; Maria F. Tuozy, “World Bank influence and institutional reform in Argentina”, *Development and Change*, vol. 40, núm. 3, 2009, p. 482.

³³ *The Economist*, “Bad day in Tampico”, 14 de enero de 1989, p. 37.

noció que existía un difundido rumor en México de que las armas “habían sido sembradas”,³⁴ como tradicionalmente ha ocurrido en este país con las “evidencias” de los delitos cometidos.

Pero, ¿qué fue lo que motivó a *The Economist* a darle semejante importancia a este evento? El redactor de la contribución aplaudió la “captura” dado que se trataba de un golpe a una organización de trabajadores, no necesariamente roja reconocía el semanario, pero sí sumamente corrupta. Además, según su perspectiva, Salinas de Gortari impulsaba decididamente, con esta y otras medidas, la eficiencia industrial del país tan criticada en la década de los ochenta, especialmente aquella de índole estatal con un aroma oriental.³⁵ A pesar de que este presidente de México llegó al poder mediante la tradición del partido cuasi-único y con unas de las elecciones más cuestionadas en la historia reciente del país, para el encargado de la redacción no era un hecho tan grave, como sí lo era, en cambio, la presencia de este tipo de partidos en los aún existentes países socialistas de tipo soviético. La razón de lo anterior descasaba en que se trataba de un tecnócrata educado en los Estados Unidos que buscaba principalmente por medios económicos: “modernizar el país y pagar la gran deuda adquirida por México en los años ochenta cuando los precios del petróleo eran elevados”.³⁶

Después de hacer referencia al controversial proceso electoral que enfrentó con Cuauhtémoc Cárdenas, el artículo señaló que dejaba atrás “las malas costumbres del PRI: su padre (Lázaro Cárdenas), como presidente en los años treinta, nacionalizó la industria del petróleo”.³⁷ Pero el golpe a *La Quina* no fue el único que Carlos Salinas asestó al inicio de su sexenio, también destacaron los encarcelamientos del empresario Eduardo Legorreta y del cantante argentino Laureano Brizuela, ambos por un aparente fraude fiscal; a la lista se agregó en abril de 1989 el famoso narcotraficante Miguel Ángel Félix Gallardo (cabeza del temido “Cártel de Guadalajara”) en represalia al asesinato del agente infiltrado de la Drug Enforcement Administration (DEA) en los círculos del narco local (Enrique *El Kiki* Camarena Salazar) como una medida previamente diseñada para controlar el flujo de droga donde algunos capos colombianos jugaban un papel importante.³⁸

De tal forma que la determinación mostrada ameritaba, según *The Economist*, apoyo del exterior con la finalidad de ampliar el margen de maniobra del presi-

³⁴ *The Economist*, “Mañana arrives in México”, 27 de mayo de 1989, p. 41.

³⁵ *The Economist*, “Multinational, eastern style” [US], June 24, 1989, p. 63.

³⁶ *The Economist*, “Bad day in Tampico”, 14 de enero de 1989, p. 37.

³⁷ *Idem*.

³⁸ *The Economist*, “Only Mexicans need apply”, 11 de marzo de 1989, p. 44.

dente mediante una renegociación de la deuda externa impulsada por el entonces secretario del Tesoro norteamericano Nicholas Brady. Lo anterior permitiría recortar impuestos, liberalizar la economía e impulsar el proceso de democratización ante el primer triunfo electoral de un gobernador no priista en el estado de Baja California (Ernesto Ruffo Appel, nacido por cierto en San Diego California y miembro del Partido Acción Nacional); fenómenos que en su conjunto beneficiarían al sistema económico mexicano y de paso “demuestra a América Latina que Estados Unidos es verdaderamente el mejor amigo de la democracia”.³⁹

La benevolencia de *The Economist* no sólo se suscribía a México, también se señalaba a Carlos Saúl Menem y su equipo de trabajo (por ejemplo a Néstor Rapanelli, que sustituyó a Miguel Ángel Roig al morir a los cinco días de ser nombrado ministro de economía en Argentina) por su decidida lucha contra los sindicatos y el impulso de medidas tendientes hacia la liberalización económica y la privatización; de igual forma mencionó las elecciones que se llevarían a cabo a fin de año en Chile después del orden económico impuesto por Augusto Pinochet; además repudiaba las medidas de Alan García en Perú, mientras que también señalaba a Gonzalo Sánchez de Lozada en Bolivia como una persona bien educada gracias a las concepciones del libre mercado que adquirió por su paso en las aulas de las universidades norteamericanas.

En conjunto, este semanario londinense veía que la gente por doquier en América Latina votaba por la democracia y el libre mercado, incluso en México como lo hemos señalado, donde existe uno de los más anquilosados partidos de la historia política contemporánea a nivel global.⁴⁰ Entonces, ¿acaso América Latina en general, y México en particular, se encontraban de lleno, según la perspectiva de *The Economist*, en un comportamiento que hacía referencia a las buenas costumbres gracias a la educación-formación de esta nueva generación de políticos? El panorama parecía inmejorable para el impulso a este tipo de medidas dado el contexto global prevaleciente. Pero esto era sólo el inicio. Aún faltaban algunos meses para la llegada del 9 de noviembre de 1989. Sin embargo parece que el ambiente mundial se encontraba ya preparado para recibir uno de los eventos con mayor impacto en la historia global contemporánea: el colapso de los sistemas socialistas en general, pero especialmente aquellos de tipo soviético, y su inherente transición hacia la economía de mercado.

³⁹ *The Economist*, “Mexican miseries; tough leadership and some new electoral honesty have arrived in Mexico. Now, President Salinas deserves some help on debt”, 8 de julio de 1989, p. 6; *The Economist*, 27 de mayo de 1989, p. 41.

⁴⁰ *The Economist*, “The fading our caudillismo”, 22 de julio de 1989, pp. 41-42.

DEMOCRATIZACIÓN EN UN AMBIENTE DE CRISIS ECONÓMICA

Uno de los mayores desafíos durante la transición sistémica y el cambio estructural se encontró precisamente en revertir el palpable deterioro de la calidad de vida y el incremento de las desigualdades socioeconómicas; situaciones que hicieron más difícil el proceso de transformación debido a la prolongada crisis económica que se había iniciado desde el antiguo régimen en América Latina y Europa Central.

Vinculado con lo anterior, se enfrentó el reto de instrumentar prácticas democráticas en un contexto de inestabilidad. En un principio la reforma económica en América Latina implicaba una conjugación de medidas dirigidas a controlar variables macro, la deuda externa, por ejemplo. Pero algunos estudiosos consideraron que su verdadero éxito radicaba en el restablecimiento del crecimiento económico en condiciones democráticas y no sólo concentrarse en impulsar un ambiente donde la secuencia de las políticas estuviera garantizada, lo que implicaba un estricto control político capaz de minar las prácticas democráticas, o en su defecto lograr una estabilización mediante la liberalización económica sin concertaciones con los principales actores involucrados por el temor de que estas medidas fuesen revertidas por intereses políticos contrarios.⁴¹

Es decir, más que impulsar una economía de mercado, el crecimiento sostenido y la democracia se convirtieron en ingredientes clave para lograr un exitoso proceso de transición para América Latina y Europa Central durante los últimos veinte años del siglo XX.⁴² Pero la democratización no implicaba solamente votar de manera libre el día de las elecciones, sino que también era necesario acompañar el proceso de una legitimización mediante la existencia permanente de derechos formales, especialmente aquellos vinculados con la justicia distributiva y procesal,⁴³ donde

⁴¹ Luiz C. Bresser Pereira, José Maravall y Adam Przeworski, *Economic reforms in new democracies. A social-democratic approach*, Cambridge University Press, 1993; Alain Angell y Carol Graham, "Can social reform make adjustment sustainable and equitable? Lesson from Chile and Venezuela", *Journal of Latin American Studies*, vol. 27, núm. 1, 1995, p. 193.

⁴² Es importante acotar aquí que no se trata de cualquier tipo de crecimiento, sino más bien, aquel que pueda posteriormente traducirse en desarrollo, dado que el crecimiento económico que se había manifestado tanto en América Latina como en Europa Central generó una mayor desigualdad y un incremento en el número de pobres (Ffrench-Davis, *op. cit.*, pp. 8-9; Leszek Balcerowicz, y Andrzej Rzońca, "Institutional systems and economic growth", en L. Balcerowicz y A. Rzońca (eds.), *Puzzles of Economic Growth*, Ed., International Bank for Reconstruction and Development/World Bank, Washington, 2015, pp. 37-89).

⁴³ Cathrine Brun y Piers Blaikie, "Introduction. Alternative Development: Unravelling, Marginalization, Voice of Change", en: C. Brun, P. Blaikie y M. Jones (eds.), *Alternative Development: Unravelling, Marginalization, Voice of Change*, Ashgate, Aldershot UK, 2014, p. 4; Wendy Brown, "Nightmare: neoliberalism, neoconservatism and de-democratization", *Political Theory*, vol. 34, núm. 6, 2006, p. 703.

la independencia de los poderes judiciales y de los medios de comunicación ha sido fundamental.

De acuerdo con lo expuesto hasta el momento, un elemento medular en este debate directamente relacionado con el proceso de democratización fue la reconfiguración o consolidación de la sociedad civil, cuya función esencial radicaba en demostrar su autonomía con respecto a las principales iniciativas emanadas de los poderes públicos. Wolfgang Merkel y Aurel Croissant, en diversas publicaciones,⁴⁴ han insistido que la democracia se consolida cuando aparecen cuatro aspectos clave, a saber: la constitucionalidad, la representatividad, las permanentes conductas de cambio (rutinas) y la formación de una cultura de sociedad civil. Los dos primeros rubros pueden ser equiparados con el establecimiento de instituciones formales y sus inherentes organizaciones capaces de llevar a cabo elecciones constantes y de manera libre; mientras que los otros dos aspectos forman parte integral de la consolidación de las instituciones informales, las cuales para materializarse requerirían más tiempo y, en un momento determinado, su presencia o ausencia añadiría una presión o impulso extra, según sea el caso, a los procesos de transición vistos bajo una perspectiva global.

Para la experiencia de Europa Central, específicamente para Hungría, Polonia y República Checa, los tres primeros aspectos se completaron con cierto éxito durante nuestro periodo de estudio, mientras que el cuarto aún se encontraba en proceso de construcción. Aun así, es comúnmente aceptado hablar del establecimiento de una democracia funcional que se acompaña con sus leyes, rendiciones de cuentas, responsabilidades, libertad y equidad.⁴⁵ Por lo que concierne

⁴⁴ Wolfgang Merkel, "Civil society and democratic consolidation in Eastern Europe", *Central European Political Science Review*, vol.3, núm. 10, 2002, pp. 78-79, 80 y 85; Wolfgang Merkel, "Plausible theory, unexpected results: The rapid democratic consolidation in Central and Eastern Europe", *Internationale Politik und Gesellschaft*, vol. 2, 2008, p. 14; Aurel Croissant, y Wolfgang Merkel, "Introduction: democratizing in the early twenty-first", *Democratization*, vol. 11, núm. 5, 2004, p. 200.

⁴⁵ No obstante a ello, recientemente el caso de Hungría ha llamado la atención en este sentido. Simeon Djankov ("Hungary under Orbán: Can central planning revive its economy?", *Policy Brief*, núm. PB15-11, 2015, p. 1), muestra cierta preocupación por la figura política del primer ministro Viktor Orbán, quien considera que comparte tres características con el presidente ruso Vladimir Putin, a saber: referirse a Hungría como un antiguo imperio; impulsar la creciente participación del Estado en la economía; y considerar que el modelo económico y democrático de Europa Occidental es imperfecto. Por nuestra parte, consideramos que los dos últimos aspectos no influyen necesariamente en el deterioro del proceso democrático del país, especialmente si tomamos en cuenta las variedades de capitalismo y la diversidad en la configuración de sociedades democráticas. Sin embargo, sí es importante prestarle atención al primer aspecto señalado por Djankov, porque puede en un momento determinado despertar ambiciones autoritarias y minar las libertades de grupos sociales que no simpatizan directamente con el proyecto político del primer ministro Viktor Orbán.

a América Latina, no obstante que la constitucionalidad y representatividad se han hecho presentes de manera explícita especialmente para el periodo que Guillermo O'Donnell reconoció como la segunda transición (a mediados de los años noventa) donde destacan las transformaciones de Uruguay y Chile,⁴⁶ las conductas que arraigan la transformación y el desarrollo de una cultura vinculada con la sociedad civil aún han enfrentado serios problemas para establecerse de manera permanente. Por lo tanto, este último autor habla de una democracia aún no consolidada o delegada que también se asocia a regímenes democráticos de carácter híbrido;⁴⁷ es decir, sistemas que tienen la capacidad de organizar elecciones de manera libre, con una cierta dosis de estabilidad institucional, pero con un gran déficit en otras áreas de la vida democrática.

Lo anterior se explica por una inexorable concentración del ingreso derivada de los desastrosos resultados de los planes de ajuste estructural (Pacto de Estabilidad y Crecimiento Económico en México, el Plan Austral en Argentina, el Plan Cruzado en Brasil o el Plan Inti en Perú), algo similar en cuanto a la concentración del ingreso se registró en Europa Central durante la implementación de políticas que dieron lugar a la transformación sistémica, situación que ha redundado en un crecimiento notable de las asimetrías en el poder socioeconómico, en una creciente corrupción, así como en la ausencia de justicia (distributiva y procesal) para la mayoría de los grupos sociales en América Latina; lo que en el límite profundiza aún más la marginalización.⁴⁸

La persistencia de esta situación, por un lado, reduce las alternativas de desarrollo, debilita considerablemente el accionar de la sociedad civil y, eventualmente, da la pauta para el surgimiento de dudas acerca del funcionamiento democrático del sistema en su conjunto; mientras que por el otro, incentiva las relaciones clientelistas, así como, los enclaves autoritarios en el ámbito local o regional. Es por ello que resulta importante observar nuevamente a 1989, pero en esta ocasión, bajo una perspectiva que pondere tanto el optimismo desencadenado por la transformación y el inherente pesimismo que tradicionalmente acompaña a estos procesos de cambio institucional.

Por último, nos gustaría señalar que resulta indispensable adentrarnos aún más en los contextos institucionales específicos de América Latina con la finalidad de hacer conexiones puntuales con respecto a lo sucedido en este mismo periodo con Europa Central, pero en función a una serie de hechos generales bajo un espectro global, los cuales se interconectaron con los procesos de cambio institucional expuestos aquí. Este conjunto de eventos lo consideramos significativo para

⁴⁶ O'Donnell, *op. cit.*, pp. 56 y 68.

⁴⁷ Letvisky y Way, *op. cit.*, p. 6.

⁴⁸ Brun y Blaikie, *op. cit.*, pp. 1-21.

reconstruir un panorama más amplio que pondere la ascensión del neoliberalismo, las transformaciones institucionales del periodo de estudio y el consecuente fin de la Guerra Fría.

CONSIDERACIONES FINALES

Si bien es cierto que a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XX existe una sucesión de eventos con algunas peculiaridades en común, los cuales nos permiten caracterizar a este época en su conjunto, no menos cierto es que también destaca una subperiodización dentro de este segmento, la cual le da sentido a las trayectorias dominantes de los países estudiados de América Latina y Europa Central. A reserva de explorar aún con más detalle este punto, podemos mencionar que un primer sub-periodo relativamente claro pudiera ser aquel que corre de 1979 a 1982, cuyo inicio estaría marcado por el impulso de la reformas económicas en China, la elección de Margaret Thatcher como primera ministra en el Reino Unido y la invasión soviética a Afganistán, en un ambiente internacional donde afloraban algunos temores hacia factores como la inflación, la recesión, el desempleo o el empoderamiento de los cárteles petroleros, entre otros; mientras que el cierre se daría con las severas crisis financieras derivadas del crecimiento de la deuda externa que sufrieron algunos países de América Latina, o la recesión económica en el caso de Chile, que en conjunto impulsaría una nueva retórica y práctica tendentes a rediseñar los escenarios globales, de las que los países de Europa Central con sus regímenes socialistas de tipo soviético por supuesto no fueron ajenos.

De 1983 a 1989 puede concebirse como un segundo subperiodo, cuya característica fundamental sería que 1989 fue el nodo principal de articulación para todo el periodo de estudio, especialmente por ser un momento de ruptura explícita tanto para América Latina como para Europa Central. Lo anterior abrió paso a las medidas de inspiración neo-liberal a nivel global, pero paradójicamente, sin superar en su totalidad el ambiente general de crisis en los años posteriores. No obstante a ello, dicho escenario contribuyó a posicionar en un lugar privilegiado a este tipo de estrategias económicas en diversos países del mundo, donde nuestras evidencias empíricas toman un lugar preponderante.

A las estrategias inspiradas en las ideas neoliberales se añade un inherente globalismo y un claro desdén por la heterogeneidad de las condiciones locales donde trataban de implementarse. La combinación de estos elementos dio como resultado un conjunto de panoramas socioeconómicos por demás complejos, donde se intentaba coordinar tanto la reforma económica como el proceso de democratización, no siempre con resultados satisfactorios. Para 1989-1990

el conjunto de países aquí analizados ya compartían una agenda de transformación global con algunos matices locales. Un fenómeno económico en común, el cual materializa parte de las dificultades que enfrentaron América Latina y Europa Central, fue el creciente peso financiero del servicio de la deuda externa. Las vicisitudes derivadas de la deuda externa en general fueron esenciales en la restructuración de los escenarios político y económico. Es decir, esto impactaba de manera directa a cualquier estrategia de política económica, y a su vez, se traducían en reacomodos de los equipos de trabajo a nivel nacional vinculados con la economía y con las estrategias políticas globales del país en cuestión. El impacto del peso de la deuda externa obviamente no era sólo financiero en un sentido estricto, sino también, contenía una fuerte dosis política.

Por lo tanto, dado el alto contenido político que representaba este y otro tipo de fenómenos económicos se impulsó una nueva generación de políticos, capaces de contener las embestidas de los grupos contrarios a las reformas, cuyas acciones no eran abiertamente autoritarias como las de Augusto Pinochet en Chile; simultáneamente, estos personajes fueron hábiles para navegar con cierto éxito en las agitadas aguas de las principales reformas económicas con fuerte inspiración neoliberal. El caso de México resulta ilustrador en este sentido, especialmente después del gobierno de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), quien llevó a cabo una serie de reformas en concordancia con los principales aires del tiempo a nivel global. Este conjunto de políticos neo-populistas constituyó una alternativa a sus similares explícitamente autoritarios, situación que les permitió llevar a cabo con más holgura las principales estrategias de inspiración neoliberal. Pero la contraparte de su actuar fue que se arraigó un poder personalizado con un grado de institucionalización débil. Nuevamente, el ejemplo mexicano constituye un caso paradigmático dentro de esta vertiente, donde el Estado participó activamente a pesar de una constante retórica neoliberal en los círculos oficiales. Por su parte, la prensa internacional también jugó su papel, fundamentalmente nos referimos al semanario londinense *The Economist*, que propagó una visión del mundo de los negocios en particular y del sistema económico en general que se basaba en la promoción de las prácticas de libre mercado y la transferencia de recursos del sector público al privado. En ocasiones llegó a referirse al libre mercado como democracia.

Un desafío en absoluto menor, vinculado directamente con lo anterior, para las naciones de América Latina y Europa Central era la implementación de prácticas democráticas en un contexto de inestabilidad económica e institucional. En lo que concierne a la democratización, cabe mencionar que ésta no implicaba solamente votar de manera libre el día de las elecciones, sino más bien, era necesario garantizar los derechos formales, la justicia distributiva y procesal, así como la independencia del poder judicial y de los medios de comunicación. Aunado a lo anterior,

también se enfrentaba el importante reto de crear las bases para la reconfiguración, o en su caso configuración total, de una sociedad civil; cuyo elemento Central radicaba en mostrar su autonomía con respecto a los poderes públicos. No obstante las dificultades presentadas en los países de Europa Central, todo indica que bajo este último punto han avanzado de una forma más rápida y consolidada si los comparamos con lo sucedido en América Latina. A ello se agrega una situación aún más complicada para este último conjunto de países derivada de la concentración del ingreso y de la ampliación de las asimetrías del poder.

SEMBLANZA DE LOS AUTORES

MARIANO BONIALIAN. Profesor investigador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Entre sus libros se destacan *El Pacífico Hispanoamericano. Política y comercio asiático en el Imperio español. La centralidad de lo marginal*, El Colegio de México, 2012 y *China en la América colonial. Bienes, mercados, comercio y cultura del consumo desde México hasta Buenos Aires*, Biblos-Instituto Mora, Argentina-México, 2014.

SEBASTIAN CONRAD es miembro del Instituto Friedrich Meinecke de la Universidad Libre de Berlín, especialista en historia global y de Japón. Asimismo ha publicado entre otros el libro (2016) *What is Global History?* Princeton: Princeton University Press.

BERND HAUSBERGER se encuentra adscrito al Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Además de interesarse en las redes comerciales se ha especializado en temas de historia global. Entre las obras que ha escrito al respecto tenemos el libro reciente (2015). *Die Verknüpfung der Welt. Geschichte der frühen Globalisierung vom 16. bis zum 18. Jahrhundert*. Viena: Mandelbaum.

ANTONIO IBARRA ROMERO es investigador del Posgrado de Economía en UNAM. Sus investigaciones se concentran en redes comerciales de la Nueva España y la Nueva Galicia. Una de sus últimas contribuciones es (2013). *Mercado global, las economías coloniales y las corporaciones comerciales: los consulados de Guadalajara y Buenos Aires*. *Historia Mexicana*, 62 (4), 1421-1458.

FEDERICO NAVARRETE LINARES es investigador adscrito al Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Se ha especializado en las culturas de los pueblos amerindios. De igual forma ha publicado la siguiente obra: Navarrete Federico y Alcántara Berenice (Eds.). (2011). *Los pueblos amerindios más allá del Estado*. México: UNAM.

RICARDO PÉREZ MONTFORT es investigador del Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS/ México), ha trabajado, entre otros temas, aquellos vinculados con diversas formas de representación durante el siglo XIX y XX tanto en el ámbito local como global. Su publicación más recientes es: (2016) *Tolerancia y prohibición. Aproximaciones a la historia social y cultural de las drogas en México 1840-1940*, México; Random House-Mondadori.

STEFAN RINKE es investigador en el Instituto de Estudios Latinoamericanos en la Universidad Libre de Berlín, Alemania. Se ha especializado en temas vinculados con el proceso de globalización bajo un enfoque de largo plazo. Es autor de: (2015). *América Latina y Estados Unidos: Una historia entre espacios desde la época colonial hasta hoy*. Madrid/México: Marcial Pons/El Colegio de México.

CARLOS RIOJAS trabaja como investigador en el Departamento de Estudios Regionales-INESER, en la Universidad de Guadalajara, México. Uno de sus temas de investigación se relaciona con procesos de cambio institucional tanto con un enfoque inteconector como regional. Al respecto ha publicado el siguiente libro: (2016). *Estudios proto-industriales: Origen y legado*. México: Plaza y Valdés.

La idea central que inspira esta obra es el estudio de la historia interconectada, como una alternativa a la historia por área cultural o comparada. Por lo tanto, el enfoque propuesto se inscribe directamente en lo que se conoce como historia global. La mayoría de los colaboradores del libro son miembros del Colegio Internacional de Graduados „Entre Espacios“, donde participan instituciones académicas de Alemania y México. Los textos son el resultado de un seminario sobre las perspectivas y tensiones derivadas de la historia global, que se llevó a cabo en 2014 en el Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas de la Universidad de Guadalajara.

www.wbg-wissenverbindet.de

ISBN 978-3-534-27458-1



wbg Academic